

10

colección

CONTRALAVIOLENCIA DE GÉNERO.
DOCUMENTOS



ACTITUDES DE LA POBLACIÓN ANTE LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN ESPAÑA

Colectivo loé



ACTITUDES DE LA POBLACIÓN ANTE LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN ESPAÑA

Colectivo Ioé

Walter Actis, Miguel Ángel de Prada, Carlos Pereda

Catálogo general de publicaciones oficiales
<http://www.060.es>



Ministerio de sanidad, política social e igualdad
Centro de publicaciones
C/Alcalá, 37 - 28071 Madrid
Correo electrónico: jvaldemorop@igualdad.mspsi.es

NIPO: 860-11-271-2
ISBN: 978-84-7670-713-5
Depósito legal: M-48351-2011

PRESENTACIÓN

Se trata de una investigación empírica que busca conocer el discurso profundo, más allá de las expresiones “socialmente correctas”, de mujeres y hombres residentes en España sobre la violencia que ejercen algunos varones sobre sus parejas o exparejas mujeres. Se reflejan los principales puntos de vista existentes hoy en nuestro país acerca de la violencia masculina sobre las mujeres, situando este fenómeno en el contexto más amplio de las relaciones entre ellos y ellas.

La investigación se ha realizado con un enfoque metodológico cualitativo, mediante la realización de 10 grupos de discusión (5 con mujeres y 5 con hombres de distinta posición social según edad, estatus socioeconómico, situaciones de convivencia, lugar de residencia y origen nacional). El método utilizado permite captar motivaciones y puntos de vista, yendo más allá de lo puramente racional y alcanzando el plano afectivo –que condiciona y conforma los puntos de vista sociales–, así como algunos contenidos no dichos, socialmente reprimidos según las pautas dominantes. Por tanto, la información recogida va más allá de la mera contabilización de opiniones estereotipadas acerca de la violencia masculina.

La hipótesis inicial, confirmada a lo largo del trabajo, era que el abordaje de la violencia de los hombres hacia las mujeres está muy condicionado por la presión de lo socialmente correcto, que reprime –en entornos mixtos– la expresión de importantes elementos que están en la base de actitudes y conductas. Por ello, en los grupos participaron personas del mismo sexo (sólo mujeres o sólo hombres, incluidas las/los moderadores).

El material recogido confirma que, a pesar de todos los cambios acaecidos, en la sociedad española actual la cuestión de las relaciones entre los sexos está lejos de ser una cuestión superada.

Desde la Delegación del Gobierno para la Violencia de Género siempre se ha considerado imprescindible plantear cualquier medida contra la violencia sobre las mujeres en el contexto de la igualdad de derechos entre ambos sexos, dado que, una de las transformaciones sociales más profundas iniciada en el pasado siglo XX, fue el acceso de las mujeres a la plena ciudadanía. De aquí que considere de gran interés los emergentes que se delinean en la presente investigación, que permiten una reflexión en profundidad sobre las opciones a tomar, los aspectos a clarificar y, en su caso, rectificar, respecto a las políticas que deben ser implementadas para acabar con la lacra social de la violencia de género tal como está definida en nuestro ordenamiento jurídico.

Miguel Lorente Acosta

Delegado del Gobierno para la Violencia de Género

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
PRIMERA PARTE. LAS RELACIONES ENTRE MUJERES Y HOMBRES EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA	13
1. LAS CLASES TRABAJADORAS URBANAS Y RURALES	15
1.1. Hombres: malestar por el «desborde» femenino: «se nos han subido a la chepa»	15
A) Machismo resentido	15
B) Machismo adaptativo, a la defensiva.....	18
C) Machismo magnánimo antiautoritario	27
D) Igualitarismo forzado (discurso pro-mujer inconsecuente).....	29
1.2. Mujeres: la importancia de la autonomía económica y su impacto limitado sobre la vida doméstica	32
A) Mujer machista	33
B) Esposas y madres: un cambio inconcluso	34
C) La improbable pareja igualitaria	37
D) Sociedad sexista y solidaridad de los oprimidos.....	40
2. PEQUEÑAS PROPIETARIAS Y EMPLEADORES EN CIUDADES INTERMEDIAS	43
2.1. Hombres: presencia de las mujeres en el mundo de la empresa e invisibilidad del mundo doméstico	43
E) Discurso patriarcal cristiano: complementariedad a partir de roles tradicionales	43
F) Machismo a la defensiva	46
G) Machismo progresista: igualitarismo imparabile siempre que no se cuestione la autoridad masculina	48
H) Progresismo liberal evolutivo	51
I) Solidaridad y admiración: dejarse llevar por el empuje femenino.....	54

2.2. Mujeres: la maternidad como signo de identidad, por encima de la vida laboral y los deseos individuales	58
E') Discurso patriarcal: la mujer, madre por naturaleza	58
F') Esposas trabajadoras: la familia como límite	61
G') Más allá de la pareja, pero no de la maternidad	64
3. EN PUESTOS DIRECTIVOS Y PROFESIONALES	67
3.1. Hombres: difíciles relaciones entre sexos en un contexto de modernidad y competitividad	67
J) Machismo anti-igualitario: igualdad formal pero respetando diferencias genéticas.....	68
K) Liberalismo competitivo: demostrar la valía personal sin excusas de género	72
L) Modernizador comunitarista-conservador: frenar este cambio brusco.....	73
M) Mujeres en lucha, parejas en crisis	75
N) Pro mujer que no cuestiona su propio papel: que el cambio lo hagan ellas (y los jóvenes).....	76
3.2. Mujeres: entre el rechazo al papel de «ama de casa», el sexismo en el trabajo y la lucha por el reparto de tareas domésticas	83
H') Armas de mujer: manipularlos sin cuestionar la preeminencia masculina.....	83
I') Hay sexismo laboral pero no en nuestras parejas.....	86
J') Empresaria sin complejos (liberal depredadora).....	92
K') Incomunicación estructural: es inútil insistir, las diferencias son insalvables	95
L') Sociedad machista, poder patriarcal	98
M') Transexuales inmigrantes: entre la tolerancia y el sexismo	102
4. JÓVENES DE CAPAS MEDIAS URBANAS	105
4.1. Hombres: un mundo crecientemente igualitario en el ocio y la pareja.....	105
O) Igualitarismo pasivo: es lo que toca	109
P) Ellas luchan, ellas imponen: es lo correcto	110
4.2. Mujeres: la vida en un contexto social adverso para las jóvenes	112
N') «Peor están otras»: adaptarnos a lo posible	113
O') Contexto machista y escaso margen de agencia femenina	114
P') Lucha individual contra el sexismo dominante.....	116
5. UNA VISIÓN DE CONJUNTO DE LOS DISCURSOS SOCIALES ACERCA DE LAS RELACIONES ENTRE MUJERES Y HOMBRES.....	119
5.1. Las cuestiones más significativas	119

5.2. Estructura discursiva	120
5.3. Algunas implicaciones del mapa discursivo existente.....	124
SEGUNDA PARTE. LA VIOLENCIA DE LOS HOMBRES SOBRE LAS MUJERES	127
6. EL ABORDAJE SOCIAL DE LA VIOLENCIA	129
7. LA VICTIMIZACIÓN MASCULINA: EL PROBLEMA SON ELLAS.....	135
7.1. Superioridad machista contrariada en las clases trabajadoras (fracción a)	135
7.2. Mujer machista (trabajadoras y pequeñas propietarias): «hay algunas que van provocando» (fracción a')	142
7.3. Ambigüedad del machismo a la defensiva: entre el deber ser (condena de la violencia) y el enfado justificado (por el excesivo avance femenino) de los hombres trabajadores y jóvenes de clases medias (fracción b)	149
8. LA NEGACIÓN: ES UN PROBLEMA AJENO	155
8.1. Machistas anti-igualitarios de élites profesionales: entre la negación y la condena de «toda» violencia, en el marco del respeto a la autoridad (fracción c)	155
8.2. El problema son los atrasados ...y ellas, que provocan (directivos y profesionales machistas) (fracción d).....	159
8.3. Un fenómeno residual-1 (hombres empresarios, jóvenes de clases medias y trabajadores asalariados) (fracción e)	162
8.4. Un fenómeno residual-2 (mujeres pequeñas empresarias y profesionales-directivas) (fracción b')	170
9. LA CRÍTICA: EL PROBLEMA SON ELLOS	175
9.1. La violencia surge del machismo que pervive entre nosotros (fracción f)	175
9.2. La violencia machista es inadmisibile, los cambios dependen de las mujeres (fracción g)	178
9.3. La violencia es real, inadmisibile e injustificable, pero no sabemos cómo superarla (mujeres jóvenes y pequeñas propietarias) (fracción c')	184
9.4. Desde la experiencia de maltrato: contra la banalización y simplificación del problema (fracción d')	188
10. QUIEBRAS DE LA CRÍTICA FEMENINA: DUDAS SOBRE EL LUGAR DE LAS MUJERES Y EL CARÁCTER DE LA VIOLENCIA	195
10.1 Riesgo difuso para las mujeres: ¿todas podemos ser víctimas? (fracción e').....	195

10.2	Es inadmisibile, pero algunos sacrificios merecen la pena (fracción f')	200
10.3	Entre el patriarcado y la enfermedad mental (fracción g').....	201
11.	MÁS ALLÁ DE HOMBRES Y MUJERES: EL PROBLEMA ES EL SISTEMA Y REQUIERE UN COMPROMISO DE CAMBIO	203
11.1.	Es necesario que los hombres cambiemos (fracción h).....	203
11.2.	La crítica feminista «de género» (fracción h').....	204
12.	POSICIONES RESPECTO A LA(S) VIOLENCIA(S). LÍNEAS DE SÍNTESIS	209
12.1.	Actitudes respecto a la violencia	210
12.2.	Las emociones básicas	211
12.3.	Posicionamiento en clave sociopolítica	213
12.4.	Posiciones hacia la política institucional contra la violencia	213
	ANEXO. FICHAS DE GRUPOS APLICADOS	217

INTRODUCCIÓN

Este informe presenta las conclusiones de una investigación empírica dirigida a analizar las percepciones, puntos de vista y posicionamientos, así como el «clima social» dominante acerca de la violencia ejercida por hombres contra mujeres, situando dicho fenómeno en el marco más amplio de las relaciones entre los sexos¹.

Se trata de una investigación realizada con un enfoque metodológico cualitativo, que resulta idóneo para captar motivaciones y puntos de vista, yendo más allá de lo puramente racional y de las expresiones «socialmente correctas» que suelen captar otros métodos como las encuestas de opinión. Nuestra intención es llegar, además, al plano afectivo que condiciona y conforma los puntos de vista sociales, así como a algunos de sus contenidos no dichos, socialmente reprimidos según las pautas dominantes.

Para ello se ha realizado un trabajo de campo a partir de grupos de discusión. El alcance e idoneidad de esta metodología está suficientemente probado en distintos campos de la investigación social. El diseño general del trabajo de campo, está resumido en el Cuadro 1. Se realizaron diez grupos de discusión, tomando como variables principales de segmentación de la población adulta española el sexo (mujeres y hombres) y el estatus socioeconómico (bajo, medio y alto). Además, se han tenido en cuenta el grupo de edad, o pertenencia generacional, las situaciones de convivencia (casados, parejas no convivientes, personas sin pareja, hogares monoparentales, hijos en casa paterna, etc.), el lugar de residencia (gran urbe, capital provincial, cabecera rural) y el origen nacional (personas autóctonas e inmigradas). Además, el diseño de investigación situaba el perfil sociológico de cada grupo en una determinada posición, hipotética, a lo largo de un eje tradición-secularización, con el objetivo de encontrar posiciones socialmente diferenciadas y significativas. Aunque el tema de investigación es la «violencia de género» en el diseño no se pidió controlar esa variable, puesto que nuestro interés era captar los discursos dominantes en segmentos clave de la sociedad española, sin incidir específicamente en el de víctimas o causantes de malos tratos. No obstante, en varios de los grupos aparecieron casos de mujeres que han sufrido algún tipo de maltrato, circunstancia que queda oportunamente reflejada en el informe.

¹ Nos limitamos aquí a relaciones incluidas dentro de la norma heterosexual. Somos conscientes de que ni las formas de violencia ni las relaciones de pareja se reducen a ésta, pero nuestro objeto de estudio se refiere a la «violencia de género» definida legalmente como la que perpetran hombres sobre mujeres (Art. 1 de la Ley Orgánica 1/2004, de Medidas de Protección Integral Contra la Violencia de Género, de 28 de diciembre).

CUADRO 1. Diseño de investigación con 10 grupos de discusión

Estatus socioeconómico	Mujeres		Hombres	
	Secularización	Patriarcado	Secularización	Patriarcado
ALTO	GD1 Profesionales-directivas 40-50 años. Barcelona		GD6 Profesionales-directivos 40-50 años. Madrid	
MEDIO	GD4 Capas medias Convivencia heterodoxa 25-35 años Madrid	GD3 Pequeñas propietarias 40-50 años Valladolid GD2 Capas medias-altas 20-28 años Valencia	Empleadores GD7 Capas medias-altas 20-28 años Madrid	GD8 55-65 años Burgos
BAJO	GD5 Asalariadas no cualificadas 30-45 años Madrid, área metropolitana		GD9 Asalariados manuales 30-45 años Barcelona, área metropolitana GD10 Asalariados rurales 25-35 años Torrijos (Toledo)	

A la vista del diseño de investigación, en el que se ha optado por realizar grupos de hombres y de mujeres de manera separada (cinco con cada sexo) es necesario justificar la pertinencia de tal decisión. Nuestra hipótesis de partida es que el abordaje de la cuestión (la violencia de los hombres hacia las mujeres) está muy condicionada por la presión de lo socialmente correcto, que reprime –en entornos mixtos– la expresión de importantes elementos que condicionan estas relaciones. Por ello, la formación de grupos con personas del mismo sexo garantiza las mejores condiciones de intimidad y libertad para expresar esas cuestiones, habitualmente ocultas o disimuladas. Por la misma razón, el equipo investigador decidió que la moderación de las reuniones grupales fuera realizada por una persona del mismo sexo que las invitadas a cada reunión².

Esta intuición quedó rápidamente confirmada al iniciarse la realización del trabajo de campo. En varios grupos aparecieron referencias explícitas a la dificultad de

² Dejamos constancia de nuestro agradecimiento a la colaboración prestada por Ángeles Ramírez Fernández, de la Universidad Autónoma de Madrid, por la moderación de cuatro grupos; a Arantxa Gran, de Lligam Recerca de Valencia, por su intervención en otros dos y a Enma Mateos por la colaboración en uno.

abordar estas cuestiones en presencia de personas del otro sexo. Y esta incomodidad se produjo en todos los segmentos sociales. Entre profesionales, directivos y empresarios de ambos sexos (GD1 y GD6³), grupos de élite urbana a los que se supone habituados a marcos de relaciones intersexuales, se vertieron expresiones de clara prevención al inicio de las reuniones. Entre los hombres: «¿hablaremos con la espía detrás?» (refiriéndose a una observadora circunstancial); entre las mujeres: «que no escuchen los maridos». En los grupos de trabajadores no cualificados, de ambos sexos, surgen otras manifestaciones de incomodidad: risas y exclamaciones en la presentación del tema al GD9, advertencias de «que no oiga la grabación» la novia de un asistente al GD10. En otros segmentos sociales, como los realizados en ciudades intermedias no encontramos prevenciones explícitas al plantear la cuestión, pero sí una cierta autocensura, que eludió o postergó hasta muy avanzada la reunión, tratar asuntos conflictivos en la relación entre sexos. En cambio, en los grupos con población urbana joven (GD2 y GD7) el asunto se aborda con menos inconvenientes, aunque a lo largo de la conversación aparecen elementos de crítica abierta al otro sexo que difícilmente se hubieran desarrollado en grupos mixtos de hombres y mujeres.

Por tanto, esta primera observación es ya un avance de resultados: a pesar de todos los cambios acaecidos, en la sociedad española actual la cuestión de las relaciones entre los sexos está lejos de ser una cuestión superada; más bien aparece cargada de connotaciones problemáticas: es algo difícil de tratar, que genera incomodidad y referencias a una amplia serie de cuestiones pendientes o mal resueltas. Y esta es una circunstancia que se verifica –aunque con matices diferentes– entre mujeres y hombres de distintos estratos sociales.

Una segunda cuestión relacionada con la estrategia de la investigación tiene que ver con la forma de abordar el tema de investigación. Nuestra decisión fue no proponer inicialmente que se hablara sobre la violencia de hombres a mujeres. En primer lugar, porque el asunto en sí podía suscitar reservas, temor o un rechazo inicial, que bloqueara la expresión de vivencias y sentimientos relacionados con el mismo. Por otra parte, porque al ser un signifiante muy cargado institucional y socialmente (existencia de leyes, instituciones encargadas de perseguirla, campañas de publicidad, discursos institucionales, mensajes en los medios de comunicación, etc.) corríamos el riesgo de obtener solamente opiniones y expresiones muy circunscritas a lo que se considerase «políticamente correcto». Por ello hemos invitado a los grupos a hablar, en primer lugar, acerca de cómo perciben hoy la relaciones entre mujeres y hombres en España. Esto nos permitió captar el marco discursivo general en el que se sitúan las posiciones respecto a la violencia, evitando que ésta quede circunscrita sólo a la estigmatización ritual de sus manifestaciones extremas (asesinatos). El material que hemos recogido permite, en cambio, referir las distintas valoraciones acerca de la(s) violencia(s) machistas a una perspectiva general en el que previamente hemos situados los principales discursos en torno al sexo y el género.

³ Las siglas GD se refieren a grupo de discusión; el número que las acompaña indican el que se le ha asignado en el Cuadro 1. Así, por ejemplo, GD1 es el grupo con mujeres directivas y profesionales. Todos los grupos se realizaron en el primer trimestre de 2010. Pueden consultarse las fichas de composición y aplicación en ANEXO.

Estructura del informe

El informe se estructura en dos partes. La Primera explora los puntos de vista acerca del marco general de relaciones entre mujeres y hombres en España. La estructura de presentación refleja los criterios básicos de nuestro diseño de investigación. Por ello presentamos primero los resultados para cada uno de los grandes segmentos sociales analizados (clases trabajadoras, pequeñas propietarias y empresarios de ciudades medianas, profesionales y directivos de grandes ciudades, jóvenes urbanos de clases medias) y para cada uno de los sexos. Esta forma de presentación puede resultar, en principio, en exceso prolija pero permite captar las diferentes modulaciones sociales (en función del estatus socioeconómico) y realizar en cada segmento una comparación sistemática por sexo, mostrando lo que dicen las mujeres y hombres de cada grupo. Así, a medida que se presenta la información se pueden captar los acentos y énfasis que cada grupo otorga a la cuestión, lo que permite construir un mosaico o abanico complejo en el que vamos situando las diferentes «fracciones discursivas» que identificamos⁴. Posteriormente, para facilitar una visión más global, en un capítulo final se sintetizan los rasgos principales de los discursos analizados, situándolos en un esquema interpretativo de conjunto.

En la Segunda Parte del informe se abordan específicamente los puntos de vista sociales acerca de la(s) violencia(s) ejercida(s) por los hombres sobre las mujeres. En este caso hemos variado la forma de presentación del material. En un primer capítulo (el sexto) mostramos el «lugar» que ocupa el asunto de la violencia en los discursos de los distintos sectores estudiados, mostrando si aparecen en un lugar principal, secundario o censurado de las percepciones grupales. A partir de allí presentamos las principales fracciones discursivas que hemos identificado en torno a la violencia masculina. Mantenemos una presentación diferenciada de los discursos de hombres y mujeres, para facilitar su contraste y comparación y –especialmente– porque respecto a la violencia masculina existen importantes matices de diferenciación entre unos y otras. Sin embargo, no organizamos cada capítulo en función de la pertenencia social de los hablantes sino que agrupamos en cada uno discursos que tienen una interpretación similar respecto a la violencia (los que responsabilizan a las mujeres, los que lo ven como un fenómeno residual, los que lo critican pero no proponen alternativas...); dentro de cada capítulo distinguimos siempre que es posible la impronta «de clase» más marcada en cada discurso, señalando en qué grupos sociales tiene más fuerza cada uno de ellos. Para finalizar, intentamos ofrecer un esquema interpretativo sintético que propone algunas claves de interpretación-diferenciación de los discursos «realmente existentes» en la sociedad española actual respecto a la violencia masculina sobre las mujeres.

⁴ Llamamos «fracciones discursivas» a puntos de vista específicos, dotados de cierta coherencia y perfil diferenciado, identificados en los distintos segmentos sociales estudiados. Éstas son el producto de un primer análisis del material grupal, por lo que se sitúan en un plano empírico-analítico. En un paso posterior, en un plano de mayor abstracción, se identifican tipos más generales. Se trata de establecer interpretaciones contextuales para intentar explicar las diferencias discursivas a partir de las relaciones sociales existentes en el contexto histórico concreto. El resultado de dicho análisis interpretativo define «discursos sociales», que tienen la característica de tipos ideales; es decir, no existen explícitamente como tales en los textos de los grupos.

A lo largo del informe hemos ido designando a cada fracción discursiva con una denominación descriptiva y, además, con letras que permiten luego situarlas en un esquema interpretativo general. Conviene hacer alguna precisión acerca de esta forma de denominación. Por un criterio meramente clasificatorio hemos denominado en mayúsculas las fracciones que se refieren a la cuestión general de las relaciones entre ambos sexos y en minúsculas las que giran en torno a nuestro asunto particular (la violencia). Además, hemos distinguido entre las posiciones expresadas por los hombres y por las mujeres; para los primeros hemos utilizado simplemente una letra (por ejemplo, A o a) en tanto que para las segundas una letra y el símbolo ' (por ejemplo A' o a'). Este criterio puede ser cuestionado puesto que la denominación pareciera sugerir que los discursos masculinos son los principales y los femeninos los derivados o secundarios. Conscientes de este problema hemos mantenido tal criterio para sugerir que en el asunto de la violencia la parte activa (potencialmente agresora) son los hombres y la pasiva (potencialmente agredida) son las mujeres. Por ello presentamos primero los puntos de vista de ellos y luego los de ellas; no porque queramos sugerir un orden de jerarquía o prioridad en la importancia de cada grupo, sino buscando reflejar el orden en que espontáneamente, antes de proceder a una reflexión detenida, se estructura el asunto.

Concluimos esta introducción con algunos comentarios acerca de la índole y la posible utilidad de este informe. Hasta la fecha la violencia sexista ha sido estudiada desde diversos ángulos; en los estudios empíricos encontramos avances importantes en la contabilización de casos, en el conocimiento de las características de las personas implicadas (agredidas y agresores), hay también intentos de calibrar la magnitud social del fenómeno y algunos estudios de opinión basados en encuestas acerca de las opiniones de la ciudadanía. Creemos que el trabajo que aquí se presenta aporta una novedad dentro de este panorama, en la medida en que informa de cuáles son los principales «puntos de vista» existentes hoy en España acerca de la violencia de género hacia las mujeres, sin reducirlos a la mera contabilización de opiniones estereotipadas.

El enfoque cualitativo adoptado permite identificar las principales posiciones existentes, así como los elementos cognitivos y afectivos que las definen, tanto en sus núcleos identitarios como en sus contradicciones o tensiones internas. Estas últimas pueden, en función de la acción de diversos procesos sociales, fomentar desplazamientos configurando un marco de posibles alianzas que debería ser tenido en cuenta por los agentes sociales que intervienen sobre el campo de la violencia sexista. Por otra parte, una vez identificados los rasgos que definen las principales posturas ideológicas acerca de la violencia se abren nuevas oportunidades para el estudio de su realidad social. Por ejemplo, resultaría interesante conocer cuáles son los posicionamientos y actitudes dominantes entre segmentos de la población especialmente significativos a la hora de implementar las políticas públicas al respecto (como personal de las fuerzas de seguridad, sanitario, judicial, de servicios sociales, etc.). También resultaría de interés la realización de encuestas de opinión en las que se mostrara cuál es la implantación cuantitativa de cada uno de estos discursos, así como los sectores sociales en los que cada uno tiene mayor desarrollo. Iniciativas como las enunciadas, entre otras posibles, aportaría informaciones novedosas y muy útiles a la hora de planificar estrategias de intervención que tengan en cuenta su previsible impacto y recepción por parte de la ciudadanía.

PRIMERA PARTE

**LAS RELACIONES ENTRE MUJERES
Y HOMBRES EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA**

1 LAS CLASES TRABAJADORAS URBANAS Y RURALES

En este capítulo presentamos las fracciones discursivas identificadas entre asalariados no cualificados de ambos sexos. El diseño de investigación pretendía incluir a segmentos significativos de trabajadores que ocupan puestos de trabajo incluidos entre los más bajos de la estructura ocupacional (de carácter manual, con remuneraciones bajas, condiciones de trabajo duras, con alta temporalidad y, en ocasiones, de carácter sumergido).

1.1. HOMBRES: MALESTAR POR EL «DESBORDE» FEMENINO: «SE NOS HAN SUBIDO A LA CHEPA»

El material empírico en que se basa este apartado procede de dos grupos de discusión con asalariados manuales no cualificados, un grupo urbano (Barcelona), con hombres entre 30 y 45 años y otro realizado en una cabecera de comarca rural (Torrijos-Toledo) con varones entre 25 y 35 años. En el primero predominaban varones con hijos (dos separados y cuatro casados) mientras que en el segundo éstas eran minoría (tres participantes). En ambos grupos hubo presencia de hombres de origen extranjero.

El discurso dominante en este segmento social masculino se caracteriza por un profundo malestar ante la «irrupción» de las mujeres en ámbitos y papeles sociales distintos a los que les otorgaba la socialización tradicional. Este cambio, identificado fundamentalmente con el acceso femenino al empleo y a la independencia económica, recibe valoraciones diversas: para unos es contraproducente, para otros inevitable y para algunos necesario y positivo. Tras estas diferencias late, sin embargo, una tendencia al consenso fundado sobre la siguiente premisa: la situación actual se caracteriza por excesos en la conducta de las mujeres y el desconcierto, cuando no abierto resentimiento, de los hombres.

A) Machismo resentido

Esta fracción discursiva parte de la afirmación de que existen diferencias insalvables entre mujeres y hombres, y que éstas se fundan en el orden biológico o genético. Dichas características generan aptitudes y predisposiciones naturales, el orden social debe respetar estos fundamentos para garantizar su buen funcionamiento; si se transgreden los fundamentos del orden natural estamos abocados al conflicto y a la crisis constante de relaciones entre ambos sexos. Sus portavoces son hombres autóctonos e inmigrantes.

a) Según la versión más generalizada, cada sexo tiene su función (argumento diferencialista) lo que no prejuzga automáticamente que uno sea mejor o superior al otro. Esta versión, más cercana a la corrección política que afirma la igualdad y dignidad del papel de ambos sexos, afirma el criterio de la complementariedad aparentemente no jerárquica. Sin embargo, en sus manifestaciones va sugiriendo constantemente una preferencia por los «valores masculinos»; aunque el hablante no aporta información contrastada, sus juicios remiten las características «femeninas» a un papel secundario («esas cosas», «otras cosas»). En el fondo, por tanto, la complementariedad ideal no se alejaría demasiado de un orden jerárquico en el que los valores y aptitudes asignados a lo masculino fueran las dominantes:

*–Aporto un poquito a lo que decía él ¿no? Es que nosotros estamos diseñados, hombres, estamos diseñados de una manera, con función, el cerebro lo tenemos distinto, el cerebro lo tenemos distinto y las mujeres de otra forma. Entonces, **el poner la igualdad aquí nos descoloca**. Todos queremos la igualdad; la sociedad dice: «igualdad para todos»...*

–Es que somos diferentes.

*–...pero **somos diferentes**. Entonces hay áreas que se pueden desenvolver las mujeres, como están diciendo, de una forma y nosotros de otra forma. Por ejemplo, hicieron un estudio hace, qué sé yo, un mes de que los hombres están más capacitados para hacer las matemáticas, la física, la parte descriptiva, qué sé yo. Y las mujeres, qué sé yo, en letras **y esas cosas**. Entonces, nosotros funcionamos de una manera y las otras de otra.*

(...)

–No quiere decir que seamos mejores.

*–No, no, porque en varias facetas o en varias cosas somos iguales. Pero lo que quiero decir, la parte desarrollada del cerebro, nosotros tenemos..., no sé qué es, no me acuerdo muy bien, pero no sé si es el izquierdo o el derecho, **la parte creativa lo tenemos más desarrollado nosotros**, un médico, pero todas las mujeres de otra manera. La parte literal, qué sé yo, el poema, **otras cosas**. (GD9, 7)*

El actual estado de relación entre los sexos se caracteriza por la confusión y un cambio no siempre bien entendido (ver la referencia anterior a las presiones sociales hacia un igualitarismo que no sería adecuado). La solución para superar este estado de cosas pasaría por un trabajo de reflexión y formación («tenemos que estudiar») para comprender y aceptar cuales son las cualidades específicas de cada sexo, dando por supuesto que cada uno tiene una función social diferencial:

*–[Ponerse en el lugar de la otra persona]. Es difícil, es difícil. Lo que quiero ir es a lo siguiente; tenemos que estudiar, porque nosotros tenemos que entender que nosotros somos distintos, **hombres y mujeres, entender que nosotros física, psicológica y emocional somos distintos**. Al entender eso en las escuelas o, qué sé yo, en cualquier lugar que nos puedan capacitar a los hombres y a las mujeres, podemos entender cómo es la función de un hombre y de una mujer, sin eso no lo voy a poder entender. (GD9, 12-13)*

b) Existe otra modulación de este discurso, expresada de modo minoritario en los grupos, que constituiría el «núcleo duro» del machismo biologicista entre las clases populares, hoy a la defensiva ante los cambios en la posición social de las mujeres y el contexto institucional que garantiza sus derechos a la igualdad. Se trata de la versión que proclama sin complejos que, además de la diferencia, la biología establece una superioridad masculina incuestionable («y ya está», «y punto»). La diferencia en las características físicas (fuerza) descalifica los intentos de poner a las mujeres en pie de igualdad con los hombres (no hay por qué «darles tanta altura»); en definitiva, las diferencias sexuales son percibidas de forma esencialista («yo lo veo así siempre»), atribuyéndoles el mismo carácter «evidente» que el que se otorga a las existentes entre «razas» humanas (el racismo estaría justificado en las diferencias biológicas entre razas, tanto como el sexismo se basaría en las existentes entre sexos):

*–Pero **la mujer no puede** levantar 20 kilos.*

–Pero depende de la mujer.

*–Ya, pero la mujer es la mujer, tiene la cadera así, de un..., tres huesos o cómo lo tiene (...) **y no puede dar más. ¡Y ya está!***

[...]

–[El papel social] Es producto de la persona, pienso yo; depende de la mujer, depende del hombre que sea.

*–Pero también **la mujer es la mujer y punto.** [...] Mira, si son más débiles, pues entonces ya no (...) ¿por qué tanta altura? ¡joder! Está claro que tienen que ser iguales, pero **tampoco pueden ser iguales.** [...] **La mujer no va a cambiar nunca.** Y ya está, eso nunca lo puedes cambiar. Como **igual que con los negros y con el racismo,** eso nunca lo vas a cambiar. Y las mujeres tampoco. Ya está. **Yo lo veo así siempre.** (GD10, 2-3, 4 y 44)*

A partir de estos criterios resulta inadmisibles que las mujeres irrumpieran en terrenos tradicionalmente masculinos y que exigirían unas condiciones que les son ajenas. El caso de una mujer ministra de Defensa es el paradigma del desafuero:

–¿Sabes lo que no me gusta? La mujer ésa que la tenéis ahora de Defensa, creo es una mujer.

–Carmen Chacon.

–Pero si está más preparada que un hombre...

*–¿Qué mejor preparada que un hombre?. Si es una mujer de Defensa... **qué va a saber una mujer de defensa.** (...) Las manos de Defensa del país, de tu país, ¿pero **cómo va a ser la mujer mucho más lista que el hombre?** (GD10, 8).*

El avance (injustificable) de las mujeres sobre esferas antes reservadas a los hombres produce una reacción del machismo resentido: como consecuencia del cambio muchas mujeres no cumplen adecuadamente con sus tareas tradicionales (cuidados domésticos). Además, las tareas del hogar no pueden nunca compararse con el trabajo duro realizado por los hombres trabajadores, por tanto, en caso de divorcio las mujeres no pueden reclamar un reparto equitativo de bienes. En los

hechos no se admite la idea de un régimen común de bienes (gananciales) durante el matrimonio, ni se valora la aportación específica de quien se encarga de las tareas de cuidado y reproducción. Quien ha ganado los bienes es el perceptor de rentas (hombre), y éste no tiene por qué entregar («dar») nada en caso de una separación propiciada por la mujer:

–[En caso de divorcio] La mitad cada uno.

*–No, si habéis trabajado los dos a esa mitad. Si quieres esa mitad, igual no has trabajado. (...) Si yo tengo cuatro casas y veinte coches, ¿qué le voy a **dar** yo a mi mujer si me ha engañado? ¡Hostias!, ¿cómo le voy a **dar** una casa a ella?*

[...]

*–Yo he estado cargando ocho años camiones (...) y a la hora de barrer, me he hecho polvo los riñones como nadie, ¡macho!, te lo juro y yo he estado cargando camiones de esos.... Ocho años. Ocho años, que luego a la hora de... Por eso, que es un trabajo normal y corriente y **el estar en casa todo es fácil.***

[...]

–¿Cuántas mujeres hay que dejaban al niño en el colegio a las nueve y media y se quedaban hablando hasta las diez? Se van a tomar un café hasta las once y a las doce están ya en la puerta del colegio hasta la una (...) Y [luego] hay que echar las judías en el microondas. (GD10 37-38 y 53)

A pesar de la «evidencia» de la superioridad masculina y de la justificación de un orden patriarcal, en la actualidad las mujeres no cumplen con sus obligaciones tradicionales, se rebelan con facilidad («hoy en día se aguanta muy poquito, antes se aguantaba más», GD10, 7), abroncan a los hombres y no respetan su autoridad. Todas estas circunstancias aparecen como injustificables y generan una actitud de malestar y resentimiento por parte de los hombres que sostienen este discurso.

B) Machismo adaptativo, a la defensiva

La principal característica de esta fracción discursiva es la aceptación del acceso femenino a la independencia económica como un hecho social irreversible. A partir de ahí, los deseos y expectativas masculinas se encuentran ante un contexto adverso al que tienen que adaptarse, de buen o mal grado. Si en el machismo resentido encontramos un tono más reivindicativo, en este caso predomina la queja teñida de impotencia.

El acceso de las mujeres al empleo en el mercado laboral aparece, como queda señalado, como un hecho de la vida actual, novedad radical respecto a épocas anteriores. Sin embargo, esta circunstancia no siempre recibe valoraciones positivas, especialmente entre los varones trabajadores de ciudades pequeñas. Por una parte, las mujeres trabajadoras aparecen como invasoras de un ámbito tradicionalmente reservado a los hombres. Copan ciertos nichos laborales quitando a estos posibilidades de empleo; en lugar de limitarse a complemen-

tar los ingresos familiares aparecen como competidoras aventajadas («se han quedado con los trabajitos guapos», eludiendo los más duros: «para albañil no hay mujeres»), no por tener mejores cualidades sino por una elección circunstancial («han estudiado»). Llama la atención el énfasis que ponen estos hombres en los empleos femeninos «de oficina» cuando en su entorno inmediato las mujeres ocupan muy frecuentemente los de más baja calidad (limpiezas de hogar u oficinas, etc.); así, la construcción discursiva tiende a invisibilizar la persistencia de situaciones de postergación de las mujeres y a destacar aquellas de avance, que ponen en cuestión la supremacía masculina:

–Elas se han quedado con los trabajitos guapos y ya está; fábricas de cadena...

–Yo creo que las mujeres van a más a trabajos de estudios; de estudios, de oficina, de tener su titulación. Nosotros tiramos un poquito más al trabajo rápido, yo trabajo en el reparto, en lo que sea y ¡fuera!, me da igual y me quito de estudios y me quito de historias. Eso yo lo que veo de mí, de mis amigos y de la gente que me rodea, que la mayoría..., pues el que no es albañil, es carpintero. Pero la mujer tira más a estudiar, administrativo, quizás tiran más a lo que es estudio.

–Van a ser más listas que nosotros.

–No más listas, pero a lo mejor si tú estudiaras serías igual de listo, pero claro, tienes que estudiar.

–Es como el que saca administrativo y vas a buscar trabajo y resulta que...

–Que no tienes falda.

(risas)

–No, o sea, estás igual de preparado que ella, pero claro, necesitan a una mujer de secretaria ¿por qué? O de la oficina ¿eh? ¿Por qué una mujer en una oficina?

–Porque no puedes..., tú no puedes poner un hombre de secretario, sí...

(hablan varios)

–A lo mejor un hombre está más preparado.

–Igual tener a un tío con limpiarte la habitación. Es un trabajo de...

–Si quieren igualdad que quieran igualdad pa' albañil, pero es que para albañil no hay mujeres. (GD10, 12)

Por otra parte, el cambio social en los papeles de género viene impuesto como una necesidad económica entre las clases trabajadoras: para sostener el nivel de consumo al que se aspira resulta necesario contar con el salario de ambos miembros de la pareja, aunque esto sea incompatible con el modelo ideal de familia (mujer en casa cuidando a los hijos). En estas circunstancias las aspiraciones masculinas están circunscritas por el nivel de renta (necesidad o no de dos salarios) pero también por la decisión de la mujer (por supuesto, «hay que respetarlo»), lo que nos muestra la actitud defensiva, o en retroceso, de este discurso machista:

–Yo **me gustaría que mi mujer estuviera en casa**. Es decir, no porque esté en casa, sino cuidando a los niños, haciendo las cosas de la casa, y a ella no le importaría. Pero las circunstancias, **en la sociedad que vivimos, el consumo que tenemos, no puede ser así**, porque a todos nos gusta salir a cenar, a todos nos gusta comprarnos ropa, a todos nos gusta irnos de vacaciones y a todos nos gusta andar para arriba y para abajo. Y es lo que hay.

–Sí, es eso.

–Yo si pudiera, vamos ¡ojala! ganara yo un sueldo y venga: «tú te quedas en casa y ya está».

(...)

–Si tú pudieras, en el caso de decir, tú pudieras ¿y tu mujer no quisiera?

–Por supuesto, bueno, **hay que entenderlo**. (GD10, 52).

Este discurso no parte de la afirmación de la jerarquía entre sexos, aunque existe un permanente intento de elaborar un catálogo de características que establecen diferencias entre hombres y mujeres. Incluso cuando no se trata de estigmatizar a las mujeres (pues con frecuencia se atribuyen a ellas características positivas y a los hombres rasgos negativos) el énfasis en las diferencias tiende a construir un mundo polarizado (ellas / nosotros), en el que se privilegian los elementos que separan y alejan a los sexos. En algunos casos se atribuye base genética a las diferencias y en otras simplemente se afirma que «somos» diferentes, sin especificar cuáles serían los fundamentos de las mismas:

–Lo que pasa que ellas es como tú, también tiran para ellas, a lo suyo. Pero su manera global, a mi manera de ver, su manera de entender las cosas globalmente **miran más para todos, que nosotros somos un poco más egoístas**.

–Somos más egoístas los hombres, sí, en casi muchos aspectos. Luego [ellas] tienen su hándicap ¿no? Pero la verdad, yo a las mujeres pues la admiro, luego, a veces las odias, pero... O sea, es complicado ¿no? la relación con las mujeres, sobre todo cuando son de pareja. (GD9, 2-3)

–Las mujeres tienen... **genéticamente tienen el concepto de la responsabilidad** mucho más, creo yo, más que los hombres.

[...]

–Sí, pero también tenemos que entender que, por ejemplo, a ver, yo he vivido en muchos pisos y, a ver, si fuera por nosotros, cualquier piso es bueno. Y la mujer no, lo mira todo: que haya iluminación, que haya..., que sea un buen sitio, no sé, son como más (...) **más puntillosas**.

–Yo creo que son **más realistas**... Nosotros somos más revoleros, **los hombres quizás somos mucho más inmaduros**, ya en la juventud se nota ¿no?, los niños son más burrotes. (...) los niños siempre son mucho más burrotes, más inmaduros, desde niños hasta que nos morimos. Y las mujeres siempre..., siempre a una mujer se le ve mucho más madura. (...). Entonces yo creo que para llevarnos bien tenemos que entender el rol que tiene cada uno y actuar a esas funciones, ni mejor, ni peor ni..., ni más guapos, ni más feos, ni más inteligente, ni menos inteligente, sino simplemente por intentar

de eso... Y eso es lo que yo creo que hay conflicto entre el hombre y la mujer, aparte de muchas cosas.

[...]

–Los hombres somos de documentales, sí...

–Nos gusta.

–Interesándose por cualquier animal, cómo es el animal

–A ellas les importan otras cosas; **su trabajo, su marido, sus niños**, pero...

[...]

–También es cierto, y muchas veces lo digo, los hombres nos podemos juntar once en un equipo de fútbol y, bueno, podemos tener un pique así y pasárnoslo bien. Dos mujeres o tres juntas la lían, pero rápido, entre ellas o... ¿no?, montan cada pollo que vamos, me refiero a nivel social.

–En el sentido de equipo de fútbol igual que nosotros, porque los hay, y al final ellas se complementan igual. Si te refieres a lo que es relaciones y tal... muchas cosas y máxime, por ejemplo, **si hay un hombre por medio se sacan los ojos**.

–Y más todavía, ahí influye más yo creo la genética, la naturaleza, los deseos, tal y cual, que...

[...]

–A las mujeres no les gusta tenernos como amigos. **Si vamos a ser algo de ellas, a tope, si no nada.**

(Varios) Todo o nada.

–Exacto.

–Y nosotros somos también, como dice él, vamos a ver lo que ocurre, a ver si lo hace bien y luego ya veremos... (risas). Y ya veremos..., que pasen unos cuantos años, o siglos.

–Eso, sobre todo.

–**Ellas se comprometen mucho más, nosotros no.** (GD9, 7, 8, 9 y 14).

La cita anterior construye la feminidad alrededor de atributos como madurez, compromiso, atención hacia los demás, cuidado de la familia, realismo, gusto por el detalle, a la vez que falta de solidaridad y competencia entre mujeres. Los hombres, en cambio, aparecen como egoístas, simples, poco cuidadosos del detalle pero también poco complicados y capaces de relacionarse fácilmente con otros varones. De estas y otras características no citadas se deriva una primera conclusión: ambos sexos poseen virtudes y defectos, por tanto, ninguno de los dos debiera considerarse superior al otro; por el contrario, abandonando viejos tics del machismo más tradicional, sería posible establecer relaciones de cierta complementariedad entre ambos polos.

Sin embargo, la posible equiparación entre sexos queda hipotecada –en esta percepción masculina– por las cualidades que en esta coyuntura histórica se atri-

buye a las mujeres. Estás no ofrecen un perfil de compañeras e iguales, sino uno más cercano a la figura materna: por un lado, son sabias y saben cuidar del hombre, por otro, pretenden controlar su vida, dominándolo. Veamos esta cuestión con más detenimiento a partir de las expresiones grupales. Por una parte, las mujeres son percibidas como más realistas, maduras, conocedoras de la vida y de la gente, y con un compromiso con la familia que les permite guiar al varón (inmaduro y poco reflexivo) por el «buen camino»:

–De todas maneras, **tu mujer ya sabrá cuáles eran los amigos buenos y los malos**. Y los malos ya te los habrá quitado de en medio.

–Sí, a mí me ha quitado todos.

(Risas)

–Eso es lo primero que hacen.

[...]

–Es que **no pegan ni palo pero te lo seleccionan bien**, te lo seleccionan bien y saben con quién vuelves y: «con ese te puedes ir tranquilo donde quieras y con ese no te vayas».

[...]

–Ellas son más avisgadas en eso. Te hacen abrir más el ojo.

–Sí.

–(...) Te dicen: «estos no valen para nada»

–Lo que está claro es que dices: si no hubiese sido por mi mujer, que ahora mismo sabe donde estoy.

–Sí, dónde estamos todos.

(Risas)

[...]

–Ellas son más avisgadas y te hacen ver la vida de otra manera.

–Pues lo mismo que dices tú me ha pasado a mí y me imagino que a todos igual, me ha pasado a mí; te quedas con dos y ya está y punto.

[...]

–Claro que sí, en ese sentido, son más avisgadas y tienen más ojo. Son muy tunas

–Saben cribar más.

–Sí, sí, sí.

–Saben meter la criba.

–Mi novia, por ejemplo, cada vez que conocemos que alguien, me lo dice: «ése no me da confianza, ése..., la otra no sé qué...» (GD10, 40-43)

Pero, simultáneamente, son controladoras, muy exigentes y poco tolerantes con sus compañeros. Desde esta posición el hecho de que la mujer haga valer su punto

de vista no aparece como un acto de autoafirmación legítima sino un puro deseo de fastidiar al hombre (desconociendo sus expectativas y deseos) y/o de ejercer un dominio injustificado:

–**Son muy calentitas** ¿eh?, si has dejado simplemente un pantalón tirado en el pasillo, estás escuchando que has dejado el pantalón en el pasillo **todo el día**.

–Todo el día.

–**Y pim pam, y pim pam, y pim pam. Y ya es una detrás de otra, una detrás de otra.** Y ahora viene el pantalón, y ahora viene el calcetín y ahora viene no sé qué y ahora viene no sé cuánto y ya...

¿TE CALIENTA?

–Y pim pam, y pim pam. **Y te machacan** y te están buscando las vueltas y te están buscando... Y has cogido, yo qué sé, cualquier cosita, dejé el vaso aquí y lo dejas aquí: «¿es que no sabes de sobra que el vaso lo tienes que dejar aquí?»

–Te buscan la manera de..., si saben que te gusta algo, **intenta hacer lo contrario**, a mí me gusta beberme una cerveza viendo el fútbol, pues hoy no se va a ver el fútbol, hoy se va a ver el no sé qué, pero a lo mejor no es por ver el fútbol sino por picarte. **Les gusta mucho picar**, yo por lo menos con todas las que he ido dando, les gusta mucho picarte, el saber si te gusta algo, intentar controlártelo, intentar...

–**Joder.**

–Esto te gusta, pues no.

–Pues eso no lo hagas.

–Es un **control diario** que te están haciendo.

–**Más o menos igual que los niños...**

–Exactamente, es lo mismo.

–«Con eso no puedes ir» y vas: «hijo, no juegues con esto» y lo haces

–¿Por qué? Porque yo qué sé...

–A mí no me gusta comer eso, pues hoy vamos a comer eso. Sí que hacen..., juegan mucho con eso, con el picarte con lo que más te...

¿Y QUÉ PRETENDEN CON ESO?

–Pregúntaselo a ellas

(Risas)

–(...) **Dominar.**

–Dominar.

–Dominar.

*–Llevar como se decía antes, llevar el pantalón, **llevar el pantalón ellas**. Y supuestamente si es igualdad, pues habría que llevar el pantalón los dos, o falda los dos, claro, pero no el pantalón ellas, que es lo que yo creo que últimamente es lo que más intentan, llevar el pantalón. (GD10, 45-46)*

Así, por una parte encontramos los atributos de una madre protectora, guía y cuidadora, seguramente cercano al ideal de madre consentidora de los caprichos del hijo varón; pero por otra, surge la mujer que hace valer sus criterios en contra de los de aquél, lo que la asemeja a la madre castradora, que ejerce su poder sobre el hombre infantilizado. A partir de esta construcción de la figura femenina la relación entre los sexos pasa a convertirse en un ámbito de inestabilidad y ambigüedad no exento de peligros, entre la acogida amorosa y el castigo injustificado de la mujer hacia el hombre, que se percibe a sí mismo como una víctima –real o potencial– de los excesos femeninos.

En definitiva, nos encontramos ante un cambio que desborda las posibilidades de acción masculina: hemos abandonado una situación tradicional insostenible (en la que las mujeres estaban totalmente sometidas a la dependencia de la autoridad patriarcal), en la que se extiende el acceso de las mujeres al empleo y a la autonomía respecto al varón, lo que nos conduce a un nuevo contexto en el que no está garantizada la igualdad entre los sexos sino que más bien existiría un excesivo poder de las mujeres. En esa situación los hombres se encuentran en una situación incómoda y con poca salida:

*–**Jodío. Se nos han subido a la chepa**. Yo creo que ya se han tomado también muchas veces, pues, **la igualdad que tienen pero es que ya se han tomado un poco ya... a la tremenda**. Vamos, yo es lo que pienso. No tampoco que seamos machistas pero el tema está en eso, en que hay que ayudar entre los dos, pero no es ya..., con decir que ellas trabajan fuera... ¡ya no hacen más! (GD10, 1)*

*–Han crecido ellas. Nosotros les hemos dado el poquito que necesitaban, que no tenían y ellas se han subido ya... El que **ellas tienen el mando** y ellas son las más listas y ellas son las que más trabajan, son las que mejor cocinan, las que mejor limpian. (GD10, 58)*

*–Claro, **tiene un poder increíble la mujer en esta sociedad**. Aparte de que genéticamente que la naturaleza le haya dado el don de darnos la vida, que eso es uno de los no va más, yo creo. Pues eso, que **genéticamente ha estado preparada para una función y el hombre ha estado preparado para otra**. Luego, pues cómo va cambiando la sociedad y cómo vamos evolucionando y todo va tan pum, pum, pum. **Aquí los roles se han interpuesto, se han cambiado** y por eso yo creo que cada vez más separaciones, cada vez más... La gente aguantamos menos también. (GD9, 4)*

En el límite aparece la fantasía de la prescindencia de los hombres: una vez lograda la independencia económica, la garantía de sus derechos y la capacidad de desenvolverse libremente en la vida social, las mujeres podrían prescindir de los hombres, reservándolos exclusivamente para satisfacer necesidades sexuales o para actuar como reproductores de la especie. Así, el avance en la posición social

de las mujeres suscita el temor entre los varones de las capas trabajadoras, trayendo a la actualidad el mito de las Amazonas⁵, y también la contra-fantasmía del hombre autosuficiente que podría vivir sin compañía femenina (salvo el sexo ocasional de pago) disfrutando libremente de sus aficiones («la consola»). En ambos casos el enamoramiento sería el factor que impediría la consolidación de una vida «libre» de la obligación de relacionarse de forma estable con el otro sexo:

–Quizás nosotros no tengamos la culpa pero por generación nos está tocando, o nos ha tocado, el brusco gran cambio de ese paso ¿no?

–**El paso de la vida está para ellas.**

–**Está muy bien pero**, yo qué sé, claro, se cambian los conceptos, ya el modelo de familia, las mujeres no quieren ahora: «¿yo me voy a casar?, yo prefiero estudiar, prefiero estar soltera, puedo tener mis hijos soltera, **no necesito un hombre** para esto». Yo creo que es un equívoco también.

–Al final, todos necesitamos un apoyo. Lo que pasa que a lo mejor el apoyo ese que necesita también lo puede encontrar en su hermana, en su madre, en sus amigas, en su prima.

–Yo hablando con mi hermana, por ejemplo, con mi ex mujer, mi hija, mi hermana y tal, ellas me decían: «**nosotras ahora mismo es que no necesitamos para nada a un hombre**, porque podemos trabajar, podemos tener nuestro piso, podemos...». Exceptuando ya cuando se enamoran, si se enamoran ahí ya la han cagado. Pero por los demás, me dicen a mí, pueden quedarse embarazadas...

(...)

–Bueno, pero dentro de lo que cabe el esperma de algún lado sale

(Varios): Sí.

–**Pero no hace falta tener una relación.**

–¿Y nosotros?, lo único que nos hace falta... Tú también puedes pensar así: **lo único que nos hace falta es una muñeca hinchable**, ¿me entiendes lo que te quiero decir? A veces, lo piensas y dices porque yo ¿qué pasa, que no tengo la casa fenomenal, allí toda con florecitas y con cuarenta olores?, pero bueno, yo soy autosuficiente para pasármelo bien yo solo, **enganchado a mi consola o haciendo lo que yo quiera**. Cuando tenga ganas me voy, me gasto cuarenta euros y vuelta a casa (risas) Por un lado y por el otro. Y el tema es que al final, al final, coges y te enamoras.

–Claro, cuando te enamoras...

–**Porque si no tienes el amor ese, ¿pues qué eres tú en esta vida?, ¿qué estás haciendo aquí, el pollo frito?** (risas) (GD9, 10-11)

–**Nosotros vamos a estar en una nave encerrados todos y cuando quieran tener un hijo: ¡venga, salir! Y ya está.**

⁵ Supuesta sociedad de mujeres guerreras, descendientes del dios de la guerra Ares, que mataban a sus hijos varones y no convivían con hombres, salvo los que eran sus esclavos. Para reproducirse se unían sólo ocasionalmente con extranjeros.

(Risas)

–No puede ser esto.

–**Dentro de mil años las mujeres van a ser las que dominen el mundo. Si no, ya veréis...**

–No, no. No dentro de mil años, **simplemente ahora**, vamos. (GD10, 58-59)

A pesar de los peligros imaginados, queda descartada la opción de vivir sin mujeres (aunque no el peligro de que ellas prescindan de los hombres); por el contrario, los varones admiten su dependencia respecto a aquellas («vamos como corderitos», «con la cabeza agachá»), a pesar del contexto de desigualdad que caracteriza a la situación actual. Pero esta es una realidad que no puede confesarse públicamente («no grabes eso»), reconociendo una dependencia masculina respecto a las mujeres:

–Nos quejamos, nos quejamos, pero **luego vamos todos como corderitos a...**

–Sí, sí.

–**Con la cabeza agachá y ahí quédate quieto y no te muevas.**

–No grabes eso.

(Risas)

–Estamos deseando salir y encontrarnos con ellas.

(...)

–Ahí calentito en tu cama ¡joder!

–Sí, yo creo que es muy triste estar solo. Y **sin la compañía con las mujeres no se puede estar, creo.**

–Que no se crea tanto, eso también.

–Que se les está subiendo un poquito demasiado el mando, que quieren llevar los pantalones ellas. (GD10, 58)

En estas circunstancias, ¿qué opciones quedan? Fundamentalmente se trata de intentar acomodarse a las circunstancias de la mejor manera posible, ya que «no nos dejan» ser machistas –y ellas son cada vez «más feministas», es decir, extremistas en sus planteamientos–; por tanto, hay que resignarse a que ya no quedan mujeres que asumen empleo y toda la carga doméstica y, puesto que tampoco se reivindica el modelo tradicional, no cabe otra opción que un acomodo resignado a las circunstancias («no nos queda otra que acoplarnos porque la vida viene así»):

–Yo creo que cada vez que **los hombres somos menos machistas y las mujeres más feministas**, yo es lo que pienso. Pues yo mi novia..., yo no puedo hablar con mi novia de cosas de mujeres y hombres porque no. Mi novia, las mujeres: es la más guapa, es la más lista, es la que más vale y ya está y puedes decir misa... (GD10, 32)

–Inconscientemente, el machismo que tenemos es eso, porque asociamos las tareas de la casa siempre a la mujer, ni más ni menos.

–También **lo que la mujer dice**: «¡jo!»...

–«Vete a tomar por culo»

–**O no tienes mujer.** Y así de claro,

–O encuentras alguna tonta por ahí que trabaje y haga todo. **Y de esas ahora mismo no hay.**

–Hay muy pocas.

–**Somos machistas, lo que pasa que no nos dejan y no es como antes.**

[...]

–Yo creo que **no nos queda otra que acoplarnos, porque la vida yo creo que viene así y que...**

–Y si tenemos niños que luchen por...

–Intentar encontrar la mejor pareja que puedas encontrar, lo más semejante a tu manera de ser y a tu forma de ser y tirar para adelante, vamos, yo lo veo de esa manera, de esa manera. Otra solución yo creo que no la debe de haber **porque ni quiero que vuelva otra vez a cómo se estaba hace cuarenta años, como estaba mi madre y mi padre. Pero que eso, te tienes que acoplar. Buscar a la pareja ideal y ya está.** (GD10, 20 y 36)

En síntesis, el machismo a la defensiva se caracteriza por su ambivalencia ante la situación actual: por un lado se valoran como positivas algunas transformaciones, que se perciben como progreso («para unas cosas muy bien»), especialmente en el ámbito del discurso y el deber ser, y por otro se percibe el cambio como amenaza regresiva («en algunas cosas yo creo que vamos para atrás», GD9, 20); la consecuencia es una percepción dual del sexo femenino: «Yo a la mujeres las admiro, luego a veces las odias» (GD9, 3). Predomina una vivencia de desconcierto y confusión masculina, desbordada por la magnitud de los cambios pero sin capacidad –ni deseo, en muchos casos– de oponerse abiertamente a los mismos. En este sentido resulta evidente el papel de contención social (ante posibles derivas hacia el machismo resentido) de la norma social hegemónica, que ha logrado consolidar en el «deber ser social» la percepción de que «no está bien», y no es deseable, oponerse de modo frontal a los cambios sociales protagonizados por las mujeres.

C) Machismo magnánimo antiautoritario

Esta fracción discursiva aparece como minoritaria. Por una parte, no admite añoranzas respecto al modelo tradicional patriarcal: cuando algunos hombres valoran positivamente la estabilidad del mismo (frente a la frecuencia de los divorcios y separaciones en la actualidad) denuncia que éste se basaba en un ejercicio absoluto de poder masculino («Y punto. Y ya está»), equiparable con el ejercicio autoritario del gobierno de la sociedad (Hitler o Franco):

–Hombre, pero un modelo, un modelo a seguir no es hacer eso que tú estás diciendo: meter a las mujeres en donde han estado toda la vida, o sea, en el cuidado de la casa, en el cuidado de los niños.

–Yo no comparto tampoco esa opinión, no, no, me refiero a que, quieras o no quieras, tenías un modelo, que te educaban de una forma y ahora...

–Sí, claro, que tenías una idea y esa idea era fija y eso no se podía cambiar, tú eras el hombre.

*–Sí, exacto. Si te das cuenta **¿quién había en el poder? Hombres. Y punto. Y ya está.** En su beneficio y en su manera de ver las cosas así educaban a la sociedad **y así hemos estado todos**, sucumbiendo a un Franco o etc., un Hitler o etc. Porque ha habido mucha influencia de estas personas sobre toda la cultura, toda la sociedad, todo el crecimiento de las personas. Evaluando el hombre de una manera súper relativa y dejando a las mujeres infravaloradas y debajo tierra. Y es una cosa que eso tampoco puede ser. (GD9, 21).*

Sin embargo, la misma cita sugiere que ambos sexos han estado sojuzgados en el pasado, bajo los efectos del autoritarismo, aunque las mujeres hayan llevado sin duda la peor parte («infravaloradas y bajo tierra»). Por tanto, las mujeres serían víctimas del poder, pero no del ejercido por los hombres, ya que estos –en su mayoría– también han estado sojuzgados. Y en la actualidad la situación no ha sido superada, pues a ninguno de los dos sexos se les reconocen sus potencialidades:

*–...yo creo que [el hombre] tiene una capacidad muy muy bestia que no está vista. Y la mujer tampoco está vista, porque hasta ahora se le ha ido machacándole, o sea, se le ha ido apartando un poco de la gran pantalla. Entonces, yo creo que tendría que ser un poco de todo ¿no?, **valorar lo mucho que vale el hombre, pero valorar también lo mucho que vale la mujer en diferentes apartados.***

–Que uno sin el otro no...

*–**Somos complementarios**, somos complementarios y eso tendría que ser... (GD9, 9)*

En principio, estas palabras podrían indicar la existencia de un sistema social patriarcal en el que tanto hombres como mujeres se ven socializados en papeles rígidos que limitan sus capacidades. Sin embargo, la denuncia de la secular opresión femenina es remitida a la acción de un poder difuso, que también oprime a los hombres. Poder sin rostro, sin características de género ni de ninguna especificidad social identificable. Más aún, una vez liberados de su nefasta acción lo que cabría es recuperar la complementariedad entre los sexos, a partir del reconocimiento de sus cualidades específicas: «cada uno su apartado, que no tiene nada que ver», pues es necesario «saber diferenciar el punto de vista del hombre y el de la mujer, que son totalmente diferentes» (GD9, 5 y 6).

De esta manera se pasa del rechazo al modelo tradicional a la reivindicación de uno de sus principales rasgos: la afirmación de roles sexuales fijos, diferenciados y

con base natural, a los que habría que atenerse para garantizar una relación armónica entre ambos. Por lo demás, bastaría con ser educados, respetuosos y tener capacidad empática (saber ponerse en el lugar del otro) para lograr una sociedad armónica (sin «broncas y pitos»):

–...entre mujeres y hombres, es que la sociedad sería genial si todo el mundo fuéramos así, sería genial, si todos viviéramos así, compartiéramos por la calle y disfrutar simplemente con dejar pasar a una persona que tiene prisa ¿no? Y no decir: «no, porque yo voy antes o porque...» Broncas y pitos y te encuentras eso por la calle. Si no fuéramos así sería genial. (GD9, 12)

La existencia de esta fracción discursiva muestra cómo a partir de una concepción tradicional (diferencias naturales entre sexos complementarios) es posible desarrollar una actitud de denuncia de la situación de la mujer recluida en el ámbito doméstico. Visto a la inversa, puede concebirse este discurso como el de la persistencia de una concepción machista bajo la adhesión superficial a uno de los elementos del paradigma institucionalmente dominante (la legitimidad de la presencia femenina en los espacios extra domésticos).

D) Igualitarismo inconsecuente

Esta fracción pone énfasis en la necesidad de revisar la tradicional renuencia masculina a la hora de asumir las tareas domésticas y de cuidado. Todos los hombres que lo desarrollan están casados. Destaca una valoración positiva de los cambios sociales en curso (salida de la mujer al empleo, asunción creciente por los hombres de tareas de la casa), son un «cambio para bien», ya que las mujeres han sufrido una opresión secular: «ha estado muchos miles de años ahí encerrada en lo que nosotros hemos dicho: en casa y no salía de la puerta», GD9, 9). Puesto que han estado sojuzgadas, es explicable que estén haciendo el cambio cometiendo algunos excesos («a lo bestia»), pero «los que más nos tenemos que poner en su lugar somos los hombres por el tiempo que las hemos tenido como las hemos tenido» (GD9, 10). Esta afirmación supone una asunción de la responsabilidad masculina en la reproducción del sistema de privilegios patriarcales, elemento que no aparece en ninguno de los discursos anteriormente reseñados.

Uno de los representantes de este discurso ejemplifica personalmente la evolución desde un machismo tradicional hasta una mayor comprensión de la situación de las mujeres; a raíz de un período de desempleo y de hacerse cargo parcialmente de las tareas domésticas y del cuidado de sus hijas, o concebir el sexo como una relación de seducción entre iguales y no como parte del débito conyugal («agacha la cabeza. Pim, pim, pim. Y ya está»):

*–En mi caso, pues cada vez mejor. A mi manera de verlo, **cada vez los hombres estamos comprendiendo más las posturas de las mujeres.** Por ejemplo, en estos tiempos de crisis... yo he estado unos tiempos en paro, he currado, en paro, he currado y en el momento que me ha tocado estar en paro, pues me ha tocado hacer las faenas de casa, me ha tocado hacer... Y he comprendido las cosas que yo antes pedía, pedía esto, pedía lo otro y pedía aquello. Hay que tener un poco de comprensión hacia ella ¿no? (...)*

Yo llegaba y pasaba el dedo [por un mueble] y le decía a la mujer: «¡¿esto qué es?, ¿esto qué es?!». Y ahora veo, ¡qué coño!, tengo que hacer esto, tengo que hacer lo otro, tengo que hacer aquello, no me da tiempo a eso. Entonces **me pongo en su postura** y veo de que... que la comprendo, su manera de ver cuando yo llegaba de trabajar. (...) Yo llegué un momento en mi vida que yo ahora mismo cuando estoy currando, pues **hecho mucho de menos el compartir con mi niña**. Cuando al principio llegaba a casa y llegaba a las nueve de la noche, se me acercaba la niña: «y juega con ella». «¡Uf!, no me agobies». No me apetecía.

–Sí, no tienes ganas de hacer nada.

–Y luego ha llegado un momento en que las echo de menos, estoy más a gusto con ellas, **me gustaba ir a buscarlas al colegio, me gustaba hacerles de comer, aunque te carga la cabeza**, pero en el momento en que se iba al cole ya estaba yo aburrido, ¿vale? Entonces, son cosas (...) Y a lo mejor estas cosas, pues yo por mucho que veo, veo que los miles y miles de años de vida que tenemos pues en una memoria colectiva que hay, pues ellas siempre como han sido las mujeres que han estado en casa, siempre han mirado por la familia. Y nosotros como siempre hemos sido los que hemos estado fuera, no hemos estado en eso, no hemos mirado en ese sentido, hemos mirado por nosotros. Cuando hace cincuenta años, por un decir, yo creo que hacía: «¡que te calles!», ¡pum!, y dientes al suelo. Y ahora eso no se hace.

[...]

–Pero yo también ha llegado un momento que yo no miraba por ella [en el terreno sexual] y la decía: «agacha la cabeza». Pim, pim, pim. Y ya está. Pero llega un momento que a mí no me gusta así, **yo quiero compartir, que haya amor**, que haya otra cosa que no sea eso, ¿me entiendes? Entonces, llega un momento que piensas: ‘pues no se pone en mi lugar’, ¿por qué motivo? Pues a lo mejor porque no la hago sentirse bien, pero no en ese momento, cuando llego a casa, hacerle un masaje en los pies que se sienta bien, que se sienta bien. (GD9, 1-2)

Este discurso entiende que los papeles de sexo son de índole social (no naturales) y que el de las mujeres ha cambiado positivamente. El proceso de cambio que afecta a las relaciones entre los sexos es percibido como una evolución lineal, como progreso continuo que se torna inevitable a partir de la incorporación de las mujeres al mundo laboral extradoméstico. A partir de este hecho «no queda otro remedio» que asumir la situación, circunstancia ajena a las generaciones anteriores (caracterizadas por un machismo abierto), que afecta de lleno a los hombres actuales, obligándolos a cambiar («[cuando me ven en mi casa] mis padres no me reconocen», GD10), y que culminará con la generación siguiente (a través de una educación igualitaria de los hijos). Si en épocas anteriores las mujeres han tenido que aguantar mucho, en la actualidad cuentan con más opciones a raíz de su independencia económica. Este cambio positivo se ha producido, sin embargo, de forma providencial («gracias a Dios»), sin luchas sociales, ni capacidad de agencia de las mujeres; por tanto, se trata de una concepción que entiende el cambio social como un proceso progresivo cuasi automático, que se produce al margen de la voluntad y las acciones de los sujetos sociales:

–Porque tus hermanas lo saben hacer mejor que tú [el trabajo doméstico] porque lo llevan haciendo desde que nacieron.

–Lo llevan en la sangre.

–Son los genes que tienen.

–**No lo llevan** (...) Vamos a ver, tú eres niña, desde chiquitita ¿qué juguetes te compran si eres niña?: el cochecito, lavadoras, tal; si eres niño, pues un coche, el escalectrix. Es decir, que desde chicos ya nosotros inconscientemente... Yo, mi hijo, ¿cómo le voy a comprar a mi hijo una cocinita? ¡Anda, joder, no jodas! Y sin embargo cuando va con mi sobrina pues se lo pasa de puta madre con la cocinita. Pero vamos: «yo no te compro una cocina». Cuando vengas con tus primos, juegas, pero tú le compras coches, que si espadas, que si pistolas ¿no? (GD10, 22)

–Pues en mi casa somos siete, tengo siete hermanas y dos hermanos. **En mi casa yo y mi hermano nunca hemos hecho nada, mis hermanas lo hacían todo**, la verdad que mi madre, a cada una la tenía: «tú haces esto, tú haces lo otro», en mi casa. Pero yo el día que me fui con dieciocho años a vivir solo, yo me he tenido que planchar y yo me he tenido... Yo nunca lo he visto mal, ni mal, ni peor... Al final... Yo no hacía nunca nada, yo mi ropa, me duchaba y la dejaba tirá y venía mi hermana o mi madre, o quien sea, y me lo recogía, yo no hacía nunca nada. Pero claro, **el día que me fui solo no te queda otra que hacerlo**.

–Pero por eso te estoy diciendo que son más machistas ellas.

–**Y yo he estado viviendo con chicas y no me ha quedado otra que compartir**. Es que trabajan los dos y los dos salimos de casa para trabajar, los dos salimos... A mí también me gusta llegar de trabajar y tumbarme y a ella también, ¿pero qué vas hacer? Yo creo que ya más que por compartir de, de... Si esto el hombre, es que es necesidad, **es que hay que hacerlo por necesidad** porque cansados llegan los dos cansados de trabajar, no es porque hay que ayudar. (GD10, 18)

–Date cuenta que antes a lo mejor había diez abogados, por ejemplo y ninguna mujer. Ahora ¿qué hay? Cinco y cinco, es decir, aunque sean la mitad, [ellas] **han avanzado más que nosotros**.

–Antes tenían más dificultades.

–Ahora se han puesto a trabajar, que **antes las mujeres no trabajaban**, hace treinta años ¿tu mujer trabajaba?

(...)

–Pero no era porque la mujer no quisiera, pienso yo. Era **porque el hombre no la dejaba** y se quedaba en casa porque mucho hombre, **el hombre machista** no ha querido nunca que su mujer trabajara. La mujer en casa, con los hijos, «para que me haga la comida» «pa' que me limpie», pero que no trabaje. «Mi mujer en mi casa».

–Por eso antes no había abogadas.

–Pero **eso ha cambiado, claro, gracias a dios. Por mi parte a mí me parece súper bien**. (GD10, 9)

La valoración positiva de los cambios encuentra, sin embargo, límites importantes. El más significativo es la construcción de la imagen de la mujer-compañera actual con los mismos rasgos señalados para el discurso machista a la defensiva: antes que como una igual o una compañera se la percibe como una figura maternal, en su doble función cuidadora/dominadora, es decir, como una potencial fuente de peligro para la posición masculina, que tiende a autoperibirse en condición de inferioridad respecto al poder «excesivo» adquirido por el sexo femenino. Obviamente, a partir de esta percepción queda seriamente limitada la posibilidad de desarrollar consecuentemente la empatía y solidaridad entre ambos sexos.

En suma, en este discurso las mujeres no aparecen dotadas de la condición de seres autónomos, especialmente en el terreno sexual; su existencia está siempre referida al hombre en el marco de una pareja estable. Por eso el cambio social se habría producido de forma más o menos orgánica o automática, como «necesidad económica», sin intervención del poder de agencia femenino. Sin embargo, los márgenes de independencia femenina generan una inquietud profunda, basada en una imagen amenazadora de la mujer. En este contexto, ¿qué tipo de «igualdad» sería aceptable para estos hombres que ya no asumen abiertamente el modelo patriarcal tradicional? Puesto que la situación actual es percibida como una dominación femenina, su ideal sería una mujer con «ciertos» derechos, pero no «mandona» ni «discutidora», rasgos que la alejan de su naturaleza femenina y desvalorizan la figura masculina. En suma, alguien que continúa asumiendo un lugar subordinado. De lo contrario, la incapacidad de cambio de los hombres los abocaría a una sociedad de individuos aislados, volcados al consumo y la producción, sin amor ni convivencia entre sexos.

1.2. MUJERES: LA IMPORTANCIA DE LA AUTONOMÍA ECONÓMICA Y SU IMPACTO LIMITADO SOBRE LA VIDA DOMÉSTICA

El material de análisis de los discursos de las mujeres trabajadoras procede de un grupo de discusión realizado en Madrid (GD5), en el que participaron asalariadas en empleos poco cualificados que tienen entre 30 y 45 años, la mayoría tiene hijos, la mitad estaba casada o conviviendo en pareja y el resto divorciadas o solteras; participaron mujeres autóctonas e inmigrantes latinoamericanas. Utilizamos también parcialmente material de otro grupo (GD4), en el que participó una madre soltera, asalariada en el sector de limpiezas.

La principal característica que marca diferencias entre los discursos de las mujeres trabajadoras es la situación de convivencia: las que están casadas o conviven en pareja de hecho tienden a formular posiciones más «comprensivas», o subordinadas, respecto a la posición de los hombres y al discurso patriarcal, formulando críticas hacia las mujeres que son «excesivamente» exigentes respecto a aquellos. En cambio, las que no tienen pareja, y muy especialmente las que han pasado por procesos de separación, ponen mayor énfasis en la necesidad de superar la dependencia respecto a los hombres y ponen en duda con mayor frecuencia la posibilidad de establecer relaciones de pareja igualitarias. Veamos a continuación los rasgos de las cuatro fracciones discursivas identificadas.

A) Mujer machista

Esta postura puede ser caracterizada sin duda como antifeminista. A pesar de estar formulado por mujeres trabajadoras, su identidad social se circunscribe fundamentalmente al papel de madre y ama de casa, que gira en torno a la autoridad masculina. Estas características se expresan en una declaración inicial («soy mujer machista», GD5, 2), en la defensa de un modelo de pareja basado en el respeto mutuo y la tolerancia, pero dando por descontado una mayor carga doméstica de la mujer («siempre haces tú más»), ya que la colaboración masculina en casa es limitada por razones naturales («siguen con su gen guardado») y otorgando en última instancia el poder de decisión a la figura masculina («yo siempre: 'lo que diga papá'»):

*–Es que la mujer como que se ha liberado mucho. Yo es que soy machista, **soy mujer machista**, a lo mejor. (...) Yo llevo diecisiete años con mi marido y la verdad es que hemos tenido de todo, altibajos, pero vamos, con tolerancia y respeto... [...] **Siempre haces tú más**, es lo que yo digo... Si se te ha olvidado el hacer esto (...) Yo vivo con cuatro hombres: mi marido, mi padre y dos hijos, uno de dieciocho años y otro de once. Y ahí curra todo el mundo, igual que voy a trabajar yo, trabajamos todos. Y ya está. [...] En plan tareas está todo muy organizado. Sí, reconozco que **yo siempre: «lo que diga papá» y... Lo que diga el padre, siempre. Pero, vamos, en plan de tareas y eso está todo repartido muy bien, apuntado en la nevera y cada uno en su día, o sea que...** (GD5, 4)*

*–**Siguen con su gen guardado**, porque a veces le digo a mi hijo: «¡anda hijo!, tiende la ropa»; «¡jolin mama!, deja la lavadora, luego por la noche, no sea que me vean los de la plaza» (Risas), porque **lo tienen ahí agarrado, es como dice ella, de los genes**. No hay otra cosa, claro. (GD5, 17).*

A partir de esta subordinación femenina a la norma masculina se formulan críticas hacia las mujeres que no respetan dicho marco. Por una parte, aunque se valora positivamente el margen de libertad y autonomía que tienen las mujeres en la actualidad (salir con amigas, tiempos de ocio, etc.), se pone el acento en utilizar estos derechos otorgados con prudencia («dentro de unos límites normales») para no perder la confianza del hombre y no suscitar su justo enfado. Por otro lado, en la misma línea se cuestiona a las mujeres que se habrían liberado en exceso, descuidando lo específico de su papel doméstico («no están pendientes»), lo que las lleva a estar en una posición desesperada (sin pareja, porque «no se aguantan ni ellas»). En definitiva, la mujer goza de una libertad condicional, sometida a un acatamiento absoluto de los límites fijados por la relación patriarcal «normal»; ésta establece límite entre las buenas mujeres (las que respetan y atienden al marido) y las malas (las que «se aprovechan» de su buena fe y no están pendientes de sus necesidades). Estas últimas se exponen al castigo de verse excluidas del vínculo que da identidad y seguridad a la mujer, la relación de pareja heterosexual:

*–Sí, han cambiado mucho [las relaciones entre mujeres y hombres]. Yo me voy a tomar un café con una amiga, me voy al cine, me he venido aquí, o sea, **dentro de un... Porque pensamos que él se vaya a enfadar**. Tengo amigos que han entrado en la tónica de «venga, tú sales este sábado, yo me quedo con los niños y tú sales al sábado que viene». Y han entrado en esa tónica y*

al final se han separado porque esos sábados han conocido a alguien. Pero vamos, **dentro de los límites normales**, hoy me he venido aquí, mañana me voy con una amiga de compras, no pasa nada, igual que él un día se queda tomando una copa, pero **un día ¿eh?, uno**. (GD5, 10)

–Es verdad, sí, «es que mi marido me ha hecho salir, no había leche». Es que **tú deberías de haber estado pendiente** de que hubiera leche. Entonces, es que veo que **hay muchas mujeres que se han liberado, pero se han liberado de una forma...**, lo que tú dices, yo tengo amigas que no tienen una relación de más de cuatro o cinco meses, porque no aguantan, **no se aguantan ni ellas**. (GD5, 2)

–Yo veo que... Yo tengo sobrinos de veintitantos años, treinta y veo, pero digo: ¡pero qué suerte han tenido estas niñas! Viven con chicas, o sea, **es que hacen casi más ellos que ellas**. Digo: «¡serán guarras!». Yo sigo con mi mentalidad. (risas) Y sí, y yo voy a su casa y digo: «venga nena, levántate que está R.»; dice: «que lo haga él, yo trabajo» (risas). **Yo me levanto por mi marido**. (GD5, 11)

B') Esposas y madres: un cambio inconcluso

Esta fracción discursiva es sostenida también por mujeres casadas que tienen hijos pequeños. Parten de una crítica al modelo de división sexista de las tareas, atribuyendo gran parte de la responsabilidad a un modelo de socialización vehiculado por mujeres de generaciones anteriores; como consecuencia los hombres tienden a buscar en la compañera una figura materna, por tanto, es fundamental educar a los hijos de forma igualitaria para garantizar que sean autónomos:

–Es que muchos hombres que a la hora de buscar a una mujer, **no buscan a una mujer, buscan un prototipo de su madre**, algo parecido a su madre, cuestión de tener la vida más adelante arreglada igual. Y es así.

–Pero **además que se acueste con ella**. (GD5, 6).

Contra el discurso antifeminista sostiene que no se debe estigmatizar a las mujeres amas de casa que no cumplen con las exigencias patriarcales, puesto que pueden existir circunstancias sociales que expliquen dicha postura. Esta cita pone de manifiesto una actitud de empatía y solidaridad de género, que intenta comprender la situación de otras mujeres, antes que cuestionarlas directamente por apartarse del modelo normativo tradicional:

–Pero **habrá que ver también el punto y el por qué** se da esa situación, ¿sabes? A lo mejor por no tener trabajo o se pasa muchas horas metida en la casa, se agobia, algo de eso tendrá que ser. (GD5, 2)

También se diferencia del machismo femenino en su defensa de una pareja colaboradora, que tienda a distribuir equitativamente las responsabilidades domésticas entre sus miembros. Sin embargo, este modelo ideal parece lejos de ser una realidad firmemente instalada, por el contrario, está signado por la provisionalidad y la suerte: por un lado, que «te toque» un hombre dispuesto a negociar, compartir tareas y asumir compromisos; por otro, es necesario tener habilidad, tolerancia y

«mano izquierda» para llevar la convivencia, porque de lo contrario se corre el riesgo de acabar sin pareja:

–Yo estoy casada, tengo un hijo de dieciocho años, me casé con veintiún años, **encantada de la vida y continuo con mi marido bien**. Llevamos un..., **hay un ten con ten**, hay cosas que no me gustan y cosas que a él tampoco le gustarán de mí, pero nos llevamos muy bien. Sin embargo, por amistades que tengo veo que **no se aguantan nada**, ni la misa la mitad. O sea, no..., enseguida que hay un roce... Tengo una amiga concretamente que es que va a cumplir cuarenta años y es relación tras relación, le duran tres o cuatro meses y se acabó. No sé.

[...]

–Yo pienso que **he tenido suerte** (Risas) Conozco a mi marido desde los catorce años, nos conocimos en el colegio y nos casamos, claro, él tenía..., yo veintiuno y él veintitrés. Y es que **yo no he tenido que decirle nada**, o sea, yo he estado en el hospital y cuando he llegado a casa estaba la casa pintada entera. Yo no sé hacer huevos fritos, el otro día eran patatas fritas y tal y vino él de trabajar a las tres de la tarde, tiene una hora para comer y vino harto de trabajar y le dije: «los huevos, guapo». E hizo los huevos, vamos, yo es que no...

–No le pasa nada, no le pasa nada.

–Por eso te digo que **yo creo que tengo suerte**.

[...]

–Has tenido suerte. Yo pienso que **hombres así ahora no se encuentran así nomás**. (GD5, 1, 14 y 16)

Una modulación particular de este discurso aparece entre mujeres inmigradas, que viven como un cambio positivo la migración en la medida en que ha supuesto una modificación del reparto de tareas domésticas y de la actitud de sus maridos. Así, cuestiones que eran normales «allí» (marido «súper machista» que no hacía nada en casa) se convierten en intolerables «aquí» (donde ambos miembros de la pareja trabajan y han de repartir lo doméstico). Sin embargo, éste es un proceso lleno de dificultades y resistencias («ha cambiado pero le ha costado»), promovido por los reclamos femeninos y no del todo completado («no lo hacen todo pero te ayudan»):

–Yo vengo de un país donde el hombre es..., **en Ecuador el hombre es machista, machista: la mujer en casa y el hombre trabaja**. Yo me casé muy jovencita, llevo aquí once años, me casé bien joven y cuando conocí a mi novio, no lo conoces hasta que no vives con esa persona, ahí se empieza a conocer al hombre, ¿no? Yo empecé a conocerlo, era igual como dice ella: que la madre le hace todo, todo. Y él pensaba que yo también. **Eso es allá pero aquí no: yo trabajo, tú trabajas y el dinero lo ponemos los dos y aquí las cosas por igual**. Y me costó ¿eh?, **me costó bastante**, llevo ocho años, tengo un hijo y... sí, puso de su parte y cambió. [...] También depende del hombre. Porque mi cuñado vive con mi hermana años y el igual desde Ecuador, igual: todo servido, todo servido. Pero él vino aquí, bueno, será porque... las cosas así son y él aprendió a cocinar, vivió aquí un tiempo solo, lo que no sabía allá, aquí lo aprendió, a un sofrito, de verdad, a hacerse tu comida, no

sé... (...) Y eso, mi cuñado aprendió sólo y él con mi hermana viven muy bien porque todo se reparten las cosas. **Y es como tiene que ser.** También el hombre tiene que poner un poquito de parte ¿sabes?. (GD5, 5-6 y 7)

–Bueno mi marido..., nosotros somos dominicanos y **mi marido allí era súper súper machista...**

–¡Cómo son los dominicanos!

–...Pero sin embargo **aquí en los últimos años ha cambiado bastante.** Ahora llevo de trabajar y a lo mejor está la comida hecha, y saca a la niña al parque, como dice ella, o la busca al cole. **Entonces no me puedo quejar,** estoy muy a gusto. **Pero eso ha sido en unos cuantos años.**

–Allí en Dominicana no.

–Allí no. Allí era todo el día del trabajo a la casa, de la casa al trabajo y viendo la tele...

–La comida en la mesa.

–Exactamente. **Y le ha costado,** no creas que...

–Es que a mí me da rabia, venir del trabajo y encontrarlo allí... Y yo haciendo todo, a mí me da rabia. Y se lo digo. **Además es que hay que decírselo. Si tú te quedas callada y todo te lo tragas...** Lo que pasa que, claro, hay... como dice ella, **hay hombres que no, no y no.**

–Hay casos.

–No, no y prefieren dejarlo todo y... **Pero hay hombres que sí, que sí ponen de parte, cambian, no lo hacen todo, pero te ayudan y es diferente.** Entonces ahí ya la situación cambia y tal. Entonces la mujer ya se da cuenta que hay un cambio y la relación sigue y todo. Pero cuando ya no hay comprensión... (GD5, 13-14)

Así, tanto las trabajadoras autóctonas como las de origen extranjero se encuentran en un proceso de cambio, positivo pero inconcluso, hacia un modelo de pareja que comparte responsabilidades domésticas y de cuidado. Su lugar en dicho proceso (tener la «suerte» de contar con maridos que colaboran) las convierte en relativamente privilegiadas, por comparación con las que se encuentran sometidas al modelo tradicional (mujeres mayores, mujeres machistas, las que viven en otros países, etc.). A partir de esa constatación se sienten conformes e incluso superiores a las que no han avanzado hacia la pareja igualitaria. Sin embargo, también son conscientes de la fragilidad de estos cambios, que no son generalizados y sólo se logran venciendo resistencias masculinas:

–Pero es que entonces **las que hemos mejorado somos nosotras,** las que hemos puesto determinados...

–Límites.

–Sí, a nuestra libertad, a poder decidir. Porque yo creo que **ellos sí han evolucionado... poquito.**

–Sí, porque ya te dejan..., hombre, sí, **a la fuerza.** (GD5, 11)

La propuesta de esta fracción discursiva es la de mejorar progresivamente la situación de las mujeres, pero cuidando de no alterar bruscamente las relaciones de poder entre géneros. Se trata de garantizarse una «buena» pareja, relativamente colaboradora, sin extralimitarse en autonomía o reivindicaciones femeninas («hay mujeres que se aprovechan de la situación», cargando con todo el trabajo doméstico al marido con la «excusa» de que trabajan fuera, GD5, 11), dando por sentado que la capacidad de cambio masculina es limitada. En última instancia, no se plantea superar el horizonte de la pareja actualmente existente, lo que pone de manifiesto un claro límite al ámbito de autonomía femenina.

C') La improbable pareja igualitaria

Entre las trabajadoras que han experimentado procesos de ruptura de pareja, y actualmente no conviven con un hombre, se extiende un discurso que pone en cuestión la posibilidad de construir relaciones igualitarias entre ambos sexos en el seno de una pareja.

El cambio positivo se basa en que las mujeres ya no están sujetas al hombre en una situación de dependencia, lo que las obligaba a «aguantar lo que los hombres quisieran»; hoy la mayor independencia femenina ha modificado el marco de las relaciones, pero aún así las parejas igualitarias «son pocas» y los hombres quieren seguir detentando el poder («quieren mandar»). Además, las propias madres son correa de transmisión de las desigualdades de género pues continúan educando a los hijos en papeles diferentes en función de su sexo:

*–Yo soy... que me casé muy joven, tengo tres niñas y me divorcié hace... Estuve casada dieciocho años y me divorcié hace ocho años o así. Y yo pienso que **las mujeres ya no aguantamos todo lo que los hombres quieren**. O sea, yo creo que aguanté, el tiempo que aguanté primero por mis hijos... y luego porque dependía económicamente de él. Pero cuando ya vi que yo podía vivir de mi trabajo, pues dije: «no, pues ya lo que él diga no va a misa». O sea, que también...*

–Tienes tu opinión.

*–Claro. Entonces, no sé, yo creo que sí que **han cambiado mucho las relaciones entre hombres y mujeres**, pero es por lo mismo, **porque la mujer está más preparada ahora**, no va a dejar...*

–Pero en una relación de iguales que no tiene por qué ser que el hombre se imponga ¿entiendes?

–Sí, pero esas relaciones son pocas.

*–Es que **a los muchachos varones los criamos con el machismo** ¿sabes? Es que el problema de que «tú como eres mujer, tienes que... fijarte porque esto y lo otro». Y sigue la educación siempre igual.*

*–**El problema es nuestro porque educamos a los hijos**. Yo, por ejemplo, tengo cuatro niños y una niña y a la niña la digo: «¡ay!, ayúdame». Sin embargo, a los niños les dejo como...*

[...]

–Sí, pero **la mentalidad de todas formas sigue siendo machista**. Pueden trabajar y colaborar y todo pero siempre... el hombre...

–Quiere mandar.

–Sí, quiere mandar.

–Pero **mientras haya mujeres machistas...** (GD5, 3-4)

–Hombre, date cuenta que hay de todo. Yo, por ejemplo, en mi caso, yo he estado diez años con mi pareja, ahora estoy sola, estoy muy a gusto, **se me ha quitado las ganas de estar...**

–A todas las pasa lo mismo.

–...Y el problema viene de que su madre le educó como hace años. Él es muy buena persona, pero él **está educado a la era de Franco y eso ya se acabó**. Entonces, era pues eso, el machismo, o sea, él era él y él, que no era mala persona pero él estaba acostumbrado a eso y aunque quería cambiar no podía. Hasta que ya dije: «se acabó». Y se acabó. Pues es que era..., íbamos donde su madre y la madre..., estábamos todos comiendo y: «tráeme esto, tráeme lo otro». Y la madre corriendo ¿sabes?, o sea, cosas que le dices: «levántate tú porque estás comiendo igual que estoy comiendo yo». Y así todo y: «mamá, ven» veinte veces... O sea, es el: yo te llamo y tú vienes. Que no era mala persona pero le han enseñado así, viene arrastrado de hace años. Aunque hay hombres maravillosos, pero **sigue habiendo hombres que todavía están educados a cómo mamá les ha enseñado; de: el hombre es el que manda, el hombre todo**. Y ahí se estropean muchas, muchas, muchas relaciones. (GD5, 4)

En resumen, la valoración respecto a las posibilidades del cambio pone el acento en las dificultades para conseguirlo; la mayoría de los hombres no se avienen a perder sus privilegios («de cien hombres lo hacen seis», GD5, 15), incluso cuando su compañera adopta una postura activa, reclamando que se haga cargo de responsabilidades domésticas («hay hombres que no, no y no»). Ante tal diagnóstico se impone el escepticismo acerca de las posibilidades de establecer relaciones de pareja igualitarias. Los hombres aparecen como alérgicos al compromiso («no quieren ataduras»), o bien como incapaces de cambiar, lo que supone que en una nueva pareja tenderán a reproducirse los mismos problemas que llevaron a la ruptura de la anterior. Por lo tanto, es preferible disfrutar de la libertad conquistada («mejor sola que mal acompañada») o limitarse a encuentros fugaces con el otro sexo («a la carta»)⁶:

–Hoy en día **los hombres, poquitos**; los cuento, poquitos. Somos bastante más fuertes que los hombres, bastante.

[...]

⁶ Estas dos actitudes expresan sendas posiciones respecto a la manera de vivir la sexualidad femenina: una que tiende a limitarla puesto que el contexto sólo ofrece contactos ocasionales, con argumentos que defienden el ideal del amor romántico como único horizonte («yo no soy plato de un rato», resguardarse de los hombres que «van a lo que van»); otra que asume en pie de igualdad con los hombres la capacidad de relacionarse libremente, incluso en un plano conceptualizado como «frívolo» según los cánones del modelo romántico.

–Bueno, hay hombres que sí. A mí me queda la esperanza.

–Yo la perdí, yo particularmente la perdí. **Yo la perdí hace tiempo.** (GD4, 3-4)

–Pero en cuestión de parejas yo lo veo que [los hombres] quieren mucha libertad, **no quieren ataduras**, oyes la palabra el «follamigo» como dicen en Gran Hermano, el follamigo. O sea, nada más que sexo, un rato y ya está, ya no quieren comprometerse ni en plan pareja, ni familia, ni nada.

–Eso es porque claro, yo tengo treinta y un años y las amigas que tengo y amigos, pues **las relaciones que vamos teniendo tienden a eso, a ser súper cortas en el tiempo**, eso, un encuentro pues que vas con una intención muy clara...

–Y ya está, **que no quieres relación.**

–...y no se abren mucho más... Y, por un lado, pues claro, hay veces que sí, dices, venga, pues hoy, mira qué bien lo que ha tocado, pues un apretón. Pero otras veces sí que a lo mejor, ¡jolin!, no dejas de tener a lo mejor la necesidad de tener una relación más larga ¿no? **Y parece que no se puede**, está... como si estuviese revuelto el ambiente, es muy difícil. A cuando a lo mejor yo me podía relacionar con dieciocho, que parece que había una percepción mucho más larga y de noviazgo.

–**Ahora la mayoría es así.**

(...)

–Y a medida que pasa el tiempo, que uno se hace más mayor **cuesta mucho tener una relación**, yo lo digo por mi caso ¿no? Ya llevo divorciada ocho años y cuesta mucho el llegar ya a otra. Porque tú, pues eso, **ya eres independiente y ya no quieres llevar... que vuelva a pasar lo mismo** y cuando ves que va a pasar algo así, dices: ¡madre!

–**Mejor sola que mal acompañada.**

(risas)

–Cuesta muchísimo y, pues eso, **a la carta.**

–Yo llevo cuatro años y **estoy tan a gusto que no me lo he planteado** (risas) No, es verdad, me he hecho a estar sola con mis hijas, salgo cuando puedo, o sea, todo con mis hijas, que es que no me apetece llegar... otra vez, estar con una persona, a saber que quiere, **vuelta a empezar**, dale explicaciones, que... (GD5, 8-9)

A pesar del escepticismo, y de la valoración crítica respecto a la actitud masculina dominante, no se renuncia totalmente al ideal de pareja igualitaria. Si este no resulta accesible para las mujeres de hoy, al menos se espera poder propiciarlo para las generaciones futuras, a través de una educación de los hijos que supere la polarización entre sexos:

–Por eso digo que la siguiente generación ya como se les enseñará a los niños, pues **ya la siguiente generación ya será mucho mejor ¿no? No tan machistas.**

*–Eso es lo que decía yo, de que **los que hoy en día tienen nuestra edad todavía hay alguno que se salva**, pero los de la generación nueva ya serán mucho mejor.*

[...]

–Por ejemplo, yo tengo dos hijas; la mayor va a hacer doce años y yo la estoy enseñando pero no como hace años: «es que es para tu marido». No, o sea, yo por ella para que aprenda, el día que tenga su casa para ella ¿no? No como antes que te decían: «ah, es que tu marido, es que le tienes que guisar...»

–Tienes que saber coser.

*–Claro, entonces **yo la estoy educando a como es ahora, o sea, para ti**, que tengas que hacer en tu casa o no, pero que siempre y cuando él colabore, porque tú **no vas a ser la chacha de nadie**. Pero vamos, yo la estoy enseñando por ella, **para que tenga su independencia** y aprenda, pero no porque tiene que hacérselo al hombre cuando se case, que es como antiguamente...*

–Sí, que se nos preparaba para...

–Sí, a coser, a no sé qué, para el hombre

*–Y por eso al revés, **yo a mi hijo le he enseñado no para que ayude a su mujer, le he enseñado porque a lo mejor él tiene que vivir solo**. (GD5, 11-12)*

Por tanto, las mujeres que sostienen este discurso se sienten partícipes de un proceso inconcluso: existe una tendencia de cambio pero marcada por fuertes resistencias; ante las dificultades, o imposibilidad, de superarlas se proyecta la solución del problema hacia el futuro (la educación de las generaciones jóvenes). En todo caso, las posibles transformaciones sólo son concebidas dentro del ámbito privado: la capacidad de agencia femenina se agota en el marco relacional de una posible pareja. Más allá de este terreno no parece haber espacio para la acción, tampoco se visualiza la necesidad y oportunidad de actuar ante/con las instituciones o los hombres en tanto colectivo. En definitiva, las cuestiones que afectan a las relaciones entre hombres y mujeres no aparecen vinculadas a procesos sociales más amplios y, por ello, tampoco existen referencias a prácticas de activismo o solidaridad con otras mujeres con el fin de ir construyendo nuevos espacios.

D') Sociedad sexista y solidaridad de los oprimidos

Existe una variante del discurso anterior, expresada por una asalariada en puesto de trabajos administrativos en grandes empresas, inserción ocupacional que se sitúa en un estatus algo superior al del grupo hasta ahora citado (trabajadoras no cualificadas en pequeñas empresas, generalmente en puestos de trabajo «femeninos», con escasa posibilidad de establecer una carrera ocupacional y/o de compartir categoría laboral con varones). Desde esta posición se afirma taxativamente que existe una postergación secular de la mujer que no se funda en limitaciones de ésta sino en el ejercicio del poder masculino:

–Pero por lo general, siempre una mujer ha estado mucho más a la espera ¿sabes?, a la escucha, a...

*–A lo que le han permitido quizás, estar. A lo mejor le han permitido estar en un segundo plano, le han siempre denigrado a un segundo plano, no porque la mujer no haya querido sino porque **no la han dejado**. Es muy diferente.*

*–Porque **ha sido sometida**.*

–Totalmente.

–Desde el nacimiento, de la creación, siempre fue sometida a la ley que puso la sociedad.

–El hombre. (GD4, 6)

Hoy, a pesar de cambios y avances relativos, persiste un sexismo evidente, tanto en el ámbito familiar como en el laboral; son cuestiones que no pueden ignorarse ni evitarse mediante una pura estrategia personal, aunque hagas como que no existen, las situaciones de desigualdad son reales: «te puedes ver en situaciones, pues que te llegue uno y te zurre, o que entres en un puesto de trabajo donde te pagan menos y te jodes» (GD4, 5).

*–Aquí **seguimos siendo el sexo débil**. Yo también estoy conforme con lo que has planteado, totalmente, con lo de que **no se nos valora igual que a los hombres**, teniendo las mismas formaciones que los hombres, desempeñando los mismos puestos de trabajo, no se nos paga igual. Yo particularmente, en mi caso, yo trabajo para una empresa muy grande, yo tengo compañeros que llevan menos tiempo que yo trabajando en la empresa, haciendo exactamente lo mismo que hago yo, ellos han progresado en la empresa y yo sigo cobrando menos. Y como yo, **miles y miles de mujeres en España, muchas. No se respeta todavía. No se nos valora al cien por cien como debiese**. Pienso que hoy en día la mujer está quizá bastante más preparada que el hombre, bastante más. (GD4, 3)*

Por tanto, se trata de una cuestión de poder, subordinación, discriminación y resistencias que aún no se ha dirimido y no tiene visos de superación a corto plazo. Además, se inscribe dentro de una dinámica social más amplia, que afecta a otros grupos sociales subordinados (gitanos, inmigrantes, homosexuales); de modo intuitivo se sugiere que la causa de las mujeres no puede afrontarse dando la espalda a otros sectores postergados, al menos desde el respeto a su dignidad como iguales. Así, de manera titubeante se trasciende la solidaridad de género, abriéndola a una identificación con «los de abajo»:

*–Yo tengo amigos, entre comillas, que ven por la calle a un gitano, te voy a poner el ejemplo, y los insultos son mortales. O ven a un sudamericano y sus insultos son mortales, y tú te vuelves y dices: «pero vamos a ver, no lo entiendo, no lo entiendo». «Porque estamos invadidos, porque no sé qué...». Hay una cosa muy clara, **no podemos criticar algo que hemos hecho ¿vale?** Esto por lo que hablamos en base a la formación, o la confianza de cómo te eduquen en tu casa. «¿Estáis criticando a gente que viene de fuera*

a buscarse la mandunga? Perdone, cuando los españolitos de a pie nos íbamos fuera a buscar nuestro trabajo ¿qué?».

[...]

–Entonces, mi hija va a **respetar tanto a un hombre como una mujer, como un homosexual, exactamente igual**. Hoy en día, tenemos muchos problemas ¿por qué?, porque la gente que viene detrás, o incluso la que hay hoy en día, no mira eso así. ¿Cuántas veces y a cuánta gente hemos escuchado –y perdonarme– «maricón de mierda?, ¿cuántas veces? (...) Entonces, mientras que eso no se valore evidentemente va a haber diferencias entre hombres y mujeres, siempre. Porque no tenemos una base que esté basada en eso, en el respeto. Simplemente, no hay más. **Mientras no haya respeto, no hay igualdad**. (GD4, 14 y 15)

2 PEQUEÑAS PROPIETARIAS Y EMPLEADORES EN CIUDADES INTERMEDIAS

2.1. HOMBRES MADUROS: PRESENCIA DE LAS MUJERES EN EL MUNDO DE LA EMPRESA E INVISIBILIDAD DEL MUNDO DOMÉSTICO

En este caso se buscaba la representación de un discurso social conservador, ligado tanto a la pertenencia generacional (personas próximas a la jubilación), al estatus social (empresarios empleadores) como al ámbito residencial (Burgos, capital de provincia, con mayoría social conservadora). Para ello se realizó un grupo con hombres entre 55 y 65 años, todos con hijos, la mayoría casados, algunos separados; la mayoría son autóctonos y dos inmigrados de Argentina. Como se verá, el material obtenido responde sólo parcialmente a las previsiones, ya que junto a discursos más próximos al machismo tradicional aparecen otros que reflejan un cierto proceso de modernización en los puntos de vista, que se presentan como urbanos y dinámicos (por oposición a actitudes propias del mundo rural atrasado) y defensores de un proceso de progresiva equiparación entre ambos sexos.

E) Discurso patriarcal cristiano: complementariedad a partir de roles tradicionales

Este discurso es sostenido por las personas de mayor edad del grupo. Uno de ellos define su posición a partir de un punto de vista «católico practicante»; por tanto, la percepción de las relaciones entre los sexos se efectúa a través del prisma de los principios religiosos:

–Yo llevo más años casado que todos vosotros, llevo cuarenta, cuarenta y uno voy hacer ya (exclamaciones). Pues no, no, es que no quiero ninguna estampa; yo quiero seguir casado con la misma señora. Yo tengo convicciones católicas, soy católico y practicante, no soy del Opus Dei ¿eh? (risas), vaya esto por delante. Y mi vida, mis convicciones católicas se reflejan en mi forma de vivir, en mi forma de enfrentarme a la vida, en mi forma de enfocar la vida. (GD8, 9).

Desde este posicionamiento se aboga por el matrimonio indisoluble, fundado en el establecimiento de un proyecto común que no esté sujeto a los avatares de la

vida (como un contrato revisable). Este planteamiento se inscribiría en un marco social con larga tradición: en Burgos hasta años recientes ha existido una separación neta entre los hombres, que trabajaban fuera y las mujeres, que estaban en la casa; actualmente este modelo está en retroceso, lo que es valorado como una «pérdida de valores»:

*–Para analizar el tema hay que tener en cuenta este hecho, de que **en Burgos el que la mujer trabaje es una cosa que ha ocurrido de unos pocos años para acá**, treinta años, tampoco son demasiados, veinticinco años. Y a mí me parece que, a veces, se plantea el matrimonio –porque hablamos de la relación de pareja, tú lo has planteado y alguno casi, casi, lo habéis insinuado en la forma de plantearlo– como un contrato entre un hombre y una mujer, con unos objetivos. Y la verdad es que yo estoy acostumbrado a plantear el matrimonio como un enamoramiento entre un señor y una señora que deciden compartir su vida y crear un objetivo, un plan de vida, un objetivo de vida juntos, una vida en común. Entonces, creo que sinceramente **tiene muchas más posibilidades de triunfar el planteamiento de crear un objetivo común, un plan de vida común que el planteamiento de hacer un contrato**, porque el contrato puede variar, pero los objetivos siempre van a ser los mismos. Entonces a mí me parece que efectivamente con el paso del tiempo hemos ganado en bienestar económico, en bienestar del tipo que queramos considerar, pero seguramente **hemos perdido mucho de los valores que hacían que una pareja, un señor y una señora se juntaran para crear una vida, un futuro en común.** (GD8, 9)*

En contra de las tendencias sociales dominantes se defiende que la máxima realización («desarrollo») de las mujeres pasa por su maternidad y la función de gestoras del hogar. En la actualidad este valor supremo se estaría pervirtiendo en aras de un materialismo degradante, cambiándolo por el dinero de un salario femenino, por tanto, no es bueno que la mujer se vuelque al mundo laboral. Este discurso defiende la igual dignidad personal de la mujer y el hombre, pero ocupando cada cual un ámbito de desarrollo diferente. El papel de la mujer está en la casa, como madre y gestora de la armonía familiar, el hombre debe dignificar a la mujer ama de casa. En otros términos, la mujer debe permanecer en el tradicional papel de madre y esposa, la diferencia estriba en que ahora cuenta no con el desprecio y abuso masculino sino con su «reconocimiento»:

–Pero la sociedad implica muchos más aspectos en todo el aspecto del conocimiento, el aspecto de avanzar en todas las secciones. Creo que es tan importante como desarrollarse como madre y como padre. Si eso acaba siendo una alienación al final. ¿Es importante?, es muy importante, pero no es lo único en la vida, la reproducción y la crianza.

*–No, no, no. **No confundamos la labor de la mujer en el hogar como reproducción y criar, es que es mucho más importante que es eso. (...) Es importantísimo. Lo estamos cambiando por dinero.** (GD8, 29-30)*

–Yo, en principio he querido plantear si verdaderamente es absolutamente bueno que la mujer se incorpore con todas las consecuencias al

trabajo. ¿Pero es que consideramos que no se desarrolla como madre? (GD8, 29).

–Y a mí me parece que también hay que tener presente que hay que saber renunciar por parte del hombre a esa supremacía, a esa forma de considerarse superior, al machismo y **valorar el trabajo de la mujer**, porque el trabajo de la mujer, no en el exterior sino **en casa, es muy importante, es tan importante como el del hombre**. La mujer trabaja veinticuatro horas, se dice, pero es verdad, trabaja veinticuatro horas y tiene a su cargo una cosa, muy, muy, muy importante es **mantener la estabilidad de la familia, mantener el calor dentro de...** (...) Personalmente, creo que **depende mucho de que el hombre sepa dar valor a ese trabajo**. Efectivamente lo que tú dices es verdad, nuestros padres o nuestras madres o nuestras abuelas, han estado sufriendo con esa tarea porque es que han estado sufriendo porque han estado sometidas, han estado consideradas, pues lo que decías tú: «es que mi marido cuando me usa». Es que con este planteamiento lógicamente, una mujer se tiene que sentir humillada y despreciada. Pero **si la mujer percibe que el hombre valora, valora todo lo que ella aporta a la familia, a la sociedad familiar**, pues creo que..., bueno, mi experiencia, llevo cuarenta años con una señora y la verdad es que ella quiere seguir unos pocos más, lo que dios nos deje, y yo también. (GD8, 9-10)

Además, en el mundo laboral no todo son ventajas para las mujeres, pues resulta obvio que sufren discriminación salarial y falta de promoción profesional por culpa de las actitudes masculinas. En definitiva, el modelo que tiende a imponerse actualmente fomenta, a través del llamado a la autonomía y empoderamiento femeninos, el enfrentamiento entre los sexos:

–A mí me parece que **estamos contraponiendo la figura de la mujer frente a la figura del hombre** y yo, por mi experiencia, no porque... (...) Ni muchísimo menos, creo que lo que sería ideal que pusiéramos la figura de la mujer **junto a la figura del hombre, no frente a la figura del hombre**. (GD8, 12)

La propuesta del familismo católico es defender una pareja basada en la complementariedad, en la que la colaboración se establezca a partir de roles claramente diferenciados, investidos de la misma dignidad. Estos tendrían su fundamento tanto en la naturaleza (el sexo biológico como determinante de cualidades y aptitudes diferenciales) como en la trascendencia (la unidad de los polos complementarios sólo se concibe en el marco de comunión con la divinidad)⁷. Sin embargo, este modelo tradicional se ve constreñido por una dinámica de cambio en el que papel protagonista recae del lado femenino; debido a ello, los hombres se verán forzados a modificar sus actitudes. Lo que aquí no se explicita es si dicho cambio será para conservar su papel dominante o para plegarse a las propuestas de relaciones igualitarias:

⁷ En el plano doctrinario, mucho más elaborado y «puro» que el discurso social de la calle, puede encontrarse una buena muestra de los fundamentos de esta postura en LACALLE NORIEGA, M. y MARTÍNEZ PERONI, P. (coord.) (2009): *La ideología de género. Reflexiones críticas*, Ciudadela, Madrid.

–Si la relación es a futuro va a pasar...Os voy hacer un símil, a ver si me explico bien y muy cortito: los diesel y la gasolina. En el mundo de la automoción se ha llevado muchos años, muchos años investigando sobre los diesel, ha llegado un momento que los diesel se han conseguido unas prestaciones que no las daba ni la gasolina y ahora está el mundo de la automoción tratando de..., a la gasolina dándole una particularidad, darle algo que se le estaba acabando.

–Tratando de sacar el coche eléctrico.

*–No, espera. Entonces, para mí **las mujeres dentro de diez años**, con vista a diez años **van a conseguir** que, voy a decir un término, «que **los hombres se pongan las pilas**» (GD8, 24)*

F) Machismo a la defensiva

Para este discurso el machismo existe pero en grupos y zonas ajenos al propio medio social. Sería una rémora del pasado y, en la actualidad, un signo de atraso. El paradigma de tales comportamientos serían los pueblos castellanos, muy distintos a la ciudad. En aquellos la tradición secular patriarcal estaría asumida por toda la población (hombres dominadores y mujeres sometidas); en cambio, en las ciudades –y, específicamente, en el medio empresarial– la cuestión estaría superada, especialmente porque las mujeres pueden responder y sublevarse ante el autoritarismo machista:

*–Las capitales son una cosa, que ahora se da menos [el machismo], y los pueblos son otra. Aquí sí que se nota, ir a zonas rurales es un poco también lo que decías tú, es decir que **el machismo se nota mucho más en las zonas rurales y es un machismo en muchos casos, yo no sé si consentido o no, pero sí ya es decir, a fuerza de años ¿no? Pues al final es así y nadie se subleva, es decir...***

–Pero condicionado también porque está en un pueblo y al final ese pueblo...

*–**La mujer no puede responder** como respondería aquí.*

*–La **sumisión** es tremenda. (GD8, 21)*

Sin embargo, este mecanismo de proyección (los machistas son los otros) considera que lo cuestionable son las manifestaciones extremas del autoritarismo masculino, basado en la reclusión doméstica de la mujer y su dependencia absoluta respecto al hombre. Pero ¿qué sucede en el ambiente social propio? Según el machismo defensivo la situación actual se caracteriza por un trato desigual que favorece a las mujeres. Los hombres se encuentran en relación a las mujeres como los empresarios respecto a sus empleados: en ambos casos la ley ampararía indiscriminadamente a los segundos (mujeres y trabajadores), en detrimento de los primeros (hombres y empresarios) que se encontrarían desarmados por culpa de un intervencionismo institucional que altera el estado normal (justo) de las cosas:

–Hablando en el tema general de la mujer, será por mi mala experiencia, yo también estoy divorciado, pero será por mi mala experiencia y mi relación, pero **la mujer hoy en día está encumbrada. La igualdad no existe para nada.** La mujer, creo que todos somos propietarios de tiendas o comercios, y **es más o menos casi casi como el empleado ¿no?** Sin hacer nada, ya tienen ganado el pleito y luego ya veremos... **De entrada ya tienen ganado lo que se hayan propuesto ante un juzgado** y después, bueno, si podemos demostrar con creces de que tenemos razón, lo ganaremos y si no posiblemente nos llevemos el palo. Entonces, creo que en este momento la mujer está en un nivel bastante, bastante alto, muy encumbrada y **en la parte legal pues somos una nuececita, la mitad de una nuez tirada en el océano que las olas nos vapulean como quieren.** (GD8, 12)

Estas expresiones remiten a una añoranza de una situación en la que el «orden natural» no era distorsionado por las mediaciones estatales. Hoy el «excesivo» proteccionismo de las instituciones respecto a los grupos definidos como débiles supone, en la práctica, una agresión a quienes simplemente se limitan a cumplir con sus funciones (empresariales o masculinas), que estarían desprovistas de cualquier carácter de dominio, poder o explotación.

También en el terreno de las relaciones cotidianas se expresa una crítica hacia la «frialidad» de las mujeres que no «agradecen» las «atenciones» que les brindan los hombres. Así, las burgalesas son caracterizadas negativamente por no aceptar los piropos y galanterías masculinas, al contrario de lo que, supuestamente, hacen las mujeres de otras regiones o países:

–Quiero decir con esto que cruzo un poquito la calle Victoria para el otro lado y veo que **la mujer en Burgos es como el clima, es fría, a nivel de relación cuesta,** digamos como que se esconde, se cierra en sí y no es una persona abierta, ¿vale? Yo suelo ir de vacaciones a Málaga y entonces...

–Allí está el calor extremo.

–No, pero bueno, en otros sitios también, puedo dar nombres del extranjero, pero bueno, el caso es que **uno le dice algo a una chica, a lo mejor la dejas pasar con el coche** y, bueno, la dejas pasar en un lugar donde no hay paso de cebra ni nada y una tontería: «te dejo pasar porque eres guapa», y a lo mejor es más fea que no sé qué, pero bueno, **en mi condición de hombre pues no estoy para insultar a nadie,** ni mucho menos, yo tampoco soy un sex-símbol. Entonces, digo, esa tontería: «te dejo pasar porque eres guapa», te miran así cómo perdonándote la vida, ¿no?

–Sobre todo si es fea (Risas)

–No, igual, igual. Bueno, si es muy fea no se lo digo (Risas) Me da un poco de apuro ser tan mentiroso. Pero eso mismo, cada uno tiene su coetilla, su bastoncillo. Eso mismo lo digo en Málaga y te sonríen o te agradecen, o por lo menos esbozan **una sonrisa de agradecimiento.** Y aquí la gente, las mujeres, estamos hablando de mujeres pues veo que no, que son pues realmente frías. (GD8, 11)

Para el discurso machista la no «aceptación agradecida» del requiebro es un problema de las mujeres. No se le ocurre plantearse que se trata de un modo de relación en la que el hombre se reserva la iniciativa y el control, mientras que a la mujer se le adjudica una posición pasiva. Se da por supuesto que la «amabilidad» masculina ha de ser respondida recíprocamente por la mujer; de ningún modo se considera que se trata de una aproximación no solicitada que, además, pudiera resultar desagradable o inoportuna para su destinataria. En suma, la postura masculina se mantiene dentro del marco tradicional jerarquizado hombre-activo / mujer-pasiva y, además, adjudica las dificultades existentes en la relación exclusivamente a las actitudes de las mujeres.

También en el ámbito laboral, en el que se desenvuelven habitualmente los empresarios, existe una creciente presencia femenina. Contra lo que sostienen otros participantes en el grupo, desde esta postura se niega la existencia de prácticas discriminatorias contra las mujeres en el empleo. Además, se considera que el embarazo de las trabajadoras es un problema para las empresas (un «inconveniente natural») que éstas deben analizar con «realismo» (es decir, poniendo por delante su interés económico, sabiendo que las ayudas estatales no compensan los gastos de cobertura del puesto de trabajo durante la baja maternal):

*–Yo, eso, en mi entorno yo lo estoy viendo así y todo lo demás que oigo que la mujer haciendo lo mismo que el hombre cobra mucho menos y tal, que se oye en televisión pues cada pocos días, yo **eso es algo que yo no he visto.***

–Desgraciadamente, sí, existe.

–Yo nunca.

(...)

*–Sí que hay es cierto pues **unos inconvenientes naturales en la mujer** pues que tiene un periodo de maternidad que, bueno, que hay que aceptarle. Que es un inconveniente y que hay que valorarlo.*

–Son inconvenientes con la producción.

*–Hay que valorarlos y **hay que se realista** [porque las ayudas estatales] eso no cubre su puesto en la empresa. (GD8, 32-33)*

En síntesis, esta fracción discursiva preserva elementos básicos del discurso patriarcal pero, adecuándose a la norma social dominante en una actitud defensiva, cuestionando sus elementos más grotescos (encierro doméstico de la mujer, aceptación resignada de roles tradicionales), que son caracterizados como rémoras atrasadas (propias de grupos sociales subordinados) totalmente ajenas al medio social de las élites urbanas de provincias.

G) Machismo progresista: igualitarismo imparables siempre que no se cuestione la autoridad masculina

El rasgo que diferencia a este discurso de los anteriores es su valoración positiva de los cambios en curso, que constituyen un «avance imparables» hacia una

sociedad plenamente igualitaria en las relaciones entre hombres y mujeres. Frente a una sociedad tradicional caracterizada por la opresión de las mujeres («estar pisada»), en la actualidad tal situación está superada o en trance de ser superada (quedan restos en el mundo rural). Estamos inmersos en una dinámica de progreso de la que formamos parte con gusto, aunque el dinamismo principal corresponde a los cambios realizados por las mujeres (ellas «ya nos pondrán en el sitio»):

*–Es que han sido mucho los siglos de discriminación que la mujer ha tenido que soportar. Han estado..., pues eso, pisada ¿no? por el sector masculino. Y **eso ya se acabó, se acabó.***

*–Pero que se acabó no, **se está acabando.** Se está acabando. (GD8, 25)*

*–Yo me muevo la verdad que en **un círculo bastante liberal** y veo que **la desigualdad se ha eliminado prácticamente en aspectos laborales, aspectos de comportamientos, de desinhibición también sexual, etc, etc.** Y ya es eso, es gente también que ronda, bueno, pueden ser mayores también de cuarenta, entre treinta y cincuenta ya y ya es otra generación ¿no? Pero **en este país te vas a zonas rurales y me parece Marruecos, efectivamente.** (GD8, 6)*

*–Yo creo que en Burgos hay **en las nuevas generaciones, hay una situación, hay una situación que va a seguir el camino comparable con otros sitios. (...) realmente la sociedad de Burgos, la nueva sociedad de Burgos ya no es la que paseaba por el Espolón. La nueva sociedad de Burgos es una sociedad que está creciendo y unas relaciones paritarias, esa es mi opinión, unas relaciones paritarias y que en las actividades laborales se notan, yo bajo mi punto de vista se notan con..., se tocan, se pueden tocar. Y ya en las relaciones personales de pareja eso ya dependerá de cada caso. (...) la cuestión se trata de que la relación hombre-mujer está dando pasos agigantados** y además decía yo, digo: no pasa nada, porque **ya nos pondrán en el sitio.** (GD8, 15)*

*–Bueno, yo tengo la sensación de que la relación entre las personas jóvenes, en **los chicos jóvenes, chicas jóvenes, es una relación muy igualitaria, mucho.** La generación nuestra lo es menos pero tiende clarísimamente día a día, pues bueno, a la igualdad de derechos y de deberes y con todo lo que arrastramos detrás que... un sitio completamente distinto. Pero sí, **vamos en una dirección clarísima de una igualdad.** Eso lo tengo clarísimo, no me cabe ninguna duda. (GD8, 18)*

En el mundo laboral se estaría repitiendo el mismo proceso, esta vez sin mácula de retraso o resistencias: según la visión empresarial del machismo progresista ya no existe ninguna traba para la consideración en pie de igualdad de las trabajadoras, que no se ven discriminadas en sus ingresos ni en la valoración de su rendimiento.

*–Sobre **la posición de la mujer en el trabajo, el estatus que tiene y tal. Mi opinión es que sigue exactamente la misma línea que en el resto de las relaciones de hombre y mujer, a una mayor igualdad.** En la empresa,*

según lo que yo veo, a la mujer se le considera según sus resultados, en un plano de tremenda igualdad con el hombre; en cuanto a sus retribuciones exactamente lo mismo, o sea, se le retribuye por sus resultados, no por otra cosa, además legalmente no se podría hacer de otra forma para eso están los convenios (...)Y los resultados es lo que se paga porque es la viabilidad de la empresa y el interés de la empresa. (GD8, 32)

Estamos pues ante un discurso que parece remitir a una especie de «final de la historia» respecto al sometimiento secular de las mujeres: la discriminación habría sido totalmente erradicada en el ámbito laboral y estaría en tránsito de serlo en las relaciones personales. Esta posición puede caracterizarse como idealizadora, en la medida que niega o minimiza las circunstancias que remiten a situaciones de poder en función del sexo o el género. Además, sus portavoces parecen defender que dicha tendencia igualitaria continúe basándose en algunas diferencias tradicionales. Con todas las cautelas que impone el discurso políticamente correcto se afirma que no existe igualdad entre ambos sexos, aunque se deja en la indefinición en qué se basan las diferencias:

*–Las mujeres no son exactamente igual que nosotros (los hombres) por muchas razones; probablemente **no deban ni siquiera serlo; probablemente no lo serán nunca** o, a lo mejor sí, no lo sé. Tampoco me preocupa ni me parece que es importante. Lo que sí tienen que ser, porque lo son, es muy parecidas y sí tendemos claramente en esta dirección (de igualdad). (GD8, 18).*

Dos posibles interpretaciones pueden deducirse de la cita anterior. Una, que pone el acento en la igualdad de derechos de los sexos, más allá de las diferencias de orden biológico que puedan existir. Otra, que a pesar de la creciente equiparación de derechos, existe y debe permanecer una cierta diferenciación de roles, apoyada en algunos atributos tradicionalmente atribuidos a cada sexo (comenzando por el papel materno y la organización de los cuidados por parte de las mujeres). Otras consideraciones vertidas por esta fracción discursiva aclaran la duda: el proceso de «imparable equiparación» resulta perfectamente compatible con una crítica hacia el modelo de mujer dominadora, complementado por un hombre sumiso, enfrentado con el que se postula como ideal (varón moderno ejecutivo, modelo de gran ciudad), y también con el hecho de que la mujer de capas sociales media-altas postergue su desarrollo profesional por «seguir» al marido en sus proyectos laborales:

*–Después de veintitantos años en Madrid he llegado a Burgos y me he dado cuenta cómo el comportamiento de la mujer es que es totalmente diferente al que veo en Madrid. (...) Me extraña que aquí en Burgos –que estoy en una tienda, en un sitio que de repente, no todo el mundo está en tiendas, pero vamos, estoy en tienda– es que **el hombre no decide comprarse una camisa.***

–Pero eso pasa mucho ¿eh? Pero no tiene nada que ver ¿eh?

–Que pase mucho, depende dónde, porque vengo de Madrid donde he estado veintidós años en la calle Serrano y si tenemos que tomar casos en particular, hay señores que evidentemente no comprarían una corbata sin el

consentimiento de sus mujeres, esto lo he visto, lo he vivido absolutamente en todos los lados.

–Pero eso quizás tenga... Es más comodidad que por poder, ¡ajo!

*–Pero lo que vivo aquí en Burgos en estos dos últimos años es que no lo puedo creer, es que no se puede creer, mi mujer dice: «es que no me puedo creer que este señor que es una montaña, que es dos metros de hombre, se vaya sin comprar esta chaqueta que le ha encantado, que ha venido dos veces a verla» y dijo: «es que tengo que venir con mi mujer». Y viene la mujer y de plano dice: «no» y se queda cortado (...). Vamos, **el señor se queda calladito, la señora dice: «no» y es no**, o sea, no hay... Entonces, el problema de decisión que veo en la mujer, en esta porción de sociedad burgalesa que estoy manejando hace dos años, que también es una porción muy chica. Estoy en una tienda de un género, tipo top, será como muy alto, muy... Pero **el señor aquí no tiene poder absolutamente de nada.***

–En eso. Pero si esa mujer le dice: «me voy de vacaciones por ahí cinco días», el tipo le dice: «¿qué?, de eso nada»

–Lo rebato, creo que los dos. (GD8, 7-8).

*–[Mi mujer] es una gran compañera, me vale muchísimo para la tienda porque es un tema en el que también hay que..., creo que hay que nacer y **ella ha dejado mucho de sí porque tiene una carrera universitaria como es la de medicina y dejarlo por estar con un loco treinta y nueve años**, vendiendo trapos atrás del mostrador, es que le ha puesto mucho de su parte evidentemente. (GD8, 3-4)*

En resumen, el progresismo de este discurso se limita a adherirse al proceso de equiparación formal de derechos de las mujeres, muy especialmente en la esfera pública. Pero en lo referente a los papeles sociales relacionados con la pareja parece claro que ningún avance femenino debiera situarse «por encima» de la capacidad decisoria (autoridad) del hombre, y que las expectativas de «desarrollo» femenino son plausibles siempre que se adecuen a las del entorno familiar, subordinada a las del marido. Por tanto, esta fracción discursiva refleja el máximo impacto del discurso institucional hegemónico entre hombres que no están dispuestos a modificar las pautas de relaciones existentes entre hombres y mujeres.

H) Progresismo liberal evolutivo

En línea similar a la fracción anteriormente reseñada, este discurso sitúa el cambio de las relaciones entre sexos dentro de una dinámica general de progreso evolutivo. Las modificaciones en la posición social de las mujeres en España van en consonancia con el restablecimiento de la democracia; al igual que ésta lleva poco tiempo (apenas una generación), lo que justifica que persistan rémoras a superar, cuestión que se logrará en base a la formación y educación. Así, la situación de las nuevas generaciones será aún mejor que la de las actuales:

—«Hay cosas lógicamente que no se pueden conseguir de la noche a la mañana. Todos tenemos un pasado (...). Este país tiene un pasado pero, vamos, contundente y **somos un país con una democracia muy joven, muy joven, desde el 77. Y no es nada de tiempo.** Entonces estamos todavía en ese proceso y no sólo en el tema de la mujer, sino en temas económicos, etc., etc. **El tema de la mujer también es generacional, educar, formar, insistir en ello en todas las capas sociales»** (GD8, 17)

Esta visión evolucionista, que no contempla la existencia de intereses contradictorios ni de conflicto social, se diferencia de la anterior en la adopción de un punto de vista «liberal», que acepta con normalidad la ruptura del vínculo entre parejas o denuncia el carácter alienante de la dedicación exclusiva a las tareas domésticas. En estos aspectos se abre a la plena aceptación de la presencia femenina en los espacios públicos como ciudadanas formalmente iguales.

Frente a las convicciones del familismo católico, no considera que la pareja deba de ser un vínculo indisoluble. Acepta el divorcio como una solución «normal» para finalizar una relación en crisis, y evitar en esos casos una especie de castigo eterno o la perpetuación de la pura rutina. En suma, se viene a decir que los compromisos asumidos en el pasado no pueden hipotecar el derecho individual a la felicidad y a una vida mejor:

—*Las parejas estables tienden a llegar a relaciones agotadas: «oye, ya no..., se ha acabado».* Está el enamoramiento que surge, con chispa, pero son relaciones que ya son casi familiares más que de amantes (GD8, 7)

Además se cuestiona abiertamente la asignación en exclusiva del trabajo doméstico a un sexo, por considerarlo una forma de exclusión alienante. También en este aspecto se enfrenta abiertamente con los postulados del tradicionalismo cristiano, que negaría la posibilidad de potenciar un «desarrollo de la mujer en todos los ámbitos»:

—*No tengo lugar a dudas, como ser humano la mujer tiene que desarrollarse en todos los ámbitos, como se desarrolla el hombre.*

—*¿Pero es que consideramos que no se desarrolla como madre?*

—*Como madre es un apartado, como el hombre se puede desarrollar como padre. Pero la sociedad implica muchos más aspectos en todo el aspecto del conocimiento, el aspecto de avanzar en todas las secciones. Creo que es tan importante como desarrollarse como madre y como padre. Si eso acaba siendo una alienación al final. ¿Es importante?, es muy importante, pero no es lo único en la vida, la reproducción y la crianza.* (GD8, 29)

En la esfera extradoméstica se valora de forma muy positiva la capacidad de trabajo femenina, su formación y eficiencia, que le permite asumir todo tipo de tareas con plenas garantías. A pesar de estas capacidades existe una evidente marginación respecto a los puestos directivos:

—*He ido al cirujano a que me quitaran un grano y allí eran todas cirujanas (...). ¿Cómo no van a tener esas mujeres la capacidad posterior de sentirse igualitarias?* (GD8, 16)

–¿Cómo son hoy en día las relaciones laborales hombre-mujer con los mismos contenidos? Pues yo veo que **la mujer en muchos aspectos está dando pasos de gigante**, se está preparando mucho, cada día va ocupando poquito a poquito, poquito a poquito una relación de vis a vis, de vis a vis; yo creo que, además, es positivo además. (...) Entonces, en Burgos no es ajeno, en Burgos se van notando, se van notando personas que van ocupando puestos, más que puestos, que **asumen tareas de responsabilidad y, por desgracia, no ocupan los puestos**. (...) están bien preparadas, asumen tareas, pero el primer plano todavía cuesta, cuesta, las cuesta mucho alcanzar. (...) [Pero se va hacia] unas relaciones paritarias y que en las actividades laborales se notan, yo bajo mi punto de vista se notan con..., se tocan, se pueden tocar. Y ya **en las relaciones personales de pareja eso ya dependerá de cada caso**. (14 y 15)

Por tanto, es necesaria la existencia de medidas que favorezcan la conciliación de trabajos de cuidado y empleo, para que las mujeres puedan desarrollarse en todos los ámbitos. No es correcto dejarlas libradas a su suerte, sino que es preciso garantizar que se incorporen plenamente al mundo del trabajo extradoméstico:

–No, no, no. Yo voy al conocimiento no al dinero, no a lo mercantil, al conocimiento. Una mujer que sea profesora, sea médico, luego lo cambiamos por... Todos cambiamos prácticamente nuestro trabajo por el tema de dinero, por la sociedad en la que vivimos, pero una profesora pues gana un sueldo intermedio y se puede desarrollar como profesora, estoy hablando de algo vocacional y creo que **eso es como ser humano lo más..., o tan importante como lo otro**. El estado está poniendo mecanismos, que parece que no son suficientes de excedencias, de ayudas, legal, porque la mujer claro tenía un papel como maternidad, pues eso..., tremendo y **quizás haga falta muchas más**.

–**Esto se puede solucionar**, ¿cómo se soluciona en los países nórdicos? ¿Cómo se soluciona en parte en Alemania? Pues las mujeres en tiempo parcial se ve como algo, como algo que durante ese periodo no es ninguna..., es algo natural, y si se admite como natural ya luego no hay discusión, ya luego no hay discusión. Lo que pasa es que nos planteamos con que la mujer efectivamente tiene que prescindir de todo eso y si luego tiene suerte pues a lo mejor tiene la posibilidad (...) dentro de diez años, a lo mejor tiene suerte y a lo mejor tiene la oportunidad laboral de desarrollarse. **No se trata de suerte, tiene que tener las mismas oportunidades** y para que tenga las mismas oportunidades porque, además, (...) si como país prescindimos de esa fuerza el país tendrá menos fuerza a futuro. Entonces es lógico que, como ciudadanos, todo aquel que esté en mejores condiciones de desarrollarlo pues que tenga oportunidades. Y **¿qué pasa, que las mujeres no son necesarias para que aporten esas oportunidades?** (GD8, 30)

La apertura de esta posición «liberal» tiene, sin embargo, límites precisos: se centra en promover el acceso paritario de las mujeres a la esfera pública (básicamente al ámbito socio-laboral), admitiéndolas como competidoras en pie de igualdad. Sin embargo, no se cuestiona la posición masculina en la estructura familiar («en las relaciones personales de pareja, eso ya dependerá de cada caso») ni se

plantean la posibilidad de asumir una parte de las tareas de cuidados para facilitar la «conciliación» entre ambos mundos, que sigue siendo una cuestión que atañe en exclusiva a las mujeres y a las instituciones. Por ello, por una parte se postula la igualdad entre sexos («la mujer es un ser humano como nosotros», GD8, 30) y, por otra, se sugiere que ésta no puede ser llevada hasta el límite, porque una igualdad a ultranza atentaría contra los fundamentos naturales de diferencias que deben ser mantenidas; la maternidad seguiría siendo el destino fundamental de la condición femenina, y sólo a partir de ésta podría desarrollar sus aspiraciones igualitarias garantizando la identidad masculina (si la mujer «pierde la naturaleza perdemos el sentido todos»):

*–E. Carbonell, autor de libros de ciencia ficción, en sus libros de pensamiento ya hablaba de ello, con un futuro hipotético, ya hablaba de que **la mujer podía conseguir la igualdad con el hombre cuando dejara de parir** y los niños se gestaran en los laboratorios. Efectivamente, ¡joj!, parece ciencia ficción pero está empezando a darse. Eso no va a suceder nunca, **está claro que la mujer si la quitas la maternidad y pierde la naturaleza perdemos el sentido todos**, somos andróginos. Pero quiero decir que él lo veía no como algo imposible (GD8, 34)*

En síntesis, la posición progresista liberal sostiene que la sociedad española contemporánea se caracteriza por un ambiente de apertura progresiva, que remueve rémoras del pasado, facilitando la movilidad e inclusión de las mujeres en el mundo extradoméstico. El cambio se ha producido a partir de un pasado oscuro aún muy cercano, lo que explica las trabas que aún persisten. Todo este proceso se estaría realizando sin agentes sociales ni conflictos importantes; el tránsito progresivo del atraso a la modernidad, de la barbarie a la civilización aparece como cambio evolutivo y más o menos automático, a partir de la progresiva extensión de esferas «modernizadas». El ideal igualitario liberal es la plena incorporación de las mujeres al mundo de la ciudadanía, sin cuestionar que ésta se ha construido a partir de características «masculinas», y sin revisar el papel de los hombres en la asunción de responsabilidades domésticas y de cuidados.

I) Solidaridad y admiración: dejarse llevar por el empuje femenino

En nuestro grupo este discurso es sostenido por hombres divorciados que han formado nueva pareja. Precisamente uno de los núcleos de su posición es la reivindicación de un modelo de pareja heterosexual basada en el «entendimiento» mutuo; el hombre busca una compañera y confidente, en un marco de igualdad (compartir preocupaciones y sensibilidades). Si no se consigue establecer este tipo de relación es perfectamente legítimo, y «normal», romper el vínculo para intentar establecer una nueva relación:

*–Como una parte, tanto por hombre como por mujer, **no entienda** a la otra, ahí se producen unos desencuentros que, al principio, son anecdóticos y pueden terminar, como fue en mi caso, en una separación. (...) Cuando yo*

*planteaba mis cosas, pues me oía sin comprender. Digamos que ahora mi relación es con alguien que, aunque no trabaja exactamente en lo mismo, es también comerciante, con lo cual el idioma es el mismo (...) Cuando esas cosas no se viven bien, ni se entienden, pueden producirse desencuentros y en mi caso fue un desencuentro que te produce al final una alteración en tus cosas y, al final, dices: 'mira, esto es insostenible' y terminas cogiendo cada uno un rumbo diferente. (...) Cuando la pareja se entiende bien en este sentido, aunque trabajen en diferentes cosas, pero que haya ese nexo de entender a la otra parte, yo creo que las cosas se hace como mucho más fácil y resulta ser una **compañera confidente**. (...) Fue **una separación sin ningún problema**, no es porque haya una relación mala de pareja, sino que evidentemente **dos caminan por sentidos diferentes** y yo siempre digo que hay muchas parejas que siguen juntas por afecto, por cariño y tal, pero yo lo que necesito es que la otra parte me entienda, yo la entienda, nos comprendamos y, luego, podamos discutir. Pero que haya eso (GD8, 2-3)*

Desde esta posición el divorcio resulta perfectamente compatible con la existencia de valores familiares y con una buena relación con los hijos y la antigua pareja. La disolución del vínculo se concibe dentro de un ámbito de normalidad, coincidiendo con el discurso liberal progresista, y alejándose de la vivencia de crisis y agravio que expresa el machismo resentido, o de la actitud amoral que denuncia el familismo católico:

*—¡Ojo! que yo con mi mujer, con mi exmujer, tengo una excelente relación económica y social. Los valores que nos unieron en ese momento siguen tan firmes como antes: nuestros hijos son una maravilla (...) muchísimo más rescatables que mucha gente, o que de matrimonios muy unidos y que sus hijos son lo que son. **No tiene nada que ver que estén juntos o separados hoy para que haya una muy buena relación entre el hombre y la mujer** (GD8, 13).*

Pero este desiderátum personal tiene que enfrentarse con un contexto social que se caracteriza por numerosos rasgos de desigualdad entre hombres y mujeres. A pesar de los cambios positivos que se han registrado, contra la visión optimista de otros discursos se pone el acento en la persistencia de prácticas de dominio y control sobre las mujeres en el ámbito de las relaciones familiares:

*—Porque es así, porque **hay mucho control y mucho machismo**, sin llegar a agarrar el hacha y matarla, pero **hay mucho con dominio** (GD8, 36).*

Algo similar ocurre en el ámbito laboral. Para esta fracción discursiva el empleo femenino no está en discusión, puesto que se constituye en necesidad económica para gran parte de los hogares: «hoy es imprescindible que la mujer trabaje para poder comer la familia» (GD8, 34)⁸. Además, en el ámbito profesional las mujeres destacan por su elevada preparación y su rendimiento (son «auténticas máquinas», GD8, 22). Pero, a pesar de sus cualidades, son discriminadas en el trabajo no por

⁸ La textualidad de la cita («poder comer») es aplicable a grupos sociales de bajos ingresos, pero en este nivel social se hace referencia a la necesidad de mantener ingresos que permitan reproducir un determinado estilo de vida y consumo que va bastante más allá de la mera subsistencia.

una estructura abstracta, sino por prácticas masculinas concretas (de hombres en posiciones directivas):

*–Lo has dicho tú, y antes también se ha planteado, que **la sociedad limita a las mujeres**, si realizan el mismo trabajo tienen percepciones, tienen menos posibilidades..., percepciones económicas, menos salarios, tienen menos posibilidad de ascender. ¿Pero **quién limita esas posibilidades?** ¿La mujer o el hombre?*

–El hombre.

*–¡Ah!, **el hombre, digámoslo claro.***

–Yo creo que sí, sin duda.

–Digámoslo claro, porque ninguna mujer limita que otra mujer pueda ascender o pueda mejorar. (GD8, 16)

Además de las discriminaciones por parte de los empleadores (salarios, no promoción a puestos directivos, etc.) también existe un clima de relaciones laborales en el que prima el paternalismo machista y la reducción a «mujer objeto» de las compañeras de trabajo. Aunque aquí no se denuncia abiertamente el acoso sexual laboral (como en el grupo de chicas jóvenes, según veremos) sí se sugiere la posibilidad de que tales actos contengan una carga agresiva hacia las mujeres:

*–Los comentarios y las actitudes ante las mujeres compañeras **son exageradamente distintos** a los de un compañero. Porque cualquier bobada siempre sale: «¡uy, esos ojitos!». **La mujer objeto**, lamentablemente es la mujer objeto y el hombre lo tiene muy asumido. Lo hacemos nosotros (...) O sea es que hay realmente algo, lo veo y **no digo que sea violento o agresivo pero hay una diferenciación** entre lo que es el hombre y la mujer en la sociedad. (GD8, 13-14)*

El círculo se cierra volviendo al ámbito doméstico. Según este discurso la gestión del hogar es una cuestión pendiente que los hombres deben plantearse. No se trata sólo de «apoyar» la salida femenina hacia el mundo extradoméstico sino de fomentar la asunción de responsabilidades masculinas en las tareas del hogar. Aunque las presiones sociales del entorno obren en contra (un amo de casa aparecerá como un vago, un mantenido, etc.) habría que pensar en el hombre que elude las responsabilidades domésticas como en un descualificado (similar a un inmigrante llegado en patera). Además, existe un modelo al que aproximarse, supuestamente más implantado en países occidentales avanzados, que en España aún suscita resistencias pero que aparece en el horizonte como una pauta que acabará por generalizarse («vamos a esto»):

*–Imaginemos, mi mujer está más capacitada y tal, yo me quedo en el paro y entonces yo me quedo en casa, trabajando en casa, que es muy necesario porque esa labor es la leche y ella trabaja. Entonces, **hay películas sobre eso ¿no?** (...) Cojo el delantal y: «bueno, cariño, que tengas buen día», **pero el entorno familiar...**, o sea, ella ya tiene asumido que si se casa conmigo puede ser que tenga que dejar de trabajar, ella, aunque nunca lo haga, pero*

como sexo femenino es como si lo tuvieran ahí. ¿Pero en el masculino?, ¡uy!, ¿qué pasaría? ¿Qué pensarán de mí?: vago, no sé qué...

–Que vive de su mujer.

–Sí, ¿cómo, cómo? Claro y el otro día salió un gran empresario que dice: «¿usted gana mucho?», dice: «sí, pero mi mujer cinco veces más», y dice: «¿qué tal?»; «yo encantado». A ese nivel, es como la inmigración, a un nivel determinado la inmigración es la patera; que vienen ingenieros de Haití no pasa nada...

–No pasa nada.

–...el problema es que venga **el hombre que no vale para nada o que no tiene una formación**, ése es el problema. Pues aquí pasa lo mismo, imaginémonos **¿por qué no nos podemos quedar en casa? Yo me siento capacitado**.

–A mí me encantaría.

–Yo encantado de la vida

–Pero vamos a ver, ¿vale? Pero así ¿de continuo, como lo han hecho ellas renunciando? Es decir, **hagamos una prueba de cinco años los hombres en casa, las mujeres currando y dentro de cinco años a ver cómo estábamos todos**. O sea, quiero decirte que la sociedad española, por la cultura o por lo que hemos vivido, quizás, a lo mejor, estemos menos preparados para asumir todas esas..., no menos preparados, **que vamos a esto**, pero menos preparados que a lo mejor otras zonas donde esto es de lo más normal. (GD8, 30-31)

En resumen, existen innumerables situaciones de postergación y desventaja que siguen afectando a las mujeres. Como consecuencia, los roces y conflictos que surgen no obedecen a la forma de plantear las cuestiones sino que son un reflejo de las desigualdades sociales; en estas circunstancias las relaciones entre hombres y mujeres están atravesadas por la desigualdad y el conflicto: «lo que dices tú de estar poniendo a la mujer frente al hombre es porque un poco es el reflejo de la sociedad que hay» (GD8, 12). Por ello, los cambios son producto de las luchas de las mujeres, que han de esforzarse mucho más que los hombres para abrir parcelas de igualdad. Esta circunstancia genera admiración por parte de los hombres que apoyan este proceso:

–Pero quiero decirte, si todo está cambiando.

–A ver..., sí, pero **están cambiando a base de mucho esfuerzo...**

–La mujer que avanza hacia delante.

–Es que avanza a pasos agigantados.

–Pero **a fuerza de remar mucho, mucho, mucho, ¿eh? Pero mucho más que nosotros ¿eh?** (GD8, 17)

–**Las mujeres lo han tenido todo en contra**, han ido superándose y todo ese bagaje de profesional, familiar... **Para mí una mujer tiene muchísimo**

más valor que un hombre (...). O sea, si faltara en casa el papá, aquello continúa, pero si falta la mamá, en muchos casos...» (GD8, 23)

Esta admiración supone, por otra parte, hacer descansar el futuro del cambio de modelo sobre las espaldas de las mujeres, en tanto que los hombres se limitan a acompañarlas más o menos solidariamente, sin hacerse cargo de asumir un papel protagonista en las transformaciones. En todo caso, el proceso de progresiva equiparación de derechos es valorado de forma positiva, como un progreso, aunque existe la conciencia de que la opresión de la mujer aún no ha sido superada:

–Es que han sido mucho los siglos de discriminación que la mujer ha tenido que soportar. Han estado..., pues eso, pisada ¿no? Por el sector masculino y eso ya se acabó, se acabó.

*–Pero que **se acabó no, se está acabando**. Se está acabando.*

*–Se **está empezando a acabar**. (GD8, 25)*

2.2. MUJERES: LA MATERNIDAD COMO SIGNO DE IDENTIDAD, POR ENCIMA DE LA VIDA LABORAL Y LOS DESEOS INDIVIDUALES

Este segmento social está representado por un grupo de mujeres entre 40 y 50 años, todas con hijos, la mayoría casadas, alguna separada y viuda, propietarias de pequeños negocios familiares, residentes en Valladolid. En el diseño de investigación se buscaba obtener las representaciones de un colectivo de posición social «mediana»: pequeña burguesía propietaria, madres de familias en capital provincial de tamaño medio.

La identidad colectiva de estas mujeres se establece en torno a su papel social como madres. Aunque existe una reflexión sobre el límite que el (no) reparto de tareas domésticas introduce en las relaciones entre mujeres y hombres, esta cuestión queda continuamente subordinada a la preocupación por la atención de los hijos, e incluso a los roles de género que se dan entre estos. De forma secundaria aparece su condición de trabajadoras por cuenta propia, que las diferencia del papel de ama de casa tradicional (destinada a «aguantar» por falta de alternativas). Para la mayoría la condición de trabajadoras queda subordinada al de «madres de familia», en una posición de no-ruptura con el modelo tradicional que denuncian. El inmovilismo de los hombres (que no asumen sus responsabilidades domésticas y de cuidados) sería la clave que «obliga» a estas mujeres a «seguir atadas» a dicho papel. Dentro de este marco discursivo dominante, encontramos cuatro fracciones discursivas diferenciadas.

E') Discurso patriarcal: la mujer, madre por naturaleza

Esta posición se caracteriza por la defensa de un modelo de pareja tradicional «puesta al día», basada en el papel de la mujer-madre como responsable del hogar

y con la colaboración del marido en tareas domésticas y de cuidado. Es sostenida por mujeres actualmente casadas. Rebate la posición crítica-escéptica respecto a los hombres y da una visión optimista, basada en un cúmulo de justificaciones respecto a la actitud masculina: hay un cambio positivo en los hombres, aunque minoritario; en general no tienen mala voluntad (su situación es resultado de la educación recibida), «simplemente» han tenido menos oportunidad de aprender los cuidados y lo doméstico. Esta argumentación se hace desde el lugar del ama de casa, que afirma que su papel doméstico es voluntario («porque queremos estar»):

*–Voy a romper un poquito sólo, un poquito (...). Quiero decir que sí que es verdad, a ver, evidentemente nosotras, como dice la canción: cuando ellos van, nosotras hemos ido y vuelto ochenta veces. Yo estoy convencida de que **es un tema genético, pero va cambiando**. Evidentemente, su postura era mucho más cómoda y evidentemente pues se quiere cambiar menos, pero se va cambiando. Quiero decir, yo creo, mi marido me ayuda en casa, hace, no hace. Ahora mismo inclusive existen divorcios en los que se plantea una custodia compartida. (...) Una custodia compartida con su marido, no con la madre del marido, sino una custodia compartida con él, porque él sabe poner una lavadora, sabe vestirles, sabe lavarles. **Que sean los menos, de acuerdo, pero que es un cambio también, sí.** (...) Por su educación, por su tal y por su cual, pues bueno, una vida cómoda, que a lo mejor a mí si me lo daban todo hecho pues también intento cambiarla lo menos posible. Y yo creo que **hay muchas cosas que no las hacen pero no por nada, porque no quieran o porque no tal**, sino porque no lo ven. (...) Lo que sí que es cierto es que, bueno, también hemos de reconocer que **nosotras por posibilidades, no posibilidades, facilidades, no facilidades, estamos más en casa, también porque queremos estar**. Hay veces que porque nos vemos forzadas o porque hay una época de... que tenemos que estar; verdaderamente **antes tampoco les daban esa opción**, ahora tienen maternidades, paternidades, lactancias y esto..., hay la opción. Entonces, quiero decir que **antes no podían aprender a cambiar el pañal a un niño**, a lo mejor, porque es que no estaban para cambiarlo, estabas tú casi todo el día. (GD3, 4 y 7)*

En definitiva, la actitud de los hombres respecto a las tareas domésticas no obedece a la existencia de pautas más o menos machistas sino a una simple adaptación al signo de los tiempos. Incluso cuando las mujeres estaban en posición claramente subordinada (reclusión en el espacio doméstico) ni ellas ni los hombres tenían otra alternativa, los hombres «debían» estar pluriempleados y las mujeres «tenían» que dedicarse plenamente a atender a la familia. Hoy, por la simple evolución de las cosas, existe más capacidad de consumo y oportunidades laborales, por lo que hombres y mujeres se adaptan al nuevo contexto. En ningún caso existe un sistema de género basado en la desigualdad y jerarquía entre hombres y mujeres:

*–Antes se tenían más hijos (...) muchas familias antes eran tres. Antes se llevaba mucho el pluriempleo y, bueno, el hacer horas y chapuzas y cosas de esas. Pues ése es el tema, entonces volvemos a lo de antes, **él trabajaba por la mañana en un sitio y por la tarde en otro, ¿cuándo...[iba a dedicarse a la casa]?***

–Y ahora se comparte...

–Dos sueldos en casa, la gran mayoría entran dos sueldos en casa pero compartidos, entonces cuando no está uno está el otro, **entonces se puede hacer algo más**. Y cuesta hacer ese cambio, pero...

–**Antes se pagaba una casa con un sueldo, la mujer se quedaba en casa cuidando a los hijos**. Y ahora hay que trabajar los dos y... no veas (...) Mi madre no tenía lavadora, no teníamos tanta ropa, lavar por la noche la ropa para que a la mañana siguiente tuviéramos... Entonces también... (GD8, 8-9)

Para este discurso los roles de género son innatos; desde pequeños niñas y niños son diferentes, ellas son más tranquilas, mejores estudiantes y tienen mayor capacidad de comunicación, mientras que ellos son más «brutotes»:

–Yo sí que siempre he oído hablando con los profesores que si les pilla una clase de niñas... respiran. Van más avanzadas porque bueno, pues **los chicos también son brutotes por naturaleza**, son brutotes, están así... con la silla p'aquí, p'allá. - Ellas pueden hablar más. Pero ellos son más brutotes por naturaleza. (35)

Lo mismo ocurre en la edad adulta en el seno del grupo familiar. A cada progenitor le corresponde un rol «natural» («el que ha de tomar»). El papel de la madre es insustituible y no debe ser reemplazado por familiares o por el sistema educativo, ella es «la que sabe» lo que hacen y necesitan sus hijos, porque está con ellos, les exige pero también es su confidente:

–Por gracia o por desgracia y porque nos tenemos que ver así, pues nuestros hijos son de..., quiero decir, que está con el abuelo y el abuelo no ha de educar y verdaderamente no tiene por qué educar (...) **Son niños de guardería**, son niños de (...) mientras que verdaderamente **si estuviera una persona todo el día... Yo sé lo que come, lo que hace, cuando me baila, cuando no me baila y cuando me deja de bailar**. Y yo creo que ahí influye... (GD8, 34)

–Yo creo que **en la pareja cada uno toma el rol que ha de tomar**. Y es así y ya está. Y hay muchas veces que aunque la madre ejerza de mala, entre comillas, o es **la que exige los deberes, pero es la que está...**, muchas veces también es la que se gana su confianza. (...) Pero que además, quiero decir que hay cosas que a última hora se las cuenta a la mala de la película, que en ese caso [es la madre que está con ellos]... (GD3, 39)

Esta defensa del vínculo privilegiado madre-hijos se convierte en un mecanismo de exclusión de la figura paterna, que sólo puede ocupar un lugar subordinado; puede cumplir las funciones de autoridad pero a distancia y respetando la «especialización» femenina en su función materna. Así, la propia reivindicación de la función-madre obra como freno a la implicación masculina en las tareas de cuidado, legitimando el reparto de papeles tradicional en la pareja.

Si el rasgo principal de identidad es la de «madre de familia» resulta necesario preservar de forma prioritaria la unidad del núcleo familiar. Por ello, el incremento de los divorcios en los últimos tiempos es un signo negativo («ha ido a peor el grupo familiar», GD3, 16), cuya causa estaría en los «excesos» derivados de la emancipación femenina, que debería moderarse. En definitiva los intereses de la unidad familiar se sitúan por encima de los de la propia mujer, por su «egoísmo» (hacerse fuerte y salir a trabajar) no deben verse perjudicados los hijos:

*–¿No creéis vosotras que **a raíz de que la mujer se ha hecho así, fuerte y ha salido a trabajar y todo esto, hay más divorcios?** La familia... (...) son los hijos los que están perdiendo. (GD3, 16)*

F') Esposas trabajadoras: la familia como límite

Para esta fracción discursiva la situación de las mujeres ha experimentado un cambio positivo, pero éste se encuentra estancado, al menos en el grupo social de las hablantes. Por un lado, las mujeres han ganado libertad e independencia económica, debido a su entrada en el mercado de trabajo; en cambio, las desventajas se mantienen para las económicamente dependientes. Por otro lado, existe una falta de compromiso de los hombres para acompañar el cambio, expresada en su escasa asunción de las responsabilidades domésticas («llevar la casa entre los dos es imposible»):

*–Ya, pero mira, yo creo que una relación se basa ante todo en la libertad de las personas, o sea, puedes tener una pareja y ser libre, ¿no?. Lo de aguantar y todo eso, eso era..., sí, también, antes aguantabas, tenías maltrato y la gente, los padres sobre todo, te aconsejaban: «aguanta y tal». Pero **ahora yo creo que la gente si quiere estar está libremente. O sea, el problema está cuando dependes económicamente de alguien.** (...) yo siempre lo he dicho, la emancipación de la mujer ha sido...*

–Muy relativa.

*–Porque **nosotras hemos evolucionado, pero los hombres no.** Nosotras estamos acostumbradas a trabajar fuera, llegar a casa... y todo. Pero ellos llegan y se sientan en el sofá. (...) Pienso que muchos hombres todavía no están, vamos, no están preparados para nada para que la mujer esté fuera de casa trabajando. Y lo que quieren es llegar a casa y encontrarse con el plato de comida en casa. Y si tú eres la mujer también tienes que estar trabajando, porque si quieres acceder a tener una casa y un bienestar, hay que trabajar por narices. Pues resulta que ellos siguen igual.*

*–Como mucho te pueden ayudar, pero **llevar la casa entre los dos eso es imposible.** (GD3, 2 y 3)*

Esta situación origina un cambio de comportamientos importante, pues muchas mujeres deciden retrasar o reducir la natalidad con el fin de poder asumir la carga que significa la doble jornada laboral. Y gran parte de la responsabilidad del comportamiento masculino se achaca a las mujeres de generaciones anteriores, apegadas a valores tradicionales que intentan reproducir en su entorno familiar:

–No más que veas que **hoy una familia tradicional, aquí en España, tiene un hijo la que lo tiene, ya dos es como pasada**. Pero porque los hombres por mucho que digamos, mira, yo personalmente, aunque queramos..., tengo **mi suegra** que por ejemplo, su hijo, los hijos, digo en este caso, están..., las mujeres tenemos que estar ahí dale que te pego y eso de poner la mesa un hombre todavía lo sigue viendo mal, lo sigue viendo... Porque ella dice: «yo eso es lo que he visto. Es que cada cosa..., **cada uno hemos venido para una cosa** y...». O sea, no me lo dice directamente, pero me lo dice indirectamente. Estando en casa levantarse a..., cuando estamos a lo mejor comiendo, levantarse e ir a recogerlo, lo ve mal, o sea, lo ve mal.

–**Son las madres las más machistas.**

–Sí, aunque luego ella diga: «no, porque yo en mi época no sé qué; así está el mundo, así está el mundo». Quiero decir que no..., **hay gente que todavía no está muy mentalizada**. Bueno, la edad también hace mucho... (GD3, 4)

En este contexto ni siquiera la elevación de los niveles de renta en las familias cambia significativamente el estado de cosas tradicional, porque la mujer no se ve liberada de la responsabilidad de la gestión doméstica (incluso en una situación de abundancia tiene que decidir qué se come):

–Ahora en casa abres el frigorífico...

–Y no sabes qué comer.

–...yogures de todas clases, de bio no sé qué, fiambre, **de todo**. Ahora mismo y no sabemos..., yo oigo a muchas mujeres: «¡jay!, no sé qué poner para comer hoy».

–Yo todos los días.

–La verdad es que **ese problema también le tenemos nosotras porque los hombres...**, encima le preguntas al hombre: «¿qué quieres para comer?»; «¡ah!, lo que tú quieras».

–**Luego gruñen:** «¡ah!, ¿pero esto?» (GD3, 9).

Pero la crítica de este discurso presenta un límite claro, que se manifiesta en un distanciamiento respecto a la actitud de las parejas jóvenes, en especial de las chicas, que se habrían liberado excesivamente, tanto como para privilegiar sus intereses egoístas («tener su libertad», «salir con amigos») por encima de los de la pareja. Precisamente esta defensa de la pareja (entendida como familia con hijos) por encima de los intereses individuales de la mujer es lo que impide un cuestionamiento consecuente de la falta de implicación masculina en el hogar:

–Pero porque ahora **los jóvenes son más egoístas, pero tanto chicos como chicas**. No aguantan nada, **quieren tener su mundo**. (...) Los chicos y la chicas, en general, **a raíz de que la mujer se ha liberado un poco** (...) No, es decir: «oye, vale, vamos a tener una convivencia, pues tú cedés de aquí y yo cedo de aquí».

–Es que es un tira y afloja.

–Claro, no vas a querer salir con tus amigos todos los días porque ya tenemos una relación.

–O sea, que no se puede hacer la misma vida.

–**Quieren seguir juntos, pero luego quiere cada uno tener su libertad:** «porque el viernes salgo con mis amigas». Y por eso muchas veces las relaciones no funcionan, porque en realidad... si te atrae más lo de fuera que lo que tienes dentro, entonces es que no funciona, porque ¿para qué quieres salir si con la persona que estás te llena? (GD3, 16)

En definitiva, el cambio deseado se colmaría en un reparto igualitario de tareas domésticas (aparentemente en la vida pública no encuentran dificultades especiales por ser mujeres⁹). Sin embargo, no están dispuestas a pagar el coste de exigir el cambio a sus maridos: posibles crisis de pareja, con pérdida de estatus social y eventuales problemas para los hijos –inaceptables desde la posición de responsabilidad materna–, etc. Para este grupo social de mujeres el matrimonio es parte de una estrategia económica de reproducción social, puesto que no cuentan con recursos (formación) para afrontarla de forma autónoma. Por tanto, se mantiene una situación de tensión contenida, que encuentra salida en la expectativa (o fantasía) de que las nuevas generaciones de mujeres (las hijas) consigan superar los condicionamientos de la independencia parcial, accediendo a una autonomía plena. Para algunas incluso la supremacía de las mujeres jóvenes sobre los hombres es ya un hecho constatado:

–No nos han dejado hace años, la verdad que no, no. No hemos tenido oportunidades, ha habido.. **las generaciones anteriores no han podido demostrar sí valían o no.** Mira, si eras chica, yo te lo digo por mí, yo soy la cuarta de cuatro chicas, pues todas como nos íbamos a casar ¿para qué íbamos a estudiar?, pues a trabajar en la fábrica. Vivíamos en un pueblo y había fábrica textil, pues las chicas íbamos a trabajar a la fábrica, mis hermanos que ya eran los pequeños pues ya estudiaron los dos y muy bien, gracias a que nosotras trabajamos ellos pudieron estudiar. Pero resulta que si te sale mal el matrimonio, te tienes que divorciar, te tienes que ir a una separación, con lo cual tienes que partir de cero.

–O aguantas.

–Entonces, **ellos tienen la posibilidad de haber estudiado, de haberse preparado y para una mujer no tienes ya ni el recurso de decir... ¿qué haces?, ¿vas a fregar escaleras?, que era lo que decíamos antes, tampoco.**

[...]

–Claro, yo por eso..., **yo tengo una hija ya tiene veinticinco años y está preparada, claro, ha estudiado y tal. Y yo se lo he dicho: quiero que sea independiente, no quiero que dependa nunca de nadie.** Quiero que..., si tiene una relación que la tenga, pero que sea..., o sea, que ella misma sea capaz de...

⁹ Conviene recordar que se trata de pequeñas propietarias, que no se ven expuestas a discriminaciones o acoso laboral por parte de empleadores o compañeros de trabajo.

–Que sea porque quiere, **no porque le haga falta** estar con él.

–Que sepa sobrevivir. Yo creo que en eso sí hemos cambiado las mujeres. Puedes trabajar, otras veces no puedes porque oye, está la cosa mal, ¿no?, y tienes que estar en casa; estás en casa y ya está. Pero es muy importante que tengan una preparación y que sean independientes. Eso yo creo que eso sí lo estamos... (GD3, 10-11)

–**Fuera de casa la mujer está mucho más preparada** también y yo creo que se puede enfrentar a las cosas de otra manera. Y de hecho creo que incluso podría decirse, siendo un poco ambiciosa, que **mandan mejor**, o al menos saben organizar mejor cualquier entorno. (...) De hecho, **las universidades están llenas de chicas**, cada vez tienen más chicas.

–Sí. Y además hay un nivel más alto de..., chicas con más puntaje.

–Me da pena reconocerlo porque tengo dos hijos, **no tengo hijas, entonces ¿qué va a ser de mis hijos?**

–Cásales bien.

(Risas) (GD3, 9-10)

Así, mientras las madres soportan la frustración de no conseguir una pareja igualitaria, y se ven constreñidas por su obligación de mantener el vínculo familiar, esperan que las generaciones jóvenes logren vindicar siglos de opresión femenina, tomando la delantera a los varones, e incluso demostrando su superioridad «natural» en ciertas facetas¹⁰.

G') Más allá de la pareja, pero no de la maternidad

Esta fracción discursiva coincide con la anterior en el análisis de las resistencias masculinas, pero va un poco más allá, afirmando que la vida de las mujeres no debe agotarse en el ámbito familiar («la pareja no lo es todo»). Puede buscarse un mayor margen de autonomía respecto a los hombres sea dentro de una pareja (casadas) o eligiendo no convivir (separadas y viudas). Sin embargo, las exigencias derivadas de la maternidad siguen constituyendo un límite ante el que se detienen las expectativas de autonomía femenina.

A diferencia de lo que sostienen otros discursos se considera que las identidades de género son construidas socialmente (no están determinados genéticamente), aprendidas tomando como modelos a los progenitores («para ella el modelo eres tú y para el niño el modelo es el padre», GD3, 6). Esta convicción abre la posibilidad de su transformación; de hecho, esto es ya una realidad entre algunas parejas jóvenes:

–Pero también yo pienso una cosa, que antes el padre dejaba un poco todo, aparte de que no estuviera, había horas que estaba y llegaban a casa ¿y

¹⁰ Este bloqueo no quita capacidad de agencia a estas mujeres, como ya mostró hace años Borderías analizando el papel socializador-transformador de las madres empleadas en servicio doméstico. BORDERÍAS, C. (1991): «Las mujeres, autoras de sus trayectorias personales y laborales a través del servicio doméstico», en *Historia y Fuente Oral* N.º 6.

qué hacían? O llegaban tarde adrede, a ver que si se iban a tomar algo con el amigo, o con los amigos, y llegaban a casa y televisión o periódico. O sea, no tenían el concepto de: «también es hijo mío»; no, tenían un hijo y ahí estaba el hijo. Entonces es que **ahora muchos padres, su hijo ¡jolin!, quieren cambiarle, limpiarle, bañarle y darle de comer. Antes no, pero porque llegaban a casa y no, pasaban de ellos.** Y ahora no, ahora ya veo que hay otro interés en los padres, **van tomando más la conciencia de padres, de paternidad compartida; antes no, antes lo tenían...** (GD3, 7)

Sin embargo, la realidad de la generación propia es bastante más complicada. Para las viudas y separadas la relación entre hombres y mujeres es «bastante difícil», puesto que a partir de una mayor independencia económica las mujeres pueden hacer valer su criterio y no están destinadas a soportar «relaciones que atan»; en tanto que para las casadas la posibilidad de relación igualitaria «es imposible», debido a que los hombres no asumen un nuevo papel y obligan a la mujer a adoptar un papel de control y autoridad («haces de mala, eres la que tiene que mandar») que no les interesa:

–Yo estoy viuda, pero vamos, pienso que ahora **la relación entre hombres y mujeres es bastante difícil.** Pues en primer lugar porque **la mujer se ha hecho muy independiente** y ha hecho otra vida propia y ya no aguanta las cosas que aguantaban nuestros padres y nuestras madres. Y también **nadie quiere compromiso**, pero ya ni el hombre ni la mujer. Antes era siempre el hombre el que rehuía el compromiso y ahora es precisamente casi al contrario, porque **la que más quiere tener una relación (sic) propia es la mujer** y el que más gana es el hombre. Y de hecho se han hecho estudios de suicidio y se suicida la mujer casada y el hombre soltero, o sea, ahí la que más pierde es la mujer. Y, bueno, cuanto más fortuna y más independencia económica las mujeres no aguantan ciertas cosas, ni quieren **ciertos compromisos que te atan**, que no te dejan moverte, que te dejan pensar que estabas..., que siempre estábamos anuladas. (GD3, 1-2)

–Como mucho [los maridos] te pueden ayudar, pero **llevar la casa entre los dos eso es imposible.** O sea, o haces de mala, eres la que tienes que mandar, que tampoco es un gusto, porque a mí no me gusta mandar, me gusta que haya cierta colaboración, que cada uno tenga... (GD3, 3)

Afirman que «la pareja no lo es todo» y que la mujer tiene derecho a desarrollar una vida social más amplia y autónoma (no restringida a su papel de madre-ama de casa-trabajadora). Es posible, e importante, desarrollar actividades al margen de la pareja, en el horizonte del desarrollo personal. En este aspecto el discurso presenta un enfrentamiento claro con la fracción A₁ que subordina los intereses femeninos a los del mantenimiento del núcleo familiar. Aquí la mujer tiene identidad propia, antes o al margen de su papel familiar. Y en el caso de las que no tienen pareja no existe ningún inconveniente para tener una vida libre y plena:

–Si te atrae más lo de fuera que lo que tienes dentro, entonces es que no funciona, porque ¿para qué quieres salir si con la persona que estás te llena?

–Pero **tampoco hay que cerrarse** (...) Una pareja es fuerte aunque tú salgas con las amigas un día a la semana.

–Sí, pero no por norma.

–**Esa es otra parte de tu vida**, ¿por qué por norma?, pues de vez en cuando (...) Es porque te viene bien y además te anima, te viene bien, como puedes leer. Como puedes ir al cine, es otra parte de tu vida. **El matrimonio no es la única parte de tu vida**, y tu pareja... (GD3, 17)

–Aún así y todo, yo llevo no sé cuantísimos años de viuda y no cambio esta...; digo: «¡uy, qué bien!». Dices: «¿dónde voy ahora, guapa?». Y yo no he parado de trabajar ni de estudiar ... y de todo. (...) Quiero decir que **no lo cambio**, conozco lo que es el matrimonio, conozco lo que es esto y **estoy muy a gusto, la verdad. En el sentido de que ya puedes hacer lo que te da la gana** (GD3, 20).

En resumen, para esta fracción las relaciones mujer-hombre en la España actual están marcadas por la dificultad y el estancamiento de un proceso de cambio hacia la igualdad. Puesto que la consecución del modelo de pareja igualitaria parece lejano, la estrategia de las mujeres pasa por relativizar la vida de pareja (buscando espacios autónomos de desarrollo) o por eludirla (celibato, relaciones episódicas, no convivencia, etc.). Sin embargo, el papel de madre cuidadora sigue constituyendo un eje de la identidad social, al que tienden a subordinarse otras facetas de la vida de las mujeres. En especial, la vida laboral de las pequeñas propietarias cumple la función de asegurar un sustento económico y cierta independencia económica (siempre ligada al patrimonio familiar), pero rara vez es mencionada como espacio de crecimiento o desarrollo, o ámbito en el que se reproduzcan las desigualdades de género. El eje de las miradas sigue focalizado en la vida familiar (con o sin pareja).

3 EN PUESTOS DIRECTIVOS Y PROFESIONALES

El segmento social representado en este capítulo es el compuesto por mujeres y hombres que trabajan en puestos de carácter directivo y/o profesional, por cuenta propia o ajena. Se trata de las nuevas clases medias funcionales y de un sector del empresariado urbano. Tal como en los capítulos anteriores, presentamos de forma separada las fracciones discursivas encontradas en cada uno de los sexos.

3.1. HOMBRES: DIFÍCILES RELACIONES ENTRE SEXOS EN UN CONTEXTO DE MODERNIDAD Y COMPETITIVIDAD

La información respecto a los hombres procede de un grupo de residentes en Madrid, con edades comprendidas entre los 40 y 50 años; la mayoría tiene hijos (3 casados y dos separados), el resto no los tiene (un soltero y otro con pareja). Aunque para este grupo social la convivencia con mujeres está a la orden del día en el mundo sociolaboral, y podría suponersele un mayor hábito de reflexión acerca de las relaciones entre ambos sexos, desde el comienzo del grupo quedó claro que «estos temas» no pueden ser tratados con libertad en un grupo mixto. Por tanto, incluso entre las élites ilustradas la cuestión de género es un asunto difícil de abordar, más aún porque se trata de un grupo social más sometido a las constricciones de lo políticamente correcto (en los medios, en los ambientes sociales) que no les permiten comportarse ni hablar con naturalidad (precisamente por ello el GD necesita para funcionar que sólo haya hombres presentes).

Más allá de esta dificultad inicial, el discurso dominante se centra en la existencia de dificultades en las relaciones entre mujeres y hombres (una intervención inicial que habla de «cordialidad» y «avances» quedó inmediatamente silenciada por las opiniones grupales). A partir de este clima general se dibujan dos grandes bloques discursivos, cada uno de ellos conformado por tres fracciones discursivas. Uno, pro patriarcal, que afirma que existen diferencias innatas entre los sexos, pero que la actual dinámica social fuerza el igualitarismo, lo que genera un conflicto innecesario pues no existe un sistema jerarquizado ni opresión de género. Otro, pro mujer, para el que existe una distribución desigual del poder social entre hombres y mujeres, en un juego de roles que no son innatos sino socialmente contruidos; las mujeres reclaman su espacio, entran en lucha y se enfrentan a resistencias masculinas, por ello sus posibles excesos están justificados por siglos de marginación.

J) Machismo anti igualitario: igualdad formal pero respetando diferencias genéticas

Este discurso sostiene el carácter natural de los papeles de hombres y mujeres, asentados en sus diferencias biológicas («somos distintos»). Por ello rechaza el igualitarismo entre sexos (que aparece como una moda arbitraria), y afirma que el cambio de las mujeres se basa en adoptar «lo peor de los hombres», dando por sentado que existen características «masculinas» que no deben ser ejercidas por mujeres, y viceversa.

La alternativa a la situación actual es reconocer lo propio de cada sexo, aprovechando lo mejor de cada uno; de esta manera las relaciones hombre-mujer se establecerán armónicamente entre individuos libres e iguales (pues no existe poder patriarcal ni jerarquía social entre sexos). Ateniéndonos al orden natural se establecerá una relación de complementariedad, en la que cada sexo haga «sus cosas», de forma armónica («sin más»):

*–Yo lo que veo es que **nos empeñamos, no sé por qué, cada vez los hombres como parecemos a las mujeres y las mujeres a los hombres. Es decir, tendemos a que como que no haya diferencia ninguna entre hombres y mujeres. O sea, todos somos iguales, todos tal. Pero ya creo que lo llevamos al extremo, o sea, a ver, los hombres somos distintos a las mujeres, las mujeres a los hombres, o sea, de siempre, está clarísimo. Yo no sé por qué existe como una moda, como decir: «no, no, todos somos iguales, todos pasamos por aquí, todos vamos en la misma dirección». No, o sea, los hombres y las mujeres conducimos distinto; los hombres y las mujeres hacemos cosas totalmente distintas y tenemos distintas maneras de pensar. (...) Y es que es imposible pensar igual, o sea, es totalmente distinto, en diferentes... ¿Qué temas?, yo creo que ellas son bastantes más ágiles para temas de cálculo mental, visión, ver un extracto del banco, o sea, a mí me sorprende que en un vistazo ya lo han visto ¿sabes? Y nosotros, sin embargo, para otro tipo de tareas. Entonces no sé por qué nos empeñamos en que tengamos que ser iguales; no, lo que tenemos que hacer es convivir cada uno y sí que sacar lo mejor de cada uno, o sea, lo mejor del hombre y lo mejor de la mujer y ya está. Y mezclarlo y obtendremos algo bueno. Pero no el que yo tenga que hacer cosas de mujeres o las mujeres cosas nuestras ¿no? Y eso que yo cocino todos los fines de semana y me toca poner el puñetero lavavajillas, que lo odiamos ¿no? Pero... (...) vamos a sacar cada uno lo mejor de cada uno de nuestro género y ya está, **sin más.** (GD6, 3-4)***

*–Nosotros, los hombres por regla general nos guiamos mejor; leemos un mapa, no empezamos a darles vueltas y tal. El otro día a una de mis hermanas le regalé un móvil con GPS porque es acojonante, o sea, que sale de aquí para Gran Vía y se ha perdido, no sabe para donde tirar ¿no? Es alucinante. Y me decía una amiga: «no, no, claro, es que vosotros, como toda la vida y tal cuando salíais de las cuevas os ibais a cazar, pues enseguida sabíais volver, pero es que nosotras estábamos en la cueva haciendo la comida». (risas) Oye, esto parece una tontería pero tiene su fondo. **Nosotros estábamos en la calle cazando ahí con las flechas, allí al búfalo, lo que fuera, y ellas en la cueva, metidas. Entonces ¿cómo van a orientarse?***

–Es el resultado de todo esto.

–**Y en la Edad Media se quedaban en el castillo y nosotros salíamos a pelear por ahí.**

–A guerrear y tal. Y por eso sabíamos volver.

–Y nos íbamos a las cruzadas y tal. (GD6, 19).

La última cita recoge las nociones divulgadas por ciertos ensayos de base sociobiológica¹¹, que pretenden fundamentar las diferencias entre sexos en la estructura del cerebro, producida en cada individuo durante el proceso de desarrollo fetal, y en la especie humana en momentos tempranos de la evolución de la especie. Desde entonces, y por siempre, los varones dominan la espacialidad porque su función es la de proveer el sustento y guerrear, en tanto que las mujeres se centran en la reproducción y cuidado de la prole, lo que implica el desarrollo de capacidades relacionales.

Enfrentándose a quienes reclaman un cambio en las actitudes masculinas se reivindica que todos, hombres y mujeres, en pie de igualdad tienen que adecuar sus comportamientos. No es justificable que las mujeres reclamen sus derechos para acceder a puestos privilegiados y, por el contrario, no acepten compartir cargas desagradables que recaen en los hombres. Pero la dinámica actual se caracteriza por una completa distorsión de los papeles «naturales»: el cambio protagonizado por las mujeres se resume en una virilización (pérdida de la esencia femenina), adoptando actitudes («las peores») que corresponden a la condición masculina (agresividad, competitividad):

–**También tenemos que asimilarnos nosotros pero también ellas ¿eh?**

–Exactamente.

–Yo lo que veo que efectivamente tienes razón, o sea, sí que había que dar un giro y decir... Ya, y hacerlo ya y rápido. Porque estaban muy atrás y eso es cierto, y hay una cosa que no me parece bien, es que un chico tenga un puesto de trabajo y gane dos mil euros y la chica, el mismo puesto de trabajo, mil quinientos. No, no me parece bien; mil quinientos los dos, o dos mil los dos, o sea, eso es de cajón y me parece normal. Pero si por ejemplo, yo esto **lo he reivindicado mucho y me he enfadado**, y he hablado con mucha gente, ¿por qué rábanos, si cada vez todos tendemos a que no haya diferencias entre hombres y mujeres a hacer todos lo mismo, **por qué rábanos teníamos que hacer la mili nosotros y la mujer nada?**

–Ah, por supuesto.

–¡Ah!, esto ya a mí me toca la fibra sensible. Es decir, todos somos iguales, perfecto, yo me pongo un cajón y tú también, perfecto; yo trabajo en administración y tú también, ya, pero a la mili voy yo y pierdo un año o dos años y la facultad a freír puñetas (...) Es que libertad..., **igualdad pero hasta**

¹¹ Entre los más conocidos, ver PEASE, Allan y Barbara (2008), *Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas*, Booket.

cierto punto ¿no? Entonces yo siempre saco ese tema porque lo veo como espinita clavada. (GD1, 5-6)

–La pega principal que veo es que la mujer como precisamente lo que tiende es cada vez parecerse más al hombre, no al hombre, no porque seamos (...?) porque tenemos defectos para aburrir, pero como tendemos a ser iguales, o queremos que no haya diferencia, a ser iguales, la mujer lo que está haciendo -que lo he visto y alguien lo ha dicho por ahí- es cada vez coger los defectos del hombre. O sea, lo que está haciendo es conduciendo de manera más agresiva, además vas a aparcar se mete delante y te hace así [gesto de 'peineta'], a mí me lo han hecho; a mí me lo han hecho y digo, «¡qué bonito, qué femenino!». Porque **que me lo haga él pues no me extraña, pero que me lo haga una chica, que me haga así, digo, «¿por dónde me lo meto?», es que estoy por subirme encima y que me meta el dedo por el culo. **Porque ya dónde llegamos.** Y encima mandarte a hacer puñetas y pitar... O sea, es decir, conducir de manera agresiva como toda la vida hemos conducido muchos de los hombres y tal, por eso de: «¡ah!, yo soy el más fuerte y el coche más grande». Y ahora lo hacen. En el trabajo exactamente igual, o sea, en el trabajo ves unas cosas que dices: «bueno ¿y ésta?»». (GD6, 16)**

La cita anterior muestra, por un lado, un resentimiento ante los «agravios» que sufren los hombres debido a ciertos «privilegios» reconocidos a las mujeres. La lógica de argumentación sugiere que dichas ventajas están relacionadas con la sujeción femenina a su papel tradicional, pero cuando éste es puesto en cuestión la actitud masculina deriva hacia el resentimiento (si quieren igualdad que sea con todas las consecuencias). Todo el discurso da por supuesto que no existe un sistema de género jerarquizado, en el que las mujeres se encuentren en posición subordinada; se trataría, en cambio, de una sociedad igualitaria, donde «todos» (mujeres y hombres) deben ajustarse a los mismos criterios.

Esta negación no se limita a la sociedad contemporánea. Incluso el «machismo de nuestros padres» ni siquiera era tal, sino una simple adecuación al signo de los tiempos (simplemente las cosas «eran así»)¹². Al cambiar estos, hoy los hombres profesionales y directivos aceptan con naturalidad que las mujeres trabajen y que tengan igualdad de derechos laborales. Sin embargo, más allá del igualitarismo formal y la competencia abierta en un mercado de trabajo libre (sin condicionamientos estructurales de género), se mantiene la oposición frontal a las propuestas igualitarias desde el argumento de las diferencias innatas entre sexos («me resisto a pensar que todos podemos hacer todo»):

*–Pero yo no creo que [el machismo cerval] sea nuestro realmente. O sea, yo realmente creo que **nosotros no somos machistas** o de alguna manera lo hemos visto en nuestros padres algo o en nuestros abuelos. Pero no lo hemos visto tampoco porque en realidad sean machistas porque quisieran ser machistas, sino porque era algo que la mujer estaba en casa cuidando*

¹² Aunque menos desarrollado aquí, el argumento es el mismo que aparece en la fracción E' (discurso patriarcal) de las mujeres pequeñas propietarias.

a los niños y tal, la ayudaba la madre normalmente, yo me acuerdo de mi abuela con todos nosotros, y el padre pues salía a buscar las castañas. **Y ya está. Y era así. Y ahora no**, ahora lo vemos mucho más natural, ahora trabaja la mujer a tu lado con compañeras y tal y yo lo veo mucho más natural. O sea, yo **lo que sí que me resisto es a pensar que todos podemos hacer todo, tanto hombres y mujeres podemos hacer todo. No**. O sea, yo por ejemplo, hago una tortilla de patata que a veces se me queda pegada la parte de arriba y tal pero la hago ¿no? Y cuando hay que revisar las ruedas o tal: «oye N., mírame las ruedas» o «N. que he pinchado». Y tengo que ir yo a cambiar las ruedas, entonces ¡joer!, no me hace gracia, digo: «**¡me cago en la mar!, yo puedo hacer lo que tú haces, pero tú no haces lo que yo hago**». Entonces, ¡me cachis!, hay que intentar... **conocer cada uno sus limitaciones y saber lo que hacemos mejor o peor** y tal. Pues ya está, sin problemas. (GD1, 14)

¿Cómo resolver la tensión que se enuncia? Por un lado, existiría un comportamiento «antinatural» de las mujeres; por otro, se defiende un marco de igualdad formal en el espacio público, que obliga al respeto de las actitudes ajenas. Tal situación llevaría a la aceptación más o menos resignada de los comportamientos femeninos criticados. Sin embargo, por la vía de una alusión indirecta, referida a la socialización adecuada de los niños, se adivina cuál es el reclamo oculto de este discurso: la vía idónea para corregir las actuales desviaciones es un incremento de la disciplina y las figuras de autoridad:

–*Creo que parte de la educación de los hijos está en los padres. Porque por desgracia, por desgracia en los colegios van a cubrir la papeleta y yo lo veo. Yo tengo muchísimos sobrinos, yo con mis sobrinos con todos me llevo bien y **tengo mucha disciplina**, o sea, yo solamente una mirada y ya saben lo que quiero decir, lo saben, ya me conocen. Juego con todos, me llevo fenomenal con todos, monto en moto con uno de los chiquitines, que se lo he inculcado yo, y **me llevo de lujo con ellos. Pero como pegue así en la mesa, tiembla**. Es que es así, o sea, a los niños, vamos a ver, podemos jugar con ellos y tal. Y antes decían por ahí lo de tener todo y tal; efectivamente, no es tener todo, es decir, hay que dedicarles más tiempo, que no siempre lo tenemos, pero **sobre todo es disciplina**. (GD6, 33)*

En resumen, entre las capas ilustradas urbanas existe una amplia aceptación de la incorporación femenina al mundo extradoméstico, incluso denunciando la discriminación salarial que pueda registrarse. Sin embargo, esta fracción discursiva defiende con firmeza la reproducción del resto del andamiaje patriarcal, basado en la supuesta determinación biológica de las diferencias de papeles sociales entre hombres y mujeres. Al cuestionar la «virilización» femenina, se busca minimizar el impacto de su irrupción en el mundo masculino (la esfera pública), procurando que las mujeres sigan comportándose de manera «contenida» (comprensión, dulzura, cuidado, etc.) sin atentar contra la situación dominante de los hombres. Las quejas y amenazas ante los «excesos» femeninos, reclamando también un reparto igual de las cargas masculinas, no pretende de ninguna forma propiciar una igualdad generalizada; por el contrario, opera como amenaza con el fin de asegurar una preservación de la posición dominante masculina. Su solución es un incremento de

las figuras de autoridad, aparentemente neutras, pero garantes de los supuestos no cuestionados del orden patriarcal.

K) Liberalismo competitivo: a demostrar la valía personal sin excusas de género

Sin hacer referencia explícita al condicionamiento biológico, este discurso afirma también que los papeles de sexo básicos son inmodificables, puesto que a través de la historia sólo se registran cambios superficiales. Según esta visión los sujetos nos ajustamos a vivir de acuerdo al entorno social que «nos toca», pero a pesar de ello los comportamientos de ambos sexos se atienen a pautas inalteradas (iguales «desde la Edad Media»). Y, además, es correcto que así sea, puesto que a la hora de valorar el estado de las relaciones actuales entre hombres y mujeres se afirma que no existe ningún problema o conflicto («¿pegas?, ninguna»):

*–En el fondo **es producto del tiempo que te ha tocado vivir**. O sea, las circunstancias, tú opinas inicialmente que el tiempo que te ha tocado vivir es el más idóneo y que por eso es mejor, pues obviamente lo opinamos todos. Otra cosa es.. (...) el comportamiento humano, tú puedes coger desde la Edad Media el comportamiento del hombre y de la mujer es muy similar al que tenemos hoy, el comportamiento, tú ves las relaciones y son completamente lo mismo. Lo que pasa que dices: «oye, he evolucionado». Bueno, hemos evolucionado porque los tiempos han cambiado. Entonces tú te adaptas al tiempo que te ha tocado vivir y sobre todo por unas historias... por la educación que has recibido, por los valores que tienes y por la propia sociedad. Igual que ha cambiado las relaciones, ha cambiado el propio país, no es el mismo país del Cuéntame, al país que tienes a día de hoy, pero en el nivel de industrias, a nivel de empresas y a nivel de nada. Entonces, el producto de todo eso es lo que tú has hecho. Luego si hablas de relaciones de parejas, claro (...), es que esto es tan amplio, ¿qué relaciones? Pegas ¿de qué?, te diría yo. Pues yo te puedo decir: **pegas no tengo ninguna**. (GD6, 16)*

Por tanto, en lo tocante a las relaciones entre ambos sexos vivimos en la mejor de las sociedades posibles. En realidad, éste es un asunto que no tiene ninguna relevancia. No existe discriminación contra las mujeres, sino un cúmulo de argumentaciones y excusas femeninas para reclamar privilegios injustificables, rehuyendo el contraste abierto de méritos individuales:

*–Vamos a ver. En el fondo, **la mujer lo que sí culturalmente**, debido a este cambio, **lo que tiene sobre todo es una justificación**. Cualquier mujer y depende donde trabajes y la posición que ocupes o cuáles son, pero sobre todo tienen a más nivel de responsabilidad tienen más nivel de justificación. Él ha hecho un ejemplo que es muy simple; oye, mira, yo sé cambiar la rueda y voy y la cambio y no pone en un marco: «he cambiado la rueda». La mujer, en muchos casos, te lo digo trabajando, te encuentras que es la justificación de decir: «es que yo encima hago esto y trabajo» y a lo mejor al*

pobre que se lo está diciendo trabaja en su casa, porque cada cual, lo que yo te digo, es que en su casa sabe lo que pasa.

*–Perdona, creo que lo que quieres decir es **reconocimiento** ¿verdad?*

*–Exacto, es decir, reconocimiento. Es decir: «oye, es que encima ves que yo he llegado». Entonces: «tú que has llegado puedes ser listo pero es que encima soy mujer». Y probablemente en el fondo cada vez... yo creo que la tendencia de uno, pues **cada cual llega donde llega, sea hombre o sea mujer ¿me entiendes?, por circunstancias**. Yo creo que el tema de igualdad (...), **cuanto más se habla de ese concepto menos igualdad existe**, porque en realidad a medida que tú avances y posiblemente (...) habría hombres, habría mujeres y no pasa absolutamente nada. Pero la necesidad de justificar algo que teóricamente si ya existe por la propia sociedad es injustificable. **Tú no justificas que hoy es jueves**, pues todo el mundo sabe que es jueves. Entonces, cuando se tiende a justificar que lo que es..., yo ahí me empiezo a plantear el por qué. (GD6, 18)*

De esta manera, el único terreno válido para el análisis y la discusión se establece en la esfera pública, específicamente en el terreno laboral, allí es donde hay que contrastar méritos individuales. Por tanto, en la práctica se niega toda relevancia a la carga de responsabilidades domésticas y de cuidado, que sería un asunto personal y contingente («cada cual sabe lo que pasa en su casa»), que no tendría ninguna incidencia sobre la vida laboral. Además, por lo que parece, tampoco existirían situaciones de discriminación específicas en ese terreno hacia las mujeres. Obviamente, a partir de este punto de vista no existe ningún tipo de justificación para medidas de discriminación positiva; las que existen son percibidas como «discriminación negativa», injustificada, contra los hombres.

L) Modernizador comunitarista-conservador: frenar este cambio brusco

Esta fracción muestra un discurso atravesado por una profunda ambigüedad. Por un lado, percibe que la dinámica de cambio social que tiende a generalizar la presencia femenina en ámbitos públicos es imparable y, sobre todo, es parte de un modelo social al que se adhiere ideológicamente (países capitalistas avanzados, «aproximarnos a Europa»); por tanto, queda excluida una oposición frontal al mismo. Sin embargo, por otra parte, expresa un claro malestar por el «desajuste» que las nuevas actitudes femeninas provocan en los hombres. Descartada la descalificación global (como la realizada por la postura anti-igualitaria) la crítica se limita al ritmo («excesivo», «brusco») de las transformaciones.

*–En principio sería como dice él ¿no? que **teóricamente la sociedad va mejorando, el hombre va evolucionando, la mujer también, pero bueno, quizás va todo un poquito deprisa** ¿no? Y sobre todo más en España posiblemente ¿no?, nos hemos intentando adaptar, la mujer se ha intentado adaptar quizás... **siempre va un poco más lento, quiero decir con respecto a los países de Europa** ¿no? Entonces **el salto aquí en España en***

verdad ha sido muy brusco, demasiado brusco en España. Sobre todo en la mujer ¿no?, el hombre ha seguido más o menos su camino, intenta también básicamente mezclarse un poquito evidentemente, pero el cambio más fuerte ha sido en la mujer, creo. El otro día me encontré una amiga y dice: «las mujeres cogen lo peor de los tíos ¿no?»», un poco (...) la ambición, la codicia ¿no?, y quizás **pierden un poquito la feminidad, con todos los respetos, que no son debilidad ni mucho menos ¿no? Entonces conjugar eso pues no es demasiado sencillo evidentemente. Y sobre todo es el momento, creo que el momento actual, 2010, **nos queda una generación por lo menos para que todo se suavice un poquito más** ¿no?, quizás unos veinte años, posiblemente una nueva generación más... Otros vienen de finales del siglo pasado y evidentemente en otros países no tienen nada que ver ¿no?, Inglaterra o Alemania probablemente lo han asimilado mucho más, lo tienen más asimilado. Y aquí creo que va un poquito más... más despacio por lo brusco que ha sido todo ¿no?, entonces (...) de mujeres creo que... (GD6, 4)**

La salida para la ambigüedad estructural del discurso es intentar reducir la dinámica de cambios, postergándolos al futuro, para que sean las próximas generaciones quienes lo asimilen. En el transcurso de esta crítica existe una reivindicación nostálgica de un orden comunitario tradicional en el que todos los papeles sociales estaban claramente establecidos y regulados por figuras de autoridad incuestionadas. En otros términos, la adhesión ideológica al liberalismo y la competitividad capitalista se apoya en el reclamo, subyacente pero pleno de fuerza, de una preservación de las figuras de autoridad tradicional; en suma, liberal-modernizador en lo político y económico (rapidez, cambio), conservador-comunitarista en lo que atañe a los papeles de género y a las formas de socialidad en el ámbito privado (orden y lentitud): «eso sería lo ideal».

*–El problema es que todo ha ido demasiado de prisa. Porque **antes** – cuando hablabais de relaciones, como tú bien hablabas de la de los niños– a los niños no sólo los educaban los padres, lo educaba el vecino, y educaba el de al lado y aunque la madre no trabajara, es decir, estuviera en casa, es decir, si el niño estaba en... jugamos en el parque, pues quién no ha tenido un vecino que no hacías una trastada porque sabías que al final iba a casa...*

–O el panadero, salía y te llamaba la atención.

–Pues claro. El tema de los niños se amplía un poquito más. A los niños se les educaba por el mundo; el portero, uno tiraba un huevo...

–Era una autoridad, el portero era una autoridad.

*–Había mucho más respeto. Pero todo iba más despacio, todo..., la sociedad era muy distinta y, claro, no tiene nada que ver hoy. **Eso sería lo ideal...** (GD6, 30)*

Por tanto, desde esta perspectiva las mujeres pueden incorporarse a la dinámica del mundo capitalista competitivo siempre que preserven sus cualidades femeninas, y no acosen a los hombres con exigencias de cambios «bruscos». Puesto que no es posible oponerse abiertamente al cambio existe la esperanza de conseguir

demorarlo todo lo posible. En el fondo, impotentes, late la esperanza de que alguna instancia pueda promover (¿imponer?) un retorno a una vida comunitaria jerarquizada, organizada y pacífica.

M) Mujeres en lucha, parejas en crisis

Esta fracción discursiva representa con claridad al «hombre desarmado» que, por una parte, valora positivamente las conquistas femeninas y, por otra, se siente desorientado y sin salida ante las consecuencias de las mismas sobre su propia vida. Es una posición sustentada por hombres divorciados que no asumen una posición resentida frente a las mujeres sino que anhelan «recuperar el vínculo» con éstas. Defienden como ámbito idóneo, y natural, de relación entre los sexos la pareja; sin embargo, reconocen la diferencias existentes y las dificultades que plantea el ritmo de vida de clases medias-altas urbanas para las relaciones:

*–Si supiéramos algo [sobre las relaciones mujeres-hombres] no estaríamos aquí. (...) Yo pienso que **no podemos estar ni ellas sin nosotros ni nosotros sin ellas, porque está claro que hemos venido para estar en pareja, o sea, estar solo es muy triste ¿no?, independientemente de las condiciones sexuales de cada uno ¿no?, pero aquí estar solo es muy triste. Entonces aparte de eso, puntualizando otro tema, también es importante que **las mujeres**, independientemente de que estén trabajando, tengan su independencia económica, **si tienen hijos**, también luego parece que no, pero es un añadido más, aunque nosotros cada vez colaboramos más, en general es un añadido más, **es una carga más, una responsabilidad más. Es complicado ¿no?, hay veces que están más centradas, en alguna etapa, en los hijos que quizás en nosotros. O nosotros a lo mejor ya no tenemos ese punto de cariño o de roce que a lo mejor ellas necesitan ¿no? Y luego, aparte, pues yo pienso que lo que estábamos comentando de las separaciones está relacionado de que **el tema económico es importantísimo ¿no?, porque está claro que no te puedes separar si no haces números ¿no? Y además está ocurriendo una generación, de treinta y tantos años hasta cincuenta por decirte algo, cuarenta y tantos y como decíais antes, a lo mejor dentro de diez años, pues todo esto cuando pase una generación nueva, pues ya tenemos todos más experiencia.******* (GD6, 1 y 6-7)

Precisamente las tensiones y dificultades en las relaciones ponen a la orden del día la posibilidad de ruptura de la pareja. Alrededor de este asunto se plantean dos cuestiones: por una parte, la aceptación de la eventual ruptura del vínculo como una posibilidad no deseada pero normalizada; por otra, la importancia de las cuestiones económicas a la hora de afrontar un divorcio. La expresión citada («no te puedes separar si no haces números») hace referencia a los costes que recaen sobre el hombre cuando es la mujer la que asume la custodia de hijos pequeños. Pero en este caso se establece una diferencia importante respecto a lo expresado por hombres de clase obrera (GD9 y 10): para aquellos el coste del divorcio aparece como un expolio y el riesgo de un fuerte descenso del nivel de vida masculino; en cambio, para este grupo social, que cuenta con un nivel de renta considerablemente más

elevado, la cuestión es «algo a estudiar». En todo caso, parece evidente que en la ruptura matrimonial se combinan factores emocionales y económicos, y que existen consecuencias diferenciales en función de la posición social de los implicados.

De todas formas, el modelo idealizado de pareja heterosexual atraviesa dificultades importantes: los vínculos se rompen, las parejas de larga duración están más cerca de ser excepción que norma. Entre el deseo y la realidad circundante el hombre desbordado sólo puede entregarse a un optimismo sin mucho fundamento («vamos a confiar», «hay que pensar en positivo»), puesto que no es capaz de realizar un diagnóstico profundo de las dificultades a partir del cual encontrar nuevas modalidades de relación:

*–Quizás [las parejas] **no duran tanto como lo que nosotros pensábamos, como nos han demostrado nuestros padres o veíamos en las películas.** Es decir, la realidad es que afrontas una relación y tú te imaginas un..., un tema y resulta que cambia y vas evolucionando. No es lo mismo la relación... porque **vamos a confiar** en que nuestros hijos, no sé si vosotros tenéis, cuando se ilusionan con una pareja pues piensan: «a lo mejor me dura un año», nada más, o tres meses, confiarán también –como todos hemos confiado– **que eso dure siempre.** Entonces (...), no lo sé, o sea, lo que te quiero decir, es que no dura tanto pero yo pienso que **el ser humano confía un poco en la vida en pareja**, vuelvo a insistir, no en estar solo. (...) Hay que pensar en positivo. (GD6, 8)*

Todo el discurso del hombre desbordado se circunscribe al ámbito de las relaciones afectivas. A diferencia de las posiciones pro patriarcales no culpabiliza a las mujeres por la crisis de las relaciones, sino que las atribuye a circunstancias sociales (el ritmo de vida, el estrés, la falta de tiempo debido a que ambos miembros trabajan fuera de casa, etc.) que estarían más allá del condicionamiento de género, como si el cambio (positivamente valorado) en la posición de las mujeres de clase media-alta no tuviese ningún impacto sobre el conjunto de la vida social. Es llamativo el silencio de este discurso sobre las relaciones que se establecen en la esfera pública. Al parecer, si no fuera por la crisis de la pareja heterosexual, no existiría ninguna «cuestión de género» pendiente en nuestra sociedad. Así, la postura pro-mujer parece limitarse a una adhesión afectiva respecto a la figura femenina, al margen de todo cuestionamiento acerca del papel masculino en la sociedad y en la pareja, y de cualquier reflexión respecto a la existencia de desigualdades estructurales entre los sexos.

N) Pro mujer que no cuestiona su propio papel: que el cambio lo hagan ellas (y los jóvenes)

Esta fracción discursiva formula una adhesión a la «causa de las mujeres», denunciando su postergación secular y su derecho a rebelarse, incluso a cometer excesos en la reivindicación de sus derechos. Sin embargo, simultáneamente, afirma que las relaciones con las mujeres son «complicadas» y no tiene contradicciones por el hecho de que su propia pareja se dedique en exclusiva a las tareas domésticas.

Frente a los argumentos que remiten los papeles de cada sexo a diferencias naturales inmutables o biológicas, afirma que son de orden cultural y social: lo que nos aparece como «verdades» respecto a los sexos, son construcciones sociales («tópicos que acaban formando... educación»):

*–Yo creo que **son componentes educacionales**. Yo creo que son absolutamente inevitables y que tardan tiempo en modificarse y además son componentes muy marcados, muy marcados porque aunque se diga que no somos machistas, es verdad, puede ser que no seas, pero sí puedes tener cierto... Decir lo de la mujer mala conductora lo llevo oyendo yo (...) lo he oído yo en muchos años. Es decir, y así **muchísimos tópicos que acaban formando... educación**. Esto es así, tú **lo repites muchas veces, acaba siendo verdad**. (GD6, 18)*

Frente a las críticas pro patriarcales (excesos femeninos, virilización) adopta una clara postura pro-mujer: si se quería realmente la igualdad el cambio debía de ser radical pues se partía de una situación de fuerte subordinación; el cambio brusco ha sido necesario («lo de la revolución de octubre en el tema de la mujer, porque estaba muy atrás»). Precisamente la prolongada subordinación femenina explica, aunque no se compartan, algunos comportamientos excesivos por parte de éstas; en algunos ambientes laborales la agresividad no es un «defecto personal» sino una característica necesaria para conservar el empleo. Además, la perpetuación en la actualidad de situaciones de desigualdad justifican las medidas de discriminación positiva, aunque a corto plazo perjudiquen a los hombres:

*–Yo no sé si estarás de acuerdo que es que eso ha sido necesario ¿eh?, **aquí ha sido necesario lo de la revolución de octubre en el tema de la mujer, porque estaba muy atrás, estaba allí atrás**.*

–Octubre, ¿la del diecisiete?

*–No, no, me refiero a la revolución de octubre comparándole con lo de la industria ¿no?, que **tenía que ser, pero ya, porque es que estaban muy atrasadas. El cambio ha sido muy brusco porque es que necesitaba ser brusco**. Pensemos que nuestras madres no podían abrir una cuenta bancaria. (...) Y yo no sé, ahora ya no me acuerdo qué cosas había más... Y para viajar tampoco.*

–Y para trabajar tenían que tener una autorización de su padre.

*–Entonces, claro, **eso o lo haces «ya o ya»**. Porque no vas a decir: «Bueno, pues mira, lo vamos a hacer progresivamente». No, eso tiene que ser ya y, **efectivamente, es brusco, algo brusco, pero que es necesario que sea**. Yo, en ese sentido, sí que creo..., soy, vamos, **yo me pongo al lado de la mujer**. Yo creo que **es necesario que haya una discriminación positiva** ¿no? hasta que se logre la equiparación y la igualdad. Esto es como... A lo mejor mucha gente dice que es negativo para nosotros, y puede ser que sí porque **pierdes cuotas de poder, pierdes el mando de la televisión y ya ¡jojo!... (riendo) a compartir, es peor** ¿no? Pero efectivamente, lo tenían que hacer así, **lo tenían que hacer así porque es que era necesario**, era necesario. (...) Se produce lo que tú dices, que sí, que ha sido **muy brusco**, que a lo mejor esas actitudes*

que dice... bueno, pues para **hacer ese asalto al poder**, pues voy a tomar la actitud mala ¿no?, por ejemplo, en el trabajo que hemos visto todos ¿no?, que llega una compañera, llega y actúa como el peor de los tíos que te trata... porque es autoritaria y tal; bueno, pues tampoco es necesario. (GD6, 5)

–Yo creo que las mujeres es verdad lo que tú dices: **han tenido** que ser agresivas. Yo estoy en un trabajo, bueno, pues muy estresante, muy agresivo, con mucha competitividad y yo he visto cómo algunas mujeres **han tenido** que poner los pies encima de la mesa porque se las comían. Claro, hay una cosa muy clara, **allí sólo sobrevivía la que se los plantaba encima de la mesa**, la que no se los plantaba encima de la mesa iba a la puñetera calle a los diez días, o a los veinte o a los treinta, pero no aguantaba ese trabajo, no era capaz de hacerse un hueco. Quiero decir, esto es así, te metes así, a mí me parece triste, creo que **no era una cuestión de capacidad sino de agresividad** y de fuerza o de posición.

[...]

–**Aquí hay un problema de poder**, quiero decir, evidentemente el hombre ha mantenido... Aunque ha habido algunas sociedades matriarcales, pero la mayoría en la historia... en lo que es **la sociedad occidental ha sido una sociedad absolutamente patriarcal y, por tanto, machista absolutamente**. Y en algunas zonas sigue existiendo un machismo exacerbado, como el caso del Islam y bueno, incluso dentro de la iglesia católica en muchas de sus ramas ¿no? Evidentemente lo que se intenta es un tour de force, quiero decir, **al final es una cuestión de poder**. O sea, **las mujeres siguen sin poder**, esto es así, o sea, quiero decir, vete a los consejos de administración de las grandes empresas, o sea, en la política empieza a haber mujeres pero no así en la gran empresa. (...) El hombre ha mantenido el poder y ahora ha empezado a dejarlo, pero **ellas quieren ocupar su sitio**. Evidentemente cuando **hay una lucha de poder** pues los temas no suelen ser –y en mi opinión la historia lo demuestra– muy educados. O sea, la gente busca su sitio y tiene que ganarlo, no te lo van a dejar coger. Entonces cuando hablamos de poder, ya hablamos de otro tema mucho más delicado, mucha más **agresividad** siempre, porque acaba generando **pelea y lucha**. (GD6, 19 y 20-21)

De esta manera se introduce en el discurso un elemento que va más allá de la interrelación personal, o los intercambios entre hombres y mujeres en un ámbito público neutro: existe una dimensión de las relaciones de género que refieren a una cuestión de poder social («hacer ese asalto al poder»). En la sociedad patriarcal («absolutamente machista») las mujeres tienen que ganarlo mediante la lucha, para la que se requiere autoafirmación («agresividad») y no «buena educación». Por tanto, la cuestión tiene un claro carácter sistémico o estructural, que no puede abordarse dando por supuesto la existencia de una sociedad de individuos plenamente libres e iguales.

Sin embargo, este discurso masculino presenta líneas de fuga y contradicciones en su postura pro-mujer. En primer lugar, plantea desde el inicio que el asunto de las relaciones hombre-mujer no puede abordarse libremente en presencia del

otro sexo; ante la presencia de una mujer observadora en el grupo pregunta: «¿vamos a hablar con la espía detrás?» (GD6, 1). Esta actitud muestra que tras la solidaridad públicamente declarada existen tensiones ocultas y vergonzantes. En el ámbito de las relaciones personales, los múltiples vínculos con las mujeres (madre, compañeras, pareja, hijas) aparecen como un terreno «complicado», en el que el hombre no encuentra el tono adecuado («muchas veces no aciertas»). En las parejas las relaciones actualmente han perdido calidad, lo que se manifiesta en un incremento de las separaciones pero también en un menor dramatismo a la hora de afrontarlas¹³. Ello da cuenta de un malestar de fondo muy extendido, que se expresa en el alto número de separaciones y en el aún más elevado volumen de parejas que permanecen unidas por no perjudicar a los hijos o por constricciones económicas. A pesar de la importancia que se otorga a este fenómeno no se profundiza en sus causas; hay algunas referencias al clima de estrés en el que transcurre la vida de este grupo social (una «vida absolutamente loca») pero, en general, predomina una cierta impotencia o resignación estoica. Así, las mujeres pasan sin solución de continuidad de ser consideradas «luchadoras por su libertad» (en el terreno público) a «un mal necesario» (en el ámbito privado):

*–No sé, es complicado. Yo creo que es complicado y además **hay varias relaciones** ¿no? hombre y mujer, porque tienes una relación primero con tu madre ¿no? que pasa por unas ciertas etapas ¿no?; con parejas, con compañeras, con mujer, y ya luego encima cuando llegan hijas ¿no? Yo tengo una hija ahora de diecisiete años que ha cumplido en noviembre ¿no?, y lleva desde los trece años con el famoso pavo ¿no? Y es duro, es duro. Y cuando llegan las alianzas madre-hija, hija-madre, que no se soportan pero se alían con una facilidad... pero más cada día ¿no? Entonces **son complicadas las relaciones también ¿eh? porque es que nunca aciertas, muchas veces no aciertas. Pero debe ser que es un mal necesario** ¿no? como se han definido. (GD6, 2)*

*–A mí me gustaría pensar, como piensa el compañero que las relaciones son buenas, son extraordinarias, pero hay una cosa que es evidente: **las separaciones se incrementan día a día**, o sea, es obvio que las relaciones... no es que empeoren, sencillamente, **rompen con mucha más facilidad**. Es decir, sí **hay un cambio radical**, yo en los últimos años, supongo que como todos, estamos asistiendo a **separaciones constantes, continuas, alrededor, arriba, por encima, por detrás**. Dices: ¿qué pasa aquí?, aquí pasa algo, esto no es lo que pasaba. Y yo creo que sí **hay una gran diferencia de los últimos tiempos en las relaciones**. Evidentemente, **hay una demanda de la mujer de mayor protagonismo** que quizás muchos hombres a lo mejor no estamos preparados, o no están preparados, para asumir. Y evidentemente se está produciendo una ruptura en las relaciones yo creo que muy importante, no sé los porcentajes pero son bastantes elevados, de las separaciones en estos momentos ¿no?, a partir de ciertas edades. Bien es verdad que las separaciones **cada vez son menos traumáticas**, yo por lo menos por lo que veo a mi alrededor y por lo que detecto.*

¹³ Nuevamente aparece una diferencia en función de la posición de clase. Mientras para los hombres de clase obrera el divorcio adquiere tintes dramáticos, entre los profesionales y directivos el asunto tiende a ser normalizado, tanto por los usos sociales como por la existencia de un mayor margen económico para afrontar sus consecuencias.

*Pero bueno, eso es quizá llevado a que **las relaciones, esa es mi opinión, por regla general son de mucha menor calidad.** Quiero decir, es más fácil separarte cuando no hay una relación que haya sido muy fuerte, entonces la separación pues es más fácil. (...) en general yo no las veo traumáticas, la gente se amolda, se van cada uno a su vida, hay sus problemas, pero **no se llega el drama.** Pero sí es verdad que se da una ruptura con mucha facilidad, yo creo que eso es un problema de falta de calidad en la relación o por falta de tiempo, por el estrés, **por una vida absolutamente loca que llevamos todos,** porque estamos en otra cosa en vez de estar... Tenemos que estar aquí ahora, pero estamos a ver qué hacemos para mañana o qué ha pasado ayer. Entonces, **estamos un poco despistados.** Yo creo que las relaciones son..., sinceramente, creo que **son de peor calidad** y eso genera que el aguantar, el soportar la relación sea mucho más difícil, entonces la gente parte el piñón y aquí fuera, a otra cosa. Esa es mi opinión. (GD6, 3)*

En todo caso hay una confrontación con el diagnóstico de los discursos pro patriarcales; mientras aquellos insisten en atribuir los conflictos al cambio de actitud de las mujeres, aquí se hace mención a las resistencias masculinas (surgidas de los «resquemores» de una socialización «absolutamente machista») frente a las reivindicaciones femeninas. En principio, pues, los hombres de edad adulta tendrían alguna responsabilidad, y capacidad de acción, al respecto:

*–Yo creo que **la mujer se ha vuelto más exigente en todos los sentidos.** (...) Es decir, es verdad, como tú decías, que ha sido una revolución muy rápida porque aquí se llevaba un atraso enorme, mientras que en línea general, las mujeres trabajaban en Europa, fuera de casa desde hace muchísimos años, aquí en España, por las circunstancias, pues esto empezó en los años setenta en adelante y evidentemente la carrera ha sido muy deprisa. Claro, yo creo que si a eso unes, ya te digo, **la toma de conciencia de mujeres** de decir: «oye, yo quiero mi papel y quiero que mi papel sea éste», y que independientemente **a nosotros todavía nos queda un poquito de resquemor** de la educación que hemos tenido todos ¿eh?, porque vamos, [cuando eras joven] es verdad que **el ambiente general que tú veías en la calle y en la sociedad era absolutamente machista.** Entonces claro, **eso genera un choque,** además con una velocidad muy alta. (GD6, 7)*

Por contraste con las valoraciones anteriores, un sector formula una valoración positiva, fuertemente idealizante, de otros modelos de relación (parejas no convivientes; más naturalidad en la vida sexual), que estarían extendidos entre los más jóvenes, cuya envidiable situación contrasta con la experiencia (más lineal y reprimida) de la propia generación de los adultos. Para otros, en cambio, el cambio generacional no logra superar el problema porque «se casan y se separan como antes»:

*–Yo creo que también hay que pensar, lo que has dicho tú, en positivo ¿eh? (...) Yo tengo ejemplos de que, por ejemplo, **tengo un compañero que es jovencito, tiene veintitantos años** y hay otro que también tiene veintitantos años. Los dos con novia ¿no?, y este segundo, está todo el día con ella, y ya le estaba comentando que: «¡jo!, nos vamos a comprar una casa y nos*

vamos a vivir juntos». Y le mira uno al otro y dice: «tío, es que no, tú haz lo que yo. Tú lo que tienes es que disfrutar de tus amigos, de primeras. Vete con tres amigos, os alquiláis una casa y os vais a vivir y estáis dos o tres años y ya luego pues ya verás si os vais a vivir juntos y tal. No te preocupes que ya verás». Con toda naturalidad. (...) Yo la conocí a la novia un día ¿no? Y la novia pues es que también vive con otras amigas y tiene luego sus relaciones y tal. Y allí podemos quedar en casa de tu novia o en nuestra casa, en tu casa y tener todas las relaciones tan divinamente ¿no? Mira, **yo le escuchaba y, claro, yo tengo cuarenta y nueve ¿no?, y digo: ¡joer, qué buen rollo!**

–¡Qué envidia! ¿no?

(Risas)

–Sí, sí, **envidia sana**. Y ella con una naturalidad..., el día que conocí a la novia del que le decía eso ¿no?, pues es que también con una naturalidad. (...) Y esta mañana he oído una conversación, la verdad es que ha sido **graciosísima**, desayunando en una cafetería ¿no?, de chicas; tres chicas a cuatro mesas más allá, al lado de la Puerta del Sol y a voz en grito le estaba contando la una a la otra, a las otras dos, cuando tuvo su primera relación. Y yo le empecé a oír (...) y digo: «¡joder! ¡qué naturalidad!». O sea, allí todo el mundo se estaba enterando que esa chica con dieciséis años se tiró con su novio, con un chico, tal, en el parque.

–Eso es otro asunto. El tema del sexo pues **hablan con naturalidad tanto los hombres como las mujeres**.

–Pero a partir de ahí yo creo que las relaciones hombre-mujer yo creo que también pueden ser más... mejores ¿no?, **más sanas**. En nuestra época era distinto.

–Pero **ahora se casan y se separan igual**, ¿eh? (GD6, 8-9)

Finalmente, de forma velada, aparece un límite que este segmento de la población masculina parece no poder abordar: el reparto de la «carga doméstica». Continuando con la mitificación del cambio entre los jóvenes se afirma que las mujeres de las nuevas generaciones no se conforman con la colaboración masculina en el ámbito doméstico sino que exigen una igualdad plena (no colaboración sino «reparto de tareas»). Esta situación es valorada positivamente, en tono admirativo. Sin embargo, como si no tuviera ninguna importancia se menciona que la propia mujer «no trabaja» (fuera de casa), lo que convierte el propio caso en «distinto» pero sin sacar de ello ninguna consecuencia. Así, el reparto de tareas estaría plenamente justificado en el caso de que ambos cónyuges trabajen fuera de casa, pero no tendría ninguna justificación (ni consecuencia negativa), cuando sólo un miembro «sale a buscar las castañas fuera»:

–Hombre, yo, por otro lado, veo también lo de las mujeres, **ahora que no está aquí...**

–**La espía, la espía...** [se refieren a la observadora que se ausentó del grupo]

–Hay que reconocer..., yo lo veo por unas compañeras mías ¿no?, yo **mi mujer no trabaja ¿no?, entonces nuestro caso es distinto ¿no?** Yo, la relación de pareja cuando **tiene que haber un reparto de tareas** y demás ¿no?, **si tú no trabajas, pues oyes, te encargas de... y el otro sale a buscar las castañas fuera ¿no?**, y tal. Pero yo veo las compañeras mías de trabajo que es que son auténticas super women ¿eh? (...) Y, claro, una cosa que las sienta muy mal a las mujeres, a las mujeres, no de nuestra generación, de las más jóvenes, eso de decir, lo que tú comentabas antes: «bueno, colaboramos». No, no, no; allí dicen: «eso de colaborar no»

–Colaborar no, reparto de...

–Reparto de tareas: «tú haces esto, tú haces lo otro». (GD8, 11)

En suma, la admiración masculina por la lucha de las mujeres, y la idealización del cambio conseguido por las generaciones jóvenes, no es incompatible con la reproducción en la vida personal de un reparto tradicional de papeles de género, y una concepción de las relaciones personales entre sexos como «complicadas», todo lo cual marca los límites de cierto «feminismo masculino», más o menos efectivo a la hora de apoyar medidas institucionales o combates ajenos, pero poco dispuesto a la transformación e implicación personal. Además, existe una cierta imposibilidad para hablar «claramente» de estas cuestiones debido a la «dictadura de lo políticamente correcto», que estaría generando un marco de relaciones impostado (artificial, sin espontaneidad) por temor a despertar susceptibilidades. Esta cuestión, apenas enunciada, admite una doble lectura que –por falta de material– no admite aquí un análisis más profundo; por una parte, está denunciando que un sector de hombres, en principio favorables a las reivindicaciones femininas, no son libres de expresar sus deseos y expectativas ante las mujeres, lo que debería suscitar alguna reflexión por parte de éstas; por otro, pudiera ser que de manera poco consciente estos hombres temen expresarse con total libertad ante la posibilidad de descubrir que el machismo que denostan no está tan lejos de sus propias actitudes. Y ambas lecturas no tienen por qué resultar necesariamente excluyentes:

–Hemos pasado del tema de **lo políticamente correcto** que ahora también (...) al final **las relaciones lo que tampoco pueden mantenerse**, y esta es mi opinión, **dentro de unos márgenes tan estrictos, porque las relaciones o son naturales o son una mierda**, esa es mi opinión. Es que hemos pasado lo políticamente correcto, quiero decir: «tú no puedes decir, tú no puedes hacer y si lo dices, cuidado cómo lo dices». Bueno, dentro de un orden, de una educación razonable, yo creo que se puede plantear cualquier cosa en cualquier situación, con cualquier persona, sea hombre o mujer. Y el problema es que nos hemos llevado ahora con un montón de temas, **todos los temas que son delicados hay que tratarlos con tal suavidad que al final no los tratas**, estás hablando de otra historia pero no realmente lo que quieres tratar. Esto pasa un poco con el tema hombre y mujer ¿no? O sea, **ese miedo al machismo cerval** que hay que a mí me parece a veces excesivo. (GD6, 13-14).

3.2. MUJERES: ENTRE EL RECHAZO AL PAPEL DE «AMA DE CASA», EL SEXISMO EN EL TRABAJO Y LA LUCHA POR EL REPARTO DE TAREAS DOMÉSTICAS

El segmento social representado es análogo al estudiado entre los hombres: mujeres que trabajan en puestos directivos o profesionales, por cuenta propia o ajena. Se realizó un grupo de discusión en Barcelona, con mujeres entre 40 y 50 años, autóctonas (6) e inmigradas (2), la mayoría con hijos (3 casadas y 2 separadas), el resto sin hijos y no conviviendo en pareja. A este material se suma el aportado por dos mujeres empresarias asistentes a otro grupo realizado en Madrid (una madre soltera, otra lesbiana en pareja).

La identidad dominante en este grupo social es la de mujeres trabajadoras «con estatus»; es decir, se consideran en una posición distinta a las de las mujeres que no tienen empleo fuera del hogar, así como de las trabajadoras no cualificadas o las que habitan en barrios populares. Señalan la existencia de cambios (insuficientes) entre generaciones anteriores y la propia, relacionados con transformaciones sociales —en lugar destacado la independencia económica de las mujeres—, pero las relaciones entre sexos aparecen claramente como un asunto no resuelto —incluso entre algunas mujeres casadas que formulan un inicial canto a la «pareja moderna» que comparte tareas—. Ante esta situación se abre un abanico de respuestas: desde el escepticismo abierto hasta las de aprovechamiento de las «especificidades femeninas» dentro del orden existente. En la mayor parte de los discursos no hay una reflexión sobre el carácter social, sistémico, de las relaciones de género, cuestión que sólo es planteada por un sector minoritario de mujeres de este grupo social.

Las dos primeras fracciones discursivas que encontramos en este segmento social expresan la posición de mujeres trabajadoras emancipadas, casadas, cuyo modelo de relación es la pareja «moderna» que comparte, y que se presentan como en las antípodas de las mujeres económicamente dependientes, recluidas en lo doméstico y sometidas al varón. Afirman que el sexismo predomina en el ámbito laboral y entre mujeres de otros estratos sociales, pero no existe en sus parejas. En general afirman que existen diferencias entre hombres y mujeres derivadas de factores innatos (no sociales), pero que son complementarias entre sí, sin mayor inconveniente (fracción H'), o con ciertos reajustes (fracción I').

H') Armas de mujer: manipularlos sin cuestionar la preeminencia masculina

Este discurso se posiciona como ajeno y crítico respecto a la «sociedad machista». En palabras de una profesora de origen inmigrante, ésta era una característica que le llamó la atención de la sociedad española en el momento de su llegada, la presencia masiva de hombres en la esfera pública (bares) en la que era notoria la ausencia de mujeres:

—Pues yo no soy de aquí. Una de las primeras percepciones que me llevé de aquí de esto que estamos comentando, de las relaciones hombres y mujeres es que... O sea, me extrañaba la cantidad de hombres en un bar

bebiendo cerveza, en mi cultura no existía eso y yo pensaba que todos los hombres españoles se iban al bar y dejaban a las mujeres en la casa y (...) que eran hombres solos. Y yo siempre pensaba, ¿y la esposa? O sea, como muy machista ¿no? (...) Esto lo establecía en función de la relación entre hombres y mujeres, claro, yo me ponía a pensar, en un primer momento: «¡jolin!, las mujeres están en la casa y ellos en el bar y ella está cocinando o fregando y preparando todo y él...». No sé. (GD6, 3 y 9)

En definitiva, se establece una marca, cultural y de clase, que atribuye el machismo a las conductas de otros grupos sociales. Sin embargo, esto no es incompatible con la insistencia en afirmar el carácter innato de los papeles fundamentales de cada sexo. Así, atribuye a las mujeres el poder de «gobernar en la sombra», debido a su supuesta picardía y capacidad de salirse siempre con la suya; en cambio, los hombres serían ingenuos y fácilmente manipulables. De hecho, la postergación de las mujeres en algunos espacios sociales, como el laboral, estaría basado en la necesidad de controlar su mayor potencialidad:

–Ellos son: blanco o negro. Bueno, gracias a dios que para eso son primitivos.

[...]

–Hay una diferencia entre una niña y un niño. (...) Es que las niñas son mucho más listas a los catorce que los niños. Los niños son súper tontos.

[...]

–[Los hombres] No se enteran. (GD1, 31, 34 y 39)

–Hay dos cosas diferentes; una cosa es cómo tú enfocas el problema, cómo educas o cómo se llevan en el colegio. Y otra cosa es la naturaleza humana.

–Sí, pero...

–Porque yo considero que a los dos más o menos, evidentemente debe haber diferencias que ni yo las percibo, pero los dos tienen las mismas obligaciones en mi casa. Si se pone la mesa, lo ponen los dos y si recogen la mesa, los dos. Pero que una sea más pícara que el otro es una naturaleza. Entonces, eso creo que está en todas las fases de la vida: la mujer es más pícara para algunas cosas, genéricamente... que el hombre. Pero sin embargo, es el hombre el que llega a los cargos jerárquicos ¿no? Entonces, bueno, aquí está lo cultural y está lo innato, hay una incompatibilidad en algún punto, la mujer es tan pícara que se le cortan las alas. (GD1, 37)

Pero este tipo de argumentación no conduce a una descalificación del género masculino o a postular la superioridad del femenino. Por el contrario, se arguye que tales diferencias darían lugar a unas relaciones fructíferas, basadas en la complementariedad entre sexos («viva la diferencia»):

–Está bien que no nos entendamos.

–Forma parte de la naturaleza humana.

–El seguir buscando el poder entender al otro, también tiene su...

[...]

–[Hombres y mujeres] **Somos diferentes pero nos necesitamos.**

–Sí, sí. Por eso, ¡viva la diferencia! (GD1, 30 y 35)

Por tanto, la pareja –de las clases medias urbanas– aparece como un ámbito de relación armónico en lo fundamental. En ese contexto, sin embargo, no parece establecerse un vínculo entre iguales, puesto que la mujer sólo se plantea lograr sus deseos utilizando subterfugios, vía indirectas y la manipulación del hombre sin cuestionar su papel. En definitiva, se trata de utilizar «armas de mujer» (picardía, zalamería, etc.) ocupando un segundo lugar, no manifestando abierta y directamente sus prioridades:

–Además, **las mujeres tenemos la habilidad de hacer lo que queremos ¿eh?** Yo tengo una hija y un hijo y mi hija es mucho más pequeña, tiene cuatro años menos que el mayor y hace lo que quiere con el hermano, ¡bueno!.

–Sí, sí.

–Es que **es una bruja** y mi marido dice: «es que **es muy mujer**». Le da vueltas y siempre consigue lo que..., le da vueltas, le da vueltas, si no puede por la derecha, va por la izquierda y vira otra vez y llega. Y lo consigue.

[...]

–Pero es innato; no, pero **tú sabes cómo plantearle a tu marido tal cosa para conseguirla ¿o no?**

–Él también para conseguir algo de mí ¿eh? A ver, conseguir, es que yo también, no sé, las relaciones entre parejas tampoco me las planteo así de, a ver, ¿cómo le cuelo...?

–No, yo tampoco. Pero yo te digo que por **eso te sale innato** ... (GD1, 35 y 39)

En definitiva, se reivindica la tradicional actitud atribuida a las mujeres subordinadas al marido: se trata de maniobrar hábilmente desde una posición dependiente, sin manifestar en ningún momento un cuestionamiento hacia los términos en los que está establecida la relación. Aunque la cuestión no es reconocida abiertamente, existe consciencia de que tales asuntos no pueden ser hablados abiertamente con los hombres, so pena de poner en cuestión su autoridad social; por ello, al comentar el tema de la conversación grupal afirman: «que no lo escuchen los maridos», pues estas cuestiones serían –en parte– secretos entre mujeres, la parte dominada/sometida de la relación, que no tiene derecho a expresar de forma pública sus «verdades»:

Pero, en todo caso, se trata de una sumisión inconsciente a la norma patriarcal, que no es reconocida como tal. Por el contrario, las «armas de mujer» serían una habilidad innata puesta en marcha en el marco de una relación igualitaria-complementaria. Por eso, consecuentemente, no se considera acertado que existan meca-

nismos de discriminación positiva a favor de las mujeres. Se trata de un punto de vista liberal ingenuo, que se asombra («una pena») que el ascenso de las mujeres deba apoyarse en mecanismos institucionales y que no se reconozcan automáticamente los méritos de cada quien, como si el sistema social estuviese libre de jerarquías y exclusiones en función del género (o de otras características):

–Pero es una pena que tenga que ser por ley ¿no? Como cuando asume un presidente que tiene que haber 50% de ministros mujeres y 50% hombres.

–Por supuesto.

–¡Jolín!, por ley... ¿Cómo puede ser? ¿Pero por qué no sube el válido?

*–Dicen que **discriminación positiva** ¿no? que es cuando..., a ver, yo qué sé...*

*–Pero que es una pena ¿eh? **Es una pena que tenga que ser por ley que suba una mujer y no porque lo merece**, porque es válida, por... antecedentes, por currículum. (GD1, 12)*

I') Hay sexismo laboral pero no en nuestras parejas

En este caso se formula una reivindicación del modelo mujer emancipada (con formación, trabajo y recursos propios) que convive en una pareja igualitaria. Un eje fundamental de la identidad social descansa en la inserción en el mundo laboral. Y en este terreno se establece un amplio consenso: al menos en los niveles directivos y de responsabilidad existe sexismo en el trabajo. Este se expresa en el bloqueo de acceso a puestos directivos, pero también en la contratación y en los niveles retributivos. A pesar de las normas e iniciativas institucionales que promueven una mayor igualdad, los avances parecen insuficientes («no ha cambiado mucho»):

*–A ver, yo en mi trabajo –y hablo desde mi experiencia y de lo que veo–, veo que sí parece que las cosas van cambiando en el sentido de que hay más igualdad. Bueno, en mi empresa **hay igualdad a un nivel jerárquico digamos, bajo-medio, pero no hay nivel de igualdad a un nivel de jerarquía alta**. Y esto es así. Yo soy auditora de cuentas y hace muchos años que trabajo en ello, es una profesión muy jerárquica, en la que las jerarquías ganan puntos ¿no? Y, bueno, donde trabajo afortunadamente no es tan inhumano pero algo hay de eso. Y, bueno, cuando llegas al punto de que te hacen socia o no, porque esto es la clave para poder firmar ¿no?, ahí yo he notado, y yo creo que no es porque sea personal ni nada, sino simplemente lo veo ¿no?, que **hay un machismo**. Sí lo hay porque en un bufete de treinta y pico todos son socios [hombres], no puede ser que todos los que estemos debajo sean mujeres. Bueno, conociendo al gran capo (...) yo le noto **un discurso machista**, porque él ordena a sus empleados que contraten a chicas para machaqueo y, en cambio, a cracks para las cuestiones de pensar ¿no?. Lo exagero pero es así. Entonces, desde mi experiencia yo sí noto que aún hay estas... **este sexismo** ¿no?*

[...]

–Y a nivel profesional, yo estoy de acuerdo contigo ¿eh? Mi experiencia es: **cargos intermedios pueden haber mujeres, en el momento en que hay cargos directivos, si es directora tiene un gerente por encima; si es director generalmente están todos al mismo nivel.** Y es cierto, no sé qué pasa pero **las empresas españolas en este tema son machistas**, es muy difícil tener grandes directores que sean mujeres. Nuestro caso, por ejemplo, de mi experiencia en Francia, donde sí que pueden haber directivos hombres y mujeres, pero aquí en España...

–¿Y a nivel de salarios? Lo mismo, a veces incluso a igualdad..., en igualdad de competencias... (GD6, 9 y 11)

–Pero si las leyes que nos sacan, por ejemplo, la ley de contratación **están bonificados todos los contratos** a mujeres desempleadas. Tú eres un empresario, y todo eso lo fomentan las leyes, eres empresario y tienes una serie de bonificaciones para mujeres desempleadas, para mujeres que acabaron el permiso de maternidad (...), para mujeres que han pasado por violencia de género. Todas esas bonificaciones están motivando, es la sociedad, son las leyes que nos marcan y esto hace mucho tiempo que está marcado. (...) **Pero llevamos tiempo así y no ha cambiado...** (GD6, 13)

El irrenunciable papel de las mujeres en la vida laboral, y sus expectativas de desarrollar en ellas una carrera de éxito, tiene una consecuencia directa sobre la vida familiar: la caída constante de la natalidad. Esta situación es ya evidente en la vida de estas profesionales de edad madura; ya en la cuarentena la mayoría tiene sólo un hijo y otras han optado por renunciar a la maternidad priorizando el desarrollo profesional. Y esta tendencia se prolongará entre las jóvenes. La responsabilidad de este bloqueo en la vida de las mujeres profesionales y directivas se atribuye a dos instancias: por un lado, las instituciones estatales que no desarrollan prestaciones de protección a la familia; por otro, las familias, debido a que los hombres priorizan sus intereses laborales sobre el de sus mujeres y/o no asumen las tareas de cuidado de forma paritaria. En ese contexto las propias mujeres empresarias viven una dualidad, como empleadoras tienden a contratar a varones en tanto que como madres otorgan prioridad a las tareas de cuidados:

–Nuestra generación misma, o sea, mujeres de cuarenta años, **¿cuántas de vosotras tenéis dos hijos?**

–Yo sólo tengo **uno**.

–Yo también tengo **uno**.

–**Uno**.

–Las de treinta no tienen **ninguno**.

–Yo **no tengo, bueno, porque he priorizado...** (GD6, 15)

–Pero ese problema, yo lo digo desde el punto de vista de empresario y desde el punto de vista de mujer. Entonces, **como empresario, yo con treinta años, prefiero coger un hombre que a una mujer; como madre,**

yo tengo una hija y mi hija desde que nació hasta ahora es mi prioridad. El trabajo es muy importante para mí ¿eh?, o sea, realmente es súper importante, pero mi hija también es una prioridad. Entonces, si mi hija está enferma y mi marido no puede o no tengo a nadie que pueda ir, tengo que ir yo. Entonces claro, un hombre dice: «bueno, ya está su madre».

–Claro, es que uno de los problemas que nos encontramos las mujeres hoy en día es ése, que **el trabajo y la vida familiar no están..., no están compensados.** (...) No hay un equilibrio, no hay unos horarios que nos ayuden. **Esto está fatal.**

[...]

–En Francia tienes el derecho a partir del segundo hijo, no del primero, a estar durante tres años en casa cobrando lo que estabas cobrando. Entonces, claro, eso te permite también vivir tu maternidad de tres años tranquilamente y luego volver otra vez a trabajar tranquila, sabiendo que has estado ahí tres años. Pero en la sociedad española, primero, cuando tienes un hijo, las ayudas te las dan, pero por otro lado haces la declaración de la renta y te lo descuentan, con lo cual menuda ayuda, no hay ayuda. Y aparte de eso, ¿qué ayuda más tenemos? No tenemos ningún tipo de ayuda (...) Entonces, claro, **la mujer, aquí está un poco..., bueno, la unidad familiar en España está muy mal.**

–Está fatal

[...]

–No, y también **las que queremos aspirar a tener un buen puesto y una buena situación laboral, tienes que renunciar a tu vida familiar.** Es que es así. Entonces depende de cómo te pillan en la vida, depende del momento, de tu situación personal, pues tiras por un lado o por el otro. Pero yo lo que sí que veo es eso. Yo, por ejemplo, en mi trabajo, es una empresa pequeña, somos treinta trabajadores y lo de los directivos, digamos, hay tres hombres y una mujer. Y vengo a decir esto porque ella precisamente, o sea, es una chica que se casó muy joven, tiene un hijo, se separó muy joven y entonces, pues bueno, toda su vida se ha dedicado pues eso, al trabajo, al trabajo, al trabajo. No ha vuelto a rehacer su vida, no... Entonces ha priorizado y ha preferido pues tener un buen puesto, o sea, es la subdirectora de la empresa y ha dejado en segundo lugar pues el cuidado de su hijo a cargo de sus padres y, bueno, pues no ha rehecho su vida por circunstancias ¿no? Pero que me refiero que yo lo que veo es eso, que si quieres tener un buen..., o sea, aspirar a tener un cargo, tienes que dejar de lado... (GD6, 14 y 15)

En estas circunstancias las medidas institucionales de discriminación positiva son una necesidad. Hasta la fecha resulta evidente que no hay transformaciones sociales espontáneas que favorezcan el reparto de las tareas domésticas y de cuidado; por el contrario, hay inercias y resistencias activas, como las que sostienen las mujeres que defienden papeles tradicionales («las mismas tuyas que van para atrás»). Así, las leyes y medidas gubernamentales han de impulsar las transformaciones («forzar un poco la máquina»):

–Pero bueno, esto también es porque **la sociedad no ayuda**. Entonces han hecho esta **ley para forzar un poco la máquina** para que las mujeres puedan acceder a cargos directivos, pero es para ayudar. Yo creo que en el momento en que más o menos haya... diremos sesenta-cuarenta porque nunca...

–Cincuenta-cincuenta.

–...Yo creo que no habrá... Porque también hay mucha mujer que es muy machista. Aún **seguimos en una sociedad donde la mujer es muy machista**, la mujer en general, la mujer... Hay muchas mujeres aún, y quizás aquí sí que va por niveles, que aún siendo de nuestras generaciones tienen el rol de que el marido esto..., **tienen unos roles antiguos y les gusta tenerlos**. Entonces, claro, tú vas para adelante y tú tienes de las mismas tuyas que van para atrás. (GD1, 15)

Todo lo anterior implica una crítica, más o menos explícita, a la inexistencia de transformaciones de fondo en el reparto social de las tareas de cuidado. Sin embargo, cuando se refieren a sus propios núcleos familiares estas mujeres sugieren que no existe ningún conflicto importante entre mujeres y hombres. Las profesionales casadas se presentan a sí mismas como ajenas al modelo de mujer de clases populares, que aceptan maridos no colaboradores (que pasan todo el día en el bar, que no comparten tareas domésticas, etc.). Esta división machista de papeles sería propio de «culturas bajas», en cambio, en un nivel cultural medio-alto (el propio) lo característico e incuestionable es la pareja que comparte («no aceptaría otra cosa», «compartes o no funcionamos»). En este ambiente, la pareja tradicional sería una reliquia del pasado («la mujer en casa se ha acabado hace 20 años»):

–Yo creo que los que están casados generalmente pues..., a ver, salen de trabajar y se pueden tomar un café pero se van a casa, **los que tienen una relación familiar normal ¿no?, que se supone que compartes tareas del hogar y los niños** y tal. Entonces, yo por ejemplo, **yo con mi marido pues tenemos un tipo de relación así**, entonces él no tiene costumbre de ir a los bares. Ya te digo, queda con los amigos para ir a ver la champions, bueno, porque él es del Barça a morir, entonces, pues para él ir a la champions es como yo ir con mis amigas a jugar al tenis o irme a tomar un café también.

–Yo también estoy de acuerdo contigo. Yo también tengo marido y la verdad es que **todo lo que son trabajos en casa están compartidos porque trabajamos los dos; los hijos son comunes. Entonces, claro, o compartes o...**

–Yo, por ejemplo, si tuviese un marido que saliera de trabajar y me dijera: «me voy al bar con los colegas a tomarme algo», yo tendría un problema en mi casa, o sea, yo no lo aceptaría eso.

–Yo tampoco.

–**Yo no concibo una relación de pareja así**. No digo que tengamos que estar todo el día juntos, ni que tengamos que hacer todo juntos, porque también pienso que es bueno que él de vez en cuando salga con sus amigos

y yo con mis amigas. Pero, no sé, yo el tema éste de ir siempre al bar, pues no... (GD6, 7-8)

–Hoy en día tanto la mujer como el hombre tienen que trabajar. (...) Eso está claro, entonces, en el momento que hay una pareja **o ambos aportan también trabajos en casa para que todo funcione bien o si no no funcionan. Porque claro, la mujer en casa se ha acabado, o sea, se acabó hace veinte años.** Entonces, claro, todas estas responsabilidades son de las dos personas, sí que es cierto que la mujer generalmente, por la capacidad que ella tiene, puede tener más funciones en casa también que el hombre. Porque el hombre no tiene la capacidad de previsión que pueda tener una mujer, o no tiene la capacidad de organización generalmente que pueda tener una mujer.

–Yo creo que no tiene porqué. Yo creo que se aprovechan ¿eh?

(risas)

...Bueno, aparte de eso, aparte de eso. (GD6, 10-11)

Sin embargo, esta «imagen de marca» identitaria no parece resistir la prueba de la realidad. Como hemos visto, existen las dificultades mencionadas para compatibilizar maternidad y empleo, por la falta de colaboración activa de las parejas masculinas. Por eso, una vez afirmado que resulta inadmisibles el modelo de pareja tradicional, se confiesa que en la práctica ellas mismas encuentran inconvenientes a la hora de que los hombres asuman dichas responsabilidades («siempre tenemos conflictos con el tema de compartir tareas»):

–Pero sí que es cierto que hoy en día a nivel personal y también es un problema, para mí es un problema, pero veo que las personas que están a mi lado también son problemas, o sea, **siempre tenemos conflictos en casa con el tema de compartir todas estas tareas.** (GD6, 11)

Este reconocimiento de problemas es expresado con mayor fuerza por mujeres que se han separado recientemente. Por un lado, mantienen el ideal de pareja igualitaria, por otro, entienden que hay dificultades en las relaciones («desorientación»). Sin embargo, llamativamente, se niegan a categorizar estos conflictos en los mismos términos que los empleados al hablar del empleo. En ese terreno predominaría el «machismo», sin embargo, en sus propias parejas éste no existiría, simplemente estaríamos ante conflictos de caracteres personales. En otros términos, en la esfera de las relaciones interpersonales, estas mujeres profesionales entienden que se relacionan como individuos libres e iguales con los hombres:

–En cuando a parejas, bueno, aquí hay... creo que las relaciones están en una continua transformación y que **estamos muy desorientados todos, hombres y mujeres.** Bueno, desde mi experiencia personal yo acabo de separarme, y quien me ve: «¡uf!, las relaciones fatal», ¿no? Pero es que es así, es muy complicado. Desde luego, yo veo que las mujeres, no sé, tenemos un proyecto vital más claro actualmente, sabemos un poco más lo que queremos a los cuarenta y pico ¿no?, en cambio...

–Y antes.

–... Y antes, bueno estamos aquí, por eso digo. En cambio, los hombres igual a los cuarenta y pico pues, no sé, se separan y es como que se (bufan?)...

–Se termina el mundo...

–Yo también ¿no?. Es una crisis y tal, pero luego al cabo de unos meses y tal veo que las cosas las encauzamos mejor las mujeres que los hombres, en este caso, es mi experiencia personal de separación. Cuando estaba en pareja, pues bueno, **eso ya es relaciones de pareja, que eso ya no es cuestión de machismo o no, ya es de caracteres y de otras cosas** ¿no? (GD6, 10)

En definitiva, en el terreno público hay sexismo y en el privado sólo cuestiones personales. Así, no existiría patriarcado ni jerarquías de género en el ámbito de la intimidad. Cada sexo tendría unas características específicas, diferenciales, que generan un mundo polar; estas diferencias explican las dificultades existentes pero también son un aliciente para el encuentro y la complementariedad («relaciones que aportan»). En este punto se repiten algunos de los estereotipos de género presentados por la fracción H': mujeres complicadas pero avisadas, hombres ingenuos y poco profundos. A partir de estas características las mujeres serían las encargadas de introducir a los hombres en la asunción de las tareas domésticas, educándolos poco a poco («como los niños»):

–Entre hombres y mujeres, **somos diferentes**.

–Somos diferentes, sí.

(...)

–Hacemos esfuerzos para entendernos, pero **no nos entendemos**. A ver, lo que pasa que también **nos necesitamos**. (...) Forma parte de la naturaleza humana.

[...]

–Y **son relaciones que aportan** también.

–Claro.

–De alguna forma el que un hombre sea diferente a nosotras también... Hay **cosas que también nos ayudan**, porque por ejemplo, nosotras le damos diez mil vueltas a un problema ...

[...]

–Sí, pero eso también..., **eso es bueno**.

[...]

–Desde que nacemos, es **por naturaleza, somos diferentes**. (...) Son **relaciones simbióticas** de alguna forma. (GD1, 30 y 35)

–Yo creo que lo que comenta ella es cierto porque ahora, no sé, me viene a la cabeza, yo tengo amigos que han tenido dos niños y a lo mejor **ellos** han intentado ir a ponerle un pañal ¿no?, al bebé y **la chica** pues: «no, no se lo pongas, que se lo estás poniendo mal, que es que no... Que te has dejado la cremita, qué no sé qué...» Y ya claro, **les frenan**. A la siguiente vez lo mismo,

a la tercera vez cogen y dicen: «pónselo tú (...), ¿quieres hacerlo tú porque yo lo hago mal?», pues perfecto, me quito entonces el problema de encima».
(...)

–Nosotras somos las primeras que tenemos que hacer..., dejarles que hagan.

–**Es como los niños** que también..., un niño o sea una niña. Un niño les enseñas hacer la cama, evidentemente la cama la hacen fatal al principio, pero tú no les puedes decir: «oye, no»

–«Ya lo haré yo porque lo haces mal».

–No. «Muy bien, muy bien». **Y así cada día, cada día hasta que al final saben hacer una cama. Pues lo mismo con los hombres en este...** (GD6, 38)

Las separadas, en cambio, por su propia experiencia constatan que esta estrategia no es viable, porque a pesar de buscar entendimiento y complicidad «no nos entendemos». El punto de encuentro entre casadas y separadas que sostienen este discurso es que, por sí mismos, los hombres incluidos en parejas «igualitarias» no asumen las consecuencias del cambio deseado. Sin embargo, esta dificultad no tendría nada que ver con el «machismo» que sería propio de otros sectores sociales.

J') Empresaria sin complejos (liberal depredadora)

Esta fracción expresa a la mujer empresaria «sin complejos»: en la empresa defiende sus intereses, al margen de las consideraciones de género (es mejor contratar a un hombre), en los negocios y la vida utiliza todas las armas a su alcance, incluidas las «de mujer» («el poder del canalillo») y en la vida sexual se comporta con plena libertad, disfrutando de las relaciones ocasionales («voy a lo que voy»). Se siente libre e igual, en un contexto caracterizado por la competencia, la lucha y el progreso.

Al igual que el conjunto de la sociedad, la situación actual de las mujeres ha experimentado una evolución positiva en España, estableciendo diferencias importantes con la generación materna, tanto en la actitud de los hombres como en la propia (plenamente libre a nivel sexual y con autonomía económica). Como consecuencia, estamos en una sociedad caracterizada por la libertad de todos los individuos, independientemente de su sexo:

–Por ejemplo, **sexualmente yo me veo muy igual [a los hombres], sexualmente hablando. En prácticas sexuales, en quedar con alguien. O sea que no tengo ningún problema.**

–Sabes disfrutar de tu sexualidad. Abiertamente sexual.

–Sí, sí.

–Y no te sientes juzgada, digamos.

–No, **yo me siento bien.** (...) Y luego a nivel, por ejemplo, laboral, es que es igual, es igual que tú, o sea, no me hace falta gracias a dios el trabajar en una

*empresa que tenga que sufrir todo esto. Entonces, **tengo mi propia empresa, bien.** Y en fin, yo en mi vida... entonces, hay cosas que yo qué sé, que choco, por ejemplo, con mi madre. Yo vivo con mi madre y choco con ella en cositas, ella es separada, sigue teniendo esa mentalidad antigua... (GD4, 11)*

Los hombres españoles no son ajenos a esta evolución general progresiva, ellos también han cambiado adoptando nuevas actitudes («han dejado de ser tan machistas»), abriendo la posibilidad de establecer un nuevo tipo de relaciones («me queda la esperanza»):

*–Que **los hombres han evolucionado un poco más. Han dejado de ser tan machistas, son más abiertos.***

[...]

–Tenemos ese toque a lo mejor de sensibilidad que a lo mejor en un hombre no lo tiene al cien por cien.

*–Bueno, hay hombres que sí. **A mí me queda la esperanza.** (...) [Vamos viniendo generaciones] con más fuerza. (GD4, 3 y 4)*

La inserción económica (empresaria) es el eje de la identidad social, por ello no es posible suspender los intereses económicos, base de la independencia personal, pensando en la situación de otras mujeres; en ese sentido, hay que actuar sin complejos («no es machismo, es lógica»). En otros términos, la lógica del beneficio resulta evidentemente más «lógica» que la de género:

*–Yo creo que el hecho de tener hijos ya nos frena. O sea, está lo social, pero **el tener hijos nos frena muchísimo para avanzar como mujer.** (...) De cara a los empresarios frena el trabajo, porque un empresario va a contratar a una mujer y se lo piensa dos veces: «¿qué tienes, treinta años?, ¿te acabas de casar y tal?» y bueno...*

–O te preguntan si entra en tus planes casarte o tener hijos.

[...]

–A mí me han despedido embarazada. Y me vi «bueno, ¿y ahora qué?». (GD4, 7-8)

*–Pero **a lo mejor quien te despide no es un hombre.***

–Yo soy empresaria. A mí es que lo de despedir es que es un atentado contra la vida.

*–Por supuesto, por supuesto, pero **no me digas tú si a ti te gustaría, si te resulta placentero una baja de cuatro meses.** O sea, ¿te gusta? (...) ¡Joder, tía!, a mí no me gusta perder dinero. Bueno, vale, pero no es cuestión de mujer ni hombre.*

–¿Quieres decir que tú discriminarías a una mujer embarazada?

*–No, no, no. No lo haría, por supuesto que no, pero como empresaria (...) No es cuestión de machismo, **no es que sea machista, es que es cuestión de lógica.** O sea, figúrate, yo contrato a una chica y se me queda a los tres meses embarazada, es que **eso es una putada.** (GD6, 28-29)*

En el ámbito de las relaciones interpersonales existen diferencias entre los sexos. Pero desde esta posición se cuestiona la validez de algunos estereotipos sociales respecto a las mujeres (histéricas, desajustes hormonales, lloronas, criticonas, «se les va la cabeza») y, además, se afirma que estos defectos son adjudicables en mayor medida a los hombres (ellos se descontrolan más en el fútbol o en despedidas de soltero). Así, a la desvalorización social (masculina) respecto a las mujeres se responde afirmando que quienes no valen son los hombres. Para defender la posición de las mujeres se entra en una guerra de estereotipos (en la lógica del «tú más»), sin cuestionar la lógica sobre las que estos han sido construidos:

–Luego **dicen los hombres que nosotras...** Es que, bueno, que se nos va la pinza, que cuando tenemos la regla, que si es que somos muy..., que enseguida nos salimos del tiesto, de lo normal, o sea que tenemos estos momentos de...

–Hormonal

–De histeria.

–Sí, histéricas, efectivamente, esa sería la palabra. **Nos dicen histéricas y yo lo veo al revés**, ellos son... que si nosotras no tenemos cuidado ¡no veas!

[...]

–No, pero es que más histéricos que... ¿Habéis ido a un partido de fútbol de primera división en plena liga? Yo he tenido que trabajar ahí.

–¿Y las despedida de solteros?, que se vuelven locos. (...) O cuando nos expresamos hacia ellos: «es que no me gusta esto o es que esto no, tal»; «**tía, se te va la cabeza**». (GD6, 23)

Incluso se reivindica el derecho a utilizar «armas de mujer» («el poder del canalillo») tanto en el ámbito laboral como en el afectivo-sexual. Puesto que hombres y mujeres han de relacionarse en ambas esferas, la mujer libre ha de utilizar los recursos a su alcance, y estos son los que son. En esta cuestión se enfrenta con los discursos que cuestionan la asunción acrítica del papel «femenino» socialmente dominante:

–Es decir, si tú sabes que vas a perder un negocio por estar sonriendo, ¡qué quieres que te diga!, no voy a sonreír. No voy a sonreír.

–Es que a mí eso no me pasa. (...) Alguno sí tengo que me haya podido comprar más porque **iba enseñando escote**. Y lo he enseñado más.

–Es que eso ya es... Eso ya es el viejo truco que tenemos las mujeres que decimos, bueno: «le sonrió y consigo lo que quiero». Pero, por ejemplo, a mí me parece fatal.

–Pero no es lo que quiera, sino... Bueno, llámalo...

–Pero es que el problema lo tiene él. Es que tú tienes un poder y ella tiene un poder. Ella tiene **el poder del canalillo**.

[...]

–Pero le va agradar más tratar conmigo que tratar con Luis López.

–Pues que se joda y trate con Luis López.

–Pues no, **porque quiero que me vuelva a comprar.** (GD4, 25)

–Perdóname, ¿pero a ti no te gusta que te mire un hombre, que te abra la puerta, que sea elegante contigo? (...) Y en el metro lo que dices tú, van dos maromos por..., ¡hombre!, pues **si están buenos pues igual cruzo las piernas y saco lo mejor.** (GD4, 28)

Este discurso tiene más fuerza entre las empresarias que no conviven en pareja heterosexual. Esta circunstancia de vida modula el optimismo expresado respecto al carácter positivo de los cambios recientes; aunque la pareja sigue siendo un modelo añorado no se la busca activamente porque existe escepticismo acerca de sus posibilidades. Entre tanto, se adopta una estrategia que podemos denominar «escéptica liberada», basada en encuentros sexuales libres y eventuales («entretanto voy a lo que voy»), asumiendo en pie de igualdad una cierta actitud depredadora en el mercado de los intercambios sexuales:

–Yo es que **estoy muy pasota.** (...) El encontrar pareja **me encantaría,** pero es como..., no sé... Y, bueno, lo tengo como ya muy..., para que me pasen cosas así o me sienta mal de tal...

–No tiene por qué ser. Yo ahora mismo no tengo una pareja estable pero tampoco me cierro a conocer una persona estupenda de la muerte que...

–No tiene por qué ser, pero..., que yo no me cierro pero **tampoco quiero decirte que lo busque...**

–Yo es que llevo un año en buscar pareja y es que no..., con perdón, es que todos van a lo que van.

–Es que yo no estoy de acuerdo con eso porque a mí me gustaría encontrar una pareja... pero **entre tanto voy a lo que voy.** (GD4, 42-43)

En suma, desde esta posición la libertad femenina se asienta en la independencia económica plena. Ésta se inscribe en el marco de una sociedad competitiva y liberal, en proceso de progreso continuo. Su condición es la persecución constante de los intereses individuales (como empresaria y como mujer), en un ámbito «de mercado», signado por la eventualidad y la lucha. Aunque la situación de las mujeres es particular, no existe una estructura social (patriarcado, sistema de género) que funde un proceso de subordinación sistemático.

K') Incomunicación estructural: es inútil insistir, las diferencias son insalvables

Este discurso se distancia claramente del expresado por las dos fracciones H' e I'. Mientras aquéllas reivindican las bondades de la pareja igualitaria de clase media, sostenida por mujeres casadas, aquí nos encontramos con la frustración y escepticismo respecto a dicho modelo, con una valoración crítica y el resentimiento respecto a los hombres, expresado por mujeres sin pareja. Según este punto de vista existen diferencias innatas entre los sexos que abocan a la incomunicación. Además, rescatando la visión de H', afirman que no sólo existen diferencias sino que, en

realidad, las mujeres son mejores que los hombres («tontitos», menos capaces), lo que hace más injustificable su situación postergada socialmente.

En la sociedad actual las mujeres continúan sufriendo situaciones injustas, tanto en el ámbito laboral (bajo la autoridad de jefes menos capaces) como en el familiar (donde los maridos no aceptan que la mujer gane más, o nunca postergan sus propios intereses por atender los de ella):

–A veces, a veces frustra porque la persona que es **tu jefe** no tiene las mismas ...

–Habilidades, está preparado igual ¿no?

–Mi experiencia. Porque es un **tío que frustra**, más porque le estás enseñando como a la sombra, ¿no? (GD1, 11)

–Muchas veces es lo que tú dices: no hay unidad familiar ¿eh? Muchas veces no la hay, entonces cuando hay una pareja, aunque los dos sigan una carrera, una trayectoria, muchas veces **es la mujer la que ha dicho: «no, yo me sacrifico por él»**. Cuando a lo mejor se tendría que decir... Yo conozco una pareja que era subdirector de la Caja Cataluña y de repente se fueron a Chile con los niños y todo porque la mujer estaba en CEPESA, no sé dónde, y le salió un trabajo y una promoción muy buena. Entonces dijeron: «¡ostras!, a ver ¿quién de los dos puede...?». Al fin y al cabo ese dinero va para la unidad familiar, seamos realistas. (...) Pero **hay muchos hombres que no pueden asimilar que una mujer esté por encima de ellos y cobre más, etc., etc.** ¡Ojo! Y esto es lo que hace que muchas veces la mujer se sacrifique, diciendo: «bueno, mira, es el matrimonio, es la familia...» Y renuncia a muchos de sus sueños. Porque hay muchos hombres que no ven claro que una mujer esté por encima, muchísimos. **Este país no está preparado para ello, no está preparado.** (GD1, 17)

La situación de ambos sexos está caracterizada por diferencias esenciales: somos diferentes «desde que nacemos», existen «desde pequeños» (GD1, 35). Además, estas diferencias se inscriben en un orden de jerarquía: en realidad, las mujeres –en igualdad de condiciones– son mejores que los hombres («no puede con ella ningún hombre»). Precisamente por eso existe todo un sistema de dominio, que socialmente adjudica a las mujeres un papel secundario («mantenerlas a la sombra»).

–Yo pienso que a un nivel general, **una mujer válida**, pero válida al mismo nivel, **es cien mil veces más válida que un hombre.**

–(Varias) Sí.

–Cien mil, a un nivel. Pon a dos personas; una buena conductora, ¡ostras!, habrá pocas no te digo que no, como dicen: «es que las mujeres no sabéis...» Pero una que conduce bien **le pega cien mil vueltas a cualquier tío** por muy bueno que sea. Y a todos los niveles; o sea, a una mujer válida ningún hombre la mangurrea. Es que no..., es que no pueden con ella, una mujer con carácter, válida, con sus cosas, con sus... Pero **no pueden con ella ningún hombre, por muy arriba que esté no puede** ¿eh?

–Sí.

–No puede. Y cada vez hay más. **A lo mejor por eso interesa tenerlas a la sombra, por eso interesa.** [...] Yo creo que (...) por la capacidad o por la habilidad que tenemos, **por la capacidad de hacer muchas cosas a la vez, de pensar en muchas cosas a la vez, de organizarte, el tirar para adelante en muchas historias, es que... Una persona un poco con... un poco válida es que cincuenta mil veces, es que ningún hombre te puede... Es que no te pueden.** (GD1, 12)

Así, la lógica binaria mujer/hombre, femenino/masculino, es recogida por este discurso femenino rescatando los mismos elementos con que se expresa en los discursos patriarcales, sólo que invirtiendo la polaridad: ahora la superioridad corresponde a las «cualidades de mujer». La concepción de fondo es que los hombres son inferiores («los hombres son tan tontos, son tontainos todos»), como muestra esta cita referida a la forma en que amas de casa de hogares de alto nivel adquisitivo engañan a sus ricos y pánfilos maridos:

–Pero yo veo muchas [amas de casa], en serio, que van con un pedazo coche a llevar a los niños que no caben en la calle, para un niño así, un coche de aquellos y dices... Luego, las ves al desayuno, todas ahí hasta las once, las doce y luego las..., como yo visito muchos mercados, las ves a las dos que están como locas entrando por la puerta a comprar comida preparada. (...) Entonces cogen y, **como los hombres son tan tontos, porque son tontainos todos, ponen las lentejas en la sartén, hacen así:** «¡jay!, cariño, estoy agotada, llevo todo el día cocinando para ti» (risas) Sí, porque de éstas conozco más de una. Y entonces **luego el marido encima les paga un masaje por la tarde porque están agotadas.**

–Pero tú lo estás hablando por envidia (risas)

–Claro, es posible, porque son más inteligentes (...). Se lo montan bien ¿eh?, ¡joj! (...) Y que los hombres son muy tontos. **Una mujer se lo mangurrea muchas veces...** (GD1, 20-21)

Como consecuencia predomina una actitud de escepticismo respecto a las posibilidades de construir otro orden de relaciones entre mujeres y hombres. Puesto que las dificultades se basan en diferencias ancladas en cualidades innatas, la situación es imposible de modificar («será siempre igual»). Por tanto, un mínimo realismo obliga a aceptar que la posibilidad de comunicación y relación igualitaria es imposible («nunca nos vamos a entender»). Lo único que cabe, en el marco de una comunicación real imposible, es «saberse llevar»:

–Yo creo que **en esto de las diferencias, de llanos, redondos y todo esto que hemos dicho, en quince años, en 2030, siempre será así, yo creo.** (...) Yo creo que siempre seremos así. Y los niños que ahora salen las ves a ellas y ves a ellos con el mismo patrón. La cosa es cómo te desenvuelves en la sociedad, cómo vayan evolucionando las cosas, pero **en lo innato que ha dicho ella, yo creo que será siempre igual, siempre.** (GD1, 41-42)

–Yo creo que **nunca nos vamos a entender.**

[...]

*–El problema es intentar... O sea, **acepta que no te vas a entender nunca, pero cuando te pones que intentas...** No, porque esto, no, no, llega un momento y dices: «es igual». Acéptalo y entonces irás bien. En el momento en el que intentes cambiar... Pero como cambiar a una persona, no la cambias. (GD1, 30 y 36)*

Dentro de este marco es posible que se modifiquen algunas pautas sociales, por ejemplo, que en situaciones específicas (desempleo masculino) los hombres asuman más responsabilidades domésticas. Sin embargo, éstos serán cambios que no alteren las diferencias básicas. Y, además, encontrarán una presión social adversa, como la que tienen que soportar los que asumen alguna tarea «femenina» (tender la ropa):

*–Mi hermano, por ejemplo, salía siempre a tender la ropa, el vecino se reía de él. Un día se ríe de él; al segundo se ríe de él, al cuarto día **ya no sale más a tender la ropa porque se le reía el vecino. Y le daba vergüenza. Hacía otras cosas evidentemente, pero que es lo mismo. (GD1, 38)***

L) Sociedad machista, poder patriarcal

Este discurso elabora una crítica frontal a las relaciones mujer-hombre dominantes, refiriéndolas a las características del sistema social. Vivimos en un «país machista», en el que las relaciones de género se estructuran en un sistema social de poder, articulado en torno a características atribuidas a lo masculino. Sus efectos no se registran sólo en el ámbito público (laboral) sino también en el privado (familia, pareja). Los roles de género no son innatos sino productos sociales, por tanto modificables. En nuestros grupos este discurso es sostenido por una profesional separada, sin pareja, y una empresaria que se declara lesbiana; es decir, por mujeres que en su vida social se apartan del canon «normalizado» dominante. Esto no supone la imposibilidad de que una mujer con pareja heterosexual, y con hijos, pueda sustentar este discurso, pero sí señala posiblemente que éste se encuentre más presente en espacios alejados de la centralidad social.

A pesar de que se han registrado cambios importantes en las costumbres y en algunas pautas de relación, en España el machismo no está superado («no está resuelto»), tanto en el mundo laboral como en el familiar, por ello, ante las perspectivas de la doble jornada (laboral y doméstica) las mujeres han reducido drásticamente la natalidad y su implicación en papeles tradicionales («pasar del tema familiar»). En este caso, un mismo síntoma social (la disminución de la natalidad) es interpretado de forma más radical a como lo hace la fracción I'; mientras aquella afirmaba que el ámbito de la pareja de clases medias estaba libre de machismo, aquí se la denuncia por estar atravesada por sus contradicciones. En definitiva los «roles de género» no han cambiado en lo fundamental en las últimas décadas, pues se mantienen diferencias negativas para las mujeres en diversas facetas:

*–Yo empezaría un poco a enfocarlo si realmente han cambiado **los roles de género** o no han cambiado. Si se supone que han cambiado y la mujer ya está alcanzando unas cuotas de poder que antes no tenía y luego la reali-*

dad, el día a día no se ve, ¿no? (...) Yo, para mí no han cambiado; no sé, así saco el tema. No han cambiado desde el punto de vista... en lo que es cuestión de maltratos no se ve; en lo que es cuestión de igualdad sobre sueldos, igualdad laboral, tampoco. (GD4, 2)

*–Y bastantes del sector mujeres que están vinculadas [al mundo de la empresa o intelectual]..., yo creo, mi impresión es que **no están dispuestas a trabajar y a trabajar en casa o a estar como sus madres y pasan un poquito de este tema.** O sea, que realmente **el machismo no está resuelto** y todo el mundo sabe que a partir de un cierto nivel esto es más manifiesto y que la opción de bastantes mujeres jóvenes es **pasar del tema familiar**, diríamos. Esta impresión tengo en algún sector. [...] No es sólo el mundo laboral, sino que incluso el mundo familiar tampoco apoya esto ¿no? (GD1, 15 y 18)*

Es necesario adoptar una mirada global sobre la sociedad, y no confundir los cambios experimentados por grupos minoritarios («pertenece-mos a lo mejor a un grupo elitista») con la de la mayoría de la población. Desde esta perspectiva no se vislumbra –contra lo que sostienen los discursos del progreso– una evolución lineal positiva, sino una acumulación de cambios contradictorios que tienden a garantizar la perpetuación de un sistema («la sociedad no ha cambiado, el patriarcado sigue diciendo...»). Por ejemplo, en las generaciones más jóvenes se registran comportamientos absolutamente machistas (chica como objeto sexual) que parecían superados por las que hoy tienen alrededor de treinta años:

*–Entonces la sociedad no ha cambiado, porque los roles de género, todavía se sigue diciendo, **el patriarcado sigue diciendo que el hombre tiene que estar con... trabajando y llevando con el sudor de su frente, como dice la iglesia, y la mujer tiene que quedarse en casa.** Yo voy a poner aquí todo el rato la nota discordante, y no soy negativa, lo siento, ya lo he decidido. (...) La historia es cíclica y se va yendo hacia atrás y hacia delante ¿no?, todo el rato tirando del carro. ¿Por qué las niñas de hoy en día a los quince años siguen bailando el reguetón y siguen repartiéndose entre cinco hombres? Ahora se ha puesto de moda las penetraciones directamente y el sexo contra una pared con..., no sé, tiene un nombre.*

–¿El peting?

–No lo sé. Puede ser, porque le petan seguro (Risas).

*–Eso se ha puesto de moda. Entonces, tú estás bailando el reguetón, tienes faldita, no llevas bragas, entonces te peta el que viene por detrás porque es el súper macho (...), que si le gusta a ella bien, pero dudo mucho, dudo muchísimo que le guste ¿no? Entonces, vamos a hablar de las nuevas generaciones. Porque nosotras somos... **pertenece-mos a lo mejor a un grupo elitista** (...), pero vamos a hablar, vamos a hablar de la España profunda o vamos a hablar de..., yo hablaría de mis sobrinos, de mi hermana que también se ha separado por malos tratos. (GD4, 8-9)*

Esta postura crítica con el «sistema patriarcal» polemiza y cuestiona el discurso de las mujeres que cierran los ojos ante la evidencia de las desigualdades, creyendo que con sus actitudes personales en un entorno personal puede superarse el contexto de discriminación social («muchísimo machismo»):

*–Hay muchísimo machismo en el lenguaje, en la sociedad, en el mundo laboral, y cerrando los ojos no se consigue. Lo que yo me enfado es con nosotras mismas. Yo me enfado con nosotras mismas, eh, continuamente. Pero ese tercer sexo que son esos hombres y mujeres como tú, **modernos, que no ven las desigualdades**, son gente, lo siento mucho, que...*

–No, no es que no las vea. No es que no las vea, o sea, yo sé que existen.

–Que no creen en ellas. (GD4, 5)

En definitiva, se expresa una valoración crítica y pesimista respecto a la dinámica social dominante («sigo siendo muy pesimista»), lo cual lleva a la necesidad de afirmarse en una postura reivindicativa y explícitamente feminista. En lugar de optar por salidas individuales o por confiar en la evolución de las generaciones futuras, se opta por una toma de partido militante, que exige asumir compromisos y afrontar críticas de los sectores inmovilistas (como la ridiculización del feminismo como supuesto postulator del dominio femenino):

*–No sé, yo sigo siendo..., soy optimista, ¿no?, pero **sigo siendo muy pesimista en el círculo que veo y las noticias que leo** ¿no?, continuamente. O sea, yo sacaré otro punto de debate que es **la responsabilidad que tenemos nosotras**, porque es muy fácil quejarnos y luego es muy fácil no visibilizarnos y no estar reivindicando, porque nos van a acusar de feministas continuamente con el mismo rollo de siempre ¿no? Yo creo que sí, que **hay que ser feminista**. Hay gente que todavía te dice: «feminismo es lo mismo que machismo pero al revés», ¿no? Dices: «bueno, cógete un diccionario porque no, no...» Y **el feminismo lucha por la igualdad, no porque las mujeres pisen...***

–Pero hay un tipo de feminismo que sí.

–Eso se llama hembrismo y es una corriente que salió hace mucho y se... (GD4, 4-5)

En esta estrategia la solidaridad de género debería ser una pauta básica. Por eso cuestiona a las asalariadas que afirman llevarse mal con las demás mujeres («qué pena lo que acabas de decir») y se enfrenta a las empresarias que ponen por delante su beneficio económico antes que la solidaridad con las mujeres asalariadas; desde su lugar de empresaria reivindica la discriminación positiva y la contratación de mujeres embarazadas:

–Yo con las mujeres me llevo fatal de siempre. No sé, llego a un trabajo, me han llegado a echar porque yo he caído bien a una, o al jefe, y tú no. (...) por envidia, porque eres muy simpática, porque vendes más: «a ésta la liquidamos», y así. Yo con las mujeres muy mal, me llevo fatal. Y con mujeres jefa (...) con todas, con ninguna me llevo bien.

–Qué pena lo que acabas de decir. (GD4, 32)

–Mi mundo laboral es muy de hombres, por ejemplo, y trabajo un porrón de horas al día, por ejemplo. Mayoría de hombres en mi familia, por ejemplo.

(...) Bueno, a ver, el año pasado éramos siete y teníamos dos hombres contratados. ¿Si hago un poquito de discriminación positiva?, si puedo sí.

Por supuesto, llevo dos mil años aguantándolos a ellos y haré lo que me salga del coño porque ahora estoy en un sitio más arriba. Eso no significa... yo veo los curriculums de verdad y hago las pruebas y si veo que hay un hombre... C. tiene una sensibilidad..., podría ser mi hermano gemelo, es mi alma gemela... (GD4, 33)

–Pero no me digas tú si a ti [como empresaria] te gustaría, si te resulta placentero una baja de cuatro meses. O sea, ¿te gusta?

–**Me encantaría.** Si tú fueras mi empleada y te quedaras embarazada, me encantaría. Y **que siguieras conmigo después del embarazo.**

–Pero porque tengas cariño a esa persona.

–Que no, **porque te hayas quedado embarazada.**

–¡Joder, tía!, a mí no me gusta perder dinero. Bueno, vale, pero no es cuestión de mujer ni hombre.

–¿Quieres decir que tú **discriminarías a una mujer embarazada?** (GD4, 28-29)

Otro rasgo característico es su negativa a asumir la «lógica de la diferencia sexual», que configura una concepción rígidamente binaria, tan característica de la mayoría de discursos sociales. Considera que los papeles asignados tradicionalmente a cada sexo son construcciones sociales, por tanto, no habría que hablar en términos de sexo biológico (mujer / hombre) sino de características socioculturales (femenino / masculino). Algunas, incluso, proponen que en el mundo actual, dominado por lo masculino, es importante saber adoptar distintos papeles. Por ejemplo, en la esfera pública rebelarse contra las pautas machistas asumiendo actitudes masculinas: en el mundo laboral jugar con los roles, en lugar de caer en el viejo truco de las «armas de mujer», propio de grupos subordinados que no se atreven a cuestionar al poder dominante. En cambio, en ámbitos más relajados puede asumirse sin riesgo actitudes más «femeninas»:

–...Hay que ser más inteligente y **no hay que hablar ni de hombre ni mujer, sino que hay que hablar de lo femenino y de lo masculino.** (...) Entonces **la forma de rebelarnos es ser masculinas.** Cuando yo voy a una reunión de trabajo y estamos hablando de un presupuesto y el hombre que tengo ahí parece un espía de la Gestapo, y yo le estoy dando unas cifras y no levanta ni una ceja, entonces yo digo «no sé si le está pareciendo bien o mal» y no empiezo «ja, ja». Pues no, lo que he optado es por darle la mano, apretársela muy fuerte igual que él, aunque él me la destroce ¡ayyyy! Y lo que opto y decido es por no expresar, en ese momento yo decido ya que el hombre, o sea, ya que el mundo está hecho para hombres, en ese tipo de negociaciones yo tengo que ser más inteligente. Luego voy al cine y lloro. Y si lo llevo a él le digo «¿a que lloro yo mejor que tú?». (GD4, 24)

Más allá del uso que se haga de los actuales papeles de género, la cuestión de fondo no estriba en recrearse en tales diferencias sino en las posibilidades de construir un marco social diferente (de «desarrollo») para cada sexo. Es fundamental cuestionar los roles de género que tienden a polarizar, y enfrentar, a hombres y

mujeres si queremos conseguir un orden social diferente, que no esté atravesado por la lógica del poder y la violencia (de lo contrario «nos seguiremos matando»):

*–Estoy de acuerdo en que **somos distintos**, esto me parece evidente ¿no?, y esto menos mal ¿no? y aquí está la gracia ¿no? Pero, a ver, la impresión que yo tengo es que bueno, vale, pues somos diferentes, como si vamos a ser más diferentes todavía, no pasa nada ¿no? **Pero que todo el mundo en su diferencia tenga el derecho y la oportunidad de desarrollarse al máximo posible** ¿no? Y entonces aquí yo creo que es donde las cosas ya no están tan claras, aquí ya hay una **confusión** impresionante. Y aquí sí que hay una picaresca, aquí sí creo que hay picaresca ¿no? (...) Estos jugadores de dominó yo entiendo que sus madres en sus casas también son machistas, porque: «no hagas la cama, no hagas esto, no hagas nada», irán al colegio y siguen sin hacer nada. Y las niñas son muy espabiladas porque lo hacen todo en casa y lo hacen todo en el colegio. Entonces, a ver, pues no, o sea, ellos ni son tan tontos, pueden hacer muchas más cosas (...) además de ser muy diferentes. Y entonces aquí sí que hay una picaresca de la madre, del niño, de la niña, y **todos seguiremos jugando los mismos roles y poniéndonos los mismos límites** ¿no? Entonces, yo creo que vale, pues viva la diferencia, pero ¿qué es todo lo que podemos hacer cada género al máximo? (...) ¿qué cosas realmente las mujeres también podemos acceder y qué cosas ellos también pueden hacer? O sea, es que tampoco son tan limitados ni tan tontitos. O sea, yo puedo llevar un barco y tengo la edad que tengo, y mi hija tiene veinte y también puede llevar un barco igual que un hombre ¿entiendes? (...) y ellos también pueden hacer muchas más cosas. Y entonces, bueno, ¿**cómo abrimos esto?**, ¿no? (...) porque **si no siempre nos seguiremos matando**. (GD1, 36-37)*

En suma, esta es una postura activista, articulada en torno a un discurso crítico respecto al patriarcado, que destaca la importancia del **sistema** de género en la generación de las identidades masculina y femenina. Distingue entre la situación de una minoría privilegiada («somos una élite») y el conjunto de las mujeres, niega la determinación biológica de los roles, analiza críticamente la construcción de la polaridad masculino/femenino, desligándola del sexo biológico. Postula la solidaridad de género como un valor fundamental, aunque afirma que su objetivo último es la «lucha por la igualdad», no por la supremacía femenina, lo que obliga a cuestionar completamente el sistema de roles de género.

M') Transexuales inmigrantes: entre la tolerancia y el sexismo

Esta fracción discursiva expresa la situación de un grupo social marcado por una doble característica: se trata de transexuales mujeres de origen inmigrante. Desde esta última condición destacan que la sociedad española es más abierta y respetuosa con las mujeres que los países latinoamericanos. Sin embargo, ello no impide afirmar que en este país persiste un sexismo evidente y una fuerte hipocresía frente a formas de sexualidad diferentes a la impuesta por la norma heterosexual.

Como inmigrantes consideran que existe una gran diferencia con el país de origen («totalmente abismal»), pues existe una mejor situación de las mujeres («se respeta más a la mujer»). Tales diferencias se atribuyen a un mayor grado de civilización, o de mayor modernidad («país contemporáneo»), que sitúa a esta sociedad en una posición más avanzada respecto a los países latinoamericanos:

–*Bueno, yo por ejemplo, soy de Argentina y estoy acá hace cinco años. Más allá de que aquí también se nota la diferencia, **en mi país la diferencia es totalmente abismal.***

–**Atroz.**

–*Yo noto eso, mucho la diferencia **entre lo que es las latinas, por ejemplo, con las europeas.** Más allá que aquí; se nota también, pero es más igualitario. (...) Se exige más, acá las mujeres mismas exigen más.*

–*Se le respeta más a la mujer. (...) Acá se respeta más y **la mentalidad es más contemporánea** que en Argentina.*

–*En comparación con los países latinos en general. (GD4, 2-3)*

Por tanto, el discurso se adscribe a una visión «modernizadora» de orden internacional, que coloca a distintas sociedades a lo largo de un eje de progreso, que va desde el atraso a la modernidad sin solución de continuidad. Las distintas situaciones sociales en cada país no tendrían relación con circunstancias de orden económico, político o geoestratégico, simplemente se atribuyen a un cierto grado de «desarrollo cultural».

A pesar de esta primera valoración positiva, también se afirma que la posición social de la mujer es de subordinación, a través de una dinámica histórica de larga data («desde la creación») que se perpetúa actualmente a través de distintas modalidades (influencia negativa de la iglesia en los modelos culturales y de género; imposición de cánones de belleza, de indumentaria femenina en el trabajo, intolerancia hacia formas de sexualidad heterodoxas, etc.):

–*[La mujer no ha podido hacer cosas] Porque **ha sido sometida. Desde el nacimiento de la creación, siempre fue sometida a la ley que puso la sociedad.***

–*El hombre.*

–*Hombre y no hombre también, porque si vamos al caso también es **la iglesia** (...) **que es la que marca todo en realidad.** (...) El que realmente pone las leyes o la fundación de la sociedad es la iglesia, que marca cómo tiene que ser esto y esto no; que la mujer pueda hacer esto y esto no, **siempre es la iglesia la que marca y de ahí surge todo.***

–*Claro, pero entonces es lo que te estoy diciendo, la mujer ha estado esperando a que le dejen, a lo que la permitían.*

–*Ahí está, **lo permite ella también.** Y espera eso, si no (...) en su momento cuando empezó todo esto, cuando se empezaron a hacer las leyes, la mujer no hablaba, la mujer no podía ni leer.*

–*Tampoco podía salir a la calle, ni trabajar ni hacer nada.*

–*¿Me entiendes lo que te digo? Entonces desde ahí es donde empieza todo a funcionar mal. (GD4, 6-7)*

–*...de Playboy. A lo mejor cuando estás viendo las noticias o un reportaje de...*

–*Pero ahí ya te estás metiendo en un prototipo de belleza.*

–**Sexismo**, no de belleza.

–**Sexismo, machismo.** (...) *La sociedad es sexista (...) la sociedad impone, eso es cierto.*

–*Por ejemplo, yo soy enfermera. Vi a través de la televisión que **a unas enfermeras les habían obligado a usar falda**, por ejemplo. Las había obligado la empresa a que ellas tenían que estar con falda. Y una enfermera date cuenta que hace movimientos que tiene que estar...*

–*Levantando la falda...*

–*Eso tiene que ser opcional, y la empresa como que las obligaba. Ellas pusieron una demanda y cuando salió... Imagínate...*

–**La sociedad es sexista.** (GD4, 9-10)

–*¿Cuántas veces y a cuánta gente hemos escuchado –y perdonarme– «maricón de mierda?», ¿cuántas veces?*

–*Pero es todo hipocresía, vamos siempre a **la hipocresía, a la mentira en la sociedad y a la no aceptación de algo que siempre existió.** (GD4, 15)*

En síntesis, desde esta posición la sociedad española aparece como relativamente «avanzada» en el contexto internacional a la vez que atravesada por dinámicas que reproducen la subordinación femenina y, más aún, la de sexualidades «heterodoxas». Sin embargo, este discurso no plantea una crítica al canon de pareja heterosexual; de hecho, polemiza con la actitud de mujeres que adoptan una actitud sexual similar a la de muchos hombres, centrada en el placer inmediato y eludiendo el compromiso de establecer una relación a corto plazo. Su alternativa es la defensa de la pareja monogámica ligada a un ideal romántico de pareja; ésta sería una actitud más «femenina» frente a la que se caracteriza como «mentalidad machista»:

–*O sea, un follamigo que llaman ahora.*

–*Es que dices, es que es frío como un témpano. (...), otra persona, a lo mejor otra mujer dice: «pues lo dejo». Pues no, mira, me lo disfruto; cuando estoy con él la verdad es que me agrada estar con él y ya está. (...) O sea, a mí ahora no me gustaría vivir con él, si es que lo sé.*

–*Entonces también **tienes como una mentalidad machista.***

–*Es que ves que como pareja eso no va a funcionar.*

–*Pero entonces **¡también es machista!** (...) Todo bien con todo, pero ya la convivencia no. A la vez **no quieres algo serio, ¡vaya!** (GD4, 43-44)*

4 JÓVENES DE CAPAS MEDIAS URBANAS

En este capítulo recogemos los discursos producidos por jóvenes de clases medias urbanas, hijos de trabajadoras/es cualificadas/os o profesionales, con estudios medios o superiores. Se trata de captar cuáles son las posiciones dominantes entre la «generación de relevo» en uno de sus núcleos significativos por su centralidad social, con el fin de analizar las pautas de ruptura y reproducción respecto a los grupos hasta ahora analizados.

4.1. HOMBRES: UN MUNDO CRECIENTEMENTE IGUALITARIO EN EL OCIO Y LA PAREJA

El material empírico de este apartado procede de un grupo de discusión en Valencia con hombres entre 20 y 28 años, estudiantes y trabajadores, todos sin hijos; la mitad convivía en pareja, el resto no convivía o no tenía pareja. El discurso dominante en este grupo social sitúa las relaciones entre hombres y mujeres en el plano del intercambio libre entre iguales. Aunque la mitad de los participantes trabaja, no aparecen referencias al ámbito laboral ni al acoso sexual (mencionados insistentemente por las chicas de su misma edad). En cambio, ponen el acento en las relaciones sexuales en el ámbito de las relaciones esporádicas (ocio, fiesta, noche) y las que se establecen en las parejas de su edad (compromiso). En esos ámbitos existiría una dinámica imparabile, y no cuestionada por los hombres en lo sustantivo, hacia la equidad entre los sexos, en la que las chicas llevarían la voz cantante, como agentes del cambio social. En este análisis el «machismo» sería propio de personas mayores y también de las élites conservadoras (familias con dinero, católicas) de la ciudad, cuyas pautas de socialización parecen del todo ajenas a la vida del grupo. En dichos ambientes las mujeres son objeto de control social; en cambio, en el propio las chicas no pueden ser de ninguna manera adscritas a un papel subordinado al varón.

Existe un amplio margen de consenso en el discurso de este grupo social. Veamos en primer lugar sus pautas comunes para luego identificar sus elementos diferenciales. La percepción más extendida es que viven en un mundo de creciente igualdad entre ambos sexos. Uno de sus principales focos de interés es el de las relaciones sexuales; en éste lo característico sería la proliferación de relaciones, esporádicas («de una noche») o duraderas («casi siempre con la misma») en un ambiente de liberalidad y de igualdad, puesto que existiría plena libertad de elección e iniciativa para ambos sexos. Ésta es valorada como la consecución de una evolución necesaria («lo que tenía que pasar»):

–Pues yo por mi experiencia propia, yo tengo una novia de seis años, por ejemplo, pues en ese aspecto no..., pero sí que puedo ver a mis amigos lo

que hacen y tal, o sea, cómo mantienen relaciones con otras mujeres, por ejemplo. Pues **frecuentemente por las noches en discotecas, sin protección casi siempre** (...) Y cada noche pues normalmente, pues depende también del amigo, **unos van casi siempre con muchas; otros casi siempre con la misma y ya está.** (...) No, los que hay veces que algunos tenían unas novias, lo dejan y si se vuelven tal, se lían con ellas siempre.

[...]

–Al mismo tiempo eso también da la posibilidad, que ellas siempre decidían, ellas siempre decían si sí o si no, y ahora ya eres tú también el que puede decir: «pues no quiero».

–Antiguamente era más el hombre el que daba el primer paso, el que se tenía que acercar y hoy por hoy, la mujer también hace mucho, tiene mucho que ver; se ha liberado. Bueno, se ha liberado no, **ha pasado lo que tenía que pasar en ese aspecto.** (GD7, 1-2 y 3)

–Y más libre ¿no? **Libre de hacer lo que quieras**, no te tienes porque ocultar ni nada, igual les ocultaban, ya... El hacer puntas si quieres, si no quieres ¿sabes? Cada uno es libre de hacer lo que quiere» (GD7, 6)

En este «nuevo mundo» de libertad la sexualidad no se reduce a la norma heterosexual. Aunque se ha invitado al grupo a hablar sobre las relaciones entre hombres y mujeres introducen explícitamente las relaciones homosexuales, indicando que las opciones identitarias no se reducen sólo a la norma dominante. Pero sugieren, también, que entre homosexuales se reproducen ciertas características diferenciales entre chicos (más lanzados, más explícitos) y chicas (más cautas, reservadas):

–Estaba pensando en una cosa así, tengo, por ejemplo, amigos homosexuales que se enfadarían muchísimo si les llamaran para venir a esta reunión y le preguntaran de la relación hombre-mujer porque **hoy en día no es sólo relación hombre-mujer, si no que hay parejas homosexuales.** Y aunque he compartido piso, por ejemplo, con chicos con unos cuantos años menos que yo, no sé, durante una temporada yo la vi **como una moda**, ¿no? [en España]. Sí, pero bueno, efectivamente, hoy día, hablar de **relación hombre-mujer no es la totalidad.** De otra parte, quiero decir, **ha cambiado la cosa: es más libre.**

[...]

–Yo creo que más los chicos que ellas ¿eh? O sea, **más los gays que las lesbianas**, porque yo creo que las lesbianas como que se ocultan más todavía, o sea, no como que la chica que es lesbiana ¿sabes? (...) como que le cuesta más reconocerlo, no sé, tengo esa impresión que los gays, que los gays..., el que es gay, hay chavales pequeños, se está dando más que..., no le importa asumir, o sea, bueno, asumirlo no, no es ningún problema, pero no le importa decirlo. Sin embargo, a las chicas yo sí que he visto un poco más de reticencia ahí, no sé».

–De todas formas, el tipo de relaciones de hombre-mujer hombre-hombre se conviene que sea... **Los hombres**, lo que decíamos antes, **como que vamos a ligar más que las chicas, las chicas son muy cerradas y eso se mantiene en la homosexualidad.** (GD7, 5-6)

Paulatinamente aparecen elementos que vienen a matizar esta imagen inicial de mercado sexual abierto. Por un lado, perciben una diferencia clara entre las relaciones informales (noche, juerga libre) y las de la vida cotidiana (la universidad, el trabajo, la convivencia, en el que prima una mayor estabilidad). Por otra parte, la imagen que construyen los chicos dibuja a las chicas –incluso las que asumen comportamientos «liberales»– como más selectivas, previsoras y controladoras. Por la diferencia de contextos en que se formulan estas apreciaciones no queda claro cómo se valoran estas características, ¿se las considera más responsables, con más criterio o más reprimidas?:

–Me parece que es un poco (...) Pero eso de con cualquier cosa nos conformamos, no es del todo cierto, pero a cierta hora de la noche puede ser verdad, pero casi ellas también (Risas) Es que eso también es verdad, ellas, hay momentos..., no es que se resignen, pero saben lo que buscan y lo quieren ¿sabes? Y si salen para salir y conocer a alguien esa noche, yo qué sé, no te digo yo que mañana que digan:»no, pues con éste mismo», con éste mismo no, pero sí que..., es que tampoco es que bajen el nivel ¿no? Pero no, se saben lo que buscan y van a por ello, tantos chicos como chicas, yo lo he visto ¿sabes? en cualquier sitio. Y qué yo qué sé, que si que es verdad que igual ellas para tener una relación más..., pues lo que él dice en ámbitos como la universidad o..., pues son más, se refieren más al chico perfecto, tal, aunque te estén mareando, se refieren más al chico perfecto, al eso, a lo que sea ¿sabes? Y sí que son un poco más cerradas en ese aspecto que nosotros. (...) No, es que sí las veo un poco más cautas a ellas, o sea, es lo que ha dicho él. Ellas saben más..., controlan más el tema, ¿sabes lo que te quiero decir? Y nosotros somos más, pues eso, nos dejamos llevar y tal y ellas son un poco más (...) En ese aspecto, en el aspecto de ligar y de la noche y todo eso, como que tienen un poco más el control. (GD7,5 y 8)

Surge así la percepción de que las chicas están sometidas a un mayor control. ¿Por parte de quién? Desde luego no por parte de sus iguales del otro sexo, que las desean libres y disponibles. Por tanto, son ellas mismas las que ejercen control sobre el comportamiento sexual de las amigas («yo no, pero entre ellas se lo dirían», GD7, 9). A su vez, este control asumido por las propias mujeres sería la aceptación, de buen o mal grado, de pautas de socialización tradicionales o conservadoras, que buscan el control del cuerpo y las conductas femeninas. En esta visión «los machistas son los otros». El grupo de jóvenes se identifica como progresista y abierto, por contraste con sectores conservadores de la élite social (familias con poder, católicas conservadoras); por tanto, quienes más lejos se encuentran del paradigma de la educación católica (homosexuales, europos) serían más libres. Añadido al influjo de las élites existe otra vertiente de tradicionalismo machista, el de las capas populares (familias «falle-ras, de pueblo»). Ambos sectores configuran un importante «residuo machista»:

–Pero los homosexuales, por ejemplo, sí que son más abiertos. Porque yo lo que he dicho de las chicas que son cerradas en España, yo lo entiendo porque aquí ha habido una educación católica y eso está muy penalizado que una mujer pues sea una vivales. Ahora, eso está cambiando, por ejemplo, en Inglaterra y tal que tienen una religión más práctica; esto nunca ha estado mal y en los 60 se abrieron, entonces yo lo digo por eso. Los homosexuales prácticamente ninguno es católico, por esas leyes de que el

sexo es mal y tal, por eso son más abiertos también. Y aquí en España hemos tenido esa lacra y ahora yo creo que eso está cambiando y en Italia, supongo que será parecido (GD7,7).

[...]

–No sé, un momento, también depende ¿eh? el círculo de amistad, igual hay gente que es más abierta y no sé, más..., no sé cómo decirlo, tampoco por no caer en tópicos, pero **más progre que otras, menos señoritos ¿sabes? Y en esos círculos hay más libertad**, pero en círculos de gente más..., pues eso, de más dinero, tal, ahí sí que se cumple eso que te digo ¿eh? No por el dinero, sino por la familia, la opinión, tal de gente que son muy católicos, ahí sí que se cumple más. (...) Yo creo que hacia las chicas porque también es, por ejemplo, que pasando una experiencia que hizo gente de pasta y tal, del Opus ¿sabes?, porque no decirlo ya, del Opus, que se han divorciado, han ido: «es que han puesto los cuernos a sus mujeres» ¿sabes lo que te quiero decir? Y dices, bueno, y lo hacen y la familia y tal: «¡uy!, se han divorciado». Pero bueno, lo hace una mujer y te caes, o sea, (...) Yo creo que aquí hay un poco de machismo en estos círculos ¿eh? **En círculos más... de dinero y católicos. (...) Los círculos de poder, o sea, donde se corta el bacalao yo creo que sí que hay machismo, yo creo que sí.**

–Pues también, no hace falta que sean del Opus. Por estas calles de aquí de Valencia, tío, hay mucho dinero y la gente vive así y piensa así, tío. (...) Sí, pero es que sus hijos hay muchos que también ¿sabes? (...) Y al hijo le dejan hacer lo que quiera, pero a la chiquilla le controlan.

[...]

–Yo sigo pensando que **en esta sociedad hay un machismo residuo (...) brutal**, pero que no se ha dado (un cambio) (...) Que siempre somos aquí... (...) **como la derecha pura, Francia. (...) Pero porque son más católicas.**

[...]

–Bueno, mi familia también es fallera, pero yo..., no lo sé, son círculos ¿sabes? muy, pues eso, **de pueblo** tal, lo típico. Los hijos les dejan hacer lo que quieran y las chiquillas las controlan más ¿sabes? Y luego les salen las chiquillas que no veas ¿eh? (Risas) Cuanto más prohíbes a una persona hacer algo, más quieres hacerlo ¿no? (GD7, 10-11)

En suma, los jóvenes urbanos de clases medias se perciben inmersos en un ámbito social en el que predomina la igualdad entre sexos, aunque en la sociedad persisten núcleos de machismo significativos. El eje de la igualdad lo colocan en los comportamientos sexuales, en los que identifican cambios sustantivos por parte de las mujeres. Aunque perciben la existencia de algunos comportamientos diferenciados de las chicas, ligados a un mayor control social, no los relacionan con la posible persistencia de diferencias de género. Veamos a continuación las fracciones discursivas que se distinguen a partir de este tronco común. Estas se expresan en el ámbito de las relaciones de pareja de las nuevas generaciones.

O) Igualitarismo pasivo: es lo que toca

Para esta fracción se está produciendo un cambio hacia el modelo de pareja igualitaria, que reparte las tareas domésticas. Sin embargo, se trata de un proceso no concluido, en el que las mujeres imponen las pautas, los varones las aceptan formalmente («de boquilla») pero en la práctica oponen resistencias («remolones»). Este es un discurso sostenido mayoritariamente por chicos solteros, sin práctica de convivencia fuera del hogar paterno; por tanto, sus pautas de referencia son las obtenidas en la socialización familiar, y su modelo de relación con la madre y las hermanas:

*–Yo creo que de boquilla bien (Risas) (...) Pero, claro, si te gusta no hacer nada, pues que (...) Yo creo que a **nadie le gusta eso, entonces es como que ellas ya lo tenían como obligación y decir ya lo tienen dentro de sus roles; y al chico se le ha incorporado en sus roles.** Entonces si tú ya lo tienes como metido en el rol pues es que ni te enteras, no sabes que es no tenerlo, pero cuando no lo tienes y en tu rol te lo han metido, **notas la diferencia.** O sea, yo en mi casa que eras dos mujeres y yo; mi madre, mi hermana y yo. Yo soy más capaz de vivir en la mierda que ellas. (...) El hombre es más..., bueno, pues si está un poco más desordenado o con el polvo está pues..., (...) Quiero decir, yo soy menos escrupuloso para la higiene y creo que **mi hermana desarrolló mucho antes la conciencia de casa, aquí participamos todos. Yo era más remolón, igualmente tendía y, claro, no te puedes escaquear de las dos mujeres y tú no te escaqueas, pero evidentemente, una carga, o sea, a mí me costaba más, siempre te tienen que estar marcándote más...**, la iniciativa de: «¡ah!, me voy a poner a fregar», pues no, yo acababa de comer y prefería irme al sofá, pero sabías que si ibas al sofá directamente, al final lo van acabar haciendo tu madre o tu hermana porque ellas inmediatamente después del café a fregar porque sino entonces está la pila sucia, está no sé qué y cuánto. Yo, en cambio, podía haberlo dejado hasta las ocho de la tarde en la pila que no pasa nada, no me molesta. **Yo creo que los ritmos pues es como un poco distinto.** (pp. 18-19)*

Para los solteros sin pareja estable la vida doméstica transcurre en el hogar paterno y entre la familia extensa. En ese caso, las mujeres que marcan las pautas son las de las generaciones adultas, más próximas a la división de roles tradicional. Para los jóvenes, las tradiciones patriarcales son inamovibles entre las generaciones anteriores («no hay más»), y su capacidad de agencia –o su interés– para transformarlas parece escaso. Ante el cuestionamiento de jóvenes que ya viven en pareja igualitaria, la respuesta es que las «tradiciones» familiares no pueden ser calificadas de machismo:

*–En mi familia, por ejemplo, **en Nochebuena, todas las chicas van a la cocina y los chicos en la mesa.** Y es algo que yo siempre le he dicho a mi hermana: «¿esto qué es?». Y todavía seguimos haciéndolo, con veinte años los hijos, y todavía siempre es así. Y es eso, **porque han sido educados mis tíos y mi padre de esa forma. Y ya está, y no hay más** (GD7, 13)*

–Pero si tú no levantas, ni tu padre se levanta, ni tu abuelo se va a levantar; si tú tomas la iniciativa, a lo mejor los otros te van a seguir, si tú no tomas la iniciativa y te quedas sentado y apoltronado ahí, pues seguro que nadie se

va a levantar. Si tú te lo piensas, que a lo mejor los otros ni lo piensan, si tú lo piensas y no lo haces. (...) Bueno, el tema ese. Yo, por ejemplo, **tengo pareja y estoy en casa y hago la cena o la hace ella, más como yo barro, ella barre, como yo (...)** ¿Y qué diferencia hay entre tu casa y cuando vas con la familia?

[...]

–En el tema de la nochebuena, sí que son las mujeres las que se levantan la mitad y los hombres no... No es una cuestión de... ¡que lo hagan ellas! Yo creo que **es una cuestión tradicional** ¿sabes? Quiero decir, que lo podrían hacer perfectamente los hombres, es igual de sencillo. Yo, por ejemplo, me levanto, mi hermano que es pequeño, claro, la gente joven sí lo hace, pero los mayores; mi padre, mi tío, mi abuelo se quedan sentados. **No es una cuestión de machismo porque en casa sí se levantan y cocinan, pero, de todos modos, en navidades...[es así].** (GD7, 13-14 y15)

En todo caso, el horizonte de posibilidades para los varones parece ya dibujado por las mujeres, primero por las del propio hogar parental, luego –en el futuro– por las expectativas de la propia pareja. Por tanto, no cabe otra opción que adaptarse a las expectativas femeninas (es «lo que toca»):

–Mi hermana cuando llegue y se junte con un novio no va a hacerle todo lo que él quiera porque ella no lo ha hecho antes ¿sabes?» (...) **Ahora ya ha calado**, el paso ya ha calado por la educación porque era ajeno en la familia que nos han educado a nosotros. Pues ya es un poco más libre, bueno, más libre no, más, no sé, ¿qué le has llamado? , que antiguamente (...)

–Yo pienso que **son ellas las que han ido delante.** (GD7, 17-18)

P) Ellas luchan, ellas imponen: es lo correcto

Este discurso está extendido entre los jóvenes que conviven en pareja. A raíz de esa experiencia han tenido la posibilidad de contrastar las diferencias entre las pautas de socialización en la familia de origen y las actitudes asumidas en la pareja de convivencia. En este caso predomina la imagen de que son las chicas quienes tienen claro sus objetivos y los transmiten, o imponen, a la pareja («lo tienen reclaro»):

–Yo estaba pensando sobre mi familia, mi historia, normal que mi padre pues se quedaba en la mesa y mi madre claro, ella cocinaba todo. Y ella ó ellos lo han dado esto a con los hijos, somos cuatro y entonces es un poco lo que hemos recibido. Nosotros, cada uno tenía que, pues **según los amigos que tenía, según la novia**, si acepta esto o no siguieran su camino. **Si yo esto hago con mi novia ahora me va a tirar fuera de la casa.** (risas) **Yo hago todo igual**, bueno, cada uno tiene un poco su... Bueno, a ella le gusta más limpiar el water, a mí me gusta más cocinar, pero mi hermano, por ejemplo, él sigue ese ritmo, entonces, principalmente la educación que recibe y después un poco el camino que uno toma (GD7, 16).

–Yo creo que ahí las nuevas parejas, o sea, así de gente joven y tal sí que es verdad que creo que **las chicas ahí lo tienen reclaro.** O sea, de hecho

tengo un par de ejemplos de amigos como educados más..., que en su casa no hacían ni el huevo, poner la mesa y poco más es bastante poco, porque hay fregar, planchar, quien quiera planchar, tender, destender, muchas, muchas tareas y no hacían nada y **desde que han cogido novia han visto que por eso..., así no había tema y claro les han metido en vereda y tareas cien por cien compartidas».**

[...]

–Cuando llega a la pareja dice: «no, no, yo barro y tú barres y yo friego los platos y tú los vas a fregar también». **O sea, aquí nadie es más... [que nadie]** (GD7, 17 y 18)

Aunque, al parecer, lo dominante entre este grupo juvenil sea el modelo de pareja igualitaria, conviene destacar que el elemento profundo del discurso es una atribución a las mujeres de la elección de la dinámica de pareja. Al otorgarles este papel de agencia, supuestamente dominante, también se las continúa haciendo responsables de la gestión del espacio doméstico. Las citas que siguen muestran que esto se constata sea cual sea la socialización familiar del varón, siempre prima el criterio de la mujer: quien recibió educación tradicional pasa a asumir tareas con la pareja, pero quien recibió educación igualitaria puede pasar a cumplir un papel tradicional:

–A mí también me pasa eso, pero **últimamente toca separar tareas.** Pero, a ver, lo que es de subirse a cambiar una bombilla pues lo hago yo y lo que es de, a veces, eso, pero como que es que yo no vivo con mi novia pero estoy mucho tiempo con ella en su casa y tal ¿sabes? Y es eso, pues a veces pasear el perro, lo paseo yo y tal, o sea, ella la comida, lo hago yo, lo hace ella; fregar, casi siempre lo suele hacer por el tema de estar en su casa ¿sabes?, que acabamos de comer y cuando yo ya me voy, pues ella ya friega o al día siguiente o lo que sea. Pero bueno, que yo creo que **el reparto de tareas se va a instaurar hoy y aceptar porque es lo que hay.** Pues ellas no lo han hecho todo durante siempre ¿sabes? O sea, bueno, lo han hecho todo durante siempre, pero las chiquillas cada vez más se han ido soltando ¿sabes? Y ya sus madres no las han cargado de tareas, entonces, el pensamiento de las madres también ha cambiado ¿sabes? Entonces, no las han ido cargando a ellas de todas las faenas de la casa, entonces, pues yo creo que **eso ya se está más o menos igual, no es igual, pero le falta un poco** ¿sabes? Está mucho mejor que antes en ese aspecto... (GD7, 20)

[...]

–Yo, **mi caso es justo lo contrario.** Es decir, **estaba acostumbrado a fregar o hacer la comida, compartir las tareas** y tal. Entonces, **empecé a tener una relación personal con una chica, en la cual ella no me dejaba hacer nada.** Tú llegabas: «voy a cocinar»: «vale, pues te ayudo»: «no, no. Siéntate en el sofá, ¿quieres una cerveza?» (Risas) El rollo: «tú quédate ahí y no hagas nada, toma tu cerveza, cuando quieras otra me la pides». Yo, al principio, claro, me encontraba aquí como eso de... *jjoder*, voy hacer ahora! Cuando te lo cambian, también me sentí incómodo, dije *jjoder*, ella hace todo!: «voy a fregar»: «no, no, te quedas ahí» (...) «pues yo hago la comida

y tal y tú dedícate a lo tuyo» ¿sabes? «Si tienes que arreglar no sé qué, lo arreglas y de cocinar, de limpiar y tal me encargo yo». Entonces, lo digo porque **yo me he encontrado incómodo en esa situación. Pero al principio, ¿sabes?, luego cuando si te la cambian, también dices tú, jjoer!...** (...) Ella lo hace porque a ella le gusta ese papel y le gusta **que yo tome mi papel, lo hace porque le gusta**» (GD7, 19 y 21).

4.2. MUJERES: LA VIDA EN UN CONTEXTO SOCIAL ADVERSO PARA LAS JÓVENES

El segmento social estudiado es análogo al de los varones. La información procede de un grupo de discusión con mujeres entre 20 y 28 años, estudiantes y trabajadoras, todas sin hijos; la mitad convivía en pareja, el resto no convivía o no tenía pareja. Además, se ha incorporado parte del material procedente de un grupo realizado en Madrid (trabajadora social de 25 años, lesbiana conviviendo en pareja).

La identidad grupal se distancia de las «chicas pijas» pero también de las propuestas feministas. Y se sitúa en una órbita muy diferente a la del discurso de los varones jóvenes de su mismo ámbito social: si estos muestran un mundo de progresiva libertad e igualdad entre sexos, ellas construyen su punto de vista alrededor de las dificultades y obstáculos que impone el contexto social para las mujeres que intentan vivir de acuerdo a un modelo «igualitario». Aunque se sienten a gran distancia de la generación de sus abuelas (matrimonio para toda la vida, encerradas en lo doméstico y totalmente dependientes), perciben demasiadas continuidades con la de sus madres, lo que las mantiene a medio camino entre el ideal de la igualdad y los condicionantes de la socialización «femenina». Cuando muchos hombres, incluidos los de su misma generación, suponen que ellas han impuesto irremediamente la pareja igualitaria y se han incorporado plenamente a la esfera pública, el discurso de las jóvenes pone el énfasis en las dificultades existentes, las resistencias masculinas e incluso su propia impotencia para llevar a cabo dichas transformaciones. Han abandonado el modelo tradicional pero no pueden vivir en el postulado como ideal.

Existe un diagnóstico compartido por todo el grupo: la sociedad española actual está lejos de haber garantizado la superación del papel subordinado de las mujeres. Sostiene que vivimos en una sociedad machista, que pone innumerables dificultades a las mujeres. De forma reiterada hacen referencia al acoso sexual en el lugar de trabajo, y a la mera intimidación (miradas «intencionadas»), que condiciona negativamente a las mujeres, obligándolas a cambiar de forma involuntaria sus comportamientos:

*–Eso del tema del machismo, depende un poco del ámbito, pero realmente **vivimos en una sociedad machista totalmente.** (GD2, 13).*

*–Sí, yo opino igual [España país machista], sí, **aunque digan que no y que cada vez hay más igualdad, es mentira.** A mí personalmente en el último trabajo que tuve, trabajábamos mi jefe y yo, y todos los viernes mi obligación, yo es que he trabajado como diseñadora gráfica, mi obligación los viernes era limpiar toda la zona de trabajo, o sea, los viernes yo no diseñaba,*

era la chica de la limpieza. Si hubiera habido un compañero no le hubiera tocado hacerlo, estoy completamente segura. (GD2, 1)

–Si queremos ascender y resulta que tenemos un jefe que nos pone ese tipo de condiciones [acoso sexual], pues una de dos: **o renuncias a lo que has querido toda tu vida o tragas**. ¿O qué? Porque parece ser que este tío pues es bastante..., no sé, dicen que es muy poderoso y que conoce a mucha gente y tal y cual, y supongo que por eso, por miedo, porque las coaccionaba un montón.

–Eso **está a la orden del día**. (GD2, 7).

–[En el trabajo me miraban el escote], es una tontería, pero además luego me miraba en casa, digo: ‘será la línea que cae justo ahí’. Pues tengo muchos compañeros chicos, pues con tres de ellos, estoy hablando, primero uno, luego me ha pasado la situación en otro momento con otro y luego con otro. La mirada es... Yo digo, primero que no tengo pecho, no sé, digo: «¿qué mirará?, ¿me habré manchado algo?», ¿no? Pero es eso, luego llego a casa y digo ¿será la línea? No, no, es el pecho, es que no sé ¿porqué no te pueden mirar a los ojos? Es mirar abajo, no lo entiendo. **Pues hasta ese punto de la intimidación**. Claro, cambias tu forma de vestir, o sea, yo mira cómo voy, voy anchita. Pues mañana igual, me pongo más ancha porque **no me apetece, no me siento cómoda**. Entonces, eso es un poco... Que sí que hemos cambiado, pero también **por culpa de ellos** ¿no?, de la mentalidad esa..., no sé cómo decirlo de manera fina. (GD2, 10)

A partir de este tronco común se dibujan tres fracciones discursivas diferenciadas.

N’) «Peor están otras»: adaptarnos a lo posible

En el ámbito de la pareja, hay cierto reparto de tareas pero conseguir una distribución equitativa parece ser un asunto de «suerte», por ejemplo, que el hombre haya sido convenientemente socializado en el hogar paterno. Por lo demás, las dificultades son atribuidas a factores genéticos (estructura cerebral) contra los que se lucha, pero de manera infructuosa. En todo caso, no parece que los papeles de cada sexo respondan a modelos sociales que pudieran ser modificados; ante ello, sólo cabe adaptarse lo mejor posible, o confiar en un golpe de suerte:

–El libro ese de «¿Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas?»; no sé si lo habéis leído. Pero es muy curioso porque además te habla de **las estructuras del cerebro, o sea, realmente no es igual la del hombre que la de la mujer**, por eso muchísimas explicaciones. Yo no voy a profundizar porque, no sé, pero realmente es un libro muy curioso y es así ¿cuántas mujeres no saben leer un mapa realmente? Yo la primera, o sea, la primera y es así; también, muchas cosas. **Yo lucho también** por eso ¿no? **Yo mi pareja en casa cocina**, porque cocina mejor que yo, sin embargo, **hay otras tareas que realmente podía hacer él y las hago yo** como poner la lavadora, fregar; vamos, fregar en seis meses no ha fregado, yo qué sé...

–*Son cosas que haces tú, para qué las va hacer él.*

–*Claro. Es como que sería ya, bueno, eso es tuyo y lo otro es mío ¿vale? Pero el hombre, pues eso, son más trabajos de fuerza y la mujer en casa son otro tipo de trabajos; la limpieza...*

[...]

–*Bueno, yo en mi caso, sí que **nos repartimos mucho las tareas**. Por ejemplo, lo que hablabais de, si uno cocina, el otro friega; la verdad, que bastante. **Pero porque a él lo han educado así.** (GD2, 2)*

En todo caso, los avances que se han realizado hacia el igualitarismo encuentran dificultades entre las propias mujeres. Por ejemplo, hay sectores de la propia juventud femenina que se resisten a abandonar el papel tradicional de mujer encargada de las tareas del hogar:

–*Aún así, es bastante sorprendente cuando, por ejemplo, hace unas semanas estábamos hablando con unos amigos y cuando uno comentó que los sábados por la mañana pues él solía limpiar, arreglar su habitación y limpiar las cosas de la casa, una de las chicas le dijo como sorprendida: «¡ah!, ¿pero tú limpias?», como algo realmente...*

–*Claro, que es eso.*

–***El comentario ya hubiera sobrado.** Eso también es bastante revelador, ¿no? (GD2, 3)*

Pero toda la valoración crítica respecto a las dificultades que encuentran las mujeres concluye en una aceptación conformista de la situación actual. Tenemos dificultades pero podemos contentarnos pensando que hay mujeres que están en situación mucho peor; comparando con los países en los que rige la poligamia en España «al menos» un hombre sólo puede tener una mujer. La expresión tiene una doble lectura; por un lado, reconoce que en el contexto global la situación de las mujeres españolas no es de las peores; por otro, el argumento parece justificar el estado de cosas actual, eludiendo profundizar en la crítica de los factores negativos que se han denunciado:

–***Aquí aún por lo menos un hombre tiene a una mujer (...), allí está bien visto que un hombre tenga veinte mujeres para él, lo del jeque árabe que contaban.** (GD2, 34)*

Esta actitud conformista obedece a la percepción de que la capacidad de acción femenina es limitada: aunque «eres persona» y «quieras plantar cara» (GD2, 77), el contexto no te favorece y no queda más remedio que plégarse a sus exigencias.

O') Contexto machista y escaso margen de agencia femenina

Esta fracción comparte con las demás la afirmación de que la sociedad es machista y somete a las mujeres a prácticas sexistas, en el trabajo y en la esfera

pública. Añade, además, que la socialización de género condiciona negativamente a las mujeres, haciéndolas menos solidarias y más competitivas entre sí, especialmente en las clases populares. Pero aunque comienza cuestionando la «cultura machista» de los chicos y chicas de clases bajas, acaba afirmando que existe un machismo coactivo que condiciona al conjunto de las mujeres.

Además, los papeles de género no son percibidos como una condena basada en la biología sino como una construcción social. Esta reflexión no conduce, sin embargo, a la posibilidad de revisar esos procesos de configuración social con el fin de transformar la estructura de socialización de género. En cambio, sirve para expresar la consciencia del poder que tienen los papeles interiorizados por las mujeres, que acaban jugando en contra de sus deseos proclamados de cambio:

*–Yo lo que quiero decir, no es que el comportamiento no sea ese, sino que **no es una cuestión de naturaleza humana, sino una cuestión social y de educación**, precisamente lo de la competencia, etc., o sea, el tema de la publicidad, el cine, o sea, todos los mensajes que se emiten continuamente y nos emiten a las mujeres, dirigido a las chicas, digamos que fomentan ese perfil de mujer que por huevos tienes que ser atractiva y tu..., digamos, tu éxito en la vida va a depender de que seas la más ligona de la clase o la más guapa y el chico, sin embargo, a lo mejor no se le exige tanto eso que cada vez también. (...) **No creo que sea una cuestión de naturaleza** que por nacimiento las mujeres sean más folloneras y los chicos, sino es una cuestión precisamente (...), no son las genéticas sólo, es el ambiente, es lo que tú aprendes, es eso, es ambas cosas. Si en casa tú has vivido toda la vida el ver que tu padre se va a trabajar, tu madre también, pero cuando vuelven a casa la que se está encargando de tus hermanos es tu madre; la que plancha, la que friega, la que..., pues eso, tú de alguna manera **es que lo interiorizas y el día de mañana, quieras que no, no lo haces adrede, o sea, no es mal intencionado, simplemente es que te nace**. Yo, es eso, yo llego a casa y veo una taza, no puedo evitar el recogerla, es que no puedo verla ahí, o sea, a lo mejor es porque durante veintisiete años he visto como una taza mi madre llegaba y la recogía. (GD2, 3-4)*

Finalmente se trata de un contexto social opresivo al que hay que adaptarse; la mirada masculina limita e impone, condicionando comportamientos y coartando la libertad femenina. En este contexto el enfrentamiento no es posible, puesto que se libra sólo en el plano individual y para ello se requieren grandes dosis de autoestima y asertividad que no muchas mujeres poseen:

*–O sea, yo desde mi punto de vista he cambiado en eso en mi forma de pensar, o sea, ya no sólo lo que yo piense de cómo voy vestida, **es lo que piensan los hombres** ¿sabes? A lo mejor nosotras sí que hemos cambiado, si voy vestida así es porque quiero; pero ellos muchas veces sí que piensan, a lo mejor lo de ‘vas ceñida, vas provocando’. (...) Sí, que tienes que estar todo el día ganando el respeto de alguien, si tienes que estar todo el día ganándote el respeto de la gente con la que estás hablando, pues al final optas por decir, bueno, **pues voy a acomodar mi forma de vestir, de manera que ellos no me juzguen**, por decir, de antemano. (...) Claro, eso no te*

*gusta, entonces tú misma dices: «a mí no me apetece...» Yo si paso por una obra, ya digo: «no me apetece pasar», o sea, es ese miedo ¿y por qué lo tengo que tener? Miras al frente... O miras el móvil o cualquier cosa o **lo esquivas para disimular, para que no te digan nada**, porque no... (...) **¿Por qué te tienen que decir nada?** O sea, ¿yo voy diciendo a la gente algo por la calle, algo que le vaya a molestar? ¿Por qué me tienen que decir algo? (...) **Si yo tuviera la cara para contestarle te aseguro que lo haría, pero no la tengo.** (GD2, 9-10)*

Esta última reflexión reduce las posibles salidas femeninas a la cuestión de si existe o no capacidad personal para enfrentar la intimidación masculina. Se está muy lejos de las consignas que hacen referencia al «empoderamiento» femenino y no hay asomo de considerar el asunto como un problema de alcance social. Por tanto, este segmento de jóvenes mujeres se encuentra en una situación de bloqueo, que las condena a la frustración o a la reproducción de papeles no deseados.

P') Lucha individual contra el sexismo dominante

Esta fracción insiste, aún con más énfasis, en la importancia de los obstáculos sociales que encuentran las mujeres en la esfera pública. Pero, frente al acomodo y la incapacidad, reclaman una actitud de afirmación individual para modificar la situación. En este caso, el discurso adopta las pautas que ensalzan el empoderamiento femenino, aunque desprovisto de toda connotación de proceso social global. Lo que se propone es no dejarse comer terreno en las interacciones cotidianas, enfrentando o ridiculizando las actitudes masculinas agresivas:

*–Yo creo que, a veces, **las mujeres también tenemos que sentirnos más seguras de nosotras mismas** ¿no? Porque en ese caso, o sea, yo me pongo un escote y me pongo un escote porque quiero y si te miran, pues oye (...) A lo mejor no te lo pones tampoco para que te miren, te pones un escote porque te gusta llevar escote. (...) Bueno, pues si te miran te han mirado. Ahora, claro, **también tenemos que saber poner la barrera** de «hasta aquí es lo que yo quiero y hasta aquí es lo que yo no quiero», evidentemente. No sé, a mí una de las señoras me ha hecho un comentario también de: «Es que profe, tú vas hoy muy ceñida», me ha dicho: «vas marcando» y le he dicho: «**yo me visto como quiero**», y eso no quiere decir que tenga que provocar a nadie, ni que..., no sé. Que, a veces, ella nos..., también nosotras también nos ponemos la etiqueta de, a ver, si vas ceñida o llevas escote ya es que estás provocando, ni muchísimo menos. (GD2, 9)*

*–[Ante un piropo] O **te lo tomas a cachondeo** (...) Lo que pasa que dicen un piropo y dices: «éste que está bueno» y le sigues el rollito, no es bajarte (...) pero lo dejas roto porque no se lo esperan que te gires y les digas: «p' a guapo tú», o cualquier tontería de esas...*

–Si el problema no es que sean piropos, es que son a veces burradas...

*–Pero te giras: «qué bruto eres», te lo tomas a cachondeo, si te lo tomas a cachondeo. **El problema es que, claro, como enseguida nos ofendemos***

y además nos sorprendemos. (...) Tómatelo a cachondeo, te giras y dices: «guapo».

–Pero ¿por qué me tienen que molestar?

*–Pues si ellos hacen lo que les da la gana, **pues tú pasas**, o no pasas y lo... (GD2, 10-11)*

Encontramos una versión de este discurso entre jóvenes lesbianas que afirman que la actitud personal es la clave para enfrentar el machismo social, manteniendo coherentemente sus valores y principios ante los demás, sin tener en cuenta los condicionamientos existentes. Así, el posicionamiento individual, libre y provocador, es la única estrategia posible, puesto que no existe posibilidad de afrontar una transformación que tenga en cuenta el conjunto de las mentalidades sociales y su profunda carga histórica:

*–**Yo vivo para educar y si te rallo te jodes** (...) yo intento hacer una normalidad en todo lo que hago, porque si me fijara en lo que piensan los demás viviría amargada (...) o en la historia, pensar en lo que ha pasado. (GD4, 27)*

En definitiva, la relación entre los sexos aparece como un espacio de conflicto y lucha, en el que las mujeres deben saber defenderse y ganar. Aquí la sociedad se presenta sin estructuras ni agentes sociales claros, más allá de los esfuerzos y estrategias de los individuos; o como un ámbito inabordable.

5 UNA VISIÓN DE CONJUNTO DE LOS DISCURSOS SOCIALES ACERCA DE LAS RELACIONES ENTRE MUJERES Y HOMBRES

5.1. LAS CUESTIONES MÁS SIGNIFICATIVAS

El material presentado en los cuatro capítulos anteriores muestra las diferentes modulaciones de la discursividad social en función del grupo social de pertenencia (estatus socioeconómico) y del sexo de los hablantes. En el Cuadro 5.1 se presenta de forma sintética el eje temático principal alrededor de los que cada grupo teje sus preocupaciones acerca de las relaciones entre hombres y mujeres.

Un primer análisis comparativo muestra la distancia entre las preocupaciones de hombres y mujeres en cada grupo social. Entre los asalariados no cualificados, mientras las mujeres destacan la importancia de la autonomía económica y valoran sus limitados efectos sobre la reorganización de los papeles domésticos, los hombres se sienten mayoritariamente desbordados y atacados por lo que perciben como un excesivo protagonismo femenino. En el sector de pequeños propietarios y empleadores el discurso de los hombres se focaliza sobre los avances femeninos en el mundo laboral, en tanto que la identidad y las preocupaciones de las mujeres se construyen alrededor del eje de la maternidad y las responsabilidades como gestoras del hogar.

CUADRO 5.1. Principales cuestiones abordadas en cada grupo

Estatus / Sexo	Hombres	Mujeres
Jóvenes capas medias urbanas	Ocio libre o pareja igualitaria	Contexto social adverso para las mujeres
Profesionales-directivos/os	Dificultades en las relaciones	Independencia (nunca amas de casa)
Pequeñas propietarias y empleadores	Mundo laboral	Maternidad
Trabajadoras/es no cualificadas/os	Malestar por el desborde femenino	Autonomía económica y vida doméstica

Quizás en el segmento de los profesionales y directivos las preocupaciones de ambos sexos presentan menor grado de divergencia, puesto que aunque los hombres resaltan el clima «difícil» que predomina en las relaciones, un sector expresa empatía por algunos de los problemas enunciados por las mujeres, relativos a las discriminaciones existentes en el ámbito laboral. En cambio, entre los jóvenes los énfasis temáticos son claramente divergentes: mientras los hombres perciben un claro avance hacia una situación igualitaria, comandado por las mujeres, éstas dibujan un panorama social adverso para sus intereses.

También es posible fijar nuestra atención en las diferencias de enfoques existentes en cada uno de los sexos, según estratos sociales. En el caso de las mujeres existe una marcada diferencia entre las jóvenes de clases medias urbanas y las profesionales y directivas, por un lado, y las trabajadoras no cualificadas y las pequeñas propietarias, por otro. Mientras las primeras destacan la importancia de los mecanismos de segregación laboral (dificultad de acceso, salarios y condiciones de trabajo inferiores, acoso laboral y sexual, no promoción a puestos directivos, etc.) dicha temática está ausente de las preocupaciones de las segundas. Aquí hay que tener en cuenta que las primeras tienen, al menos en principio, posibilidades de realizar una carrera profesional o laboral y que comparten categorías laborales con varones; en tanto, los empleos típicos de las segundas se caracterizan por la escasa posibilidad de promoción y por un alto grado de especialización en función del sexo (empleos «femeninos» poco cualificados); por tanto, el empleo se constituye como fuente generadora de ingresos y no como espacio de «desarrollo personal». Entre los hombres se registra una diferenciación entre el abordaje que realizan, por un lado, los empresarios de mayor edad y los jóvenes urbanos de capas medias, que pintan un panorama de creciente equiparación entre sexos y, por otro, los profesionales y directivos, que insisten en las dificultades en las relaciones y los asalariados no cualificados que expresan un malestar explícito ante la situación actual.

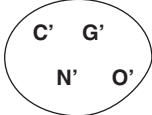
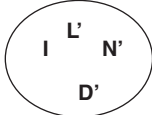
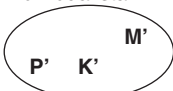



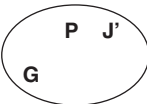
5.2. ESTRUCTURA DISCURSIVA

La amplia gama de fracciones discursivas presentadas en capítulos anteriores muestra la existencia de matices diversos en los puntos de vista sociales, influenciados por las diferencias de sexo, el estatus social o el ámbito de residencia, entre otras. La presentación realizada hasta aquí ha intentado no perder de vista la existencia y las características de dichos matices específicos. Una vez cumplido este objetivo es necesario proceder a una mayor estructuración de la variedad empírica de fracciones discursivas, integrándolas en un esquema analítico que facilite su lectura. En el Cuadro 5.2 se presenta una propuesta que, por un lado, reduce la variedad de fracciones a unos pocos núcleos discursivos básicos y, por otro, muestra las «distancias» y posicionamientos mutuos entre ellas.

El Cuadro 5.2 presenta una estructura simple, en torno a dos ejes. El vertical opone a los discursos en función de la valoración que hacen acerca de la existencia de opresión hacia las mujeres en la sociedad actual¹⁴: en el extremo inferior aparecen los que la niegan y en el superior los que la afirman. En el eje horizontal situamos los discursos en función del grado de autonomía que defienden para/ otorgan a las mujeres: en el extremo de la izquierda los que las perciben/ definen como dependientes o con autonomía limitada, en el de la derecha los que las consideran como plenamente autónomas.

¹⁴ Utilizamos el término «opresión» en un sentido puramente descriptivo, sin entrar en consideraciones respecto a las causas y características de la misma, puesto que nuestro objetivo es sólo el de situar a los discursos según sostengan que la posición social de las mujeres se define, o no, por algún tipo de discriminación o postergación no ocasional.

CUADRO 5.2. Ubicación de las fracciones en el campo discursivo global de las relaciones entre hombres y mujeres

Dependiente	Hay opresión de las mujeres		Crítico
Heteronomía femenina	Impotencia femenina 	Pro-feminista  Antimachismo individualista  Pro-acceso élites 	Anatomía femenina
	Patriarcal adaptativo  Patriarcal tradicional 	Liberal igualitario 	
Tradicional	No hay opresión de las mujeres		Liberal

La combinación de ambos ejes dibuja cuatro posiciones extremas, o «puras». En el extremo inferior izquierdo situamos el discurso que denominamos «Tradicional». Este se caracteriza por negar que exista una situación de opresión de las mujeres y, simultáneamente, les atribuye un papel dependiente de la posición masculina. En cambio, en el extremo inferior derecho encontramos el discurso «Liberal» que considera que vivimos en una sociedad de libertad en la que todos los individuos tienen las mismas posibilidades y derechos, por tanto, no existe opresión de las mujeres y éstas gozan de plena autonomía. Los otros dos tipos puros se sitúan en la parte superior del Cuadro, por tanto, consideran que en España persiste, con mayor o menor fuerza, situaciones de opresión, subordinación o exclusión que afectan específicamente a las mujeres. En el extremo superior izquierdo situamos al discurso «Dependiente», que considera que las mujeres tienen un margen de autonomía limitado, debido a su subordinación al rol familiar (de madre y/o esposa). En el extremo derecho aparece el discurso «Crítico», que denuncia una situación de opre-

sión cuestionándola desde la afirmación de la plena capacidad de autonomía y agencia de las mujeres.

Las coordenadas que configuran el Cuadro 5.2 no definen sólo cuatro posiciones ideales «extremas» (o puras), sino que establecen un amplio campo discursivo, en el que caben distintas posiciones «intermedias», más o menos distantes de aquellos tipos ideales. Al situar en dicho campo las fracciones discursivas que hemos identificado observamos algunas agrupaciones, basadas en una «cercanía» en el modo de definirse respecto a nuestros ejes de referencia. Dichas agrupaciones son una construcción realizada a partir de un trabajo de análisis e interpretación, que no se atiene ya exclusivamente a las expresiones textuales recogidas en los grupos, sino que rescata sus elementos comunes, algunos de carácter subyacente. El resultado de dicha elaboración son los «discursos sociales» en presencia, a medio camino entre los tipos ideales y las fracciones empíricamente detectadas.

A continuación presentamos las características de los principales discursos en cada uno de los cuatro bloques discursivos en que se estructura el Cuadro 5.2.

Bloque tradicional

En este polo encontramos dos discursos principales, expresados tanto por hombres como por mujeres.

Patriarcal tradicional: pone el acento en la diferencia de papeles sociales de hombres y mujeres; la «complementariedad» entre ambos se estructura en torno a la autoridad masculina; el papel femenino se basa en sus funciones maternas y de gestión de la unidad familiar. Alguna fracción proclama abiertamente la supremacía masculina e irrelevancia de las funciones domésticas (A) mientras que otras complementan la autoridad masculina con un «reconocimiento» al papel femenino (E, A' y E'). Existe una valoración crítica de las mujeres que se «liberan excesivamente», cuestionando la jerarquía natural y provocando el deterioro de la vida familiar y el clima social.

En nuestros grupos este discurso se despliega entre asalariados DE AMBOS SEXOS, empresarios de edad avanzada y pequeñas propietarias.

Patriarcal adaptativo: comparte la concepción diferencialista-complementaria de los sexos, aunque acepta la incorporación de las mujeres al empleo pero no su plena autonomía. Puede reconocer la existencia de algunas situaciones de postergación de las mujeres pero nunca como eje estructurador de la sociedad actual.

La modulación masculina de este discurso (fracciones B, F, J, K y L) afirma que las mujeres pueden actuar como ciudadanas a cambio de no perder su «feminidad» (maneras suaves, relativa pasividad y no cuestionamiento abierto del poder masculino).

La modulación femenina (fracciones B', F' y H') se ve abocada a maniobrar en la trastienda (con «armas de mujer») y a solicitar cambios al hombre sin exigirle más de lo que éste pueda dar; en definitiva, se adaptan o permanecen en una situación

de frustración reprimida, que se canaliza en la esperanza de que la generación de las hijas logre una posición mejor.

La cantidad de fracciones que se integran en este discurso no es indicador necesariamente de una mayor extensión cuantitativa, pero sí de su presencia en distintos grupos sociales (prácticamente todos, excluyendo a la población joven de clases medias).

Bloque liberal

Liberal igualitario: este discurso concibe las actuales relaciones entre sexos en un ámbito de equiparación y libertad, en el que no existen discriminaciones importantes o jerarquías no justificadas. La modulación femenina (J') destaca que estamos en una dinámica de cambio positivo, en la que las mujeres pueden actuar de igual a igual con los hombres, debido más a su capacidad de agencia («iguales en todo») que en la inexistencia de opresión. Para la modulación masculina prácticamente no quedan vestigios de subordinación femenina, ya que las mujeres tienen amplia autonomía y acceso a la esfera pública; entre los hombres de mayor edad (G) no se cuestiona la situación de éstas en la esfera familiar, mientras que entre los jóvenes (P) se da por hecho que han impuesto, o impondrán a corto plazo, relaciones de pareja igualitarias; por tanto, les adjudican más capacidad de agencia que los hombres de generaciones anteriores.

En nuestros grupos este discurso es sostenido por empresarios de ambos sexos y por varones jóvenes de capas medias urbanas.

BLOQUE DEPENDIENTE

Impotencia femenina ante la resistencia masculina: discurso sostenido exclusivamente por mujeres que constatan la existencia de barreras específicas -tanto en el mundo doméstico (no asunción masculina de tareas domésticas y de cuidados) como en el laboral (discriminación, sexismo, etc.)- ante las que se sienten con poca capacidad de acción. Su escaso margen de autonomía para cuestionar los límites existentes en sus parejas o en los ámbitos de trabajo las aboca a adaptarse resignadamente a lo existente o a una frustración ante el bloqueo de los cambios deseados. A partir de esta situación, se encuentran en posición de dependencia respecto a la intervención de otras instancias que puedan remover dichos obstáculos (entre ellas, las intervenciones institucionales).

En nuestros grupos este discurso es desarrollado por mujeres asalariadas, pequeñas empresarias y jóvenes urbanas de capas medias.

BLOQUE CRÍTICO

En el polo crítico encontramos tres discursos diferenciados, cuyos rasgos comunes son la percepción de que existe opresión hacia las mujeres y que éstas tienen

capacidad y autonomía para enfrentarla. A partir de ahí se definen tres discursos diferenciados

Pro feminista: para este discurso la subordinación femenina se debe a una estructura social de poder que atraviesa las esferas pública y privada y que tiende a perpetuarse si no se la enfrenta de forma decidida. La clave del cambio necesario radica en la lucha de las mujeres, que no necesitan de un compromiso masculino (fracciones I y N), en la confluencia con otros grupos sociales oprimidos (D') o en el compromiso feminista, que incorpore a mujeres y hombres (L').

Este discurso tiene mayor fuerza, en nuestros grupos, entre empresarios y profesionales de ambos sexos, y entre algunas asalariadas no cualificadas.

Enfrentamiento individual contra las consecuencias del machismo: en este caso no existe referencia a cuestiones de poder social ni a procesos colectivos; por tanto, las situaciones de opresión que sufren las mujeres sólo son afrontadas desde una perspectiva de lucha individual. En este contexto, el incremento de la autonomía y capacidad de actuación personal potencia los riesgos de romper los puentes de comunicación –personales- con el otro sexo (K'), o se circunscribe a una estrategia puramente defensiva (P').

Este discurso aparece especialmente entre mujeres profesionales, jóvenes de capas medias y transexuales.

Contra las limitaciones de acceso a las élites profesionales: este discurso expresa la posición de mujeres profesionales y directivas que denuncian las barreras que, como tales, encuentran para acceder a puestos de mando en el mundo laboral. Tales dificultades son atribuidas principalmente al sexismo existente en este ámbito, pero también a las limitaciones que supone asumir simultáneamente la responsabilidad de la gestión doméstica, en el caso de quienes viven en pareja y/o tienen hijos. Este discurso se sitúa claramente junto al eje de la autonomía femenina pero en cuanto a la opresión femenina tiende a minimizar o negar su existencia en el ámbito de las parejas de clases medias urbanas. Expresa, básicamente, la reivindicación de un segmento de mujeres para acceder sin restricciones a las élites directivas.

5.3. ALGUNAS IMPLICACIONES DEL MAPA DISCURSIVO EXISTENTE

El resultado del trabajo exploratorio nos muestra un panorama complejo: antes que un diagnóstico común o unánimemente aceptado nos encontramos con puntos de vista diferentes y a veces claramente enfrentados. El tipo de metodología que empleamos no permite cuantificar la importancia de cada uno de los discursos pero sí descubre sus principales elementos constitutivos y sus líneas de fuga, a partir de los que se pueden identificar posibles polos de consenso o de enfrentamiento. De todos modos, no es éste el objetivo central de nuestro estudio. Aquí nos basta con señalar cuál es el marco sociocultural en el que se sitúan los discursos sobre la violencia masculina.

En este sentido cabe resaltar una dificultad de fondo que puede estar afrontando la política institucional vigente, que define esta violencia como «de género», debido a que se trataría de una «manifestación de la discriminación, la situación de desigualdad y las relaciones de poder de los hombres sobre las mujeres»¹⁵. Frente a este análisis, vemos que la población cuyos discursos se inscriben en la parte inferior del Cuadro 5.2 no concibe que exista tal discriminación y desigualdad de poder entre sexos. Por tanto, las justificaciones de las políticas oficiales resultan incongruentes con sus propios puntos de vista, al margen de cuál sea su actitud ante determinados hechos concretos (por ejemplo, de violencia masculina). Además, buena parte de los sectores cuyos discursos aparecen en la parte superior del Cuadro dan por hecho que las mujeres sufren situaciones de injusticia o postergación, pero en gran parte de los casos las causas de dicha situación no se atribuyen a desigualdades de poder sino a factores genéticos, atavismos culturales o fallos educativos. Por tanto, el discurso oficial sólo resulta congruente con las coordenadas generales del discurso que aquí hemos designado como «crítico», en su versión más acabada, precisamente la que tiene menor presencia en el abanico discursivo. Por tanto, esta situación plantea la necesidad de no dar por supuesto que la mayoría de la población comparte los fundamentos de las políticas oficiales. A partir de esta reflexión podrían estudiarse alternativas a las formas de comunicar las distintas iniciativas oficiales, teniendo en cuenta el modo en que pueden ser recibidas en los distintos grupos aquí identificados.

¹⁵ Ley Orgánica 1/2004, de Medidas de Protección Integral Contra la Violencia de Género, artículo 1.

SEGUNDA PARTE

LA VIOLENCIA DE LOS HOMBRES
SOBRE LAS MUJERES

6 EL ABORDAJE SOCIAL DE LA VIOLENCIA

En esta segunda parte del informe abordamos nuestro campo de interés específico: las imágenes sociales, las actitudes y los posicionamientos de los distintos sectores de la población respecto a la violencia ejercida por los hombres sobre las mujeres. Conviene hacer una precisión inicial respecto a la delimitación del «asunto» a tratar. En nuestro país existe una precisa delimitación jurídica e institucional que denomina como «violencia de género» a la ejercida por los hombres sobre sus parejas o ex parejas. Además, existe una abundante bibliografía destinada a justificar o criticar este tipo de delimitación formal. A los efectos de esta investigación, dirigida a sondear de forma abierta los puntos de vista sociales, no es conveniente ceñirse a ninguna definición previa del fenómeno, puesto que el objetivo no es conocer en qué medida las percepciones sociales se adecuan a lo definido institucionalmente, sino captar las claves del «mapa sociocognitivo» completo. Por tanto, a lo largo del informe no utilizaremos una denominación unívoca, sino aquellas que surgen directamente de las expresiones grupales o que al menos resulten congruentes con las mismas (entre ellas, violencia de los hombres sobre las mujeres, violencia masculina, violencia machista, violencia sexista). Como se verá, la denominación «violencia de género» es utilizada con poca frecuencia, debido a que en los discursos sociales más extendidos no es ésta la expresión, ni la concepción, dominante.

Conviene recordar que en nuestro diseño de investigación no se buscó incluir a personas con experiencias, directas o cercanas, de malos tratos. De hecho, los encargados de realizar los contactos para convocar a los participantes de los grupos de discusión no conocían que éste era nuestro objeto de investigación (la convocatoria se hacía para un estudio sobre la «actualidad social»). A pesar de ello, como se verá a continuación, en casi todos los grupos de mujeres aparecieron casos de violencia, lo que viene a corroborar la relativa extensión del fenómeno.

En la Introducción general quedó anotado que la propuesta inicial de discusión en los grupos fue un asunto general (las relaciones entre mujeres y hombres en España), puesto que uno de los intereses de la investigación era captar cuál es el lugar o la importancia que la violencia sexista tiene para los distintos segmentos sociales. Así fue posible comprobar que algunos grupos mencionaron espontáneamente la violencia masculina como uno de los asuntos relevantes en las relaciones entre hombres y mujeres, mientras que otros lo ignoraron completamente, hasta que no fueron requeridos para ello por el/la moderador/a del grupo¹⁶. Entre los primeros, la mención pudo ser meramente accesoria o bien ocupar un lugar significativo en la conversación espontánea. Entre los segundos, la no mención espontánea cobra

¹⁶ Los moderadores tenían la consigna de dejar hablar libremente a los grupos en torno a la cuestión general de las relaciones entre mujeres y hombres. Una vez transcurridos 30 minutos debían introducir el asunto de la violencia masculina, sea retomando alguna mención previa del grupo o planteándola como nuevo tema a tratar.

distintos significados en función de si los integrantes del grupo tenían o no algún caso cercano de malos tratos, lo que nos traslada desde un escenario de «distancia social» a otro de censura o represión del asunto.

En el Cuadro 6.1 esquematizamos la forma en que aparece el asunto en cada uno de los grupos realizados, comparándola con la existencia de casos cercanos de violencia masculina entre las personas participantes. Este último asunto es fácilmente identificable en los grupos de mujeres (GD1 a 5) puesto que, una vez superada cierta autocensura inicial, existe cierta legitimidad social para «confesar» experiencias desde el punto de vista de las víctimas; en cambio, en los grupos de hombres (GD6 a 10) nadie se reivindica abiertamente como maltratador, aunque en las expresiones grupales aparecen menciones explícitas que legitiman ciertas formas de violencia, lo que nos permite calificarlos como potenciales maltratadores o justificadores de acciones agresivas.

CUADRO 6.1. Forma de aparición del asunto de la violencia masculina y casos de maltrato /legitimación en cada grupo de discusión

GD	Tratamiento	Casos	
MUJERES	1	Inducido por la moderadora	1 conocida
	2	Inducido por la moderadora	2 madres + 2 conocidas
	3	Mención y desarrollo espontáneo	1 directo (psicológico) + 1 conocida
	4	Espontánea incidental	1 directo (psicológico) + 1 familiar
	5	Inducido por la moderadora	2 directos + 1 familiar + 2 conocidas
HOMBRES	6	Inducido por el moderador	1 legitimador
	7	Espontánea incidental	1 legitimador
	8	Espontánea incidental	Ninguno
	9	Espontánea incidental	1 legitimador
	10	Espontáneo (falsas denuncias)	2 legitimadores

Una primera lectura del cuadro muestra que en tres de los cinco grupos de mujeres la cuestión de la violencia sólo surgió tras una demanda explícita de la moderadora. En otro grupo hubo una mención espontánea incidental a la violencia pero el asunto no fue tomado en consideración por el grupo hasta que fue propuesto por la moderadora. Sólo en uno de los grupos (GD3, pequeñas propietarias) el tratamiento fue espontáneo, a partir de una segunda mención por parte de las participantes.

Como decíamos anteriormente, el silencio grupal podría muy bien atribuirse a que la violencia masculina no aparece como una preocupación importante en el discurso de algunas mujeres. Esto es –como veremos en los capítulos siguientes– lo que pretende el punto de vista de algunos segmentos de las jóvenes urbanas (GD2) y de las profesionales y directivas (GD1). Sin embargo, si tomamos en consideración la información de la última columna del cuadro vemos que tal pretensión sólo puede

sostenerse en el caso del último grupo (GD1), en el que ninguna de las asistentes tenía experiencias de malos tratos, personales o de familiares cercanas; sólo una participante (de origen extranjero) menciona el caso de una conocida. En cambio, en el caso de las jóvenes de capas medias (GD2) dos de las participantes acaban comentando –muy al final del grupo, y sólo después de asegurarse de que sus manifestaciones eran anónimas– que sus madres han sido víctimas de malos tratos por su pareja habitual. Además, otras dos personas comentan casos de mujeres jóvenes de similar perfil social al del grupo. Por tanto, en este caso el silencio inicial parece estar más relacionado con una actitud vergonzante.

En los grupos 3 y 4 los casos de malos tratos entre las integrantes tienen una incidencia similar; sin embargo, su abordaje en la conversación grupal fue muy diferente: espontáneo y abierto en el GD3 (pequeñas propietarias), incidental y sometido a la insistencia de la moderadora en el GD4 (mujeres en situaciones personales no convencionales). En este último grupo se comentó en detalle una experiencia de agresión física grave, pero sólo una vez que ha transcurrido una larga hora de conversación y de construcción de un clima grupal de cierta confianza. Algo similar puede decirse del GD5 (trabajadoras no cualificadas), puesto que a pesar de que dos de las participantes han sufrido malos tratos el asunto no se planteó hasta ser propuesto explícitamente por la moderadora.

Por tanto, la primera conclusión es que las experiencias de malos tratos, más o menos cercanas, de la población femenina no suelen aparecer como prioridad en la agenda principal de las relaciones entre ambos sexos, incluso cuando existe una relación muy cercana con ellas. La importancia de este hecho es que pone de manifiesto las dificultades que aún existen para superar las barreras de pudor, vergüenza o dolor por parte de las víctimas, circunstancias que pueden estar relacionadas con la percepción de que el contexto social tiende a juzgarlas negativamente, o al menos a no ofrecer inmediatamente comprensión y apoyo. Como podrá comprobarse en los capítulos que siguen, no son infrecuentes las sospechas o cuestionamientos a las actitudes de las mujeres, a las que se atribuye parte de la responsabilidad de las agresiones sufridas. Por tanto, no es de extrañar la tendencia al ocultamiento o disimulo de tales experiencias. Conviene tener presente esta circunstancia a la hora de valorar la capacidad de ciertas técnicas de investigación para captar la verdadera extensión del fenómeno¹⁷.

Entre la población masculina la situación es diferente, puesto que nos encontramos ante los potenciales agresores. En un contexto en el que la «violencia de género» está institucionalmente condenada y penalmente perseguida no es de esperar que un sector de hombres manifieste su apoyo abierto a las agresiones, ni «confiese» de forma clara que habitualmente recurre, o ha recurrido, a prácticas de maltrato físico o psicológico. Sin embargo, como hemos afirmado, en los grupos aparecen diversas manifestaciones de «comprensión», cuando no de aval explícito,

¹⁷ Teniendo en cuenta que en un grupo compuesto sólo por mujeres, en un contexto de charla agradable y distendida, algunas mujeres sólo se deciden a «confesar» su experiencia de maltratadas después de más de una hora de conversación, ¿cómo responderán a una pregunta directa formulada por un extraño/a que la encuesta telefónicamente?. No es nuestra intención descalificar, por ejemplo, el empleo de encuestas sino poner de manifiesto que existe un factor de ocultamiento o negación que puede variar en función de cuál sea la experiencia respecto a la receptividad del grupo social de referencia.

a algunas de estas conductas. Por tanto, podemos comparar la forma en que surge el asunto en las discusiones grupales con la presencia o no de legitimadores en cada uno de los grupos realizados.

El análisis de nuestro Cuadro 6.1 muestra que en ninguno de los grupos de hombres se ha incluido de forma espontánea el análisis de la violencia masculina como asunto central de las relaciones entre hombres y mujeres. Sin embargo, en cuatro de las cinco reuniones hubo alguna mención espontánea, siempre de manera incidental, que no fue retomada hasta que el moderador planteó explícitamente la cuestión. En el grupo de profesionales y directivos (GD6) no hubo ninguna mención espontánea, lo que en principio implica una mayor distancia social respecto al problema, como si entre los hombres de dicho estatus social no fuera posible ejercer la violencia contra las mujeres. Sin embargo, la presencia de individuos legitimadores de cierto grado de violencia es similar a la que encontramos en otros dos de los grupos realizados (GD7 y GD9). En el extremo opuesto encontramos al grupo de asalariados no cualificados de ciudades pequeñas (GD10) en el que aparecen dos personas que legitiman la violencia física «moderada» y los insultos: en dicho grupo se abordó espontáneamente el asunto de la violencia pero no como una mala práctica masculina sino a partir de las «falsas denuncias» que realizan las mujeres. Como puede comprobarse, existe una gama amplia de posibilidades: desde el silencio originado en un desconocimiento y distancia respecto a la violencia hasta la minimización de su importancia o su justificación, aunque —como veremos— existen también posturas de crítica y denuncia.

En todo caso, un primer análisis del material grupal pone de manifiesto que, para la población masculina, en ningún caso la violencia hacia las mujeres es un componente importante a la hora de caracterizar el actual clima de relaciones entre ambos sexos.

En los capítulos que siguen analizamos las fracciones discursivas que hemos identificado en torno a la violencia masculina hacia las mujeres. En cada una de ellas nos centramos en dos cuestiones principales: 1) mostrar cómo cada discurso concibe y se posiciona frente a la violencia (qué carácter, importancia o implicaciones percibe, a quiénes considera responsables, etc.), y 2) cómo debería ser abordado o resuelto el problema, prestando atención a qué valoración se hace de las políticas institucionales. Conviene aclarar que nuestro objetivo no es realizar una evaluación sistemática de dichas políticas, ni de ningún recurso individualizado; se trata, en cambio, de captar la *imagen* predominante en cada una de las fracciones discursivas. Es decir, más allá o acá de la calidad objetiva de las prácticas institucionales lo que nos interesa es saber cómo estas son percibidas. Como veremos, a pesar de los esfuerzos y campañas oficiales existe un importante grado de desconocimiento, por lo que las valoraciones emitidas derivan generalmente del punto de vista de la mentalidad que se tiene respecto a la violencia.

El método de exposición que hemos elegido en esta Segunda Parte tiene similitudes pero también diferencias respecto al utilizado en la Primera Parte. Seguimos manteniendo una presentación diferenciada de las posiciones de hombres y mujeres, para facilitar su contraste y comparación y —especialmente— porque respecto a la violencia masculina existen importantes matices de diferenciación entre unos y

otros. Sin embargo, no organizamos cada capítulo en función de la pertenencia social de los hablantes sino que agrupamos en cada uno discursos que tienen una interpretación similar respecto a la violencia (los que responsabilizan a las mujeres, los que lo ven como un fenómeno residual, los que lo critican pero no proponen alternativas...); dentro de cada capítulo distinguimos siempre que es posible la impronta «de clase» más marcada en cada discurso, señalando en qué grupos sociales tiene más fuerza cada uno de ellos. Para finalizar, intentamos ofrecer un esquema interpretativo sintético que propone algunas claves de interpretación-diferenciación de los discursos «realmente existentes» en la sociedad española actual respecto a la violencia masculina sobre las mujeres.

7 LA VICTIMIZACIÓN MASCULINA: EL PROBLEMA SON ELLAS

En este capítulo presentamos las posiciones discursivas que tienen en común una minimización de la importancia de la violencia masculina y una crítica constante a las políticas oficiales y a la actitud de las mujeres, a las que –en buena parte– se culpa de actitudes que generan la reacción agresiva de los varones. En un contexto percibido como fuertemente favorable para las mujeres se niega toda legitimidad a las políticas de discriminación positiva e, incluso, a una parte de las que garantizan derechos a las mujeres. A partir de este marco común identificamos tres fracciones discursivas, dos sustentadas por hombres y una tercera formulada por mujeres.

7.1. SUPERIORIDAD MACHISTA CONTRARIADA EN LAS CLASES TRABAJADORAS (fracción a)

Para esta fracción discursiva, claramente presente entre una franja de la **población trabajadora**, la violencia denunciada de los hombres hacia las mujeres parece limitarse al hecho de los asesinatos. Más acá de esa frontera todas sus críticas se dirigen hacia las propias mujeres, que aparecen como figura agresiva, manipuladora y chantajista: en la actual situación, la población femenina se siente amparada para desarrollar dichas actitudes, convencida de que una mera denuncia por su parte puede «arruinar la vida» a su pareja, independientemente del fundamento de la misma. La vivencia masculina es que no es la acusadora quien tiene que demostrar los hechos, sino el acusado el que debe argumentar su inocencia, invirtiendo la lógica del proceso penal:

–Y [ella] dice: «como me dejes, cuidao, ¡eh!» **¡Cuidao!**

[...]

–A mí, por ejemplo, lo que me armó una chica ¿no? La dejé, empecé con la chica que estoy ahora y la chica esa, por ejemplo, fue diciendo por todo el pueblo que la había maltratado, que la había maltratado, por todo el pueblo: «mira, ése que tal, mira ése que cual». Su familia: «pues tú ¿por qué no sé qué?, ¿por qué no sé cuánto?». Yo digo:»si tú dices que te he maltratado, pues venga, vete al cuartel, enseña pruebas y di que te he maltratado y tira para adelante, que luego yo voy a tirar para adelante también». (...) **Ella no tiene que demostrar que tú le has pegado, sino tú tienes que demostrar que no le has pegado.** (GD10, 26 y 28)

Además, buena parte de la violencia de los hombres no sería sino una reacción, equivocada pero comprensible, ante las continuas provocaciones femeninas. Desde esta visión de las cosas estaríamos ante una estrategia femenina dirigida a «buscar la ruina» del hombre: sus continuas provocaciones no tendrían otro motivo que pro-

vocar la reacción violenta de éste, agotando su capacidad de aguante, para poder denunciarlo y conseguir sus fines (separación, subsidios institucionales, derecho a recibir pensión y bienes en caso de divorcio, etc.):

*–La mujer le intenta poner al límite, **hay muchas que te intentan poner al límite para que tú saltes, para que tú saltes, para que tú la toques, para buscarte la ruina.** (...) Muchas mujeres, muchas, muchas. Yo **te voy a jinchar, a jinchar, a jinchar hasta que revientes,** para que tú revientes y me des un golpe y yo te busco la ruina, y yo te busco la ruina.*

–Pero que no es así.

–Sí, sí, sí, sí.

*–**Tú tienes que tener aguante** de decir, «bueno, yo me piro y a la mujer...» Pero hay muchas mujeres que lo están usando mucho, mucho, mucho. (...) **Sí, porque todo el mundo tenemos un límite,** ¿eh?, que tú ahora mismo lo estás pensando así, pero tú piensas en un límite de que te estén haciendo la vida imposible, la vida imposible. (GD10, 26)*

Además, este discurso masculino reduce sensiblemente el alcance de la violencia. En primer lugar, excluye de sus consideraciones el maltrato psicológico o emocional, que no aparece entre las prácticas que pueden desarrollar los hombres. En segundo lugar, cree que lo único cuestionable son los malos tratos continuos, la violencia física grave y prolongada; en cambio, lo que podemos designar como «violencia de baja intensidad» es considerado un ingrediente normal de la convivencia y adquiere plena legitimidad. Así, es un criterio extendido la supuesta tendencia masculina a experimentar «explosiones» de ira (GD9, 22), que la educación y el «criterio» deberían ayudar a controlar, pero dando por supuesto que los hombres «son» así (irritables). Esto en el mejor de los casos, porque en otros no se aspira a moderar tal impulso sino a utilizarlo «adecuadamente», como se comprueba en la cita siguiente. Hablando de la violencia contra las mujeres es posible, simultáneamente, descalificar a quienes asesinan («no puedo con eso», «no me gusta esa cosa») a la vez que se reivindica como reacción masculina correcta el despliegue de conductas de violencia «menor» (escupitajos, insultos, golpes que produzcan moratones) que no tendrían mayor relevancia («eso es una tontería»), puesto que no habría relación entre violencia cuestionable («maltrato continuo») y algún golpe ocasional, que cabría dentro de la normalidad («entra dentro de todo»):

*–Pues yo eso... **yo no puedo con eso.** Mira, yo soy mira, **soy así de machista** ¿me entiendes? Y el perro es así y yo soy así, **pero no me gusta esa cosa.** Dale una patá en el culo y mándala por ahí...*

*–De todas formas, me ha pasado ya algún caso de estar con una chica y ná' más que venga a tocarme las narices, **me ha tocado las narices y yo llegar a un punto de pegarle un puñetazo a la pared** y me voy...*

*–Pues **yo la escupo** (risas). Yo la escupo o le hablo mal, la escupo y ya... Primero no me responde, segundo no la voy a pegar, pero no lo sé... **La insulto mucho, la escupo y me voy... ¡y ya está!**. (...) Es así, de los maltratos, que salen dos mujeres y digan: «mira, me ha hecho un moratón». Bah, **eso es una tontería, bah, eso...** (GD10, 26 y 27)*

–Yo creo que **llegar a matar no, pero a ver, un pescozón** a muchas personas que se pasan sí ¿no?, tanto hombres como mujeres. (GD9, 31)

–Yo creo que es lo mismo. Yo creo que sobre la violencia de género, a ver... Se puede tener **una pelea puntual con tu pareja** puedes mandar un: «vete a la mierda», puede ser puntual, una pelea puntual, no sé, incluso... está mal, pero **a todo el mundo yo creo que le ha pasado, un bofetón, ¡hostia, bum, bum!, no sé qué, no sé cuánto, el encontronazo** ¿no? No eso de pegar sistemáticamente o de maltratar sistemáticamente, aparte de psicológico de físico ¿no? Y yo conozco muchísimos casos de gente, bueno, que ha tenido **una pelea puntual, un día, o dos días, por situaciones**, porque la cosa ha ido mal, pero **que no ha sido un maltrato...**

–Continuo.

–... Y **entra dentro de todo** ¿no? Y también **se saca un poco de contexto**, creo, sobre todo muchas mujeres, denunciar muy rápido; o sea, ir a denunciar: «oye, es que me ha dicho que me va a matar y no sé qué». A lo mejor **ha sido una pelea puntual** que has tenido un día: «vete a la mierda, hija de puta, te voy a matar». Y de ahí ya no ha pasado. Yo conozco muchos casos de estos. (GD9, 17)

Podría decirse que las campañas institucionales y las actitudes sociales dominantes han introducido un tabú, un límite en el discurso machista popular: el no matarás. Al menos en el plano del deber ser se rechaza frontalmente el asesinato como conducta masculina adecuada. Incluso en los casos en los que la mujer hubiera hecho «méritos suficientes» para provocar una reacción violenta («le ha jodido ella toda la vida»), el hombre debe saber contenerse y moderar sus reacciones. Si llega al asesinato se impone sin duda la pena de cárcel («es así»):

–¿Se ha muerto?, pues me da igual si te toca los cojones todo el día, si te jode todo el día. **Le ha matado, mándale a la cárcel al tío.** ¿Le ha matado?, me da igual que le ha jodido ella toda la vida. Es así. (GD10, 27)

Por tanto, nos encontramos con un rechazo del asesinato, una legitimación de la violencia física de baja intensidad y una invisibilización del maltrato psicológico. Y, en general, una atribución de las «explosiones» masculinas a las conductas provocadoras de las mujeres. Pero, más allá de esta primera construcción defensiva («las culpables son ellas») existen algunas reflexiones que sitúan los comportamientos violentos masculinos en un contexto social específico. Estos hombres se perciben como una especie de conejillos de indias, creen que han sido socializados para desenvolverse en un marco de relaciones entre hombres y mujeres que está cambiando aceleradamente. En su papel tradicional se sentían poderosos y respetados (proveedores de la familia), pero el abandono de una tradición de siglos genera confusión («desfasados», «perdidos») y sentimientos de opresión y furia que estarían en la base de la violencia masculina. Las transformaciones sociales que permitirían a las mujeres situarse en pie de igualdad con los hombres no son percibidas como un cambio de modelo, sino como la destrucción de todo modelo, si ambos sexos tienen «la misma libertad» es señal de que «no hay modelo»:

–Yo creo que [la violencia] **va a continuar y va a empeorar todavía.** (...) Desde siglos nos han enfocado a los hombres que tenemos una función y las mujeres otra función. Ahora ¿qué pasa? en esta...[generación], que casi tenemos la misma edad, somos la sociedad del cambio; de aquí a años van a escribir libros de esta época, de la que estamos viviendo ahora. Claro, porque **no sabemos cómo actuar ahora.** Entonces, el hombre tenía una función, el trabajar, y las mujeres otra. Entonces ahora hay un cambio y los hombres tenemos que dedicarnos a la cocina.

–Y planchar y llevar a los niños.

–No digo que esto no se deba hacer, solamente que nos han educado, nos han programado como una computadora, ordenador dicen, como un ordenador de esta manera. Y al cambiarla nosotros **nos sentimos desfasados, no sabemos qué hacer.**

–Claro, sí, **estamos perdidos.** (GD9, 15)

–[El cambio] pueda ser a peor, porque antes teníamos un modelo y ahora, no sé, decímelo tú, ¿dónde está el modelo?

–**Ahora no hay modelo, sencillamente no hay modelo. Tanto uno como otro tienen la misma libertad.**

[...]

–Y ahí viene un poquito, un factor de la violencia de género, al sentirse (...) porque **al sentirse solo el hombre ¿no?, porque los medios de comunicación, las leyes no están a favor de uno...** Las mujeres lloran pero los hombres no, y se sienten amargados **y toda la furia que tenemos va en violencia.** (GD9, 20-21 y 29)

Así, el orden patriarcal tradicional –del que se reconocen fallos e injusticias– habría sido reemplazado por un caos, un vacío normativo que genera desconcierto e inseguridad en los hombres. Este sería el caldo de cultivo de fondo de la violencia hacia las mujeres, que operaría como una válvula de escape, errónea pero inevitable, del malestar generado. En tal contexto, la violencia de los hombres sería equiparable a las huelgas salvajes, que no son el método correcto a seguir pero expresan una situación de enfado y frustración soterrados:

–Esto es como cuando se hace una huelga, que **la gente ya no aguanta más y ya revienta** y ahí... y quema coches y rompe tiendas y hace... ¿Por qué lo haces?, si **no lo tendrías por qué hacer, pero es que ya revientas, ya no aguantas.** (GD9, 32)

Este tipo de relato tiene la virtud de explicar la violencia masculina situando a sus actores en el plano de víctimas inocentes de un proceso de cambio para el que no están preparados. Pero, además, sugiere que la violencia sería un fenómeno contemporáneo, circunscrito a los «desajustes» generados por el cambio de papeles de las mujeres. De esta manera deja en la oscuridad, y sin explicación alguna, la existencia de violencia masculina en el modelo patriarcal tradicional, sugiriendo que si estos cambios no se hubieran producido las relaciones entre sexos serían más o menos armónicas. Estamos, obviamente, ante una reificación del modelo tradicional

que, de esta manera, se perpetúa como referente –vergonzante pero operante– del imaginario del machismo masculino.

A pesar de todo, la proximidad de la violencia resulta incómoda, especialmente por la deslegitimación que su ejercicio ha sufrido en los últimos años. Por eso, en esta fracción –y en otras que analizaremos más adelante– existe una permanente tendencia a afirmar que «los violentos son los otros»: lo que nosotros hacemos no tiene que ver con las conductas que son abiertamente condenables, por el contrario, éstas son típicamente atribuidas a grupos socialmente inferiores. Puesto que aquí estamos refiriéndonos al discurso de trabajadores no cualificados, urbanos y rurales, no existen muchas posibilidades de proyectar el problema hacia grupos situados más abajo en la estructura social, más allá de los inmigrantes extranjeros. En los dos grupos de discusión en los que ha aparecido este discurso participaban trabajadores autóctonos e inmigrados, que comparten ampliamente el posicionamiento que venimos analizando. Sin embargo, una parte de los autóctonos intenta desligarse del problema de la violencia atribuyéndolo en exclusiva a la población de origen extranjero:

*–Hay una cosa muy clara (..) **más de la mitad son extranjeras** (...). Se mete en conjunto con todas las españolas, bolivianas, rumanas, rusas y, claro, **la bolsa de mierda**, por así decirlo, va creciendo. (...) Vosotros [inmigrantes] en vuestro país **no estáis tan desarrollados, no tenéis la mente** que se tiene aquí en Europa (...). **Españolas bien pocas, poquísimas.** (GD9, 16-17).*

No obstante, éste no es un diagnóstico siempre compartido, incluso desde la propia posición machista algunos afirman que la violencia hacia las mujeres se registra en todo tipo de grupos y sociedades («en Norteamérica y en la India», GD9, 17). Además, la argumentación de los propios inmigrantes que se sitúan en este discurso proporciona una base de consenso entre autóctonos y extranjeros, más allá de las peculiaridades existentes en distintas sociedades, hoy y aquí, el problema de fondo es que las mujeres han adquirido una posición social de dominio, amparadas por las leyes:

*–Una percepción que yo tengo porque yo ya estoy cinco años aquí es de que... Bueno, **vengo de una sociedad machista ¿no? en Latinoamérica** allá (risas). No, hay que decirlo, es machista ¿no?, **aunque yo no soy machista, ¿eh?***

–Yo no digo que seas machista.

*–Entonces ya al venir de esa sociedad, la mayoría, **al venir aquí he visto que las mujeres que están elevándose sobre los hombres.** Entonces hay una... Por ejemplo, voy a la calle y **las mujeres son las que alzan la voz, y el hombre está ahí callado, le arrinconan, le agreden verbalmente y el hombre está ahí, se siente impotente porque todas las leyes están...** (...) Y así es el chiste que hablamos en el bar, ¿no?, que dicen: «bueno, y **con razón** que los hombres matan a las mujeres», porque... se sienten mal. (GD9, 30-31)*

Por tanto, un núcleo fuerte de este discurso es que actualmente las posiciones relativas de ambos sexos se han revertido, como si el péndulo hubiese pasado de un extremo (el predominio masculino tradicional, en principio criticable) al otro (privilegios femeninos injustificados), sin detenerse en un deseado, pero no defi-

nido, punto de equilibrio. La resolución de los casos de divorcio es el paradigma del injusto posicionamiento de las instituciones a favor de las mujeres: los jueces otorgarían sistemáticamente todos los derechos a éstas, independientemente de las circunstancias de cada pareja. Y estas actuaciones judiciales serían reflejo de una presión mediática que deja inermes a los hombres: «hay una presión de los medios de comunicación para que eso vaya así también» (GD9, 28). La consecuencia es la ruina de los hombres divorciados («nos dejan en pelotas»). Este tipo de argumentación es la base de un malestar masculino que se extiende mucho más allá del ámbito del discurso machista más recalcitrante pues, como veremos, es compartido por un amplio sector de los hombres y una parte significativa de mujeres:

–Hemos pasado de..., la mujer no tener ningún derecho a nada a...[lo contrario] (GD10, 4)

–No, eso sí que es verdad [las leyes apoyan mucho a las mujeres]. (...) Lo que haya hecho la mujer, eso no importa. (GD10, 3 y 36)

–Aquí en España les han dado libertad para... demasiado. (GD9, 24)

–Pero así no hace falta decir que la ha maltratado. Yo, por ejemplo, mis padres se han separado hace tres o cuatro años y mi madre se ha quedado con el piso, mi madre se ha quedado con el coche, mi madre se ha quedado con mi hermana y mi padre ha tenido que coger la puerta y, ¡hale!, búscate la vida, ¿por qué?

–Y paga alquiler, paga la parte que te corresponde, paga la pensión. (GD10, 30)

–Y donde va la madre va todo: el piso, el coche (...); todo se lo queda ella, todo. Es que nos dejan en pelotas. En pelotas. (GD9, 32)

Desde esta posición no existe ninguna reflexión acerca del papel de madres y padres en el cuidado de los hijos, ni de las consecuencias de la asignación de tareas de cuidados en casos de divorcio. Las referencias a los hijos son escasas y de índole reactiva, como algunas amenazas retóricas de reclamar la custodia de los hijos si las mujeres se exceden en sus reivindicaciones. En la práctica hay una desvalorización del cuidado de los hijos que, como consecuencia, no debería ser tenida en cuenta a la hora de tramitar los divorcios.

La misma percepción de ataque institucional contra la posición masculina se registra respecto a las denuncias relacionadas con la violencia masculina. La percepción dominante es que existe un clima de linchamiento social contra los hombres: en principio, estos son sospechosos de culpabilidad, cualquier rumor injustificado puede convertirse en una losa sobre el acusado, la policía y la justicia reprimen inicialmente y preguntan después («hay una denuncia y vas primero a la cárcel»), los medios de comunicación estigmatizan sin contrastar datos («y ya nos lo creemos todos»). En definitiva, nadie atiende a los motivos de las posibles conductas masculinas, todo parece estar prejuzgado –en su contra– de antemano. Mientras tanto, estas posiciones consideran que desde el ámbito institucional no se visibiliza el maltrato psicológico:

–Pero es que **también lo que dice la gente...**

–El tema de que «un hombre ha maltratado a una mujer» y ha saltado todo el mundo: a este hombre habría que matarle. Bueno, **vamos a ver el juicio, a ver qué ha pasado**, a ver qué es lo que... (GD10, 27)

–No, pero **hay una denuncia de mujer y vas primero a la cárcel**, luego ya investigan si le has pegado o no le has pegado. (...) También es verdad, **te divorcias y el primero que te vas de la casa eres tú** y luego ya... (GD10, 4)

–Es como si tu no estás en tu casa y no está el marido, y entra un ladrón y matan a la mujer, **al primero que cogen es al marido**.

–Y como haya tocado el marido algo de eso, bueno, ya está en el telediario diciendo: «este hombre ha matado a esa mujer». **Y ya nos lo creemos todos**. (GD10, 29)

–Pero **el maltrato psicológico que te hace la mujer es peor que (...)** (GD10, 3-4)

La explicación de esta situación de privilegio femenino, percibida como profundamente injusta, sería el acceso al poder de las mujeres en niveles institucionales totalmente inaccesibles para estos hombres trabajadores. Las leyes y la orientación de las instituciones estarían en manos femeninas, tal como reflejan las siguientes citas, que imaginan un parlamento dominado ampliamente por las diputadas y a ciertas dirigentes políticas como una amenaza para el poder masculino:

–**¿Quién cambia las leyes? ¿Cuántos parlamentarios de esos hay o diputados? Trescientas mujeres y doscientos hombres**. (GD10, 30)

–**Aguirre, por ejemplo, ahora mismo tiene casi más poder que Rajoy**.

–A la Aguirre hay que ir sujetándola, a esa cómo la suelten un poquito... esa muerde.

–Ahí está, la **Rosa Díez** esa...

[...]

–La Rosa Díez, ¿sabes quién es?

–Sí.

–Esa es la que es más...

–Ha crecido en popularidad.

–En popularidad.

–**Por encima de Zapatero y Rajoy**. (GD10, 60-61)

En suma, las actitudes violentas de los hombres se inscriben, y se justifican, a partir de una supuesta revolución social, tras la que las mujeres ejercerían el poder, amparadas por altas instituciones que resultan inaccesibles para los hombres de las

clases trabajadoras. Esta radical alteración del modelo tradicional deja a estos varones desconcertados, frustrados y llenos de «justa» ira. Desde sus percepciones, ésta es la base de sus actitudes violentas hacia las mujeres que, por otra parte, están magnificadas por éstas y por los medios de comunicación. Sólo los asesinatos merecen una condena explícita desde esta posición.

7.2. MUJER MACHISTA (TRABAJADORAS Y PEQUEÑAS PROPIETARIAS): «HAY ALGUNAS QUE VAN PROVOCANDO» (fracción a')

Hasta aquí hemos presentado una fracción discursiva desarrollada por hombres. Pero el discurso que atribuye a las mujeres buena parte de la responsabilidad de la violencia que se ejerce sobre ellas no sólo es formulado por parte de la población masculina. También entre las mujeres encontramos posiciones similares. En nuestra investigación éstas se plantean entre las **trabajadoras asalariadas** y entre las **pequeñas propietarias** de ciudades intermedias.

Un primer rasgo de este discurso es el extendido argumento de que el problema es ajeno al propio grupo social. En la España contemporánea las agresiones contra las mujeres están vinculadas a sectores sociales atrasados, es decir, a anacronismos y supervivencias ajenas al modelo social dominante. Los maltratadores serían personas con poca educación («incultos»), o procedentes de países menos desarrollados («otra mentalidad»), en definitiva, gente que no ha accedido a niveles básicos de modernidad (que «no han avanzado»):

*–Los niveles de educación son muy bajos (...) Si te das cuenta son personas con.., **son incultos** o... Yo pienso que son gente, no sé, que por un motivo u otro motivo **no han avanzado**, porque **antes no se ha oído**, antes...*

–No se ha oído.

–...a no ser que compraras el periódico este famoso de 'El caso', pero es que ahora no se habla de otra cosa. (GD3, 11-12).

*–Y luego también en España a lo mejor antes tampoco se oía porque **no había tantas culturas** como hay ahora. Si más o menos las estadísticas, más de la mitad...*

*–Son **extranjeras**.*

–Son extranjeras.

–Es que ellos tienen otra cultura, vienen de otros...

–Sobre todo sudamericanos.

*–Con **otra mentalidad** y yo creo que también eso... ha subido también.*

*–Me refiero que en España **antes no había tantos extranjeros** y ahora al haber tantos...*

–Claro.

–...**eso también nos lo han traído** y a lo mejor los españolitos... (GD3, 30-31)

–*Pero se han venido aquí, últimamente están bastante matando a...*

–*Sí, ahora **están matando a más extranjeras** que españolas.*

–*Sí, ahora se está dando mucho.*

–*Sí, ahora les ha dado por eso.*

–*Los dominicanos.*

–*Y los marroquíes.*

–*Es verdad. (GD5, 40-41)*

Por otra parte, la clave estaría en la actitud de las mujeres más que en la de los hombres. Las de generaciones anteriores asumían resignadamente la violencia (mi marido «me pega lo normal»). En la actualidad las que saben comportarse adecuadamente se ven libres de riesgos; sería el caso de aquellas que se ganan una valoración positiva por parte del hombre, consiguiendo de él una mayor consideración («compartimos») a partir de su esfuerzo por superarse («no solamente sabes a qué precio están los tomates»). En cambio, las que carecen de autoestima e independencia económica no consiguen acceder al estatus de persona respetable y continúan expuestas a los caprichos masculinos. Hasta aquí, la violencia no depende de la posición o actitudes masculinas sino de las de las mujeres:

–*Pero la verdad que no hace mucho, yo tengo una amiga en el juzgado y hay gente que además lo asume. Le preguntan: «¿pero a usted, su marido la pega?», dice: «¡hombre!, pegarme, pegarme, lo normal». (...) **Llegas a asumir por comodidad, por no cambiar eso, por el qué dirán.** Quiero decir que la mujer...*

–*Pero no se dan cuenta...*

–*Cuantas veces se oye de que, cuando al final ha acabado mal o muy mal: «con la trayectoria que lleva»; vamos a ver, ¿cómo no te has ido antes?. «Porque mi marido.., porque no tengo trabajo, porque no tengo dónde ir, porque no sé qué y porque no sé cuanto». Y **eso tampoco es muy comprensible.** Hablábamos también antes de aguantar, la palabra era aguantar.*

–*De acuerdo, pero esa costumbre se ha de desechar ya con respecto...*

–*La diferencia del antes y de ahora pues yo creo que es eso, yo creo que se comparte más, entre comillas; (...) se comparte más el trabajo porque (...) más, ya tienes otra vida, quiero decir, otra... Inclusive las mujeres, pues bueno, **ya puedes tener otro diálogo con tu marido, ya no solamente sabes a qué precio están los tomates. Ya puedes tú salir, ya tienes otro tipo de..., otra vida social.** (GD3, 14-15)*

Además, la responsabilidad femenina parece clara en el caso de algunas víctimas de violencia masculina. Por ejemplo, aquellas que han tenido más de una pareja violenta no deben ser consideradas como víctimas sino como causantes de los

hechos («ella lo provoca»). En otros casos, la agresión masculina no sería sino una reacción justificable ante la «falta de respeto» femenina y por sus «abusos» de las normas protectoras de la mujer. Aquí encontramos nuevamente la legitimación de la violencia de baja intensidad («¿quién no ha dado «un tortazo»?):

*–Es que te pones a pensar y cada caso es distinto. Hay celos justificados pero... Yo tengo una amiga que ha dado tres veces, que ha dado tres veces, tres relaciones, tres maltratadores. Y ya dices, **ya estamos pensando, sobre todo mi marido, ...***

–Que busca.

*–...que buscas eso (...) a lo mejor es **que ella lo provoca** o es lo que busca, a lo mejor es que lo provoca». (GD5, 29)*

*–Yo es que he visto de todo. Yo he vivido un caso, por eso digo que **soy machista**, no por otra cosa, yo he vivido un caso de una amiga que hacía lo que le daba la gana, una amiga que hacía lo que le daba la gana. El marido estaba trabajando y estaba todo el día... y ahora veía al otro, y ahora a tomar café. Y «ahora viene mi marido y no tengo cena». **Y un día y otro día.** Y yo... al final era ella mi amiga pero se ha quedado como mi amigo él. Y bueno, que no está justificado nunca el que la chille, pero **el día que le pegó el primer tortazo yo dije: «¡qué bien merecido lo tienes! (...)** Que no se justifica, que no está justificado, ¿pero a que tú has pegado a tu niño un tortazo a veces?. (...)*

*–No, a ésta le dio un tortazo y se separaron. **Es que ya está bien (...)**, porque con cuernos incluidos. (...) Con cuernos incluidos y luego ella es la que se ha quedado con la casa, se ha quedado con los niños, él le pasa una pensión de seiscientos euros, a él le han quedado quinientos, no se lleva bien con su madre y él con los quinientos tiene que vivir en una habitación. **Es que, vamos a ver, es que ¡tela!***

*–Es que **[ella] le ha faltado el respeto desde el primer día.** (...) Y luego encima mete a un tío en su casa y él le pasa la pensión ¡mira!, es que es (... ¿para matarla?). (...) Y eso que se quede con los niños y los pisos ¿es justo? (GD5, 16-17-18)*

Con frecuencia los hombres reaccionan violentamente ante situaciones de injusticia flagrante. Cuando una pareja se separa «la razón siempre la tiene la mujer»; el hombre separado resulta esquilado, la situación de los hombres divorciados es desesperante («a mí me parece lo más trágico de este mundo»); en el comercio se oye a madres de jóvenes separados comentar lo injusto de la situación («es que no me extraña que mi hijo haga algo así a la desesperada», GD3, 25). En definitiva, habríamos pasado de un predominio masculino absoluto al extremo opuesto («de repente a darle todo a una mujer»). Así se construye el discurso de las «buenas mujeres», comprensivas con los «pobres hombres» provocados y esquilados por las «malas mujeres». Esta argumentación ofrece un marco de comprensión hacia algunas formas de violencia masculina, que no son directamente reivindicadas debido a la presión de lo políticamente correcto, aunque acaban siendo más o menos justificadas («pero si lo ves desde ese ángulo...»):

–Da la impresión de que estoy defendiendo a los hombres, pero nada más lejos de mi intención (...) **Cuando una relación se ha roto y bueno, pues ya tiene que existir un divorcio o un juez dicta una sentencia, la razón siempre la tiene la mujer.** O por lo menos... aunque no tenga la razón se va a quedar con la casa, se va a quedar con los hijos, **se va a quedar con todo.** Entonces **¿qué le queda al hombre?, la desesperación.** Si es un hombre que está un poco..., pues no sé, descolocado o llámalo cómo quieras...

–Puede perder los nervios fácilmente. **No lo justificamos, pero** en realidad...

–Pues claro, yo ahí sí que..., **no es lo que justifique pero sí que...**

–Yo no puedo justificar un asesinato.

–No, por supuesto que no, ni un asesinato, ni siquiera un maltrato, ni mucho menos, **pero sí lo ves desde ese ángulo...**

[...]

–Lo que ella dice también tiene un poco de razón. **Es que hemos pasado de que anular a una mujer a de repente darle todo a una mujer.** Y tampoco, porque hay hombres que se tienen que ir a vivir con sus padres porque se quedan...

–**Es una pasada.**

–Pero verdaderamente **en este aspecto tiene siempre las de perder el hombre.**

–Sí.

[...]

–Pues un hombre normalmente, en general, pues bueno, así más o menos de mi edad, pues normalmente claro, tienes la casa por pagar, con lo cual le toca pagar la mitad de la hipoteca, si no hay un apaño ahí más o menos (...) Pero claro, entonces ellos pagan la compensatoria, si es que..., la manutención de los niños, la mitad de la hipoteca...

–Y su casa y sus gastos.

–**A mí me parece lo más trágico de este mundo...** (GD3, 23-24)

En suma, este discurso femenino asume como incuestionable el marco de relaciones en el que el hombre es depositario de la autoridad última. La mujer debe comportarse adecuadamente respecto a esta figura, respetándola y ganándose su estima. Cualquier conducta inadecuada desde esta norma es injustificable y merecedora de una justa reacción masculina. Es éste el discurso de la «sometida agradecida», la que recibe dádivas del amo y estigmatiza a las que se rebelan contra su autoridad.

Pero las mujeres no sólo son percibidas como víctimas de la agresividad masculina. También las hay que ejercen la violencia contra sus parejas. Por tanto, las posibilidades de agresión se establecen en un plano de igualdad bidireccional: tanto uno como otra pueden ser parte agresora o agredida, utilizando las armas que les

resultan más cercanas. Cada sexo tendría predisposiciones naturales a cierto tipo de maltrato: las mujeres al psicológico (las mujeres «somos más retorcidas»), los hombres al físico. Así, las mujeres no son sólo víctimas, también son unas brujas insatisfechas («cuidado con nosotras») y manipuladoras que conocen y explotan el punto débil de los hombres:

–El maltrato psicológico muchísimo, pero también...

*–Yo creo que ese le dan más las mujeres. (...), hace muchísimo daño, creo yo. **Somos más retorcidas.***

[...]

*–La mujer maltrata psicológicamente al hombre más, seguro, y el hombre al revés. Quiero decir y solamente por eso, pues porque **tenemos más capacidad de ello.** Él, pues (da un puñetazo): esto y ya está. Y nosotras... (...) nuestro fracaso de pareja es muchas veces porque nos pasamos el día gritando o cabreada. (...) Trabajando así, en comercio, la verdad es que **cuidado con nosotras**, ¿eh?. (...) Y luego las mujeres tienes más ataque, más ataque psicológico que utilizamos, porque es que ellos ya sabemos con qué piensan. (Risas) ¿Es que esto no lo usamos?. Pues no te digo más. (GD3, 14, 18 y 21)*

En resumen, la violencia masculina sería propia de sectores sociales atrasados, y responsabilidad de las mujeres que no se comportan adecuadamente (faltan el respeto, provocan, se conforman con una situación de dependencia). Además, las mujeres son tan capaces de ejercer violencia como los hombres, aunque se especializan más en el maltrato psíquico que en el físico. A partir de este diagnóstico ¿qué valoración se hace de las actuaciones institucionales al respecto? En este aspecto el discurso machista femenino presenta variaciones entre las pequeñas propietarias y las trabajadoras asalariadas.

Las **pequeñas propietarias** se posicionan en contra de los excesivos miramientos con el que el estado (leyes e instituciones) trataría a los sectores sociales débiles, como las mujeres maltratadas o las asalariadas. Éstas estarían recibiendo beneficios exagerados, generando una situación de discriminación respecto a los hombres y a algunos colectivos como las/os pequeñas/os propietarias/os). Por ejemplo, respecto a la violencia consideran que «la ley» está desequilibrada en favor de las mujeres, pues no tiene sentido hablar de violencia «de género», diferenciando cualitativamente la ejercida por los hombres, en la medida en que ambos sexos pueden ejercer la violencia en pie de igualdad. («son malos tratos, hacia una persona o hacia la otra»). A partir de este diagnóstico no tiene justificación ninguna medida de discriminación positiva que, en la práctica, son percibidas como desequilibrios injustos en detrimento de una de las partes (los hombres):

–[La ley] No está equilibrada.

–Claro.

–A mí me parece que no está equilibrada.

¿DE LA LEY ÉSTA DE LA VIOLENCIA?

–De los malos tratos.

–Porque a la mujer se le considera malos tratos de la ésta... Y cuando ocurre de la mujer al hombre, pues se la llama...

–Violencia doméstica.

–Vamos a ver, ¿por qué son malos tratos?

–Violencia de género o violencia doméstica.

(...)

¿TENDRÍA QUE SER IGUAL?

–Pienso que **no tendría por qué tener otro nombre.**

–Pero además no sólo es que tenga otro nombre. Yo creo que **es más favorable a las mujeres.**

–Si son malos tratos, son malos tratos, **hacia una persona o hacia la otra, son malos tratos.** (...) Si levantar el brazo, es levantar la mano, pues es levantar la mano, **por un lado o por el otro.** Que ocurra más hacia un lado o hacia el otro... (GD3, 39-40)

Además, las políticas de protección hacia las mujeres estarían generando un sistema perverso, caracterizado por el fomento de las falsas denuncias («nada más que vas a denunciar te dan 400 euros») y por el acaparamiento arbitrario de recursos por parte de quienes no los merecen (si no te han dado ayudas es «porque eres española», pues dan prioridad a las extranjeras). Nuevamente, parte de la responsabilidad sobre el mal funcionamiento de las cosas se atribuye a las mujeres que formulan denuncias falsas por maltrato, buscando acceder a recursos y subvenciones:

–Pues si vas ahora, **nada más que vas a denunciar te dan cuatrocientos euros.**

–¿Ah, sí?

–Tengo entendido, vaya.

–Yo he ido y, ya te digo, ni una, ni dos, ni tres, muchas veces he ido.

–Y no te han dado los cuatrocientos euros, hija...

–**Ni los buenos días.** Y ni me han ayudado para nada, en absoluto.

–Pero **porque eres española,** estoy convencida de eso.

–Sí, ha cambiado mucho ahora ¿eh?

[...]

–**Hay muchísimas más ayudas para la gente extranjera que para la española.**

–Para todo.

–Y subvenciones también.

–Y guardarías y todo. **Tienen más preferencia ellos...** (GD3, 32)

–**Han hecho trampas algunas mujeres.**

—...de los cuatrocientos euros, **ha habido muchísima gente que ha hecho de todo por conseguir ese dinero.** Y ella lo ha dejado y está en narcóticos. (...) **Haces denuncias y te dan cuatrocientos euros aunque vivas con tu marido ¿eh? (...)** Son lentejas, si tú le dejas... (GD3, 42-43)

El discurso resentido de la pequeña propietaria se dirige incluso hacia las prestaciones correspondientes a las madres trabajadoras. Aunque, por un lado, valoran positivamente la existencia de las mismas (bajas por maternidad, ayudas por nacimiento, etc.), por otro, denuncian los «excesos» que cometen algunas asalariadas y que resultan inaccesibles para las trabajadoras por cuenta propia («a los cuatro meses de embarazada de baja ya a tu casa»):

—Se ha de facilitar el puesto de trabajo cuando la mujer está embarazada (...); ahora, también veo absurdo ¿ves?, esta historia de que a los veintitantos meses... ¿cómo es que está de baja ya? ¿a cuántos meses de embarazada? **A los cuatro meses de embarazada de baja ya a tu casa.**

—Pues eso tampoco.

—Es que **la mujer se desborda ya.** (GD3, 44-45).

En resumen, el punto de vista de la pequeña propietaria (obligada a trabajar tanto o más que la asalariada pero sin poder acceder a algunos de sus derechos) la aleja de la reivindicación de los derechos sociales, específicamente los que afectan a las mujeres. Frente a la solidaridad de género se impone una combinación de subordinación al orden patriarcal y a intereses de clase específicos.

En cambio, entre **las asalariadas** que se adscriben al discurso machista la estigmatización de muchos comportamientos femeninos no es incompatible con el reclamo de mano dura para los asesinos de mujeres. Coherentemente con su concepción de que la violencia es un signo de atraso, reivindican la necesidad de prevenirla mediante medidas educativas («antes de llegar a la justicia hay que educar», GD5, 43). Más allá de eso se supone que un endurecimiento de las penas de cárcel desincentivaría a los potenciales asesinos:

—Es que **se lo han puesto muy fácil a ellos.** Yo un día escuché una conversación que decía: «pues si ahora es muy fácil. Matas a tu mujer ¿qué te echan?, ¿quince?, vas a estar ocho, luego sales y cobras el paro»

—Y ya está.

—Claro. Como me dicen a mí: «tengo techo, tengo comida gratis y encima salgo y cobro el paro».

—Oí en un bar a dos hombres hablando: «no la aguanto yo. Yo cualquier día hago como estos que salen en la tele, si total la matas, quince, de los quince, ocho y luego te vas a la calle y con paro. Y luego vuelvo a mi casa porque es mía, claro».

[...]

—En el momento **que dieran dos o tres lecciones ya...** Y el que lo hiciera premeditado se lo pensaba.

–Es que el maltratador no tiene miedo.

–**Al que le diera arrebató, arrebató tiene, pero el que lo hace premeditado diría:** «¡coño, es que son veinte años en la cárcel! Pero es que luego ni tengo paro, ni tengo piso, me han quitado a mis hijos». **Pero ahora es que es muy fácil, son ocho, tengo paro, salgo, el piso es mío, los niños son míos, pues ya está.** (GD5, 35 y 45)

Estas consideraciones parecen introducir una distinción entre «hombres malos» (los que matan con premeditación) y aquellos que pasan un «mal momento» (que lo hacen en una explosión de ira). En el contexto general de este discurso, sólo el primero sería merecedor de un castigo penal duro, en tanto que el segundo encontraría atenuantes y justificaciones varias.

7.3. AMBIGÜEDAD DEL MACHISMO A LA DEFENSIVA: ENTRE EL DEBER SER (CONDENA DE LA VIOLENCIA) Y EL ENFADO «JUSTIFICADO» (POR EL EXCESIVO AVANCE FEMENINO) DE LOS HOMBRES TRABAJADORES Y JÓVENES DE CLASES MEDIAS (fracción b)

Esta fracción discursiva se caracteriza por un fuerte componente de ambigüedad: por una parte, se distancia taxativamente del modelo de familia tradicional y valora positivamente el acceso de las mujeres al espacio extradoméstico («eso ha cambiado, claro, gracias a dios. Por mi parte a mí me parece súper bien», GD10, 9), afirmando que los papeles de género son de carácter social y por ello pueden ser transformados. En ese marco descalifica la violencia física en el ámbito de la pareja y la atribuye a mecanismos «inconcebibles» en una persona en su sano juicio. Sin embargo, de otra parte se suma a la crítica acerca del «excesivo» protagonismo de las mujeres que genera inseguridad y malestar entre los hombres; aunque explícitamente no se reconoce, este malestar genera una tendencia al acercamiento hacia quienes justifican –al menos parcialmente– algunos comportamientos violentos.

Existe un mayor distanciamiento respecto a la violencia masculina que en la fracción anterior, aunque sin deslegitimar absolutamente la violencia «de baja intensidad» en el seno de la pareja. En todo caso, ésta estaría generada por situaciones de descontrol masculino, relacionadas con el consumo de alcohol u otras drogas, y no con situaciones habituales; además, las mujeres no estarían exentas de responsabilidad en dichas situaciones («llega la mujer y llena el vaso»). Sin embargo, se afirma que si se superan ciertos límites en la convivencia (insultos) la situación tenderá a deteriorarse. Este tipo de reflexiones, procedentes de **asalariados no cualificados**, introduce un elemento diferencial respecto al discurso anterior, pues existe un «deber ser» que cuestiona toda actitud violenta en la relación, porque la falta de consideración por la mujer (empezando por el insulto) puede desembocar en manifestaciones más graves:

–**Yo lo veo mal.** (...) Déjala, vete [si te provoca, antes de llegar a la violencia]. (...) [Está mal] Pero pasa, ¿eh?, ¡pasa! (...) Discutimos ahora, yo soy más de peso que tú y yo no me aguanto, saco el cuchillo y te mato ¿por qué? Pero ¿pa' qué te voy a matar? **Tienes que pararte.** (GD10, 25-26)

–El que es lo peor, por mí es el alcohol. Yo creo que eso de cabeza así, sólo no lo haces, pero te tomas algo, te tomas algo y ya se llena el vaso y cuando estás un poquito borracho y viene la mujer (...) y llega la mujer y llena el vaso y llena el vaso y entonces saltas, ¡pero eso es el alcohol! (GD10, 27)

–Y, bueno, hay que diferenciar también lo que es un maltrato sistemático durante mucho tiempo, una persona que llega a tu casa porque llega colocado, llega ‘pum, pum’ y venga ¿no?, y a follarte y... así ¿no? Éste sí que tendría que castigarse. Y hay otros muchos casos que ha sido una pelea puntual; vale, no se debe de llegar a eso, yo creo que no se debe de llegar nunca ni a un «vete a la mierda», porque cuando se empieza una relación con un: «vete a la mierda» a partir de ahí siempre irá a mucho más, ¿sabes?, nunca va a haber un retroceso, entonces cuando se pasan ciertos límites, sería una tontada. (GD9, 17)

Otro elemento distintivo respecto al discurso de la superioridad masculina contrariada es la necesidad de un cambio de actitud personal. Mientras en el caso anterior las responsables únicas de las situaciones de violencia son las mujeres, aquí se acepta que es necesario un proceso de reflexión y entendimiento que sería clave para mejorar las relaciones entre sexos. Eso sí, no se trata de una autocrítica masculina sino un llamamiento dirigido a ambos sexos por igual:

–Cambiar el ser humano lo primero. Yo creo que los seres humanos... Ni sistema político, ni historias, ni... nos va a cambiar el rumbo de la vida, somos nosotros, los seres humanos los que con diálogo o con entendimiento y mirando lo que sea justo, que es difícil, pero siendo justos todo iría mucho mejor.

–(...) leyes que hagan eso, que estudien los motivos, el por qué.

–Pero para eso falta tiempo, dinero, medios y no solamente influye una cosa, influyen muchas cosas. (GD9, 32-33)

Por otra parte, este tipo de argumentación descarta la importancia de las iniciativas institucionales para mejorar las relaciones entre hombres y mujeres («ni sistema político ni historias», GD9, 32). El argumento explícito es que tales estrategias requieren una cantidad de recursos que las hacen inviables («para eso hacen falta tiempo, dinero, medios»). Pero existe un argumento implícito, que remite directamente a los límites de este discurso, aproximándolo al del machismo supremacista: en realidad, no se puede confiar en las instituciones porque éstas se han puesto del lado de las mujeres. Así, se repiten casi sin matices los argumentos respecto al «desamparo» masculino en caso de separación; si décadas atrás las mujeres no podían separarse debido a su situación de dependencia, ahora son los hombres los que evitan dicha situación por no verse arruinados:

–Hay una desigualdad cantidad de grande para los padres separados porque tenemos menos ventajas que las mujeres. (...) Y luego llegas... estás en un baremo de edad entre los treinta y los cuarenta o quizás un poco más o menos, que es un colectivo que no entramos ni en el carnet joven ni en la jubilación; no tenemos ayuda de piso, no tenemos ayuda de nada, estamos ahí... un colectivo bastante desamparado en ese aspecto.

Es verdad, muy desamparado. (GD9, 28 y 32)

–Mi madre se ha quedado con el piso, mi madre se ha quedado con el coche, mi madre se ha quedado con mi hermana y mi padre ha tenido que coger la puerta y ¡hale! búscate la vida, ¿por qué?

–**Porque sí. No puedes vivir. Antes le dedicabas [sic] a ella la vida y ahora te la arruina ella a ti.**

[...]

–Y hemos pasado de que **hace treinta años la mujer no se podía divorciar y ahora los que no nos queremos divorciar somos nosotros**, porque como tengas un hijo, estés casado y te quieras divorciar te quedas fuera de casa, tienes que buscarte un piso de alquiler, tienes que pasar la manutención a tu hijo, es que... **Es que te han jodido la vida.** (GD10, 30)

En esta misma lógica se inscriben algunas consideraciones sobre la violencia masculina. Aunque ésta es denunciante en términos generales, en la práctica resulta inadmisibles que un hombre se vea castigado y estigmatizado («te pueden joder la vida»), sea por una falsa denuncia o por algún «desliz» (maltrato ocasional). Así, las condenas a la violencia masculina encuentran también su límite, el de los castigos «excesivos» respecto a conductas que no pueden ser catalogadas como maltrato continuado:

–Yo digo: «si tú dices que te he maltratado, pues venga, vete al cuartel, enseña pruebas y di que te he maltratado y tira para adelante, que luego yo voy a tirar para adelante también».

–No puedes demostrar, **sales perdiendo**, lo puedes hacer, pero sales perdiendo (...) **Mientras que se demuestra, tú estás en la cárcel.** (GD10, 28 y 29)

–Pero eso ya porque ella se aprovecha del poder ¿no? que tiene.

–Claro, ahí cambia, es lo que quería decir ahora; que **hay muchas mujeres que se están aprovechando mucho en ese aspecto, ¿no?, de sacar dinero, de sacar piso, de sacar muchas cosas.** (...) Pero mientras tanto **te pueden joder la vida a una persona (...) que nunca ha sido violenta, nunca fue maltratadora** (...) y, bueno, por un caso puntual, ¿vale?, y se le fue la mano una vez –que no tenía que haber pasado–, se ha comido un tiempo en la cárcel por eso ¿no?. Cuando su mujer incluso se arrepintió de haberle denunciado, etc., etc. porque es que nunca le había maltratado ¿sabes?, que se pelearon... Y como ese caso hay muchos ¿no?. (...) **Habría que mirar mucho pero faltan medios, pues eso, que algo puntual no se convierta en un estigma para esa persona, sobre todo para los hombres de ahora**» (GD9, 18-19)

Argumentos similares son expresados por hombres **jóvenes de clases medias**. A pesar de la diferencia de edad, grupo social de pertenencia y trayectoria vital, se reproducen los tópicos sin grandes variaciones. Así, la sospecha de culpabilidad que pesa sobre los hombres, o la pérdida de nivel de vida en caso de divorcio como justificante parcial de las agresiones:

–A veces, yo las veo **un poco como exageradas de cara al hombre**, a lo mejor, estás discutiendo con tu novia en tu casa, discutiendo, o sea, palabras, **a lo mejor levantas un poco la voz y por lo que sea el vecino se piensa que estás pegando tú a la mujer, llama a la guardia civil y a ti no te van a preguntar nada, lo único que hacen es cogerte, te esposan y al cuartel.**

–Claro.

–Y pasas una noche allí y a lo mejor tú ni le has tocado, pero simplemente porque dependes de una tercera persona. Que se ve por la calle ¿sabes?

–Como un bulo ¿no? que se oía y un poco de eso, **es un poco depender de la tercera persona**, es decir, esa tercera persona para que decida si realmente es violencia de género que también puede haber violencia verbal ¿no? Pero que depende siempre del criterio de esa tercera persona que es la que hace la llamada de emergencia y es la que decide si tú vas a pasar la noche en el calabozo o no. La guardia civil cuando llega a la casa no te va a preguntar si has pegado o no, te coge y te lleva. (GD7, 26-27).

–Pero un poco como eso que dices de cuando se divorcian a lo mejor una pareja y se queda la mujer con la casa, con el coche, el hombre se queda en casa de los padres, se queda sin nada. **Yo no sé de nadie, pero sí que he oído muchas veces...**

–Es verdad, es cierto.

–Tal, tenía casa, tenía tierras, tenía el coche y de pronto está la mujer con la casa, con su coche y con otra persona y él está en casa de sus padres porque no tiene donde vivir y encima está pagando la hipoteca porque estaba a su nombre y eso lo he oído muchas veces; **no sé de nadie en concreto, pero sí que son cosas que se oye.** (GD7, 30)

–Es típico de decir pues lo de antes ¿no?, que **se queda la casa, se queda el coche y el hombre se vuelve medio loco, y luego va, rompe la pareja y va el hombre y le corta el cuello a la mujer.** (...) En el caso de, que **no es que yo lo esté apoyando ¿no?, pero** en el caso de que a lo mejor una pareja rompa y que el hombre salga muy perjudicado de esa ruptura, aparte de quién es, pues yo creo que puede ser un condicionante para que ese hombre se le crucen los cables y haga una locura. Tú imagínate que tú de hoy para mañana te quedas en la calle sin tener una cama donde dormir bajo un techo, **se te quite todo lo que tú tenías** antes, simplemente por el hecho de que...: pero es que ella se queda con las custodias de los hijos, tiene un techo donde vivir. Yo he oído a padres de decir: «no, pues yo no pienso darle a mis hijos hasta que yo me muera;» porque yo no voy a dar, o pierda a mi hijo o a mi hija para que luego se case y que se divorcie y que se quede sin nada. Yo lo que he hecho durante mi vida (...), lo pierdo. (GD7, 33).

Las argumentaciones anteriores parecen deslegitimar los elementos «progresivos» de este discurso, que quedarían reducidos a simple fachada, tras la que subyace un discurso patriarcal tradicional. Sin embargo, no conviene perder de vista la tensión interna, y las contradicciones, de este discurso social, porque según sea el peso que adquieran ambos elementos (deber ser antiviolencia y malestar machista) sus actitudes pueden oscilar en direcciones distintas. Y este posicionamiento depen-

derá de la dinámica social y del desarrollo de otros discursos y prácticas sociales. Cabe aquí destacar los efectos contradictorios que operan ciertas regulaciones sociales: por una parte, la eficacia de la norma social hegemónica («no matarás ni pegarás a las mujeres») opera como límite eficaz, separando a esta fracción y distinguiéndola del núcleo duro del machismo contrariado; por la otra, en cambio, la percepción de las políticas oficiales como criminalizadoras de cualquier nivel de conflicto (insistencia en la denuncia, judicialización, «hiperprotección» de los derechos de las mujeres, etc.) empuja en la dirección contraria.

En todo caso, parece claro que desde esta concepción «machista a la defensiva» las condenas a la violencia de género tienen límites. Entre otras cuestiones, porque considera que existe un elemento de violencia normalizado –y necesario– en toda relación social jerárquica (padres/hijos, jueces/acusados), entre las que de forma implícita se inscribe a las que vinculan a hombres y mujeres:

*–Pero es como cuando le dices a un niño: «oye, que te voy a dar al final», o como si te va a decir un juez: «oiga, o usted no se calla o tal, o va hacer esto o lo otro, pues se lo va a llevar la policía», ¿cómo va a ser?, por la fuerza física, no me voy a ir voluntario a la cárcel. Entonces, **la fuerza física siempre se ha utilizado para algo, para llegar a un fin** ¿vale? Entonces, ahí está el rollo, está todo tan mezclado que sí, que evidentemente los hombres que maltratan –incluso las mujeres que maltratan que en menor caso también las hay, maltratan al hombre–, le pegan físicamente o la maltratan psicológicamente **hay que castigarle. Pero también habría que mirar mucho** pues eso, pero faltan medios o falta de todo, **el que algo puntual no se convierta en un estigma para esa persona**, sobre todo para los hombres de ahora. (GD9, 18-19)*

8 LA NEGACIÓN: ES UN PROBLEMA AJENO

Los discursos reunidos en este capítulo tienen como rasgo básico la atribución de la violencia masculina a espacios sociales ajenos al propio, pues se la define como producto de órdenes sociales atrasados, insuficientemente civilizados, propia de grupos «bárbaros». Salvo alguna excepción, el único aspecto criticable del fenómeno son las agresiones físicas graves, no las de «baja intensidad» ni el maltrato psicológico. Desde este tronco común identificamos cuatro fracciones discursivas, tres de ellas formuladas por hombres y una por mujeres.

8.1. MACHISTAS ANTI-IGUALITARIOS DE CLASES MEDIAS: ENTRE LA NEGACIÓN Y LA CONDENA DE «TODA» VIOLENCIA, EN EL MARCO DEL RESPETO A LA AUTORIDAD (fracción c)

Entre los hombres de las élites profesionales y directivas el discurso machista respecto a la violencia presenta algunos matices específicos. Por una parte, el asunto no está en la agenda social de este colectivo, aparentemente ajeno a situaciones de violencia que parecerían propias de grupos considerados socialmente inferiores. Así, uno de sus posicionamientos es negar la importancia del fenómeno de la violencia masculina, a través de un distanciamiento narcisista: puesto que me resulta personalmente incomprensible el asesinato no es posible que el asunto tenga en realidad la dimensión que le dan los medios; si estos estuvieran en lo cierto «sería un problema» pero, al parecer, las cosas no son así. Por tanto, es inútil plantearse si la violencia tiene o no alguna relación con el machismo:

*–Yo **no sé si será problema de machismo o no**. Yo ahí sí te digo que la verdad que es un caso que, la verdad, yo no te podría dar opinión porque me parece que no tendría argumentos. Es decir, yo creo que ahí, tú puedes ser más machista por lo que hemos hablado, por la sociedad, por esto, por lo que tú quieras. Ahora, hay un concepto que es respeto y ése lo ha habido siempre. Entonces lo que sale en la televisión, llega uno que ha matado a una, que lo otro, que le pega y tal. No lo sé (...), yo creo que en términos lógicos no sabes, porque **a ti a lo mejor no te entra en la cabeza**, igual que tú dices: «oye, yo no soy capaz de ser un asesino» pero de hecho hay asesinatos. Ahí sí que no te diría... Creo entender que se maxi..., si quieres, **sale demasiado en medios y no puede haber tanto porque entonces para mí habría un problema**. Ya lo que no sé es lo que hay y lo que no hay. Yo no te puedo dar porque para mí es algo que no sé lo que puede pasar en la cabeza de un pobre (...?). (GD6, 21)*

Por otra parte, se afirma que la violencia masculina es una característica de la sociedad tradicional («ha existido toda la vida») que en aquel contexto no era cuestionable («era así»), pero tampoco ahora interesa reflexionar acerca de sus causas. En la actualidad aparece como algo anacrónico e inadmisibles. Por tanto, estaríamos ante un claro posicionamiento que descalifica las conductas violentas masculinas, calificándolas como propias de otros tiempos. Sin embargo, tal condena es condicional: sólo se formula en tanto sea aplicada a ambos sexos («yo no pegaría ni consentiría que me pegaran»). La clave de la moderna relación entre mujeres y hombres radicaría en el respeto entre individuos libres e iguales; si éste no se da se impone sencillamente la separación:

*–Yo creo que **eso toda la vida ha existido**. De hecho, yo tengo un caso, mi bisabuela, yo hasta hace pocos años he tenido bisabuela, bueno, se quedó viuda más o menos joven y mi abuela decía que mi bisabuelo cuando cobraba se iba por ahí y tal y se pimplaba y cuando llegaba dice: «más de un bofetón le ha dado» (risa de alguien), a su madre que es mi bisabuela. **Y no pasaba nada**, o sea, **estaba como reconocido**, o sea, se quedaba en casa en el círculo y tal.*

–Es que no podían hacer nada.

*–Claro, **ahora lo veo y evidentemente yo eso no lo consentiría ahora, pero ni de ella ni de nadie**. (GD6, 23).*

*–Desde luego, **yo no pegaría a mi mujer ni tampoco consentiría que me pegaran**. Tengo amigos que han denunciado a su mujer porque le han roto la cabeza con una pata de una silla también. O sea, **al revés también se da**. (...) **En ningún caso está justificado el pegar**, en ningún caso. Pero si una vez te llega una bofetada, **en una u otra dirección**, ¡coño!, digo: «adiós». Porque es faltarme al respeto, o sea, ya no qué tal... A lo mejor un insulto, dices: bueno, me ha faltado el respeto, pero es distinto. Pero llegar a las manos es faltarme al respeto, ya se rompió el juego, ya no jugamos ni a la lima, ni a las cartas ni al tute. **Se acabó**. (...) **Se ha roto el juego**. (GD6, 41)*

Esta concepción parte del supuesto de que no existe ningún desequilibrio estructural en función del género: en la sociedad liberal avanzada todos tenemos los mismos derechos, posibilidades y responsabilidades. Por ello, la formalización y la disolución del vínculo entre las parejas es asunto que debe resolverse sin necesidad de mayores complicaciones. Obviamente, este tipo de afirmaciones es formulada desde lugares sociales específicos: preferentemente por hombres que cuentan con suficientes medios como para afrontar las consecuencias económicas de un divorcio y, especialmente, por aquellos que no tienen hijos y no se ven ante la perspectiva de afrontar gastos de manutención por un tiempo más o menos prolongado.

Además, incluso en el terreno íntimo la relación entre mujeres y hombres es percibida a partir de una situación de tensión y diferencias (se comienza fijando territorios y buscando ampliarlos), por lo que siempre se está a la búsqueda de un equilibrio precario. Por ello, en la pareja siempre se conserva un ámbito de individualidad irreductible («tu secreto»):

–Yo, **la relación de hombre y mujer de inicio**, cuando empieza la relación, lo veo como el juego este, yo no he jugado pero sí que lo conozco, antes se dibujaba un cuadrado en el suelo con la lima, ¡paf!, clavabas, e ibas **ganando al otro terreno** ¿no? (...) Entonces es así, tú partes de un cuadrado, está dividido exactamente igual y vas tirando la lima y **clavándole al otro y quitando terreno, entonces hasta que al final llegas a un equilibrio**. Lo malo es que tanto el hombre coma mucho terreno hacia allá como que la mujer coma mucho terreno hacia acá; o sea, **hay que intentar conseguir más o menos un equilibrio**. (...) Pero, en fin, nunca llegas a conocer a otra persona nunca del todo, siempre cada uno tiene... Y yo creo que en el fondo hasta bueno, pues **cada uno tiene que tener su propia identidad o su propio juego, su propio ¿no? secreto**, digamos. (GD6, 31-32)

Lo que late tras este punto de vista es el de una «guerra entre los sexos». Por eso, ante las afirmaciones de otros hombres de que las mujeres actuales están reclamando su propio espacio social, la respuesta del machismo anti-igualitario elitista es que ellas no reclaman la igualdad («equilibrio») sino el poder («no sólo quieren ocupar su sitio, quieren ocupar el que tú tenías: ‘el’ sitio»; «quiere la tarta»)¹⁸. Este comportamiento tendría una base instintiva, de la cual no podemos prescindir completamente, incluso los humanos más evolucionados, por ello nos vemos continuamente impelidos a luchar por apropiarnos del poder («la tarta entera»). Por tanto, se naturaliza una visión de triunfo de los más fuertes (darwinismo social) y, desde allí, se contemplan las reivindicaciones femeninas como una amenaza que pretende arrebatarse el poder a los hombres, en lugar de buscar un equilibrio:

–Estamos hablando, de ese cambio en las relaciones entre hombre y mujer en el que ahora ella quiere ocupar su sitio.

–No sólo quieren ocupar su sitio, **quieren ocupar el que tú tenías: «el» sitio**.

–Pero que estaremos de acuerdo que además es que el espacio que tú dices es que además le pertenece, lo que pasa es que hasta...

–Lo que pasa es que luego **hay que encontrar el equilibrio**.

[...]

–Y ahora no. La mujer quiere su trozo de la tarta.

–**Quiere la tarta**.

[...]

–Es que **como animales queremos la tarta entera**. (GD6, 27)

En síntesis, la violencia masculina aparece como algo alejado del comportamiento de los hombres profesionales y directivos. Estos tienden a minimizar su importancia en la actualidad y a suponer que no tiene legitimidad en una sociedad de individuos libres e iguales. En todo caso, la violencia existente no puede ser calificada como «de género», puesto que no existe diferencia estructural (subordina-

¹⁸ Punto de vista que pone de manifiesto las limitaciones del liberalismo proclamado: seríamos «libres e iguales» en tanto las mujeres no rebasen un punto de equilibrio que, en realidad, no se basa en la igualdad de oportunidades sino en la preservación de la posición masculina («el» sitio).

ción) entre ambos sexos. A partir de ahí, las únicas intervenciones institucionales que tienen legitimidad son aquellas de orden puramente técnico, en la medida en que no se trata de regular intereses sociales en pugna ni existen relaciones de poder a cuestionar. Así, no tiene sentido «perderse en disquisiciones» sobre el cambio de roles de género. Los hombres no tienen nada que cuestionarse, en cambio, es preciso garantizar 1) leyes estrictas que pongan remedio a los problemas (reglas claras), 2) evitar su uso fraudulento y 3) educar para que la gente tenga unos valores mínimos y sea «normal»:

–Pues que tenemos que ceder nosotros ¿no?.

*–Yo **no estoy de acuerdo.** (...) Para mí es más simple ¿eh? Yo te lo digo muy rápido: uno, las relaciones son como sean, son relaciones normales que evolucionen como evolucionan, pero lo que es violencia de género lo que tiene que haber, o lo que tú puedes pedir, es que haya **unas leyes lo suficientemente estrictas y bien argumentadas** para que, si existe, se ponga remedio con reglas. Punto. Y **evitar sobre todo, entiéndeme, el uso fraudulento, el uso fraudulento de la ley** (...) Y luego, si acaso, tendrás que ver en tu política de educación (...) cree **refuerzos para que (...) la gente sea normal.** (...) Eso tiene que tener marco jurídico estable y reforzar parámetros, si quieres, de valores mínimos, porque es lo que te puede garantizar que eso no se vuelva a producir, o no se produzca. Y no vale para mí... ni entrar: «no, es que antes...; no, es que ahora...». No, mire, tiene que haber algo que sea más estable, porque lo de ahora puede tener justificación, lo de antes también y te pasas toda la vida justificando sin hacer nada. (GD6, 28-29)*

La base de tales respuestas «técnicas» sería un restablecimiento del principio de autoridad. Una adecuada socialización, basada en el respeto a la autoridad legítima, garantizaría la ausencia de comportamientos «desviados». En las siguientes referencias a la educación de los hijos, y al papel de las escuelas y las familias, encontramos el modelo sugerido para la buena marcha de la sociedad en general: inculcar disciplina, y fomentar un endurecimiento de las normas («las leyes las tienen que endurecer», «menos tonterías»):

*–Porque por desgracia, por desgracia en los colegios van a cubrir la papeleta y yo lo veo. Yo tengo muchísimos sobrinos, yo con mis sobrinos con todos me llevo bien y tengo mucha disciplina, o sea, yo solamente una mirada y ya saben lo que quiero decir, lo saben, ya me conocen. Juego con todos, me llevo fenomenal con todos, monto en moto con uno de los chiquitines, que se lo he inculcado yo, y **me llevo de lujo con ellos. Pero como pegue así en la mesa, tiembla,** es que es así, o sea, a los niños vamos a ver, podemos jugar con ellos y tal. Y antes decían por ahí lo de tener todo y tal; efectivamente, no es tener todo, es decir, hay que dedicarles más tiempo, que no siempre lo tenemos, pero **sobre todo es disciplina.** (GD6, 33)*

*–Pero es que ahora, **las tonterías que hay** en los colegios y tal, las cosas que se ven, se apuntan cinco o seis y le putean a uno y le hacen un desgraciado para toda su vida. Entonces, las leyes tienen que ser un poquito más estrictas y un poco más serias, sobre todo, con la violencia de género. (...) [Antes] Pero tenías compañeros que te echaban un cable. (...) Ahora el problema es que el resto se pone al lado de las macarras. (GD6, 37-38)*

Por último, para reducir la excesiva judicialización de los asuntos de violencia masculina se sugiere la posibilidad de recurrir anónimamente a servicios no policiales. De esta manera parece hacerse referencia indirecta al modelo del teléfono 016, pero reivindicando que las actuaciones no deriven necesariamente –al menos no inicialmente– hacia una intervención policial-judicial, y que garanticen una supervisión discreta de la situación:

*–Sí, pero yo no llego al caso de Neira, que se metió ahí y todo. Simplemente que escuches, ves que el padre o el marido le casca o le amenaza y tal, inmediatamente ir.. **a la policía no, a una organización civil, no hay...***

–LOS SERVICIOS SOCIALES, POR EJEMPLO.

*–Sí, a los servicios sociales y **con cuidado, comunicarlo**: «he presenciado esto». Y punto. **Y que ellos sepan si a los tres días tienen que ir a ver cómo está, simplemente hacer un seguimiento, evidentemente sutil, no decir: «¡¡o, es que a la vecina! (...)**». (GD6, 36)*

Estas afirmaciones tienen detrás de sí varios supuestos. Uno, no existe ninguna disposición personal para implicarse en la lucha contra la violencia más allá de la realización de una denuncia telefónica anónima. Dos, existe un rechazo a la judicialización inmediata de cualquier caso sospechoso, de ahí la reclamación de intervenciones iniciales discretas, de carácter social, no policial. Esta segunda actitud pone de manifiesto un distanciamiento ante la consigna oficial que cifra el eje de sus intervenciones en el requisito de la denuncia femenina contra el agresor.

8.2. EL PROBLEMA SON LOS ATRASADOS... Y ELLAS, QUE PROVOCAN (DIRECTIVOS Y PROFESIONALES MACHISTAS) (fracción d)

Otra modalidad de negación de la importancia de la violencia masculina, también desarrollada entre hombres profesionales y directivos, es la atribución en exclusiva de esta realidad a sociedades tradicionales (antiguas) y atrasadas (contemporáneas no desarrolladas). En otros términos: la violencia machista es algo totalmente ajeno a nuestra civilización occidental. En cambio, en aquéllas –cuyo paradigma son las sociedades musulmanes, y en concreto la marroquí– sería una práctica habitual («ahí sí que pegan»). Lamentablemente, este signo de atraso llega a España a través de la inmigración. Más lamentablemente aún, las autoridades no tienen intención de aclarar que los bárbaros no somos nosotros (españoles) sino que estos llegan desde fuera. El moderno y civilizado hombre español de las élites urbanas no puede sino «despreciar profundamente» (aunque «con todo respeto») esas costumbres bárbaras y extrañas:

*–Tenemos también que ser conscientes de la cantidad de nacionalidades que hay en España. Es decir, ahora mismo España estamos entre Marruecos y Francia ¿no? Eso, evidentemente **no queremos para nada a lo marroquí, es decir, sentimos un profundo desprecio –con todo respeto– a todas las prácticas moras ¿no?, desde el velo.., ahí sí que pegan ¿no?**,*

*ahí sí que es bastante público ¿no? el trato que dan a la mujer. Entonces tendemos un poquito más a, creo yo, a acercarnos a Europa ¿no? Lo que pasa que también van llegando muchas culturas distintas. Entonces lo que yo sí sé que es una estadística seria sobre este tipo de asesinatos, de muertes domésticas, porque **violencia de género creo que no está bien dicho porque es violencia doméstica**, se produce en la casa. Entonces no se sabe..., porque parece ser que en Francia también hay pero lo tapan, no lo dice nadie, porque Francia está lleno de, de...*

–De magrebíes.

*–...Argelia, gente de otra generación (...) Entonces no hay una voluntad (...) sería de atacar este tema. Es decir; sería, honesta, profunda porque ¿cuántas personas han fallecido? –porque aparece el racismo–, pues tantas han sido a manos de... **una persona de esta raza** o una persona de esta raza. (...) Y de todo esto, una estadística, que no es muy complicado, es fácil, pero luego **la genética, los orígenes**, claramente (...) (GD6, 23-24)*

En la cita anterior se desliza como casualmente una crítica a la denominación del fenómeno, cuestión que no debiera tener mayor interés puesto que estaríamos ante una práctica por completo ajena al propio grupo social. Sin embargo, hay interés por descalificar la denominación de violencia «de género», afirmando que la adecuada sería violencia «doméstica». Es decir, lo que debería tenerse en cuenta es el ámbito donde se desarrolla –el hogar-, quitando toda relevancia a los actores –hombres que agreden a mujeres– y a las relaciones estructurales que pudieran existir entre ellos (pues no se contempla la existencia de ningún sistema patriarcal o de jerarquías de género).

A partir de aquí queda claro que la atribución al «carácter extranjero» de la violencia machista es sólo un recurso retórico que busca minimizar su trascendencia en la sociedad española. También se afirma que su dimensión real es mucho menor que la que airean los medios de comunicación, pues buena parte de las denuncias formuladas por mujeres serían falsas, ya que no responden a agresiones reales sino a motivos espúreos de las supuestas víctimas:

*–Bueno, ¿viste anoche un programa sobre esto que **hablaba un juez? El sesenta por ciento eran falsas.***

[...]

–Cuando la cosa está en manos de un abogado y hay una separación por medio...

*–Claro. Te lo aconsejan, que denuncies. Pero **si queremos atacar el problema real... no hagas denuncias falsas.***

–Es que hay mucha discusión con respecto a eso. A mí un sesenta por ciento falso me parece muy alto.

*–Pues **lo dijo un juez. Juez de familia.** (GD6, 24-25)*

La anterior, como ya hemos visto, es una de las argumentaciones de los discursos abiertamente sexistas. También se retoma otro de sus temas, el que hace refe-

rencia a la existencia de dos tipos de maltrato: el psicológico (que sería típicamente femenino) y el físico (típicamente masculino), vinculados por una secuencia precisa, pues el segundo suele darse como reacción al primero. Es decir, la violencia masculina no sólo vendría de fuera, sería menos frecuente de lo que se dice sino que, además, estaría provocada –de forma artera– por las mujeres:

–Maltratos existen y de todo tipo ¿eh?; desde el físico hasta el que te está machacando día a día, día a día, que es psicológico.

[...]

*–Y en ese la mujer es una experta, la mujer es una experta. (...) Que este es el juego que ha cambiado. Porque habría que ver llegados a un punto de... Estamos hablando de un maltrato psicológico. Entonces, vamos, yo opino que habría que ver **la capacidad de aguante que a lo mejor puede tener ese hombre** con esa relación, que llegado a un extremo pues llega a agredir físicamente ¿no? A lo mejor **te están agrediendo más psicológicamente y simplemente con hacer así... Yo no te estoy diciendo golpear, hacer sangre, asesinar, simplemente por hacer, por pegar, por lo que sea...** Entonces: «me arrepiento, he pegado», no sé qué, **¿cuánto tiempo ha aguantado esa persona?** Pues habrá datos. (...) Pero **son dos maltratos: el psicológico de la mujer en ese momento y la agresión que ha tenido el hombre, que es quien lo ha dado.** (GD6, 26-27)*

Volvemos así al relato del hombre víctima, acosado por oscuras maniobras femeninas. ¿Dónde quedan los cantos al grado de «civilización avanzado» de la sociedad española, en proceso de acceso acelerado al reino de la modernidad ejemplificado por las sociedades europeas más desarrolladas? La explicación de este discurso a los problemas señalados es la «brusquedad» del cambio social vivido en España; precisamente la rapidez con que se ha incorporado al núcleo de sociedades avanzadas ha generado una desestructuración de pautas de vida tradicionales (la vida sosegada en un marco comunitario controlado) que se toman como referencia ideal. Aquí, el discurso ha girado completamente sobre sí mismo: ya no se trata de evolucionar continuamente hacia la modernidad, y apoyar estrategias educativas para recuperar a los sectores «atrasados», sino de promover el retorno hacia un marco comunitario basado en el respeto a la autoridad:

*–Al final todos los caminos conducen a Roma. Evidentemente todo viene origen de la planificación de la educación ¿no? Lo que pasa ése es un proyecto a largo plazo. (...) El problema es que **todo ha ido demasiado de prisa**. Porque antes (...) a los niños no sólo los educaban los padres, lo educaba el vecino, y educaba el de al lado y aunque la madre no trabajara, es decir, estuviera en casa, es decir, si el niño estaba en... jugamos en el parque, pues quién no ha tenido un vecino que no hacías una trastada porque sabías que al final iba a casa...*

–O el panadero, salía y te llamaba la atención.

–Pues claro. El tema de los niños se amplía un poquito más. A los niños se les educaba por el mundo; el portero, uno tiraba un huevo...

*–Era una **autoridad**, el portero era una autoridad.*

–Había mucho más respeto. Pero todo iba más despacio, todo..., la sociedad era muy distinta y, claro, no tiene nada que ver hoy. Eso sería lo ideal... (GD6, 30)

Desde esta perspectiva tradicional-comunitarista se valoran críticamente las medidas institucionales referidas a la violencia masculina. La afirmación básica es que las medidas legales son insuficientes, pues resulta imprescindible la implicación de la sociedad civil, tal como –supuestamente- ocurría en épocas anteriores («solidaridad vecinal»). Se trata de afrontar las carencias del individualismo insolidario que prima en la actualidad, para ello las instituciones deben impulsar la recreación de lazos de solidaridad en el ámbito local, mejorando los recursos disponibles (con «reglamentos más serios») y no fiarlo todo a la represión policial:

*–De todas formas, a mí **aparte del tema legal** –que me parece que siempre va detrás de la sociedad; es decir, la sociedad lleva su vida y la ley va detrás, a veces lo consigue y a veces no– **es muy importante la sociedad civil**, es decir, cuando hay un maltrato, yo no creo que una persona mate a otra de un día para otro. Quiero decir, una cosa es el respeto, que está muy bien, y otra cosa es la solidaridad. Me parece que **un poquito más de solidaridad vecinal**. Antiguamente, todo el mundo se enteraba de todo. Pero es que **ahora nadie se quiere enterar de nada**, (...) [Antes] había menos recursos y **todo el mundo tenía mucha más solidaridad**. Ahora ¿qué pasa?, como te enteres de... «no, no, ahí no te metas, ni hablar...» (...) Simplemente, con la inversión que hay en recursos para la mujer, de institutos, organizaciones, etc. creo que esa información se podría trabajar un poquito mejor, simplemente con una disposición de las personas pertinentes para que, no sé, pues a nivel vecinal, a nivel de distrito que hubiera reglamentos más serios. **Hacer las cosas un poquito más serias. No poner policías en el sentido...** (GD6, 34-35)*

En definitiva, el modernizador autoritario hace un canto a las virtudes de las modernas sociedades «civilizadas» y reivindica la participación de la sociedad civil en tareas de prevención de la violencia machista. Pero, por otro lado, no deja de minimizar la trascendencia de ésta y atribuye sus raíces a las actitudes de las mujeres, exculpando de toda responsabilidad a los hombres del propio grupo social, y cuestionando sólo a aquellos que considera como «atrasados» (inmigrantes, extranjeros, musulmanes).

8.3. UN FENÓMENO RESIDUAL SEGÚN LOS HOMBRES (EMPRESARIOS, JÓVENES DE CLASES MEDIAS Y TRABAJADORES ASALARIADOS) (fracción e)

El argumento central de esta fracción discursiva es que la violencia masculina existe, es condenable pero no constituye un rasgo estructural de nuestra sociedad sino una pervivencia, un resto que perdura provisionalmente, debido a la existencia de un proceso de modernización no completado del todo. Se espera que, con toda probabilidad, la cuestión sea resuelta por las próximas generaciones de forma más

o menos espontánea, con el apoyo de la difusión de valores igualitarios en el sistema educativo y en el conjunto de la sociedad.

Una expresión de este posicionamiento aparece entre el grupo de **empresarios mayores de cincuenta años**. La violencia masculina es analizada sólo desde la óptica de los asesinatos de mujeres. Estos aparecen como hechos minoritarios («son excepciones»), muy alejados de la normalidad social y de la realidad del propio grupo social. Son atribuidas a gente que opera desde criterios anacrónicos, como el de «creerse superior» a su pareja, especialmente los inmigrantes de origen extranjero:

*–El pulso de la sociedad con este tema es... Nos encontramos ante noticias todos los días, nos desubican en que, no sé, **en cabezas de personas normales** –que creo formar parte de ellas– pues **no me entra que alguien pierda los nervios y se cargue a su compañera**. A pesar de manifestarlo: «tengo ganas de matarla» (...) sería incapaz, es más, **no entiendo cómo se puede llegar a ese nivel de ensañamiento**, de decir: «bueno, si esto no funciona, tengo que quitármelo de en medio ¿no?». De todos modos, **tampoco es un tema que esté muy arraigado en la sociedad española**. A ver, yo no nací en España como pueden notar, llevo veintiséis años viviendo en España y treinta y ocho fuera del país en el que nací (...) y veo que **este tipo de casos de violencia de género se da mucho en el colectivo inmigrante ¿no?** Siempre pues evidentemente aparecerá **un español que se le cruzan los cables ¿no?** Pero me da la sensación que por lo menos lo que pillo y detecto en información, noticieros (...) Estamos hablando de un colectivo de casi cuarenta millones contra cinco, si los casos van casi a la par, mitad y mitad, quiere decir que vamos, **los extranjeros tenemos menos paciencia, digo yo, o estamos menos curados**. (GD8, 4)*

*–**Son excepciones**, son un poco raro comparado con la población. Son excepciones..., probablemente (...) Ahora no le acepta al otro y al no aceptarle, busca la salida eliminando al otro. Pero son excepciones, afortunadamente (...) **De creerse superior** y cuando no se hace lo que el otro dice, cuando el otro no hace lo que uno le dice pues, bueno, la solución que tiene es **eliminar al otro porque no lo acepta**. Pero son casos muy... Yo te hablo de maltratos continuos (GD8, 36).*

Pero el contexto social hegemónico estaría segando la hierba bajo los pies de los maltratadores. Las situaciones más graves, como las muertes, son excepcionales, y las menos graves tienden a desaparecer debido al creciente protagonismo social de las mujeres y a un cambio de actitud de los hombres («nos estamos reeducando»). Lo característico de la ciudad moderna sería este cambio progresivo que viene a convertir en poco relevantes las preocupaciones acerca de la violencia machista:

*–Eso también **está cambiando como todo**.*

–Está cambiando, por suerte.

–Está cambiando clarísimamente.

–Sí, sí, sí.

*–Es que **nos estamos reeducando**. (GD8, 37)*

También para una parte de los **jóvenes urbanos de capas medias** la violencia masculina existe pero como fenómeno anacrónico, propio de un «machismo residual». En realidad el fenómeno está en retroceso («ha bajado»), lo que ha aumentado es su visibilidad, considerada excesiva por el efecto de los mensajes mediáticos. Por tanto, en la medida en que se trata de un fenómeno a extinguir no conviene darle tanta importancia, no procede ocultarlo pero tampoco convertirlo en eje de mensajes morbosos:

*–Pues que los tiempos han cambiado y que, gracias a dios, pues bueno, **la gente ya no reacciona tan violentamente contra su pareja ¿sabes? como podía pasar antes. Pero bueno, que aún quedan, eso, machismo residual, bueno de una forma residual. Pero, bueno, que me refiero hay que lamentar hechos, pero yo creo que cada vez es menos ¿no? Ya depende de cómo sea cada uno y, bueno, tampoco lo que haya vivido, porque yo creo que tampoco todos los maltratadores que hayan ahora han visto pegar a sus padres y a sus madres ¿sabes? Igual es simplemente porque es un café, no sé, ¿sabes?** (GD7,21-22)*

*–Pero, yo por ejemplo, del año pasado a éste creo que sí que **ha bajado**, pero es lo que decimos **ahora sale por la tele, lo ves, se ha convertido en un negocio**, un negocio para las televisiones porque es así porque el daño vende y es lo que hay ¿sabes? Y yo qué sé, ellos no lo ocultan, tampoco es que lo tienen que ocultar ¿sabes? Porque **no es una cosa que tengas que ocultar, pero tampoco sacarlo a bombo y platillo, ¿sabes?** (GD7,22)*

Además, se trata de un fenómeno relacionado con las «clases bajas», cuyo modelo de socialización y pautas educativas son deficitarias; se trata de personas con poca cultura, de clase baja o de regiones pobres («por el sur de España»). Por tanto, sería ajena a los comportamientos masculinos del propio nivel social («gente con un mínimo de educación»), que sólo serían agresivos en un raptó de locura («se le va la cabeza y pega»). Así, la violencia sería propia de los hombres de clases populares mientras que en otros ambientes sólo podría explicarse a raíz de una enfermedad mental o brote psicótico:

*–Cuando ves gente que pega, **normalmente suelen ser pues gente con poca educación, de clases bajas**. Yo lo que sí que me he dado cuenta si te fijas en las noticias, muchas veces **es más por el sur de España que por el norte** (...) Si te fijas, ves Extremadura, Sevilla, no sé qué.*

[...]

*–Es que es un poco cómo lo que estábamos hablando antes de levantarse a quitar o poner la mesa no. **Si tú desde pequeño lo ves que tu padre o tu madre se llevan a matar**, que se pegan tanto uno al otro, pues si tú no has visto una educación mejor que esa, **tú de mayor ¿qué vas hacer? Pues lo mismo**.*

–Llévate a matar.

–Cuando estés con tu novia y tengas una discusión, tú ahora mismo le vas a dar un mamporrazo, seguro, porque es lo que tú has visto toda tu vida, que

*es lo que dices tú también que también habrá casos de gente que no ha visto nunca pegar y que, por lo que sea, **pues se le va la cabeza y pega**, no sé. Pero pienso que la **gente con un mínimo de educación**, no sé, creo que es vital ¿no?, la educación para estos casos. (GD7, 25 y 26-27).*

En todo caso, los comportamientos masculinos violentos se inscriben en un modelo de sociedad tradicional de la que estamos alejándonos progresivamente en España. Desde esta visión evolutivo-progresiva del cambio social se entiende que estamos en una senda de progreso y mejora que sólo puede completarse poco a poco; el cambio hacia una sociedad menos violenta es cuestión de tiempo, necesario para cambiar el estilo de relaciones, hasta alcanzar las cotas de civilización que predominaría en países más adelantados. En nuestro país aún existen pervivencias de un pasado autoritario, lo que conduce a un déficit de civilización («no nos respetamos suficientemente entre nosotros») que es necesario superar. Quienes pegan han perdido, o no han alcanzado, la capacidad de razonar («es como perder la razón»):

*–Hombre, yo creo que eso también **tiende a desaparecer, o sea, no a desaparecer pero sí a erradicarse paulatinamente**, porque igual que los tiempos cambian, ¡hombre! está claro, no, por ejemplo, no sé, en países más modernos como así decirlo pues Finlandia, cosas así ¿no? Yo no sé cómo estarán los índices de maltrato ahí, pero supongo que estarán más bajos que aquí, más que nada por la cultura que hablamos antes ¿sabes? La antigua y tal, nuestra, ¿sabes? **Apenas hace cuarenta años**, que tiene mucho que ver y ha influido mucho ¿sabes? No sé cómo estarán allí las cosas, pero yo imagino que estarán mejores porque se ve en la calle, se ve en cualquier aspecto ¿sabes? de la sociedad, si comparas sociedades pues no sé, desde, no sé cómo expresarlo, esa sociedad es una sociedad mucho más respetuosa entre ellos y si son entre ellos, van a ser también entre géneros ¿sabes? Y aquí, pues, no nos respetamos entre nosotros; ahora cada vez más, pues imagínate entre géneros. Yo creo que eso, pero que **tenderá a cambiar a medida que evolucionemos nosotros, nuestra sociedad**. (GD7, 26)*

*–Es que **es como perder la razón**, para mí es como perder la razón o cómo perder..., ¿sabes? **Le pegas cuando ya no te queda nada que decir**, no te queda nada qué hacer, por eso, pegas. (GD7, 24)*

En síntesis, la violencia machista es percibida como un fenómeno residual condenado a desaparecer como consecuencia de un proceso de modernización social más o menos automático. En consecuencia, los jóvenes urbanos de capas medias no tienen gran cosa que plantearse al respecto, pues ellos se inscriben plenamente en el paradigma de las sociedades «avanzadas» (igualdad entre los sexos, respeto a la dignidad de cada uno, relaciones igualitarias, etc.).

Pero, ¿de qué violencia se está hablando? Sin duda, no de cualquier conducta agresiva de un hombre sobre su pareja femenina, sino exclusivamente de la que tiene carácter grave, prolongado en el tiempo, y ejercida sobre una persona reducida a la dependencia emocional más absoluta. Desde este punto de vista lo condenable

es el maltrato prolongado, en cambio, otras manifestaciones de violencia, más o menos ocasionales, deberían ser consideradas como «disputas entre iguales». El proceso continuado de maltrato físico y/o psicológico que inferioriza a la mujer y que puede acabar en asesinato es claramente condenable. Pero esto debe ser radicalmente separado («no es lo mismo», «es bastante distinto») de las disputas con cierto grado de violencia («discusiones fuertes») que puede ser ejercida por igual por hombres o mujeres. El primero entraría en el ámbito del delito perseguible, el segundo dentro de la conflictividad «normal» de las parejas, que debería ser resuelta sin intervenciones penalizadoras:

*–Yo creo que no es lo mismo, ¡a ver!, igual lo que digo es una barbaridad, una barbaridad. Pero **no es lo mismo una disputa violenta** ¿vale?, que igual tú puedes tener una discusión con tu novia, que ya te pego, tú me pegues porque sois unos cafres ¿sabes? número one, **que al ser un maltrato de una mujer. Para mí el maltrato de una mujer es tener ahí un trozo de carne que le pegas, que la tienes dominada, ¿sabes?, que no es nada, no tiene ni voz ni voto, para mí eso es el maltrato, bueno el maltrato de éste, ¿sabes? Otra cosa que en una discusión, pues acabe o tú pegándole a ella o ella pegándote a ti, ¿sabes lo que te quiero decir? Es bastante distinto, ¿sabes? Hay diferencias porque no es lo mismo, no es lo mismo. (...) También es que ahora, si te pasa eso lo dejas, o sea, yo no voy a estar con mi novia si acabamos discutiendo y nos acabamos pegando, ¿sabes? (...) Puedes tener discusiones fuertes, pero yo qué sé, hay unos límites, ¿sabes? Está claro y yo no creo que tenga que aguantar a una persona con la que me llevo a matar. (GD7, 23 y 24).***

–¡A ver, es lo que decía!, ha llegado a la muerte, pero seguramente la hubiera matado anteriormente también, lo que pasa que no sale en la televisión, sigue el maltrato ahí. Si una persona es capaz de cortarle el cuello a su mujer porque antes también era capaz de maltratarla física o psicológicamente. (GD7, 33).

Es de destacar que, como novedad, para este discurso masculino el maltrato machista incluye también la posibilidad de violencia psicológica, aspecto que es negado por las fracciones hasta ahora presentadas, cuando no atribuido en exclusiva a las mujeres.

Existe también una variación de este discurso entre los **trabajadores no cualificados**. Estos entienden que la violencia sería un elemento característico de las relaciones de la generación anterior, en la que «tocaba» someter a la mujer a las órdenes del marido: los padres podían ser «bellísimas personas» pero se veían compelidos por la presión social a someter a sus esposas. En cambio, hoy predomina otro modelo, en el cual los varones asumen tareas domésticas y las comparten con sus mujeres. En este contexto la violencia conyugal pierde todo sentido y queda relegada a grupos sociales menos evolucionados («sin cultura»), entre los que los inmigrantes extranjeros ocupan un lugar destacado. Por ejemplo, las altas tasas de analfabetismo existentes en los países latinoamericanos explicarían la inadaptación y las conductas desviadas de sus inmigrantes. Pero tampoco se trata de criminalizar a estos hombres sino de entender que están en proceso de evolución («están aprendiendo a vivir»), que necesitan tiempo para alcanzar («paulatinamente») el grado de civilización del que gozamos en España («estarán al nivel»):

–...entonces hay muchos más casos (...). Y son **gente que también viene aquí sin cultura, sin nada y que comete esas cosas. Eso es verdad. (...)** **Cuando uno ya tiene educación tiene criterio, ¿no? (...).** Pero cuando no hay esas armas pues lamentablemente uno se tiene que dedicar a robar, a violar, hacer cosas malas, o sea, todo lo malo. (...) Como él decía, gente que está... que es ignorante, que no tienen estudios y demás, **están llevando todavía la vida que nosotros llevamos en los años cuarenta ¿no?, de un aprendizaje que ha ido paulatinamente creciendo, al igual que ellos, por ejemplo, en otros países, no sé dónde, pero bueno, en Sudamérica sobre todo hay muchos lugares que necesitan ese aprendizaje que nosotros ya hemos pasado. Entonces cuando ellos lo consigan, estarán al nivel, no dijéramos que nosotros somos superiores ni mucho menos, sino que hemos evolucionado de una manera y ellos están ahora aprendiendo a vivir, lo que pasa que tienen todavía secuelas de eso que han llevado a cabo en su aprendizaje anterior como nosotros, nuestros padres ¿no? (GD9, 19 y 23).**

Así, la visión modernizadora-evolutiva coloca a las sociedades y a los grupos sociales en una escala de progreso lineal continuo; unos están más avanzados y otros más retrasados, pero todos se encuentran en un camino de evolución positiva. Este tránsito desde el atraso hasta la civilización se produciría de forma más o menos automática, sin agentes sociales que lo impulsen o lo frenen, sin luchas o conflictos sociales ni disputas de poder. Desde una especie de regeneracionismo contemporáneo se opina que el acceso a más y mejor formación será el arma para acelerar este proceso de progreso unidireccional.

Sin embargo, el optimismo de la visión del progreso modernizador se convierte en crítica negativa cuando se trata de valorar las intervenciones institucionales en el terreno de la violencia machista. Aquí, nuevamente, se borran gran parte de las diferencias entre distintas fracciones discursivas para confluir en el gran tema de consenso: la discriminación positiva a favor de las mujeres es injustificada, la protección de sus derechos es exagerada y, en suma, el sistema parece haber girado completamente para ponerse en contra de los hombres, en lugar de garantizar la igualdad entre ambos sexos.

Encontramos este tipo de expresiones entre los **asalariados no cualificados**, que cuestionan el criterio de considerar sistemáticamente que las mujeres son víctimas o tienen razón, sin tener en cuenta las circunstancias de cada caso. La reivindicación es la de «no consentir privilegios» para ninguno de los sexos y garantizar un trato justo para cada quien (individualizado, no burocratizado). Este cuestionamiento da cuenta del malestar existente entre sectores de hombres ajenos al machismo más intransigente, que se consideran víctimas potenciales de un mecanismo jurídico-burocrático que se aplicaría por igual a justos y pecadores, incluyendo sistemáticamente a todos los hombres en el capítulo de presuntos culpables. Su reclamo, en cambio, parte de la suposición de que las concretas circunstancias personales de cada quien son lo que cuenta, pues la cuestión debe dirimirse en un orden democrático transparente en el que conviven ciudadanos libres, sea cual sea su sexo:

–Sí, pero hay un ejemplo que yo quería poner hace un rato y es del tema éste de la política tal y como está planteada y tal, y **cómo está creciendo el sistema de parte hacia la mujer**, que yo lo encuentro bien entre comillas ¿no?, que dices: vale, le están dando algo que no ha tenido nunca y la están elevando, como decís ¿no?. Vale, **demasiado quizás. Vamos a ser igualitarios** ¿no? O sea, vamos a poner igualdad, eso que decías tú de los niños, con quién se van (...) O sea, vamos a hacerlo todo, el conjunto, vamos a poner las leyes bien, vamos a hacer igualdad, no que la mujer se quede con todo, que el hombre...

–Ahí...

–Vamos a comenzar por ahí ¿vale? (...) Dices, pero a ver, vamos a hacer las cosas, vamos a estudiar a la persona, ¿cuál es el mal y por qué viene ese mal? Es igual que lo que estamos hablando de las leyes, **vamos a estudiar el mal de una pareja, el por qué, de dónde viene y por qué ha pasado lo que ha pasado. No todos los problemas son los mismos, no todas las personas son iguales, no todo viene del mismo...** Eso que decías tú: «tengo un amigo que nunca ha levantado la mano a su mujer, un día le levanta la mano y a la cárcel». ¡Coño!, hay gente que a lo mejor no ha levantado nunca la mano pero está castigando psicológicamente a la mujer, vamos a estudiar el caso. Pero leyes que hagan eso, que estudien los motivos, el por qué. (GD9, 33)

Entre los **jóvenes urbanos de clases medias** encontramos el mismo límite a los posicionamientos contra el «machismo atrasado». En la situación actual los hombres se encuentran en una posición delicada, puesto que las medidas judiciales tienden a perjudicarlo, la imagen construida por los medios de comunicación social lo convierte en potencial culpable, en tanto que las mujeres se aprovechan indebidamente de las ventajas que la situación les otorga:

–Los procedimientos judiciales o tal, o sea, realmente **la mujer con poco que haga puede ganar un juicio fácilmente**, te lo digo yo ¿eh? Realmente, **la opinión general ya es que el hombre es el maltratador y es lo que ha conseguido la televisión**, que el hombre es el maltratador y la mujer es la maltratada. Puede ser verdad hasta cierto punto, hay **mujeres muy inteligentes y que saben manejar muy bien la situación**. (GD7, 28)

Sin embargo, estas críticas no suponen una descalificación de todas las iniciativas contra la violencia machista. Aunque con ambigüedades, no se acepta que las mujeres actúen por egoísmo en los juicios de divorcio, sino que hacen valer derechos que deben respetarse en una separación; en ese sentido, hay una valoración positiva de su papel de cuidadoras:

–Es muy amplio el tema, por ejemplo, custodia de niños y tal; ahí..., **yo no creo que haya igualdad. Yo creo que hay hombres que claramente se han visto perjudicados por el hecho de ser hombre**, ¿sabes? (GD7, 28)

–En el aspecto de los niños sí que puede ser eso y luego ya pues depende de los bienes que tú tengas. Si una mujer se casa y no trabaja en la vida, se

*casa con un hombre que tiene cuatro empresas, pues algo le tiene que quedar, ¿sabes? **La mujer no la vas a dejar ahí sin casa, sin, lo que tú has dicho** ¿sabes?*

–Un poco se aprovechan de la situación ¿no?

*–No, **yo creo que no se aprovechan**. Se aprovecha la que quiere ¿sabes? y el que quiere. Yo no estoy de acuerdo en que todo el mundo se aproveche.*

–Es que si no tienen propiedades ni nada y van a buscar a una persona que tenga clase ¿no?

*–No, en el amor muchas veces no puedes decir..., si éste tiene cuatro empresas, me enamoro ¿sabes? Pero que tú no vas a dejar a tu mujer **si tú tienes cuatro empresas, no vas a dejar a tu mujer sin nada** ¿sabes? Le dejarás algún, no sé, le vas a dejar casa, le vas a dejar dinero ¿sabes?» (GD7,31)*

Por lo demás, no existe una visión unánime respecto a las medidas necesarias para combatir la violencia. Unos denuncian que las medidas judiciales respecto a los maltratadores (orden de alejamiento, etc.) no funcionan, pues no logran detener a los agresores; pero el horizonte de actuaciones que proponen no trasciende el ámbito penal-represivo, lo único que cabe es reformar la justicia («totalmente arcaica»), sin indicar en qué sentido debería operar tal transformación. Otros, en cambio, sostienen que ninguna reforma de la justicia podrá resolver los problemas de los maltratadores (desequilibrados mentalmente), que necesitan una combinación de vigilancia y castigo (terapia rehabilitadora e internamiento forzado):

*–Yo creo que lo que él se refiere es si se hace lo suficiente por parte de las instituciones para evitar que gente que se haya divorciado o separado y tenga orden de alejamiento, vaya, encuentre a otra persona y la mate. Y **yo creo que no se ha tenido, (...) ni la justicia**. Entonces, **la justicia partiendo la base es que es totalmente arcaica**, porque se ha quedado arcaica, no se ha reformado, se hacen leyes nuevas pero son parcheadas, o sea, parchear la sociedad, van creando parches y generando parches y metiéndole parches.*

–En ese caso, ¿qué haces?

*–En ese caso, **poner una reforma bestia**,*

*–Yo creo que si es inevitable que la quiere matar, la encuentra y la mata, pero yo qué sé, **pero la justicia no funciona bien, o sea no funciona**.*

(...)

*–Yo no estoy conforme. A ver, la justicia puede funcionar mejor o peor, pero **no es culpa de la justicia que esa persona no esté equilibrada mentalmente...** (...) Entonces, ahí un poco..., tiene que haber alguien o algo, alguna manera de que esa persona **rehabilitarla o tomar medidas para que esa persona vuelva a sus cauces**. (GD7,34).*

8.4. UN FENÓMENO RESIDUAL SEGÚN LAS MUJERES (PEQUEÑAS PROPIETARIAS Y PROFESIONALES-DIRECTIVAS) (fracción b')

Entre algunas mujeres, **pequeñas propietarias de ciudad intermedia**, encontramos elementos de este mismo discurso. La violencia sería propia del modelo machista tradicional, cuando se consideraba a la mujer como propiedad del hombre. En la actualidad ésta sería una situación anacrónica («todavía») que pervive en grupos con bajo nivel cultural, entre los que aún se encuentran mujeres dependientes, con escasa autoestima, y específicamente entre inmigrantes extranjeros, procedentes de países menos evolucionados (con «otra cultura»):

*–Pues mucho, mucho. Hay mucha gente joven, pero también hay muchísima gente mayor y **creen que la mujer todavía es propiedad.***

*–Sí, **son posesivos**, en algún caso.*

*–Sí, como ha estado toda la vida, tiene que ser... Y es que como **que está la mujer al servicio de ellos (...)** Y **los niveles culturales** yo pienso que hace mucho, porque una mujer hoy día, dice: ¡buah! estoy acostumbrada, no tengo trabajo, no sé qué, **ella misma se menosprecia.** Pero en la situación si él se va, sale adelante perfectamente, tenga cincuenta o tenga la edad que tenga. Si ella se da a valer, sale adelante. Lo que ocurre es que los hombres **todavía hay mucho machismo** y mucha creencia que, que...*

[...]

*–Yo creo que eso es un punto, como ya lo hemos dicho antes, a mí me parece que eso es un punto importante. Y luego también en España a lo mejor antes tampoco se oía porque **no había tantas culturas como hay ahora. Si más o menos las estadísticas, más de la mitad...***

*–**Son extranjeras.***

–Es que ellos tienen otra cultura, vienen de otros...

–Sobre todo sudamericanos.

–Con otra mentalidad y yo creo que también eso... Ha subido también. (GD3, 30)

La senda de progreso de la sociedad española nos estaría alejando, poco a poco, del modelo tradicional. Además, las políticas institucionales están suponiendo una poderosa palanca de apoyo para mejorar la situación de la población femenina. Este grupo, cuya identidad social se articula en torno al papel de madres, destaca las medidas en apoyo a la maternidad (bajas maternales y paternas, subvención a gastos en la primera infancia) que facilitan la presencia femenina en el mundo extradoméstico. En otros términos: la violencia machista es atribuida a un modelo en el que la mujer estaba recluida en el espacio doméstico; por tanto, en la medida en que las políticas institucionales fomentan su acceso al empleo y a la independencia económica fortalecen su posición social y recortan las bases de las agresiones machistas:

–No, si yo me doy cuenta que **han mejorado mucho**. Figúrate tú, tenía intolerancia a los (...) y un bote de leche, tenías que ir a la farmacia y pagarlo entero porque no entraba recetas. Digo, han ganado mucho las chicas ahora.

[...]

–**Sí que ha cambiado la cosa** ¿eh?

–**Muy a favor de la mujer**, que yo lo reconozco.

[...]

–Y lo de los chicos antes ¿quién les iba a dar la [baja de] paternidad?, y ahora ya ves...

[...]

–Yo creo que **hemos salido ganando**, vamos, está claro, cada vez más. (...) Ya se puede cotizar para el desempleo [como autónomas]. (GD3, 46, 48 y 49)

Nuevamente nos encontramos con una visión lineal del progreso, de la sociedad y de las mujeres, que no percibe en la sociedad actual rasgos estructurales que sostengan la violencia masculina hacia sus parejas. Este punto de vista hace incomprendible, y sospechoso, que haya mujeres víctimas de maltrato que no denuncian su situación, a pesar de la proliferación de recursos institucionales a su disposición:

–Y cuántas mujeres no denuncian con la cantidad de facilidades, las pegan y no denuncian porque... ¿Y **por qué no denuncian?** (GD3, 31)

De esta manera, la principal crítica vuelve a dirigirse a las víctimas, reclamándoles que den un paso para salir del «atraso», desconociendo la existencia de factores sociales que, en la sociedad actual, las mantienen en posición de subordinación y dependencia.

Más allá de estas consideraciones resulta evidente la enorme distancia que separa a las valoraciones de hombres y mujeres respecto a las políticas institucionales. Lo que para ellas son mecanismos de promoción y protección de derechos, para ellos aparece como un entramado injusto, que agrede y persigue a la población masculina.

También un segmento de las **mujeres directivas y profesionales** adhiere al discurso que relega la violencia masculina a situaciones sociales propias de épocas anteriores. El hecho diferencial que marca la frontera entre el pasado y el presente es la independencia de las mujeres, basada en su plena incorporación al mercado de trabajo, rompiendo con el papel de «ama de casa»:

–Lo que pasa que a la mujer también se le ha abierto más los ojos. **De diez años hacia aquí**, la gente y yo pienso que las mujeres ya lo tenían (...), yo me acuerdo de compañeras de colegio, **la mayoría las mamás estaban en casa** (...), las mamás las llevaban al colegio. (...) Claro, yo pienso que como ha ido transcurriendo la mujer, **se le han abierto los ojos, tiene esa independencia económica, busca ese trabajo e independencia económica y ya no aguanta lo que antes soportaban en casa**. Antes...

*–Es que ya no trabajamos sólo por el tema económico, bueno, yo hablo a nivel personal. Yo ya no trabajo sólo por aportar dinero, o sea por el dinero, sino porque yo necesito trabajar para yo sentirme realizada, **no sentirme sólo ama de casa**, iba a decir (GD1, 18-19)*

Por eso, en el medio social de las mujeres urbanas pertenecientes a élites profesionales las situaciones de violencia machista aparecen como lejanas, sin vinculación con su medio social. Algunas suponen que es un asunto circunscrito a determinadas «capas sociales más bajas», otras cuestionan esta afirmación, pero en general no parece que las mujeres «independientes» pudieran ser víctimas de esta situación:

*–Y **son capas sociales** sobre todo.*

–No, hay estudios que no.

*–Yo creo que ya no. Al principio pensaba que sí ¿eh?, pero luego te das cuenta de que no, de que **hay de todos los niveles** ¿eh?*

*–Pero mayoritariamente... para dos o tres casos que se puedan dar en unas capas sociales más elevadas, **la mayoría son capas sociales más bajas**. Y además...*

[...]

*–Pero bueno, yo pienso que, por ejemplo, mujeres de capas sociales más..., normalmente **son mujeres que ven al hombre como un dios y quieren estar en casa**. (GD1, 22-23)*

En el fondo, las únicas víctimas posibles de las agresiones machistas serían aquellas mujeres que se encuentran «atrapadas sin salida», es decir, sin medios económicos para subsistir de forma autónoma, lo que las conduce a la impotencia y la parálisis ante el agresor («está anulada y tiene miedo»). Una situación así resulta del todo impensable para este grupo social de mujeres:

*–¿**Son personas que son dependientes económicamente** también estas mujeres?*

[...]

*–Yo creo que antes de un maltrato físico, seguro, vamos, pienso que ha habido mucho maltrato psicológico. Entonces esa persona ya no se valora por sí misma, está totalmente fuera de sí... **Está anulada y tiene miedo**.*

–Tiene que recuperar la autoestima.

–Es que es peor el psíquico que el físico casi.

–Exacto.

–Es que el miedo es el que te hace, supongo, no tomar la decisión de irte ¿no? (GD1, 23)

Por tanto, estaríamos ante un fenómeno típico del atraso, que no afecta al núcleo social modernizador de nuestra sociedad. Quizás debido a ello son escasas las valoraciones respecto a las políticas y recursos institucionales para afrontar la

violencia masculina (GD1, 27). Sólo aparecen algunas referencias generales al colapso del sistema judicial, que estaría quitando efectividad a algunas de ellas (dando por buenos algunos comentarios acerca de la existencia de un cierto volumen de denuncias falsas por parte de mujeres que recurren a la «picaresca»).

Puesto que el problema aparece como ajeno a este estamento social, existe un marcado optimismo respecto a la situación futura. Se da por supuesto que la clave para el progreso y mejora social pasa por la educación de hijos e hijas. A través de su formación, lo más prolongada y cosmopolita posible, los vástagos de las élites urbanas reproducirán con creces el modelo de sociedad que sus mayores están construyendo:

–Yo creo que es un tema..., pues lo que decía ella, psicológico. Y luego de educación. Yo creo que la educación es básica y los niños de ahora tenemos que machacarles mucho en ese tema [la violencia].

[...]

*–Y **antes** los niños no hacían nada en casa y las niñas tenían que hacerlo todo. **Ahora ya no** y ahora..., antes también se buscaba el individuo, ahora se está buscando el trabajo en equipo, o sea, vas a la escuela y los niños van a la escuela y se les intenta inculcar el trabajo en equipo, o sea, que hombres y mujeres tienen que trabajar juntos; los niños, las niñas. **Yo creo que todo esto con el tiempo**, bueno, habrán otros problemas pero sí que es cierto que es lo mejor, en vez de buscar las diferencias de los niños y la competitividad que se busque el trabajo en equipo de toda la sociedad, de hombres y mujeres juntos. (GD1, 31-32)*

*–Hombre, sí, yo **espero que haya mejorado**. Pero yo creo que es una inversión...Es educar, o sea, **todo se basa en la educación**, en que lo que eduquemos ahora a nuestros hijos pues sea el futuro. Yo lo veo así.*

[...]

*–Sí, porque **es una generación más**.*

[...]

–Yo creo que nuestros hijos andarán por el mundo, no van a estar en Barcelona, van a andar por el mundo, no sé en qué punta del mundo pero...Y eso enriquece.

–Sí.

*–Entonces es aprender y tener la capacidad de absorber lo bueno de los demás. **Y eso es educación**. (GD1, 41-42)*

Así, el destino futuro de las clases populares no recibe mención alguna, quizás porque se da por supuesto que este pasa por reproducir, con retraso y en menor medida, las pautas civilizadoras definidas por las élites. En todo caso, para este discurso las relaciones entre mujeres y hombres, propias de la sociedad contemporánea, no remiten a ninguna «cuestión de género», más allá de ciertas rémoras de «atraso», que caracterizan a clases populares y algunas prácticas empresariales que traban el acceso femenino a puestos de dirección.

9 LA CRÍTICA: EL PROBLEMA SON ELLOS

Las fracciones discursivas presentadas en este capítulo tienen como denominador común la visión de que la violencia masculina es un problema real en la sociedad española actual, que todas sus manifestaciones son inadmisibles y que los únicos responsables de las agresiones son los hombres, no las mujeres. A partir de este tronco común existen diversas variantes que presentamos a continuación distinguiendo las posiciones de hombres y mujeres y, para cada sexo, los distintos matices encontrados según clase social.

9.1. LA VIOLENCIA SURGE DEL MACHISMO QUE PERVIVE ENTRE NOSOTROS (FRACCIÓN F)

Un sector de los **empleadores mayores de 50 años** de ciudades intermedias afirma que la sociedad española se caracteriza por la pervivencia de estructuras sociales patriarcales («es machista y mucho»). Estas situaciones serían notorias en zonas rurales, pero también en ciertas capitales de provincia, donde algunos sectores no admiten de buen grado que las mujeres trabajen fuera de casa. Por tanto, no es de recibo la acusación de que la violencia machista es una rémora del pasado o algo introducido por los inmigrantes extranjeros; por el contrario, en esta sociedad existe una amplia base para dichas actitudes («hay mucho control y mucho machismo»). En consecuencia, al proceso de cambio social le queda aún un largo recorrido, teniendo en cuenta que España se encontraba hace pocas décadas por detrás de países del tercer mundo:

*–[Yo] vengo de la Patagonia (...), yo creo que la sociedad burgalesa, en general, (...) **es machista y mucho**. (...) lo ves quizás más **en los pueblos**, pero vamos no deja de ser una sociedad burgalesa, o sea, de la provincia de Burgos y tal y yo noto que la relación que hay entre el hombre y la mujer es de machismo, no exagerado, no llegar a la violencia y tal, pero sí que **hay una diferenciación muy grande del hombre y de la mujer y creo que la mujer incluso, mucho lo acepta**, lo acepta a esa condición ¿eh? Por lo menos es mi opinión. (...) [Y en la capital] hablando con mucha gente, mujeres, sobre todo, me preguntan y dice: «¿tu mujer?», (...) ella no pudo ejercer su profesión por una cuestión de que no pudo homologarse un título, etc. y tal. Y cuando yo lo comento con alguna mujer, pero con muchas ¿eh?, le digo: «claro, el problema es que no puede trabajar y tal», dice: «pero si **la mujer tiene que estar en su casa atendiendo a su marido**». Me lo dicen mujeres ¿eh? Y yo me quedaba helado, helado. (GD8, 5-6).*

Porque hay mucho control y mucho machismo, sin llegar a agarrar el hacha y matarla, pero hay mucho con dominio. (GD8, 36)

–A mí me comentaban que aquí [en España], no hace mucho, hace unos veinticinco o treinta años, o quizás un poquito más, una mujer no podía tener propiedades, tenía que estar a nombre del marido, ¿no? (...) Eso, yo **en Argentina, bueno mis abuelos, en la época de mis abuelos no existía eso.** (...) Pues eso ya marca, marca..., **se va avanzando, pero bueno, venimos o venís...** [de una situación de atraso] (GD8, 19)

En este contexto las leyes y programas institucionales no hacen sino garantizar los derechos de las mujeres. Nada justifica las críticas respecto a supuestos privilegios femeninos. Si existen algunos, limitados a casos especiales, se justifican en una necesaria política de discriminación positiva. Por tanto, esta posición avala el eje principal de las políticas oficiales y deslegitima las críticas referidas a abusos, falsas denuncias, persecución hacia los hombres y privilegios femeninos:

–**ANTES SE COMENTÓ COMO QUE LA MUJER TENDRÍA EN DETERMINADAS MEDIDAS JUDICIALES COMO UNOS PRIVILEGIOS.**

–**Discriminación positiva.** (...) En ese aspecto [separaciones] puede ser. O de violencia y tal. **Pero nada más.** Yo creo que no, de ninguna manera tienen más...

–Yo creo que **en lo cotidiano, no; en situaciones especiales, sí.**

–Casos de violencia, casos de separación. (GD8, 25-26)

Entre los hombres **profesionales y directivos** de grandes ciudades la violencia machista es un fenómeno «distante», ajeno al propio medio social, aunque se afirma que se trataba de una práctica largamente extendida («pegaban palizas a la mitad»), aunque oculta, en la vida de las generaciones anteriores:

–Yo, por suerte **no he asistido nunca a un caso de maltrato.** (...) Pero yo **recuerdo siendo pequeño y con ciertas edades escuchar cosas, joder! y ver cosas de aquel... incluso algún familiar mío que la tenía a la mujer... Y tú realmente..., no te decían, ahora sí te has enterado a los años. En aquellos tiempos se tapaba.**

–En la prensa no salía, en los medios de comunicación. Ahora las sacan.

–Era una vergüenza que saliera, se tapaba. Pero señoras abofeteadas y metidas en casa, a patadas. **Hoy hablas del asunto, además con la suerte de la distancia.** La distancia te permite que las cosas no sean tan dramáticas, yo le pregunto a mi madre y cuenta: «y tú fíjate, pues aquél no sé qué, la otra no sé cuánto». **Resulta que pegaban palizas a la mitad.** (GD6, 22)

Pero el fenómeno no es sólo una mera rémora del pasado sino que constituye aún un elemento característico de la sociedad española. La pervivencia de pautas machistas justifica la reacción de las mujeres quienes, a través de la lucha, están reivindicando sus derechos. Por tanto, no caben las críticas respecto a los supuestos abusos femeninos; en contra de las percepciones machistas consideran que se trata de una lucha de poder en el que las mujeres utilizan legítimamente las armas que tienen a su alcance:

*–Eso entra dentro del ámbito que hablábamos antes de **esa lucha de poder**, porque al final ella está buscando... **La mujer está buscando su espacio** y su espacio también significa el «que no te pases que te pongo»...*

–Exacto.

*–Claro, que antes se lo decías tú: «no te pases que te meto un bofetón» y se lo pegabas. Y ahora ella no te va a meter un bofetón pero a lo mejor para ponerte en tu sitio, o sencillamente porque la relación no va en condiciones, empieza a darte por todos los sitios. De acuerdo, pero eso entra dentro de lo que es el esquema humano de lo que estamos hablando, de **ese cambio en las relaciones entre hombre y mujer en el que ahora ella quiere ocupar su sitio.** (GD6, 27).*

Desde este punto de vista se legitima, por tanto, la política institucional de promoción de los derechos femeninos y las actuaciones de discriminación positiva. Sin embargo, también se manifiesta un recelo respecto a las posibles consecuencias indeseables de la proliferación de denuncias anónimas sobre supuestos malos tratos. Recordando la existencia de un teléfono para formular denuncias anónimas¹⁹ se insiste en que la implicación social en la lucha contra el maltrato debe de hacerse con precauciones, debido al riesgo de acusar equivocadamente a alguien por desconocer las circunstancias concretas. Esta reticencia puede ocultar un temor inconsciente por parte de un sector de la población masculina ante el riesgo de que se extienda un clima de «caza de brujos» y denuncia indiscriminada hacia todos los varones:

*–Una pregunta muy sencilla es: yo no sé si era para el maltrato de la infancia, o de las mujeres puede ser, pues es **ese teléfono que no se sabe quien está llamando...***

[...]

–Hay varios: hay ONG's, lo hay del ayuntamiento, de la comunidad, hay varios.

*–Pero como decías tú, te voy a tutear, pues cada uno tiene una vida, **habría que saber valorar de qué estamos hablando** ahora mismo, qué tipo de relación, qué tipo de acoso. **Es muy complicado.** (GD6, 36)*

También entre los **trabajadores rurales no cualificados** encontramos un punto de vista que atribuye la violencia masculina a la pervivencia del machismo. Según este punto de vista se trata de una reacción de parte de la población masculina ante el cambio de papel social de las mujeres; su mayor autonomía («son más liberales») genera inseguridad («celos») y agresividad en los agresores:

*–**Eso es el machismo**, eso es el machismo, que habrá hombres que piensen todavía como hace cincuenta años y (...) Pero es que son gente de*

¹⁹ Aunque no del número concreto – 016-, ni de si se trata de un servicio de protección para la infancia o para mujeres (GD6, 36). Es decir, hay un recuerdo vago acerca de las características de este recurso, poco útil a la hora de actuar ante una emergencia. Más grave parece el hecho de que sólo dos personas, entre los asistentes a nuestros diez grupos de discusión, hiciesen mención espontánea a la existencia de este número telefónico.

*cuarenta años que **ahora la mujer ha avanzado tanto que ahora esos hombres no quieren... Y lo pagan con la mujer.** Yo creo que todo es machismo. (GD10, 32)*

*–Como se han dado tantos cambios ahora, pues **el tema de los celos**, pues hace treinta años la mujer no salía de su casa. (...) No trabajaban, no tenían tantas relaciones ¿me entiendes? Ahora trabajan fuera de tu casa, tienen compañeros de trabajo, salen, después salen a tomar algo con ellos. (...) Por eso también **son más liberales.** (GD10, 34-35)*

Pero este diagnóstico crítico no llega a plasmarse coherentemente en la valoración de las políticas institucionales ante la violencia. Dominado por el consenso generalizado en su ambiente social, opina que las leyes no son equilibradas, puesto que han pasado de oprimir a las mujeres a darles demasiados derechos, en lugar de propiciar un equilibrio entre los sexos («ni tanto ni tan calvo»). Se nota aquí una fuerte marca de clase en el discurso; a pesar de atribuir al machismo existente los casos de malos tratos, se siente agredido por las medidas que intentan proteger los derechos de las mujeres:

*–Pero **ni tanto ni tan calvo** es lo que te he dicho antes, ni tanto ni tan calvo. Antes por qué tanto y ahora ¿por qué?. Yo **es lo que no entiendo.** (GD10, 30)*

En síntesis, la posición referida en este apartado afirma que la violencia masculina obedece a la existencia de un sistema machista que pervive en nuestra sociedad, aunque no siempre otorga legitimidad a las políticas destinadas a combatirlo. Las diferentes actitudes respecto a las actuaciones institucionales están marcadas por la situación de clase que, consecuentemente, implica un diferente nivel de riesgo de verse concernido negativamente por éstas. En todo caso, el elemento unificador entre todos los hombres que comparten este discurso es su actitud pasiva ante el fenómeno de la violencia; más allá de su denuncia no consideran de su incumbencia promover algún tipo de línea de intervención institucional ni, mucho menos, plantearse una implicación personal al respecto.

9.2. LA VIOLENCIA MACHISTA ES INADMISIBLE, LOS CAMBIOS DEPENDEN DE LAS MUJERES (fracción g)

Esa fracción, desarrollada por un sector de **profesionales y directivos**, y por **jóvenes de capas medias urbanas**, considera que la violencia masculina es un problema real, plenamente vigente y generalizado en la sociedad actual y totalmente inadmisibles; por tanto, no es un residuo del pasado, ni una cuestión que pueda ser minimizada o justificada. Consideran también que se trata de una disputa de intereses («cuestión de poder»), que busca modificar un sistema de distribución de roles sociales; el protagonismo de este proceso radica en la actividad de las mujeres que reclaman cambios (su «trozo de tarta»), cuestionando el poder absoluto del género masculino. La violencia sería una reacción de un sector de hombres («el macho dominador») que intenta conservar sus privilegios. En cierto sentido, el análisis de las causas es similar al que encontramos en el discurso de la superioridad machista

contrariada, pero mientras aquél lo utilizaba en tono justificatorio aquí se formula una condena absoluta («no se puede permitir nunca»):

–Sí, pero esto es muy fácil, te quiero decir, si una pareja, la mujer está maltratada, normalmente es un proceso largo y ella tampoco es consciente realmente de lo que está pasando y que resulta diferente, **es violencia entre géneros**. Pero de todos modos, es que si el hombre levanta la mano en contra la mujer es que casi siempre, siempre es más fuerte, y, no sé, **no se puede permitir nunca**. (GD7, 24)

–Yo para mí el problema existe. Para mí **el problema está ahí**. (...) Y por otro lado, está lo que tú comentabas del poder, **es un problema de poder**. Hay una frase que dicen y se emplea de siempre es que «el poder se toma», no se espera a que te lo den. (...) ¿Qué es lo que ocurre? **Cuando lo alcanzan muchas veces hay hombres que no lo admiten**. Eso es así y esto incluso llevado hasta el tema familiar porque **el tema de maltratos no sé si es cuestión única y exclusivamente digamos a unas clases bajas..., sin cultura...**

–**En absoluto**. Esos suelen ser los que las acaban matando. Pero el maltrato se da en todas las...

–Que los datos existen ¿eh? Los datos existen y **son tanto del norte de Europa como del sur de Europa**; clases sociales...

[...]

–**Es el poder**. La sociedad es del hombre, era del hombre, quien tenía el poder era el hombre.

[...]

–Ahí no creas que..., vamos, ahí yo te aseguraría que seguramente los porcentajes coinciden con los porcentajes que pueda haber de la sociedad en cada momento. Un porcentaje de inmigrantes seguramente será un poco menos, porque les cuesta más denunciar, pero los porcentajes que hay ahora mismo de denuncias, vamos... **De aquí, del país y de distintos niveles sociales** los que quieras. (GD6, 22-24 y 25)

–Pero que estaremos de acuerdo que además es que el espacio que tú dices es que además les pertenece [a las mujeres], lo que pasa es que hasta (...), hasta ahora, en el transcurrir del tiempo ¿no?, **el trozo de la tarta siempre ha sido nuestro**.

–Sin duda.

–Y ahora no. **La mujer quiere su trozo de la tarta**, (...) quiere tener su espacio, quiere tener su protagonismo. **Quiere tener su protagonismo** y, claro, **aquí sale a lo mejor mucho macho dominador** que dice: «no, aquí yo soy el macho dominador», ¡zas!. Y ahí está el problema. (GD3, 27-28)

Contra lo argumentado por otros discursos, predomina la percepción de que la violencia no es un problema importado y que no está descendiendo sino que se

incrementa. Además, no se trata de reducirlo sólo a los casos de asesinato sino de incluir todas las manifestaciones, incluidos el maltrato psicológico y la violencia «de baja intensidad». Estas –conviene recordarlo– son silenciadas o bien legitimadas por otros discursos; aquí, en cambio, ningún tipo de violencia es admisible, puesto que su aceptación («normalización») lleva a invisibilizar y a hacer más probables actitudes aún más violentas. Por tanto, si sólo se tienen en cuenta las agresiones con resultado de muerte se pierde de vista la violencia más habitual en la relación de pareja («en cuántas familias existen maltratos»); en este aspecto destaca la importancia del maltrato psicológico que mina la autoestima de la mujer, de manera que cuando llega la violencia física ya no se da entre iguales sino ante una persona sometida:

–Pero cada vez hay menos, no; cada vez hay más. (...) **Ahora que lo vemos es escandaloso, o sea, no me refiero sólo al número.** (GD7, 22-23)

–Yo creo que ahí que te vas permitiendo licencias...

–(...) Unos pequeños..., subir el tono, **se van normalizando una serie de actitudes violentas** que en un momento las normalizas.

–Es como decir que el que está con los porros acaba con la heroína ¿sabes?

–No es así siempre, pero la mayoría de las veces puede ser así.

–Pero que sí, que los estudios sociológicos y psicológicos sí que van así, o sea, han hecho bastantes monográficos en televisión y radio. (...) Cuando en parejas jóvenes que pequeños insultos que en un principio no es nada, te vas permitiendo, bueno, pues **ya te insulto, lo tengo normalizado.** Bueno, pues ahora ya la siguiente es que me ponga más farruco o más agresivo en el tono y ya, después, la llama «puta», y cuando llevan no sé cuántos años casados, pues ahora te ... [mato]. (GD7, 24)

–(...) Aquí ha habido muchos casos de violencia y de hecho lo que sale en la tele son generalmente muertes pero si estamos hablando del maltrato, quiero decir, **la muerte es el exponente mayor del maltrato pero en ¿cuántas familias existen maltratos que como no hay muertos no sale en la tele?»** (GD7, 25)

–Maltratos **existen y de todo tipo** ¿eh?; **desde el físico hasta el que te está machacando día a día, día a día, que es psicológico.** Y ese se produce en toda clase social, desde el norte hasta el sur, en todos los puntos del mapa. Y ese... está muy extendido. (GD6, 26)

–Pero es que vamos a ver, el maltrato, por suerte, ya te digo no he tenido... he tenido la suerte de no presenciario nunca. Pero sí es verdad que **empieza por un componente psicológico,** quiero decir, tú no llegas a tu mujer el primer día y le metes el primer día... Algún dicho por ahí que decía lo contrario que «el primer día había que dar» (Risas) Pero la broma (...) Pero lo que es cierto es que se da un maltrato psicológico, quiero decir, **vas presionando a esa persona, hasta que llega un momento en que esa persona se siente inferior, pues a partir de ahí ya... meter una leche es muy sencillo.** Es muy sencillo, es muy sencillo. No tiene nada que ver, en una situa-

ción de igualdad tú pegas a una mujer, le metes un bofetón y, claro, te puede meter con el palo de la silla o con lo que le pille a mano, es obvio. En una relación de igualdad... Cuando esa mujer acepta eso. (GD6, 42)

Respecto a las políticas institucionales contra la violencia machista se otorga legitimidad a la protección que las leyes otorgan a las mujeres a partir de su condición de madres. De esta manera, implícitamente, se brinda un reconocimiento a las labores de cuidado de los hijos, aunque sin hacer una reflexión acerca del carácter y el reparto posible de dichas funciones. En todo caso, se rebaten las denuncias de los hombres que se sienten agraviados cuando en casos de divorcio se asigna la custodia de los hijos (y los recursos económicos derivados de ello) a las mujeres:

*–Sí, yo creo que eso también viene de la parte..., de cada familia en la que vivimos. No, pero quiero decir, son sentencias judiciales. Mis padres están divorciados y los dos tenían un trabajo y los dos tenían casa, entonces ahí sí que **tiende a haber un cierto proteccionismo conservacionista (...)** hacia la mujer, por la figura en sí de la mujer ¿no?*

–De la madre.

*–De la madre. Que por mucho que quiera **el padre nunca tiene la misma relevancia que la madre**, que luego en casos prácticos habrá de todo tipo, pero de cara a la ley suele favorecer y la custodia permanente en caso de la madre (GD7, 28-29)*

También encontramos una respuesta diferente respecto a las denuncias de picaresca y falsas denuncias de maltrato por parte de las mujeres. Sin cuestionar la posibilidad de que estos casos existan se afirma, en primer lugar, que su volumen real es reducido y, en segundo lugar, que su existencia no puede utilizarse para ocultar o minimizar la importancia mucho mayor de la violencia masculina:

–Bueno, ¿viste anoche un programa sobre esto que hablaba un juez?

–No.

–El sesenta por ciento eran falsas.

[...]

*–Sí, pero que digo que hay jueces que llevan el tema que dicen que **eso es una barbaridad. Que hay muchas denuncias falsas es cierto**, como tú bien dices...*

(GD6, 25-26)

*–Yo creo que ahí ya está en la picardía, pero vamos creo que **en datos de violencia de género de mujeres asesinadas y hombres asesinados no hay color** y quiero decir creo que también ha habido sentencias a favor de hombres maltratados y sentencias firmes que se han llevado hacia delante. Luego está la picaresca de cada uno, diga: «bueno, me aprovecho de esto porque estoy encabronado porque soy un hijo de puta o una hija de puta y le quiero meter un marrón». (GD7, 28)*

Pero más allá de esta oposición a las críticas de los discursos machistas no existe un aval explícito ni optimismo respecto a la eficacia de las estrategias institucionales. Por ejemplo, se considera importante un cambio de valores que requiere, a su vez, una estrategia educativa; sin embargo, el tipo de valores que sería necesario impulsar se da de bruces con la dinámica social dominante (salvaje, gente histórica). Por tanto, la solución de fondo del problema se vuelve «muy complicada»:

*–Yo creo que **es un problema educacional** (...), quiero decir, **el respeto ajeno por desgracia yo cada vez lo veo menos**. Entonces claro, queremos que los chavales tengan respeto, que sean respetuosos, que sean muy educados, que tengan una ética estupenda, pero claro, **en la calle lo que hay es cada vez más salvaje, porque la gente va histórica por el mundo. Y este es el problema**. ¿Solución?, no hay más que esa: **enseñar a la gente a respetar al de enfrente**; si consigues eso lo demás, sea en pareja o sea donde sea, va a venir dado. O sea, conflicto, **si tú tienes respeto siempre va a ser un conflicto mucho más relajado, mucho más tranquilo**, se va a poder llevar a término la decisión que corresponda, pero siempre sin necesidad de ir a otro tipo de estadio. Evidentemente si el respeto no existe, da igual que sea un hombre como una mujer... Entonces ése es el problema, pero el problema es que **yo no creo que esta sociedad, tal y como está conformada ahora mismo, que cada vez tiene más agresividad y cada vez la gente es menos respetuosa, lo veo complicado, lo veo muy complicado**. Entonces, yo creo que el respeto es la única base para que las relaciones funcionen, sean del tipo que sean, porque al final es un respeto al ser humano. Tú respetas al ser humano, te da igual lo que lleve encima, eso te da lo mismo. (GD6, 29-30).*

Estas expresiones ponen sobre la mesa un cuestionamiento importante: ¿es posible erradicar la violencia de género en una sociedad caracterizada por la competencia feroz, que es por definición violenta e inmisericorde? ¿Pueden las cuestiones «de género» resolverse en sentido igualitario en un marco social en que otras jerarquías y subordinaciones se perpetúen en sus rasgos básicos? Sin profundizar en el análisis de la sociedad, esta posición discursiva cree que la respuesta es negativa. De ahí su escepticismo respecto a los resultados de las políticas oficiales.

Además, otro eje fundamental para reducir drásticamente las bases de la violencia sería la implicación activa de la sociedad civil. Pero ésta es hoy una excepción, puesto que en la sociedad prima el individualismo y la insolidaridad, y un clima generalizado de temor (no sólo de las mujeres respecto a sus parejas), que dificulta la expresión de un rechazo social ante los violentos. Incluso la necesaria concienciación social sería insuficiente, pues resulta necesario llegar a una movilización social que no se ve posible:

*–Exacto, es que el problema de sociedad en ese aspecto era totalmente distinta. Quiero decir, llegaba un momento en que la gente que estaba alrededor no permitía, quiero decir, estaban los tres macarras de turno, pero los macarras de turno tenían el poder que tenían, llegaba un momento, en que el resto, en una etapa eran incapaces de enfrentarse a ellos. Y lo hacían, pero no lo hacían solos. Quiero decir, esto, al final, **lo que ves es un síntoma de la sociedad ni más ni menos**. Ahora estoy viendo lo que pasa en la calle.*

–Ahora el problema es que el resto se pone al lado de las macarras.

–O sale corriendo. Este es el problema: **la gente tiene mucho miedo.** (...) **Al resto de la sociedad mientras no le toquen, a mí no...** Pues les puede pasar lo mismo, o sea, es un síntoma de que la gente... **En una sociedad que está tan individualizada como no hay apoyo social,** al resto de la gente... El apoyo cercano. Las leyes están muy bien, están muy bien y le puedes meter en la cárcel, haz lo que quieras, **en tanto en cuanto no haya una conciencia social de que a este tipo de gente hay que quitarla de en medio,** me refiero, cuando digo hay que quitarla de en medio... (risas) De verdad, me refiero **hay que estigmatizarlo** y decir: «oye, tío, ésta es la última vez, la próxima te echamos de aquí».

–Hacerles un vacío.

–Echarlos de aquí como sea, quiero decir. Pero como esto no pasa, entonces las leyes pues podrán seguir haciéndose, podrán hacer lo que quieras, **en tanto en cuanto no haya una conciencia social que esa sociedad misma rechace, pero rechace en conjunto, con un porcentaje elevado, lo que está pasando no hay ninguna solución.** (...) En tanto en cuanto no haya una concienciación social y una movilización, **no vale sólo la concienciación.** La concienciación está muy bien pero si eso no se traduce en un hecho efectivo pues vas a decir: «¡qué putada la del 5º, pobrecilla!, menuda paliza». (...) Que no seas capaz de ver cómo están yendo a por una tía que la van a dar un millón de leches y te pongas en medio como este hombre, pero que no seas tú sólo, sean diez, pues eso... **es muy difícil de erradicar.** (GD6, 38-39 y 40)

En definitiva, la violencia de género no puede ser resuelta «desde arriba» (a partir de políticas gubernamentales), se requiere la implicación activa de una mayoría social que deslegitime y persiga las prácticas sexistas. Sin embargo, tal posibilidad no parece a la orden del día. Así, puesto que estos hombres no se plantean la necesidad de una revisión de sus actitudes personales ni un compromiso social, el horizonte parece cerrado al cambio deseable. Sin embargo, el discurso abre una vía al optimismo descargando toda la responsabilidad de las transformaciones en la capacidad de lucha de las mujeres; puesto que se supone que ellas conseguirán mejorar su posición social estarán en condiciones de aguantar menos el maltrato, lo que generará su disminución:

–Eso que viene es un poco problema educacional y eso que cada vez se da menos, lo que tú dices, soportar de alguna manera lo que le va cayendo y lo ven y tal... Yo creo que eso **con los años evidentemente va a ir mermando, porque [las mujeres] tienen otra posición,** o sea, ellas se sienten en otra posición en la sociedad. Pero es que de manera educacional es lo que hablamos, hay una diferencia bestial, una distancia. El marido era el marido y era la mujer que siempre..., aunque sí pero no. Pero lo que te han ido diciendo tu abuela, tu madre o tal eso sigue ahí, tiene un poso educacional, igual que nosotros lo tenemos, lo que hablábamos antes, el poso del machismo hasta los años setenta, ochenta. Quiero decir que ahora lo oyes pero menos, es así. Yo creo que **con el tiempo eso desde luego va a ser más difícil.** (GD6, 43)

En definitiva, el claro posicionamiento de estos hombres a favor de las mujeres no trasciende la actitud de una solidaridad pasiva, dando por supuesto que el cambio es «cosa de mujeres» y no requiere ninguna autocrítica o compromiso especial por parte de los varones.

9.3. LA VIOLENCIA ES REAL, INADMISIBLE E INJUSTIFICABLE, PERO NO SABEMOS CÓMO SUPERARLA (MUJERES JÓVENES Y PEQUEÑAS PROPIETARIAS) (fracción c')

Este discurso femenino identifica la violencia masculina como un problema real ante el que no cabe ninguna tolerancia, que tiene una larga historia secular en España, que actualmente no ha desaparecido, que se reproduce incluso entre las parejas más jóvenes, y tiende a incrementarse («todavía es mayor»). Ocurre en todas las clases sociales y no puede atribuirse específicamente a los inmigrantes. Por tanto, no se trata de ningún fenómeno anacrónico sino de conductas que se desarrollan en un clima social machista que, en ocasiones, les da amparo. Considera, además, la importancia del maltrato psicológico como antecedente de la violencia física; por tanto, el problema no se reduce a los casos de asesinato o palizas graves, sino a toda una estructura subyacente de agresiones menos visibles.

Por ejemplo, en contra del progresismo optimista que tiende a minimizar la cuestión, insiste en que no se trata de un fenómeno propio del pasado, ni de otros lugares; la violencia masculina tiende a incrementarse como consecuencia de la «liberación» femenina. El origen de las agresiones no está en el supuesto atraso de los sectores menos cultivados, ni de la inmigración extranjera, sino en la reacción masculina ante el cambio protagonizado por las mujeres. Tampoco existe un avance progresivo, lineal, de una generación a otra ya que hay chicas jóvenes, con estudios, que las han sufrido:

*–Pero sigue existiendo ¿eh? (...) **Todavía es mayor**, porque si ahora la mujer hace lo que quiere, sale a donde quiere, trabaja, se relaciona con quien quiere, pues **el hombre está más resentido en ese... , o sea, en ese aspecto va a tener más rabia** y no sé. Ha pasado siempre, claro, pero **antes la mujer era mucho más sumisa. Ahora que la mujer es más liberal, pues aún peor.** (GD2, 14-15)*

–¿Lo hemos importado de los extranjeros o...?

–No, no hace falta.

–Que haya a lo mejor ahora...

(...)

*–Ahora están más abiertas las comunicaciones (...) Antes había una cadena de televisión, vamos a poner, entonces tampoco..., **eso tampoco se contaba**, ahora...*

–Se oye más.

–Antes **estaba más callado**.

–No se contaba, **daba mucha vergüenza**. (GD3, 31)

–Pero **los hombres creo que no están asimilando nada bien**. (...) Que yo veo que hay mucha gente joven, muchas parejas jóvenes que tienen cantidad de problemas de malos tratos, que me parece alucinante que gente de diecinueve años...

–A estas alturas.

–...a estas alturas, tenga esos problemas ¿no?, es que yo no lo entiendo...

(...)

–Los niveles de educación son muy bajos...

–Yo creo que el maltrato no tiene nada que ver con el..., con la cultura. **Yo tengo amigas con mucha cultura y con carreras y han tenido esos problemas. Y gente joven ¿eh?** (GD3, 11)

Además, la violencia no ocurre como anomalía en un contexto social totalmente refractario a esas prácticas. A pesar de los cambios en la situación de las mujeres, de la protección jurídica, de los recursos disponibles y de las campañas institucionales, persiste cierto consenso social que ampara o minimiza las conductas violentas, especialmente bajo la forma de supuestas bromas («fíjate cómo lo tendría esa mujer que la tuvo que matar»). Lejos de percibir el machismo como una mentalidad en extinción, este discurso manifiesta que se trata de un fenómeno bastante extendido («muchos hombres siguen pensando» que la mujer es inferior y les pertenece):

–Dijo una vez un chico y yo supuse, porque era una persona bastante culta y tal, supuse que era una broma y: «fíjate cómo le tendría, **cómo le tendría esta mujer que la tuvo que matar**». Yo dije: «ni bromas a mi lado», porque es que **me niego a escuchar eso**.

–Pues yo pienso una cosa, yo pienso que **muchos hombres siguen pensando...**

–O sea, **no lo dijo tan en broma**.

–No es políticamente correcto decirlo ni hacer una broma.

(...)

–Lo que tú has dicho: «cómo le tendría de harto».

–Algo habrá hecho, algo habrá hecho. (GD3, 21)

Frente a los discursos sexistas que adjudican a las mujeres una particular habilidad para el maltrato psicológico, aquí se afirma que compartir dicha opinión es una forma de alienación femenina, que supone una auto-estigmatización. Ante los tópicos negativos respecto a las mujeres responden que el maltrato psicológico no es especialidad femenina y los hombres lo aplican en mayor medida («y peores», «y cuidado con ellos»). Por lo demás, las agresiones psicológicas de los hombres siempre acompañan y preceden a la violencia física, pues anulan a la mujer («y te crees que es normal»):

–También hay mucha violencia por parte del hombre a la mujer, **es violencia psicológica y hay muchísimo, muchísimo, muchísimo, vamos.** (GD3, 14)

–Perdona, cuando **ellos hacen cosas también son así ¿eh?, y peores.**

(...)

–Trabajando así, en comercio, la verdad es que cuidado con nosotras ¿eh?

–Y **cuidado con ellos.** (GD3, 19)

–Yo creo que **el maltrato físico de los hombres siempre va acompañado y precedido del otro, sean o no inteligentes.** Antes: «eres tonta», o «no vales para nada». Eso es así, eso lo primero, el proceso empieza por ahí. (...) Cuando te dejan ahí..., **cuando te dejan ya anulada es cuando ya han pasado a la siguiente fase.** Y te crees que es normal. (GD3, 21)

La confrontación con el discurso machista de ciertas mujeres es frontal respecto al persistente argumento del «saqueo» que sufrirían los hombres divorciados y la comprensión que se expresa respecto a sus reacciones violentas. Desde este discurso se niega que los hombres se vean sistemáticamente perjudicados tras un divorcio, y se señala la frecuencia con que las mujeres no reciben las pensiones estipuladas. Por otra parte, se niega la base del argumento machista: incluso si existieran casos de injusticia o abusos por parte de las mujeres no existe ninguna justificación para las agresiones masculinas. En una situación límite es preferible que el hombre acabe con sus problemas suicidándose («¿por qué no te vas tú por delante?») en lugar de agredir a la mujer:

–Conozco a dos parejas que se han separado que, bueno, el marido gana muchísimo dinero, la mujer dejó de trabajar o dejó de estudiar incluso para mantener a cuatro hijos. Y se ve con cuarenta y cinco o cincuenta años, ¿qué?. Tiene manos pero porque tengas manos, con cuarenta y cinco años no vas y trabajas. **Él está forrado, no la pasa la pensión, cuatro hijos, a los hijos los consiente, ella no puede consentirles ni puede hacer nada.**

–**Eso pasa, porque yo estoy separada.** (GD3, 26)

–Yo **no puedo justificar un asesinato.** (...) Entonces, hay hombres que son a lo mejor... que no pueden salir por sí mismos, o porque en ese momento los problemas son muchos y ta., y no ven otra cosa más allá que decir: «pues te vas p'allá y se acaban mis problemas».

–Que yo digo **¿y por qué no te vas tú por delante?, y así te vas tú y dejas...** (GD3, 23-24)

En suma, la violencia masculina es propia de la sociedad actual, no se limita a las agresiones físicas extremas, está amparada por cierta mentalidad machista, y no debe ser justificada ni admitida bajo ninguna circunstancia. Pero ¿qué debiera hacerse para erradicarla? En este aspecto el discurso hace aguas, pues no es capaz de ofrecer una visión mínimamente articulada, lo que permite caracterizarlo como una crítica carente de alternativas. Por ello sólo puede adoptar una actitud defensiva, buscando que las instituciones amparen efectivamente a las mujeres.

Lo más llamativo es que no existe ninguna reflexión que vincule las agresiones con estructuras sociales de género que pudieran ser modificadas. Así, si no se trata de alterar papeles sociales y estructuras de dominación, sólo cabe actuar sobre algunos individuos aislados: aquellos que cometen agresiones. Es por eso que no existe una clara legitimación respecto a las medidas de discriminación positiva, a las que sólo se otorga un tímido apoyo en función de la mayor fuerza física atribuida a los hombres, pero ninguna otra consideración parece justificar la definición de «violencia de género» como una práctica que sólo puede ser ejercida por los hombres:

*–Es una **discriminación positiva**.*

–Si levantar el brazo, es levantar la mano, pues es levantar la mano, por un lado o por el otro. Que ocurra más hacia un lado o hacia el otro...

*–**Lo único, creo**, que la fuerza del brazo del hombre es más fuerte que la de mujer. (GD3, 40)*

Por lo demás, predomina el desconocimiento respecto a los recursos institucionales existentes para las mujeres agredidas. Simplemente se confía en que existan funcionarios especializados que pueden dar lugar a una buena red de acogida, puesto que así ha sido anunciado («lo han dicho en la tele»), aunque hay dudas acerca de su existencia o extensión al oír comentarios críticos de otras participantes en los grupos:

*–Pero **dicen que** en la policía siempre hay alguien que sabe de estos temas, que es la que te tiene que atender.*

–Que te tienen que atender.

*–«Pues espérese un momentito ahora viene Fulanita o Fulanito que está especializado en ese tema». Yo **he oído eso en la televisión**, pero lo visto no es... (GD3, 42)*

Ante la falta de un diagnóstico claro acerca de las causas del maltrato, se apoya tanto el endurecimiento del castigo penal como la implementación de terapias psicológicas dirigidas a los hombres maltratadores. En todo caso, sólo cabría actuar respecto a los culpables de agresiones, teniendo en cuenta que nunca se debería perjudicar a la víctima (por ejemplo, alejándola de su casa para «encerrarla» en una casa de acogida); antes que eso es preferible un encarcelamiento temporal del acusado:

*–La **terapia psicológica, el endurecimiento de las penas** como tal, que a lo mejor, pues a lo mejor en dos años, pues que sólo esté dos años pues a lo mejor es poco, no lo sé.*

*–**O a la vez en paralelo**, o sea, no quita una cosa con otra.*

–En paralelo, eso quería decir, que en paralelo se profundicen las terapias psicológicas. (GD2, 27).

–Pero eso lo que has dicho sí que es verdad, el que viva el cambio, por así decirlo: «tú eres el que está ejerciendo violencia sobre la mujer, eres tú el que debes, ¿no? quizás recibir ese castigo» que no la mujer, que yo lo veo

así, a la mujer le meten en una casa ¿vale? pero no es una solución tampoco. Quizás sí que hicieran, pues no sé, encarcelarlos de alguna manera, dos meses de prisión, no lo sé, que se reformaran dentro, no sé. (GD2, 25)

En definitiva, las estrategias posibles para combatir la violencia sexista no incluyen la posibilidad de potenciar cambios de los roles de género en el conjunto de la sociedad, tampoco fomentar la autoorganización o movilización femenina, ni la creación de redes sociales en el plano comunitario. Todo queda librado a las actuaciones institucionales, hacia las que apenas se dirige un reclamo poco específico de protección.

9.4. DESDE LA EXPERIENCIA DE MALTRATO: CONTRA LA BANALIZACIÓN Y SIMPLIFICACIÓN DEL PROBLEMA (fracción d')

La especificidad de estos fragmentos discursivos es que proceden de mujeres que han vivido experiencias personales de malos tratos. Puesto que nuestro diseño de investigación no se propuso captar específica y detalladamente los posicionamientos de este sector de la población femenina, lo que aquí interesa es mostrar cómo la experiencia directa modula el discurso, incluso introduciendo quiebras respecto a las concepciones generales acerca de las relaciones entre mujeres y hombres. Nos encontramos no con un discurso elaborado, sino con impugnaciones parciales –pero a veces bastante radicales– a las afirmaciones de otros, basadas en las situaciones vividas.

Como hemos visto en la Primera Parte, algunos discursos proponen el modelo de «pareja igualitaria», caracterizada por un reparto equitativo de las tareas domésticas, como una ruptura con el más propio del patriarcado tradicional (rígida división de roles, con el hombre volcado al mundo extradoméstico y la mujer recluida en el del hogar). La cita que sigue pone de manifiesto que el reparto de tareas domésticas no es un seguro contra los malos tratos en la medida en que no se cuestionen los supuestos básicos del papel masculino (control, superioridad, etc.):

*–Yo estuve un año callada, un año callada porque me daba vergüenza decir a la gente: «mi marido me insulta». Mi marido llegaba a casa a lo mejor por la noche... Mi marido era una persona, para mí, muy buena persona; no era una persona de bares, no era una persona con mala vida, **era una persona hogareña, me ayudaba en la casa, él tenía sus tareas en la casa como las podía tener yo, era todo muy compartido. Pero esta persona cuando yo empiezo a adelgazar le da por torcerse, llamémosle equis, empieza a tomar cocaína, empieza a beber, empieza a ir a sitios que no debería... no por nada, sino por él mismo como persona. Hasta que llega un día que llega a casa a las cinco de la mañana como una cuba, entra en mi cuarto, me insulta y me dice: «ábrete de piernas que vamos a follar, me he casado contigo y vamos a follar». Y tú te niegas y sale una mano que te abre la cabeza y en ese momento piensas: «¡dios mío, me mata, me mata!». Y piensas que una de dos, o te callas y te metes debajo de la cama y no sales y aguantas***

todo lo que te viene encima o lo cortas. Y lo cortas muy sencillamente diciendo que no quieres ser una más de una lista. Yo hubiera sido una más en la lista, lo tengo muy claro. (GD4, 35-36)

Las que han sufrido agresiones sostienen que la violencia masculina tiene una especificidad, un carácter distintivo que no la hace comparable a la que puedan ejercer las mujeres. No se trata de enfados momentáneos (explosiones o arrebatos), sino de comportamientos persistentes que buscan humillar de manera sistemática. Por lo tanto, parece adecuado denominarla de forma distintiva («violencia de género») tal como se hace de forma oficial («está estipulado»):

–La violencia de género está estipulado que es contra la mujer, si no se aplica (...?) una mujer, se aplica para esas mujeres, si hay algo, vamos yo lo he visto ¿eh? (GD3, 13)

–Pero de todas formas te digo una cosa, yo creo que el maltrato físico de los hombres siempre va acompañado y precedido del otro, sean o no inteligentes. Antes: «eres tonta», o «no vales para nada». Eso es así, eso lo primero, el proceso empieza por ahí. (...) Luego va al siguiente paso; puede ser una tonta y luego ya pues por norma...

–Y tú te desahogas simplemente con decirle algo. Esa es la diferencia.

–Pero tú si te sientes ahí humillada y empiezas a caer en decirte: qué tonta soy; te lo empiezas a creer, pues hombre, también te hunden... (GD3, 21)

Los testimonios inciden reiteradamente en la importancia del maltrato y de sus consecuencias para las víctimas. A partir de ahí cuestionan a quienes critican a las maltratadas que no denuncian, sin entender su situación; no se puede pedir a personas que se sienten anuladas y avergonzadas que actúen con normalidad, como si fuera fácil superar el miedo y la culpa para poder presentar una denuncia:

*–Yo tuve dos piernas rotas, tuve la cara así, tengo siete puntos en la cabeza, yo me quedé con cuarenta kilos por una anorexia nerviosa. Yo el motivo de mis malos tratos son muy sencillos: yo no podía ser mamá por mi obesidad, yo pesaba ciento treinta kilos y decidí hacerme una reducción de estómago para darle un hijo a él y para mí. (...) Pero X. empieza a adelgazar y de sus ciento treinta pues baja a sus cien, a sus noventa y empiezas a cambiar tu vestuario. **Empiezas siendo una puta...***

–¡Qué machista!

*–...una guarra, una zorra. Cuando la gente te ve por la calle y te dice: «qué guapa estás» y tú agachas la cabeza porque tú sabes que el que llevas a tu lado, tu marido, te mira de reojo y arruga el ceño. Hasta que: «no, cariño, yo me he casado contigo porque te quiero, la X. gorda y la X. delgada va contigo y va contigo del brazo muy a gusto». **Y del insulto pasa a levantar la mano** y un día te da una hostia y tú te miras en el espejo y dices: «¡dios mío, si es que mira cómo me estoy quedando! es que tiene razón, es normal que esté celoso». **Los maltratos psicológicos te llegan a un punto...***

–Son peor que lo de los golpes.

–Son dolorosos, son muy dolorosos, porque tú te miras y tú realmente te sientes culpable.

–Terminas dándole la razón.

–A mí eso no me pasó.

–A mí sí, a mí me pasó y no me gusta que la gente hable gratuitamente de los malos tratos, ni que juzguen a las mujeres, o a los hombres maltratados, que también existen. Es muy fácil decir: «una mujer es maltratada porque quiere». Es muy fácil, es muy fácil y yo a muchas mujeres o a muchos hombres les daría diez minutos, diez minutos. Te anulan como persona, te lo crees, te...

–Ése es el tema, te anulan.

–No eres persona, lo pasas tan sumamente mal que dices (...) Porque además da la casualidad que yo me separé queriendo mucho a mi marido, mucho, con locura y creyéndome la culpable de aquello. (GD4, 35 y 36)

¿Qué valoración hacen las mujeres con experiencia de malos tratos de las políticas existentes o deseables? En primer lugar, polemizan con los tópicos referidos a las supuestas ventajas y abusos de las mujeres. Por otra parte, valoran positivamente la existencia de algunos recursos institucionales y critican la insuficiencia de otros. Por último, destacan la falta de apoyo social a las víctimas, lo que las convierte en totalmente dependientes del apoyo institucional. Veamos con más detalle estas cuestiones, tal como aparecen en las expresiones de estas mujeres.

Las que han experimentado un proceso de divorcio niegan la extendida afirmación de los privilegios femeninos, y de los perjuicios graves para los hombres, circunstancia que desencadenaría la violencia. Contra estos argumentan que son frecuentes los casos de ex maridos que incumplen el pago de las pensiones estipuladas («eso pasa») y tienen actitudes de revancha contra su antigua pareja. Por tanto, no existe la supuesta hiperprotección de la mujer ni está generalizado el «saqueo» judicial respecto a los hombres. Además, niegan que existan facilidades que potencien la presentación de denuncias falsas de malos tratos («facilidades no hay tantas»); por el contrario, en ocasiones las mujeres se encuentran con poca receptividad al acudir a denunciar:

–Él está forrado, no la pasa la pensión, cuatro hijos, a los hijos los consiente, ella no puede consentirles ni puede hacer nada.

–Eso pasa, porque yo estoy separada, tengo dos hijos, son grandes ¿no?. Llevo tres años separada.

–Les obligan a pasar la pensión.

–Pero **no la pasan muchas veces, aún teniendo dinero, aún teniendo dinero. (...)**

Que sí está trabajando, que es autónomo, no figura... Bueno, no puedo ni hablar, yo he estado muy mal porque habiendo dinero, habiendo propiedades, ¿entiendes?, me ha intentado arruinar todo lo que ha podido. Y todo de una manera brutal, de una manera brutal. (GD3, 26)

-Y cuántas mujeres no denuncian con la cantidad de facilidades, las pegan y no denuncian porque... ¿Y por qué no denuncian?

-Facilidades, no hay tantas ¿eh?, **yo he ido a denunciar a comisaría y me he tenido que ir llorando porque no me han hecho ni caso.** (...) Yo he ido y, ya te digo, ni una, ni dos, ni tres, muchas veces he ido.

-Y no te han dado los cuatrocientos euros, hija...

-Ni los buenos días. Y **ni me han ayudado para nada, en absoluto.** (GD3, 31)

-A mí no me ha pegado, ¿me entiendes?, **me ha maltratado psicológicamente, muchísimo.** Entonces yo he ido porque **hace cosa de nada ha entrado en mi casa** y se ha saltado, ¿me entiendes?, y me ha cogido unas cosas. Sí, que podían ser de él, podían ser, pero lo normal es que me las pida. Voy a comisaría, sabiendo que es que ha sido él, yo no lo he visto, pero vamos, es que ha sido él. Vamos a ver, si te entran a tu casa a robar o se llevan el ordenador que está ahí mismo, o se llevan las joyas, o se llevan el dinero, no se llevan...

-Lo que sea.

-Voy al organismo, voy y digo: «no, es que ha sido mi exmarido a ciencia cierta»; «¿usted lo ha visto?»; «no»; «¿quién tiene llave de casa? ¿Han forzado la puerta?»; «no»; «¿quién tiene llave de casa?»; «pues mis hijos»; «piense mal de sus hijos». Esto lo primero: «piense mal de sus hijos».

-¿ESTO TE LO DIJO LA POLICÍA?

-Sí, sí: «piense mal de sus hijos»

-No estará lo suficientemente educada, porque es que **si tuviera unos cursos de formación para que a la mujer cuando fuera no la dijeran (...)**

-¿Era un hombre?

-Sí. Digo: «déjalo, me voy»; «no, es que si pones una denuncia -me dice- y no sabes que ha sido tu marido, él te la puede poner a ti también».

-Por calumnias e injurias y tal.

- Salí llorando, **salí llorando, con una impotencia...**

-No me extraña.

- ¿Pero **no hay un organismo para este tipo de casos** que no sea la comisaría ésta...?

-Normal y corriente...

- (...) de la mujer o alguna historia?. (GD3, 41-42)

La cita anterior pone de manifiesto que no existe un conocimiento adecuado de los recursos disponibles para las víctimas de malos tratos, más allá de los policiales («¿no hay algún organismo que no sea la comisaría?»). Aunque desde la lógica institucional pueda parecer claro el organigrama de prestaciones y recursos existen-

tes, desde el punto de vista de las víctimas éste aparece como difuso y su conocimiento es puramente aleatorio.

Existen, por el contrario, otras valoraciones claramente positivas acerca de la buena disponibilidad de los agentes implicados. La cita que sigue muestra que ante la denuncia de la mujer, amparada en la prueba de un mensaje telefónico, los agentes policiales están dispuestos a proceder inmediatamente a la detención del acusado, manteniéndolo detenido hasta la celebración de un juicio rápido. Este relato podría dar pábulo al extendido discurso machista sobre la primacía de la denuncia femenina respecto a la presunción de inocencia masculina. La diferencia entre ambas posturas es que el primero parte de la supuesta inocencia del hombre mientras que en este caso se actúa a partir de una agresión real, ante la cual las medidas policiales y judiciales son una protección debida:

–Mi experiencia es muy buena.

–¿Te ayudó?

–Yo **denuncié a mi pareja en su momento, iban a...**

–¿Fue maltrato?

–Fue..., sí, **fue más amenaza.**

–¿Verbal?

–Amenaza verbal y por SMS de la novia que tenía él. O sea, ya nos habíamos separado, tal, aquí se montó la de dios y la tía me mandó un SMS. Entonces, claro fue como: «¡genial, a la policía directamente!». **La policía iba a ir a su casa a por él a las tres de la mañana, pero aquello ya de todos preparándose: «venga, que vamos a por él». Y ya dijeron: «bueno, ¿pero es tan grave o podemos decirle que se presente aquí a las siete de la mañana y a tí que no te pase nada?»; «sí, eso puede ser, tampoco es cuestión de...». Y así fue. Pero vamos, que **la opción de «vamos ahora a por él y lo tenemos dos o tres días hasta que salga el juicio rápido en un calabozo...»****

–¿Funciona?

–En mi caso sí. (GD4, 34)

No obstante, la experiencia de otras mujeres denuncia falta de contención y apoyo social a las víctimas. En este aspecto destacan los propios familiares que quitan hierro al maltrato, y la estigmatización social de la víctima cuando se caracterizan sus comportamientos como heterodoxos. En otros términos, en lugar de acusar al maltratador las lanzas se vuelven contra las conductas de las agredidas («es muy duro, es muy triste pero es lo que existe»). En la medida en que este clima social perdura, las mujeres no cuentan con otros recursos para protegerse que los ofrecidos por las instituciones. Por tanto, es a éstas a quienes se exige respuestas adecuadas, por ejemplo con castigos más duros a los agresores que difumine una extendida sensación de indefensión e impunidad («es muy barato matar en España»):

–Es que es muy barato matar en España. (GD4, 16)

–En mi caso, los malos tratos psicológicos previamente pasan a los físicos; psicológicos dictaminados por un forense, porque lo decía la denuncia también. Físicos bastante notables **y la justicia lo único que hizo fueron tres meses de arresto domiciliario y una orden de alejamiento de cien metros durante un año.**

–¿Y si se acercaba, qué pasaba?

–Pues **supuestamente yo tenía un avisador donde daba la alerta para que vinieran y supuestamente le tendrían que detener. Nunca se llegó a acercar más de cien metros. Pero te puedo garantizar que él siempre merodeaba, siempre.** (GD4, 34)

–Ya cuando voy a la casa de socorro (...), porque me había dado con una botella en la cabeza, es cuando yo le cuento a mis padres. Acto seguido pues evidentemente la familia: «la niña se separa, la niña se separa». **Mi abuela sabía que yo estaba morada a golpes y me dijo que era la cuchara que yo había elegido y que si mi marido me levantaba la mano me tenía que callar, que tenía que aguantarme y tirar para adelante.** Y no, yo no voy a consentir eso. Y yo no voy a consentir, lo que hablábamos antes, que mi hija mañana soporte eso, o que haga eso, me da igual, porque hablamos en el respeto. (GD4, 36)

–Sí. Tanto a él como a su familia, tanto a él como a su familia. Él tiene un hermano, yo le llamé, le dije:, «H. está pasando esto en casa. Tu hermano tiene este problema». No hablé en ningún momento de los malos tratos, sino del problema que estaba teniendo él consigo mismo. **Y yo era una loca.**

–¡Ah, sí es verdad!

–**La familia dijo que era una loca. Yo le estaba haciendo perder la cabeza.** Cuando yo me separo, a los dos meses de separarme, el padre le metió en un centro de desintoxicación, pero yo era la loca. El problema lo tenía yo que no podía ser madre, que no valía para ser madre. Hoy en día tengo a mi hija de tres años. Pero yo era la que tenía el problema. Yo era la loca, la desequilibrada, la neurótica, la que tenía desarreglos hormonales.

–La que no podía procrear, etcétera, etcétera.

–Claro. La que visito a los médicos soy yo, la que me someto a pruebas soy yo, la que yo me opero, me paso ocho horas en un quirófano, soy yo. Y resultaba que, mira tú por donde, va a ser que yo no era la que tenía el problema para ser mamá.

[...]

–¿Ninguna mujer de la familia de él te apoyó ni nada?

–**Nada. Solamente una tía,** la mujer de su tío, que el tío falleció y yo con su tía tengo una relación muy afín. **Pero claro, ella también está loca,** porque como ella se quedó viuda muy joven, ella ha rehecho su vida, pero claro, ella también está loca. Eso es lo que hablamos de...

–¡Qué fuerte!

–**Es muy duro, triste, pero es lo que existe.** (GD4, 39-40)

10 QUIEBRAS DE LA CRÍTICA FEMENINA: DUDAS SOBRE EL LUGAR DE LAS MUJERES O EL CARÁCTER DE LA VIOLENCIA

En este capítulo presentamos algunos discursos elaborados por mujeres que se posicionan críticamente frente a la violencia masculina, por lo que podrían haber sido incluidos en el capítulo anterior. Sin embargo, la denuncia y el rechazo se ven acompañados por valoraciones poco consecuentes, que muestran la existencia de líneas de fuga que abren la puerta a dudas acerca de las características del fenómeno o de la responsabilidad de las propias mujeres en su desencadenamiento.

10.1. RIESGO DIFUSO PARA LAS MUJERES: ¿TODAS PODEMOS SER VÍCTIMAS? (fracción e')

En este discurso, producido por un importante segmento de las **jóvenes mujeres urbanas de capas medias**, se repiten las consideraciones acerca de la importancia del maltrato psicológico como antesala de las agresiones físicas, por tanto, no se limita la crítica a las manifestaciones más extremas de estas últimas. Tampoco existen medias tintas a la hora de condenar todo tipo de violencia, sin buscar justificaciones o atenuantes. Además, se impone la imagen de que la violencia masculina tiene un carácter estructural, omnipresente, puesto que se ha registrado en generaciones anteriores y no puede alegarse que responde sólo a actitudes de mayor libertad femenina. Por tanto, no es exclusiva del momento presente ni propia de épocas anteriores:

–Y que las mujeres básicamente eran..., los maridos eran dueños de las mujeres.

–Claro.

–Entonces con ellas podían hacer lo que quisieran.

[...]

*–Sí, pero es que son casos de hasta... Yo he oído casos del mismo día de la boda, o sea, el marido maltratar ya directamente a la mujer, o sea, al final no es porque... Sí, y antes de casarse también, pero que **ya no se trata en el momento de que la mujer se libere por así decirlo, sino...** (GD2, 14 y 15)*

La clave de este punto de vista es que el fenómeno aparece como presencia continua pero sin rasgos definidos. ¿El hecho de que se registre en distintas épocas le confiere un carácter ahistórico, como si fuese consustancial con la vida de cualquier sociedad humana? ¿O, por el contrario, su larga duración tiene que ver con la persistencia de un sistema social patriarcal que perdura, transformándose en rasgos secun-

darios? Estas y otras posibles preguntas permanecen sin respuesta. La violencia se configura como una especie de «agujero negro» inaccesible a la reflexión lo que, como veremos, genera inquietud y limita las posibilidades de enfrentarla con claridad.

Como en otros discursos analizados, las hablantes intentan tranquilizarse adjudicando el problema, y sus consecuencias, a otros grupos sociales: la violencia masculina estaría extendida («normalizada») entre las clases populares, donde predominan las mujeres económicamente dependientes y culturalmente sometidas (musulmanes, gitanas, sudamericanas). En suma, la violencia machista sería un problema específico de los «grupos atrasados»:

*–Yo creo que es muy importante también saber diferenciar los distintos casos en cuestiones culturales. A lo mejor nosotras podemos tener, podemos ver la vida de una manera y a lo mejor exaltamos más en ese punto, pero, o sea, yo lo que veo en el día a día con **chavales marginales, es que tienen otra concepción muy diferente y tienen otra realidad muy diferente**. Hay madres que aguantan con los maridos que están maltratándolas a ellas o violan a las hijas, simplemente por el hecho de que es el marido el que ha puesto el dinero en casa y ya puedes..., tiene un problema eterno, no puede trabajar, no puede llevar, no puede valerle por sí misma hacia delante, aparte de que ya está sumisa a él porque culturalmente el hombre es el que manda. Pero sí que es verdad que depende de la cultura, o sea, **los musulmanes, por ejemplo**.*

*–Las **gitanas**.*

*–Y los **sudamericanos***

*–Y **los sudamericanos** (...) está pasando. Yo tengo unos vecinos sudamericanos y cada dos por tres está la policía porque el tío le pega a la tía cuando llega borracho, pero ahí está que pasa setenta y dos horas en el calabozo o cuarenta y ocho y lo sueltan. Y se vuelve a ir y la vuelve a pegar y vuelve la policía. ¿Por qué? Porque en su país igual le está permitido, o no está penalizado o cualquier cosa. Entonces para él, eso es normal.*

*–Sí, bueno, **como aquí pasaba antes**. (GD2, 18)*

Sin embargo, esta línea discursiva no consigue mantenerse, puesto que la imagen de la «violencia omnipresente y oscura» genera sentimientos de sospecha y temor. Estas mujeres jóvenes, instruidas, con independencia económica víctimas de violencia de género y defensoras de un modelo de pareja igualitaria, no se sienten a salvo de la posibilidad de ser víctimas de violencia machista. Citando casos de mujeres del mismo nivel social (universitaria con trabajo y sueldo fijo, «muy cercana a mí por perfil») se preguntan: ¿cómo pudo haber ocurrido?, ¿si le ha ocurrido a ella qué me garantiza que no seré una próxima víctima? De repente, la posición social y una actitud de vida «independiente» parecen no bastar para asegurar que se cuenta con las armas suficientes para no caer en esas oscuras redes:

*–Todo esto suena bastante lógico, pero **lo estamos dejando muy lejos** ¿no? ¿Y qué pasa con la gente que es **de nuestra edad y nuestra generación**? Que hay gente como nosotras, chicas con estudios, que yo qué sé, que a lo mejor podríamos estar aquí y **les pasa eso y se callan** ¿sabes? Y a lo mejor,*

han estado hablando con las amigas y han estado diciendo: «no, pues tú fíjate, que le han matado, pues qué mal», pues claro ha sido esto. Y eso ¿por qué?. Porque lo estamos hablando como mucho más lejano, pero **a mí me sorprende mucho más estos casos, a mí estos casos me atemorizan mucho, me hacen pensar ¿puedo ser yo mañana? O sea, ¿se me pueden cruzar los cables mañana y aguantar a un tío así? ¿Por qué?** (GD2, 16)

–Yo es que conozco un caso que es el que me ha hecho pensar en esto hace pues nada, unos días, comentando con una amiga y es, una amiga en (...) es mayor que yo, pero bueno, con las que sales toda la vida, que **tiene su carrera universitaria, su trabajo, su sueldo fijo, además, de las que ha salido con chicos:** pues sí, pues no, pues no los ha aguantado, pues ha estado muy enamorada, pero porque los ha mandado..., como todas y empezó a salir con un chico con el que ella había salido otra vez y tal. Y hacía ahora, ahora hace más de medio año que no la hemos visto. (...) Cada vez que la vemos, la vemos más demacrada, más, más triste, o sea, una persona más triste, esas cosas se notan. Nosotras achacamos a que, desde que empezó a salir con este chico, ahora viven juntos y tal, que no sale con..., o sea, lo achacamos a este chico, pero ella, o sea, no queremos pensar que haya violencia por parte de él hacia ella, pero esa situación, o sea, hace dos años, **a mí me dicen que le iba a pasar esto a esta chica o que esta chica iba a cambiar así y yo no..., o sea, vamos, me echo a reír.** Entonces yo ahí, ya no me atrevo a decir si dentro de su casa, si puede haber una bofetada o puede haber algo más o no. A mí lo que me preocupa es eso, que porque es una persona muy cercana, o sea, es una persona muy cercana a mí por amistad, pero **además muy cercana a mí por perfil que yo el día de mañana, porque yo ahora estoy súper convencida de: «no, yo al primer guantazo me voy» y tal, pero ¿y el día de mañana si me pasa a mí?** (GD2, 31-32)

Ese temor difuso es compartido por un importante segmento de las mujeres jóvenes. Por un lado, podría suponerse que se trata de un rasgo de lucidez de una generación que no cree en la visión del progresismo modernizador, pues comprueba a diario que, pese a los cambios sociales, las agresiones siguen plenamente vigentes; en ese sentido serían más «realistas» que buena parte de las generaciones mayores, al menos que las de su mismo ámbito social (clases medias-altas urbanas). Pero, por otra parte, al no existir ninguna reflexión acerca del carácter social de la violencia masculina pareciera como si la única garantía de escapar a las agresiones residiese en las características personales de los individuos concernidos. En el caso de los hombres, no reaccionando negativamente ante el cambio de papel de las mujeres; en el caso de éstas no «cayendo en el enamoramiento», circunstancia en la que se obnubila la capacidad de discernimiento y de autoprotección:

–**El maltrato psicológico es cuando ya empieza a ser de seguido (...) y sin motivo aparente, que digas: «es que no he hecho nada, ¿por qué tienes que estar machacándome continuamente con que soy una mierda, con que soy tal?».** Eso es maltrato que **te hace sentirte como una mierda.** Y te comportas como una mierda, te dejas pues eso, que te traten mal, que tal, que (...) **Es la fuerza que tienes que tener tú, de decir: «tú a mí no me hundes».** (GD2, 17)

–Yo creo que lo que pasa un poco es que **el hombre ha visto que la mujer está avanzando mucho.**

–Es que va por delante.

–En consecuencia, o sea, en comparación con los últimos años, en veinte años, **la mujer ha hecho un progreso brutal.**

–Pero entonces ¿qué pasa? ¿Que se siente amenazado o...?

–**Se sienten inferiores, ¿qué hacen? (...)** Y el problema es que hay chicas, pues eso, se enamoran, se enamoran, se enamoran, **si estás enamorada te ciegas y lo que diga él va a misa.** Entonces, tragas y eso es lo que pasa. Yo creo que es eso lo que pasa. (GD2, 31)

En suma, ante una violencia percibida como amenaza omnipresente predomina una vivencia de temor difuso, que no se consigue neutralizar intentando circunscribir el problema a otros grupos sociales. Es posible que parte de la inseguridad manifestada provenga del carácter provisional de la etapa vital en que se encuentran (iniciando una carrera laboral, finalizando estudios, sin pareja estable o iniciando una convivencia, sin hijos), en la que predominan elementos de provisionalidad e inseguridad. Pero, en cualquier caso, existe una demanda –más o menos explícita– de protección que no puede ser expresada respecto al propio grupo (que sólo requeriría eventualmente saber luchar contra la dependencia afectiva del enamoramiento) y, por tanto, se dirige hacia los casos de mujeres efectivamente maltratadas.

Desde este punto de vista no se trata sólo de castigar al agresor sino de poner en práctica políticas que pongan el acento en la prevención («se tiene que cortar mucho antes»). Además, consideran que las medidas existentes son muy poco eficaces (insuficientes, de reacción tardía, etc.). Estas consideraciones apuntan a un cuestionamiento de la efectividad de las políticas que ponen el acento en la denuncia de las mujeres («si no van a hacer nada ¿para qué vamos a denunciar?») y, por otra parte, señalan la insuficiencia general del enfoque, puesto que no se percibe la existencia de intervenciones preventivas:

–Además, llegar a dejar, o sea, al llegar en un aparatito, o sea, en el último momento, a la última situación de riesgo toda la..., **pues esas cosas se tienen que cortar antes, mucho antes, hay muchas cadenas, muchos eslabones antes de llegar a este punto ¿no? (...)** Encima con lo cobardes que son [los policías] que vienen con las sirenas puestas desde diez kilómetros allá para que los oigan y se vayan. (GD2, 24)

–Pues que **si no se aplican como se deben, no sirven de nada.** Lo que no puede ser es que cada dos por tres se oiga que el exmarido o el marido ha roto la orden de alejamiento y se le ha cargado o a intentado agredirla, entonces ¿para qué está?

–Perdón, no son efectivas ¿no?

–Y luego **las pulseras esas que les dieron, hubo unas que fallaban, entonces ¿para qué las ponéis? ¿Para qué fallen y se la carguen?** Entonces, claro, hay mujeres que dicen: «**si no van a hacer nada ¿para qué vamos a denunciar?**». (...) No, además, pongamos que eso se activa a los doscien-

*tos metros, yo no sé a los metros que se activa, a ti en doscientos metros te da tiempo a pegar, pegarse una carrera, pegarle una cuchillada bien y coger e irte. **Y entre el aviso que llega a la policía, coge el coche y llega al sitio, pues mira lo que tardan cuando llamas a la grúa.** (GD2, 20 y 24).*

Además, algunas políticas de protección acaban actuando contra las mujeres puesto que «se las llevan» (a casas de acogida) mientras el agresor permanece en su domicilio habitual. Así, el culpable permanece momentáneamente impune mientras la agredida recibe el castigo de verse alejada de su mundo habitual. Más allá de la valoración respecto a alguna medida concreta lo que interesa desde este punto de vista es que sitúa en las antípodas de la visión de «la ley» dominante entre gran parte de la población masculina, que considera que favorece descaradamente a las mujeres:

*–Es que yo estaba pensando eso, pero digo, en vez de llevarse a la mujer a una casa ésta de acogida **¡pues que se lleven al hombre!***

–Claro.

–La que ha sido atacada, es la que tiene que cambiar de vida, cuando...

–Exactamente.

*–Pero, claro, **como la ley también dice** que hasta que no haya un delito, un acoso en tal grado, pues no puede cumplir pena de no sé cuánto. (GD2, 24)*

Finalmente, las medidas preventivas exigen un gran esfuerzo educativo y de mentalización social. Pero éste no puede basarse en campañas publicitarias esporádicas o en festejos rituales del día de la mujer, mientras cotidianamente se difunden mensajes sexistas o nadie se compromete seriamente con los postulados feministas:

*–Y, bueno, luego las medidas preventivas, cuando ya cuando ha pasado es como..., es lo que estamos hablando en cuestión social y de..., hay campañas, entonces viendo la publicidad de la tele o lo que sea y **al mismo tiempo que hay un anuncio que es una campaña contra el maltrato a la mujer, el siguiente anuncio, es un anuncio hiper-sexista y tal, pues desvirtúa totalmente el contenido de la campaña.** Porque el dinero que se gaste el gobierno en hacer campañas o lo mismo pues eso, que venga un día al año, en el día de la mujer, que se celebre en el instituto el día de la mujer, el nueve (sic) de marzo y que venga una chica a dar una charla o no sé qué y que el resto del año no sé, no se fomente una conducta..., pues tampoco creo que sea... Porque encima, **parece que uno se lava la conciencia o pasa página:** «¡ah!, no, que yo he hecho una pancarta para el día de la mujer», pues ya está, soy feminista». (GD2, 27)*

Esta crítica se dirige enteramente a las iniciativas institucionales, como si éstas fueran la única clave posible de actuación. Más allá de leyes, recursos sociales y campañas oficiales, estes segmento de mujeres de clases medias no perciben la posibilidad de transformaciones impulsadas por grupos o redes sociales organizados.

10.2. LA VIOLENCIA ES INADMISIBLE, PERO ALGUNOS SACRIFICIOS MERECE LA PENA (fracción f')

El testimonio que sigue, obtenido también del grupo de **mujeres jóvenes urbanas de capas medias**, muestra la contradicción entre el rechazo y la justificación del maltrato hacia las mujeres. Por una parte, se rechaza tajantemente la posibilidad de aceptar ningún maltrato en la vida personal («no lo repetiría eso en mi vida»), ni siquiera gritos o insultos, puesto que se defiende el modelo de pareja heterosexual entre personas con iguales derechos, que deben compartir objetivos y también tareas domésticas. Sin embargo, al referir la historia de su madre, maltratada durante una época por el padre, no se defiende el derecho femenino a rechazar inmediatamente toda agresión sino que reivindica la capacidad de «aguantar» con el fin de salvar la unidad familiar:

*–A mí **mi madre** también me dio la misma respuesta una vez porque sí que hubo **alguna temporada en que la atacó** y tal (...) y los gritos y sí que aguantan por los hijos, yo no (...). A mí eso me amargaba. (...)*

*–Yo creo que todo lo malo y todo lo bueno que las madres pues valoran, a veces se puede acertar o se pueden equivocar, evidentemente. En mi caso, pues bueno, **a lo mejor sí que pasamos tiempos difíciles, pero al día de hoy yo creo que mi madre acertó, aunque pasáramos ese tiempo difícil.** Y que nosotros nos hemos hecho fuertes en muchas cosas, que hemos aprendido muchísimas cosas de las experiencias que hemos vivido y, que, bueno, **yo no lo repetiría eso en mi vida, que yo a lo mejor no le haría vivir eso a mis hijos, porque no repetiría el modelo de madre que mi madre ha sido, ¿no? Pero, yo creo que mi madre no se equivocó porque nos aguantó, nos enseñó a ser fuertes, nos enseñó a valorar lo que está bien y lo que está mal dentro de una relación de pareja; tuvimos que aguantar mucho, tuvimos que sufrir mucho, tuvimos que llorar en el momento en que tocó, pero mis padres ahora están de puta madre. Que ha costado mucho sacrificio, mucha lucha, mucho tiempo, mucho esfuerzo y mucho, y mucho perder de su vida para dársela a mi padre, pues sí, sí, es verdad que ella ha perdido mucho, que a lo mejor ella podía haber tenido una vida más feliz y más tranquila, pero también hemos ganado y hemos ganado a mi padre. Mi padre, si no, no estaría ahora con nosotros y hemos ganado una forma de vida y una ética conductismo ahí, de machaque ¿sabes? Pero, es un tema difícil, es un tema muy difícil el tema del machismo, el feminismo, los hombres, las mujeres, el maltrato, es un tema muy difícil. (GD2, 33-34)***

De esta forma, el rechazo abierto que se manifiesta respecto a la posibilidad de soportar una agresión masculina en la vida personal entra en contradicción con la reivindicación del papel tradicional de la mujer-madre, como garante de la unidad familiar a costa de su propia postergación o sufrimiento. Negando su individualidad la madre tradicional se sacrifica y logra redimir a todo el grupo familiar, incluido el propio maltratador. Obviamente, desde esta mentalidad resulta complicado («es difícil») analizar la cuestión en términos de machismo y feminismo; en la práctica es mejor no utilizar estos conceptos, si queremos conciliar los intereses de agresores y agredidas. Así, estas jóvenes urbanas creen vivir en un mundo que tiende hacia la

igualdad entre los sexos mientras reproducen, de forma no consciente, elementos centrales de los roles tradicionales.

10.3. ENTRE EL PATRIARCADO Y LA ENFERMEDAD MENTAL (fracción g')

En esta fracción existe una brecha entre la concepción general de las relaciones entre sexos (que se atribuyen a un sistema social con distribución desigual del poder) y la referida a la violencia masculina (que es atribuida a la enfermedad mental, sin vínculos con el sistema de género). Según esta posición las agresiones a las mujeres se apoyan en todo un «sustrato violento» (psicológico y físico) que puede caracterizar las relaciones en el ámbito de una pareja heterosexual. Sin embargo, los maltratadores no serían el producto de este tipo de vínculo (patriarcal) sino sólo algunos varones afectados por enfermedades mentales («paranoia por celos»). Así, el fundamento de las agresiones machistas no sería el sustrato violento de las relaciones entre sexos sino el desorden mental (casual, aleatorio) de algunos:

*–[La violencia contra las mujeres] Ya es la piedra final ¿no?, ya es la **plasmación muy fuerte de que hay violencia**. O sea, puedes llegar a la agresión o puedes impedirle que tenga trabajo que pudiera hacer ¿no?, o puedes no colaborar, o ignorar sus aportaciones, son violencias también ¿no? (GD1, 18)*

*–Yo la impresión que tengo con eso que decimos... Yo creo que **hay más un problema de enfermedad**, para mí abunda más la **paranoia por celos** en los hombres que en las mujeres. Entonces realmente aquí hay como un problema, si queréis, **de salud mental o de lo que sea, o por cultura o por lo que sea, pero está ahí**. Y que el mundo de la psiquiatría, el mundo del sistema judicial además no lo aborda, no lo resuelve. Y entonces **en un país tan machista, claro, si vamos viendo los niveles de violencia de género que tiene que haber para que lleguen a haber tantas muertes, yo lo que tengo claro es que la seguridad, los servicios estos no dan para cubrir nada ¿no? Entonces, la mujer, mi visión es que es fuerte desde casa y lo que hace es **aguantar todo este trastorno psicológico** al límite ¿no?, hasta que ya no puede. Aunque luego vaya enfermando en ese proceso, pero como su rol es la familia y aguantar, y la mujer es fuerte en ese sentido, tiene recursos, es capaz de aguantar carros y carretas, pues aguanta. Aguanta, pues, que su marido esté en **un estado psiquiátrico grave** y nadie interviene, ¿no? (GD1, 25)***

Además, la referencia al «hogar-fortaleza» como el espacio donde la mujer se hace fuerte supone un cuestionamiento de las estrategias que le sugieren salvarse del maltrato abandonando el hogar (casas refugio para maltratadas), pues éste sería el último paso que darían las mujeres. Por tanto, el eje de las intervenciones no debiera fijarse en la denuncia y judicialización de los casos sino en un amplio campo de intervención –de índole profesional- en el terreno de la prevención (psiquiátrica). Además, se demanda la creación de mecanismos profesionales y técnicos serios («de intervención previa intermedia»), que no pospongan su acción hasta que se

ponga en marcha el mecanismo judicial. Por otra parte, ante la reiterada crítica respecto a supuestos abusos y denuncias falsas sostiene que estas circunstancias no eximen a las instituciones para ofrecer una respuesta adecuada y eficiente:

*–Pues yo no sé, pero yo creo que **el sistema judicial no sé hasta qué punto tendría que intervenir y decir que es necesario un tratamiento psiquiátrico.***

–Pero es muy lento el sistema judicial. Muy lento.

*–Y ¿porque no se puede...?, yo no sé, es que claro, los derechos de un individuo ¿no?, tú puedes estar enfermo y no quieres tratarte pues tienes todo el derecho. Pero claro, también tienes la responsabilidad de una familia y tu derecho permite que tú te cargues a tu mujer y a tus hijos y les crees este mal vivir. Claro, **esto de los derechos es muy complicado.** (GD1, 27)*

–Y esto lo mismo; ahora sale ésta, ahora sale el otro: «me han maltratado». Ahora ya está en la boca de todo el mundo, hasta en los niños si el padre le da un cachete: «eres un maltratador y me voy a ir a los mossos». Todo el mundo lo dice, de no decirlo nadie ahora se dice a la [bartola?].

*–Ya, pero yo creo que **se puede distinguir.***

–Sí, pero entonces ¿sabes qué pasa? Lo que pasa es que realmente cuando hay una persona que lo necesita, a lo mejor queda encubierta por todo este tinglado que hay montado.

*–Ahora, **lo que se deben crear mecanismos serios y profesionales y técnicos para poder concretar esto. Y no esperar a llegar a las denuncias judiciales** y a que haya sangre y a estos límites. Es que nunca estos límites tendrían que ser el caso ya muy, muy lejano. **Ahí no hay una intervención previa intermedia** ¿no? (GD1, 27-28)*

En la medida en que se considera que la violencia es abordable desde un enfoque técnico-profesional existe cierto optimismo respecto a su superación a medio plazo. Esto podría ocurrir al margen de la modificación de las relaciones globales entre sexos, para lo que sería necesario modificar las relaciones de poder (entre hombres y mujeres) y los respectivos papeles de género.

11 MÁS ALLÁ DE HOMBRES Y MUJERES: EL PROBLEMA ES EL SISTEMA Y REQUIERE UN COMPROMISO DE CAMBIO

Las fracciones discursivas reunidas en este capítulo comparten en buena parte la denuncia y caracterizaciones de las posiciones críticas, pero con una diferencia fundamental: en lugar de situarse dentro en el marco de un juego, o guerra, de sexos polarizados (buenos/malas, o buenas/malos) existe un cuestionamiento de los propios papeles sociales de género, atribuidos a un sistema social que requiere una transformación de conjunto. Estos asuntos son apenas esbozados en los grupos de hombres que hemos realizado y aparecen más articulados entre algunos segmentos de mujeres.

11.1. LA IMPLICACIÓN MASCULINA: ES NECESARIO QUE LOS HOMBRES CAMBIEMOS (PROFESIONALES Y JÓVENES DE CAPAS MEDIAS) (fracción h)

Existe un discurso masculino del que en nuestros grupos sólo aparecen trazas parciales. No se trata de una posición completamente articulada, debido a que probablemente sólo existe como tal en núcleos concienciados socialmente minoritarios que no hemos captado en nuestro trabajo de campo²⁰. Los rasgos que hemos detectado proceden de los grupos de hombres **jóvenes** y de **profesionales-directivos**, es decir, de las capas medias urbanas.

Estos retoman las claves del discurso masculino que considera inadmisibles la violencia contra las mujeres (ver 9.2). Por tanto, coinciden en que se trata de un problema evidente y extendido en la sociedad contemporánea, que plantea una lucha de poder con el fin de modificar el sistema de distribución de roles sociales; la violencia sería producida por la reacción de hombres que procuran defender su posición de privilegio. El matiz diferencial que incorpora esta fracción discursiva es que el combate contra la violencia machista requiere una implicación masculina.

Desde la perspectiva de los **profesionales adultos** la visión pone énfasis en el ámbito macro social: resulta fundamental cambiar el papel social de los hombres («tenemos que ceder» espacio y poder), cambio que debe apoyarse necesariamente en políticas de discriminación positiva, porque de lo contrario no se abandonarían los privilegios tradicionales y se perpetuaría el problema:

²⁰ Si en el caso de las mujeres reservamos un grupo para personas en posición no convencional (madres solteras, transexuales, lesbianas), entre los hombres no se realizó ningún grupo buscando personas en situaciones similares, lo que pudo disminuir la posibilidad de captar un discurso «alternativo» más elaborado.

–Yo soy crítico con el macho ¿no?, (...) yo creo que **tenemos que ceder**. Hay que buscar un equilibrio evidentemente ¿eh? Según la historia, según se ha visto la historia ha pasado, no es que sea... **Ha sido una historia de hombres** evidentemente ha sido así, con independencia de que ha habido etapas de Isabel II y tal ¿no?, bueno, eso es algo muy ocasional ¿no? Pero ha sido una sociedad de hombres ¿no? hasta ahora, y hasta ahora mismo. Entonces, **nosotros tenemos que ceder y buscar el equilibrio con la mujer** ¿eh? y entender que la sociedad se compone de hombres y mujeres para derechos ¿eh? y deberes, con lo que decía aquí el compañero ¿no? Y aquí en este momento tenemos que ceder nosotros. Y parte de ello **se tiene que partir con esto de lo que se dice de la discriminación positiva**, porque efectivamente, si no, nosotros no vamos a ceder. (GD6, 28)

Entre los **jóvenes**, en cambio, se incide más en el nivel micro social. De forma poco desarrollada y algo confusa, aparece la intuición de que los hombres deben replantearse elementos importantes de su identidad de género, aprendiendo a reconocer y comunicar sus sentimientos, en lugar de recurrir a la reafirmación de un lugar de supremacía a través de la violencia:

–Un punto importante es el **saber comunicar**. Las mujeres, en general, tienen más capacidad de discutir, ellas son más rápidas y los hombres normalmente tienen que pensar lo que dicen porque al final muchas veces gana la mujer y el hombre entonces lo que tiene es la fuerza, y, ahí, pues así ya ¡puf! Claro, y, eso es una cosa que **el hombre, en general, tiene que aprender más de sufrir, hablar y ver cómo podemos encontrar soluciones y todo**. (GD7, 25).

Más allá de estos apuntes no existe una reflexión coherente. Como queda señalado, puede que ésta sólo se encuentre actualmente entre grupos activos de perfil militante o comprometido que se están desarrollando en los últimos años en diversas ciudades españolas²¹.

11.2. CRÍTICA «DE GÉNERO» DESDE UNA PERSPECTIVA FEMINISTA (fracción h')

Este discurso está fundado en un análisis teórico y una postura militante, por tanto, se encuentra articulado en núcleos sociales activistas que implican a una franja minoritaria de la población femenina; de todos modos, aquí no damos cuenta de ninguna formulación académica, más o menos acabada, sino de los rastros identificados en el discurso social recogido en nuestros grupos de discusión.

²¹ Sin ánimo de exhaustividad cabe citar la Asociación de Hombres por la Igualdad de Género (www.ahige.org), la Asamblea de hombres contra la violencia machista (noviolenciamasculina.blogspot.com). Una asamblea de hombres (unaasambleadehombres.blogspot.com), o los Talleres de Hombres por la Igualdad del ayuntamiento de Jerez (www.hombresigualdad.com). En el plano individual, dos autores que vienen trabajando en esta línea son Luis Bonino (www.luisbonino.com), y Daniel Gabarro (www.danielgabarro.cat).

Para este punto de vista la violencia masculina se asienta en una posición estructural de privilegio (los hombres son responsables individuales de las agresiones pero también víctimas de un sistema que los socializa «deformadamente»). Por tanto, el fenómeno no tiene nada que ver con hormonas o genes ni con taras personales o déficit educativos, tal como sostienen otras posiciones identificadas a lo largo de este estudio. Las conductas responden al rol social, no al sexo biológico. Además, la violencia es una característica estructural de esta sociedad, que no se limita sólo a las relaciones de género; por tanto, su abordaje requiere transformaciones sociales de hondo calado, que no pueden limitarse sólo a las cuestiones «de género». La violencia específica ejercida por los hombres sobre las mujeres, implica desde el maltrato físico hasta la falta de consideración; respecto a buena parte de sus manifestaciones existe aún una complicidad en importantes segmentos de la sociedad española.

Veamos en las expresiones grupales²² algunos de estos elementos. Contra las visiones que circunscriben la violencia machista al maltrato físico prolongado, aquí se caracteriza como violencia también a la desconsideración masculina hacia la mujer, expresada y tolerada públicamente:

*–No hace falta llegar a esos extremos [golpear], el que un marido te diga «cállate tonta, que no sabes lo que dices» también es una violencia, a lo mejor nunca te va a levantar la mano, pero **con que te llame tonta en público...** (GD4, 40).*

Frente a quienes consideran el asunto una rémora del pasado en trance progresivo de extinción, se afirma que sigue estando a la orden del día, a pesar de todos los cambios sociales, lo que no nos coloca a gran distancia histórica del modelo de vínculo entre sexos vigente en las sociedades prehistóricas:

*–No, claro que no, **te llevan educando en los roles de género**; la mujer tiene que ser pasiva, la mujer tiene que ser paciente, la mujer tiene que ser educada...*

–Tolerante.

–...tolerante, y tienes que ser una buena chica. El hombre tiene que ser fuerte. Desde que el mundo es mundo, la humanidad... Cuando la época de los cavernícolas...

–Pero eso era antes.

*–Ya, era antes, pero **mira lo que hemos evolucionado**. Antaño era la ley de la fuerza, la inteligencia y lo que era la civilización no existía. **Un hombre que quería someter a una mujer, le daba un golpe y se la llevaba. Hoy en día se siguen dando golpes.** (GD4, 17)*

A pesar de la importancia de los cambios acaecidos a lo largo de la historia, existe una estructura que permanece; se trata de un sistema de género que define una posición estructural de privilegio masculina, basada en una socialización diferencial que atribuye papeles dicotómicos y jerarquizados a cada sexo. A partir de

²² Este discurso es sustentado especialmente por algunos sectores de mujeres empresarias y profesionales radicadas en grandes ciudades.

esta atribución social de papeles resulta fácil someter (hombres) y no poder resistirse (mujeres) a las relaciones de dominio. El discurso insiste en la importancia de las relaciones «sistémicas»: las imágenes mediáticas y las exigencias sociales de la masculinidad potencian la violencia («educación para la guerra»). En este sentido los hombres no sólo son responsables individuales de sus conductas agresivas, sino también víctimas del sistema («tienen un cacao en la cabeza tremendo»):

–Los hombres nos quieren siempre, ¿no?, y parece que el insulto, el decirte algo que te siente mal, pero mal que se ve, que se le ve venir, que es que es para..., eso les resulta fácil a todos.

–Domesticación es la palabra. El hombre hace todo un proceso para domesticar a las mujeres y someterlas siempre a sus órdenes. Pero eso también porque lo permiten.

–Efectivamente, es la educación y también porque lo permitan las mujeres, pero (...) los hombres están en el punto de vista privilegiado. Voy a decir una salvajada ¿no? pero si yo fuera hombre a lo mejor me lo pensaba, porque como estoy en el punto de vista privilegiado, digo: tengo aquí a todas las mujeres, es mi casa, es mi trabajo, es mi universo, mi mundo, es MI mujer, y tú perteneces a..., pues bueno, tus opiniones no son tan importantes como las mías. Entonces, someter es muy fácil cuando estás desde el punto de vista privilegiado. La falta de empatía en este caso, es lo mismo. (GD4, 16)

–Los anuncios hacia el género masculino son todo de armas, de guerras, «domina el mundo»...

–Mi hijo tuvo un kit de limpieza estupendo y muy bonito.

–Eso es a lo que voy ¿no? Y eso es lo que se les dice a los niños, se les sigue diciendo lo que tienen que hacer. Claro, un súper hombre cómo no le va a dar un zurriagazo a una mujer en un momento dado, si desde los tres años se le ha dicho que sea un súper hombre. Pues es que los hombres también tienen un cacao en la cabeza tremendo, ¿eh?, pero tremendo. No me gustaría estar en su lugar. (GD4, 19)

En definitiva, no hay que buscar la causa de los comportamientos masculinos agresivos en la genética, la estructura cerebral o las hormonas (GD4, 31). La violencia sexista no se debe a taras personales o déficit educativos sino al hecho de que los hombres detentan el poder («punto de vista privilegiado»). La violencia femenina también existe pero no es de la misma índole, pues se ejerce desde un lugar social subordinado:

–No. Yo no creo que la maldad del hombre ni la violencia del hombre, porque la sociedad es violenta de por sí, está justificada en que: «es que le educaron así». No, simplemente es que están en el punto de vista privilegiado. Se está hablando de fútbol o de ciencia y de economía y de pronto va la mujer, llega y dice una chorrada, pues también tiene todo el derecho del mundo a decir una chorrada y equivocarse. La mujer no le va a humillar porque un tema que ella conozca... bueno, o sí, el otro vaya y se equivoque. Si tú tienes al lado a un amigo y mete la pata en algún tema ¿le dices:

«cállate desgraciado que no tienes ni idea»? ¿eres así de violenta?. Eso no se lo dices a tu amigo porque le quieres, porque tienes buen rollo, le dices: «venga Paquito». En cambio **a tu mujer sí que te sientes con derecho a decirle «eres menos», porque tienes que estar por encima. La sociedad es violenta desde el punto de vista privilegiado, si tú eres el rey del mambo...**

–También he visto yo a mujeres que le han dicho «anda, Paco, cállate».

–Hombre, ya, matrimoniadas. **Tampoco me gusta esa violencia** ¿eh?, es que tampoco me gusta esa violencia. (GD4, 41)

Pero las manifestaciones de violencia no se agotan en las relaciones entre hombres y mujeres. Si acaso, en este ámbito se expresan de forma amplificada las frustraciones procedentes de otros ámbitos sociales también atravesados por relaciones de opresión y violencia. Aquí, el discurso feminista coincide con elementos expuestos por la fracción g (ver 9.2), que señala las dificultades de superar la violencia sexista en el contexto de una sociedad cuya dinámica fundamental se caracteriza por la violencia social:

–Yo creo que **la sociedad es violenta**; lo que a tu marido lo que le educó fue también en esa inseguridad... Tú puedes ser inseguro pero no machacar al otro ¿no? Tener una falta de autoestima es un problema muy grande, la infelicidad de los seres humanos. Pero es que **toda la sociedad es violenta**. (GD4, 38)

A partir de este diagnóstico ¿cuáles serían las vías para enfrentar la violencia masculina?. En primer lugar, se formula una crítica al enfoque oficial, que no ofrecería un enfoque integral («hacen parches»), y además obliga a las mujeres a denunciar a su pareja, lo que aboca a una situación de difícil salida para la maltratada: o quedar a la intemperie («¿dónde van?»), o casas de acogida que dejan mucho que desear («esas casa tubo de las que habría que hablar aquí»):

–Yo no sé cómo están las leyes ahora mismo, tú decías que no funcionaban. Yo sé que no funcionan porque siempre hacen parches, desintegran, desintegran el problema y entonces dicen: tú llamas al 016 y dices: «mi marido me va a matar mañana, ya me lo ha dicho varias veces y estoy con la cara así». Entonces, te acogen. Bueno, **lo primero que tienes que hacer es denunciar, muchas de las mujeres no pueden denunciar. Uno, ¿por qué? ¿dónde van?. Les acogen en esas casas tubo de las que habría que hablar aquí, porque es que yo hablo de lo que sé por mi hermana y de lo que sé por...**

–Mi experiencia es muy buena.

–¿Te ayudó? (GD4, 33)

Más allá de la crítica o de la valoración positiva hacia determinadas políticas o recursos sociales, este discurso apunta a la necesidad de transformaciones de hondo calado, que no pueden limitarse a iniciativas de las instituciones públicas. Existe una denuncia de la dinámica societaria en su conjunto; la crisis actual es la de la dinámica impuesta por lo masculino, pues son ellos quienes detentan el poder político y económico. Se impone una salida alternativa que recupere paradigmas del

mundo femenino; si no se consigue empujar a los hombres a realizar esa transformación («a abrir esa ventana»), la dinámica social y las relaciones entre sexos sólo podrán empeorar («lo veo complicado»):

*–Bueno, yo no sé, me cuesta mucho imaginarme a diez años ¿eh?, pero a mí lo que me gustaría es quizás esto ¿no?, **que las mujeres pudiésemos vivir un poco más relajadas, creo que nos lo merecemos, y que los hombres pudieran desarrollar un poco más su lado femenino** ¿no?. Que además sería muy bueno para la crisis y para la economía y para todo este paquete que hay ¿no?, este mundo tan masculino, el de los banqueros, el banco. **Toda esta crisis que hay que yo creo que como no se instrumenten paradigmas un poco del mundo femenino, los hombres en este momento no se han preparado.** Nosotras nos hemos preparado para integrarnos en la masculinidad, ir a trabajar y ser operativas, pero ellos les hemos dejado de lado una serie de recursos y **tienen el poder** y como no los encuentren algo especial... Porque las mujeres siempre hemos estado en crisis, estamos acostumbradas a salir de ahí, pero no tenemos el poder ni político ni económico. Y entonces **si a ellos no les ayudamos a abrir un poco esta ventana, yo no sé de aquí a quince años qué pasará. Lo veo complicado.** (GD1, 42-43)*

Desde una postura más militante existe un resquicio al optimismo, pero sólo si se pone el eje en la capacidad de transformación de la acción de las mujeres. Hoy sólo una minoría social adopta esta posición, por tanto, desde un punto de vista realista sólo la esperanza en una extensión del compromiso activista permite mantener esperanzas de cara al futuro («optimista pero realista, hay que ser más activistas»):

*–Aquí hay que meter cañita. Pero yo soy optimista, sino no estaría aquí. Soy optimista porque mientras tenga fuerzas seguiré **luchando**, porque sino no tendríamos un tema ahora mismo. [...]*

*–Optimistas pero realistas. Yo **os invito a que seamos más activistas** y que el día 8 de marzo, jey, voy a aparecer yo ahí!, me ha faltado traerme el jersey violeta pero...*

–Yo voy, yo voy.

*–Quitarme el sujetador, pero... Hay que ir, hay que ir porque hay que ir. Y hay que hacer ruido y empatía con tu vecina, con tu prima. Y con tu primo, ¿por qué no?. **El día 8 de marzo teníamos que petar las calles** y dejar a los medios de comunicación...*

–Yo me he ido con mi hijo ¿eh?, yo estuve con mi hijo el año pasado. Era el único niño..., era el más pequeño de todos

*–Es que **es lo que hay que hacer.** Tenemos que ir y cogernos a la familia y decir: «vamos, que es una fiesta y vamos a ir a bailar y vamos hacer ruido». Porque es vergonzoso que el día ocho de marzo, que cada vez hay más hombres, que me encanta verlos, vayamos ahí, ñiñiñiñiíí. Que hay un hombre con una cámara y dices tú «¿para qué lo graba, para radio Cuenca?» Y no hay medios, y no hay nada realmente. Entonces, bueno, **si fuéramos cinco mil mujeres y hombres, habría más eco.** (GD4, 42 y 47-48)*

12 POSICIONES RESPECTO A LA(S) VIOLENCIA(S). LÍNEAS DE SÍNTESIS

Llegados a este punto nos encontramos con un amplio espectro de fracciones discursivas referidas a la(s) violencia(s) ejercida(s) por los hombres respecto a sus parejas o exparejas femeninas. Con el fin de tener presentes sus principales características, reproducimos a continuación el listado completo de las mismas:

Hombres

- a) Es una defensa del hombre ante las provocaciones femeninas (*machismo contrariado*)
- b) Es condenable pero en algunos casos nos desesperan (*machismo defensivo ambiguo*)
- c) Nadie debe pegar pero las mujeres no pueden aspirar a ser iguales a los hombres (*machismo anti-igualitario*)
- d) Es un rasgo de grupos atrasados, aunque 'ellas' en ocasiones lo provocan
- e) Es un problema residual, limitado a grupos sociales atrasados
- f) Es un producto criticable del machismo vigente
- g) Es denunciabile, producto del machismo y la lucha de las mujeres
- h) No puede superarse sin el compromiso activo de los hombres

Mujeres

- a') Algunas se lo merecen (*mujer machista*)
- b') Es un fenómeno residual
- c') Es inadmisibile pero no sabemos cómo superarla
- d') No es algo menor ni sencillo de superar (*mujeres maltratadas*)
- e') Es una amenaza difusa para todas las mujeres
- f') Es inadmisibile, pero se justifica el «aguante» de algunas mujeres
- g') Es un problema de enfermedad mental en el marco de una sociedad sexista
- h') Es producto del sistema patriarcal

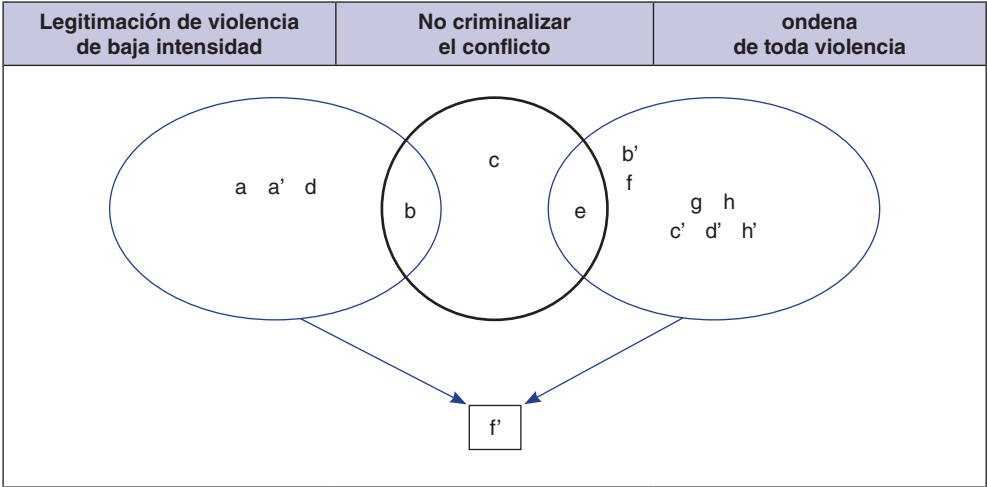
El objeto de este último capítulo es proponer algunos criterios de ordenación de dichas fracciones discursivas para favorecer su inteligibilidad, situándolas en un marco de referencia común. Para ello exponemos distintos criterios de agrupación posibles.

12.1. ACTITUDES RESPECTO A LA VIOLENCIA

Comenzamos situando las fracciones discursivas con respecto a la posición básica que se adopta frente a la violencia masculina. Para ello definimos tres posiciones: la que se muestra *permissiva con la violencia*, legitimando abiertamente algunos tipos de maltrato («violencia menor») y comprendiendo otros («violencia mayor»); la que reclama *no criminalizar todo tipo de conflicto*, distinguiendo entre malos tratos y «discusiones de igual a igual»; y la que *condena todo tipo de violencia de los hombres hacia las mujeres en las relaciones de pareja*. Estas tres posiciones dibujan campos diferenciados que, en ocasiones se solapan, mostrando la existencia de fracciones que se encuentran «a medio camino» entre una y otra. Estas posiciones transaccionales indican, además, que las posiciones descritas no son compartimentos, sino que pueden ser ocupadas por distintos segmentos sociales en función de cuáles sean las dinámicas sociales en acción. Veamos las principales características de cada uno de los tres grupos básicos definidos (ver Cuadro 12.1).

El primero de ellos (compuesto por las fracciones a, a' y d; asalariados de ambos sexos y hombres profesionales), sostiene que las conductas violentas masculinas obedecen a las actitudes (provocadoras, no respetuosas) de las mujeres; no condena el maltrato psicológico o emocional o lo atribuye en exclusiva a las mujeres, cree que lo único cuestionable son los malos tratos continuos (violencia física grave y prolongada). En cambio, considera que la «violencia de baja intensidad» (insultos, desprecio, empujones, golpes ocasionales) es un ingrediente normal y legítimo de las conductas masculinas, puesto que se ejercería a modo de reacción ante los «abusos» de las mujeres. Respecto a lo que podríamos denominar «violencia mayor» (agresión grave y asesinato), existe una condena inicial (que muestra la incidencia de la norma social dominante en contra de la violencia sexista), aunque se la «entiende» como reacción irracional (pérdida ocasional de la razón) ante provocaciones graves y constantes que «desbordan el vaso del aguante» del varón.

CUADRO 12.1. Posicionamientos respecto a la violencia



El segundo está configurado por las fracciones b, c y e (hombres de todos los segmentos sociales). Estos no comparten la culpabilización de las mujeres que hace el discurso machista intransigente, ni legitiman abiertamente la violencia de baja intensidad. Realizan una distinción entre situaciones de «maltrato prolongado», marcado por una relación asimétrica, y «discusiones de pareja», ocasionales y entre iguales. Consideran que en la situación actual hay una tendencia a criminalizar no sólo las primeras conductas sino también las segundas, que debieran dirimirse en el ámbito privado, o recurriendo a mediaciones no jurídico-penales. Esta posición refleja el malestar de un sector de los hombres (no adscritos al machismo supremacista) que se consideran víctimas potenciales de un mecanismo jurídico-burocrático que tiende –en su percepción– a incluir a todos los hombres en el capítulo de presuntos culpables. La posición de la *fracción b* (machismo defensivo ambiguo) se caracteriza por una marcada ambigüedad: por una parte rechaza el modelo tradicional y sus consecuencias, pero por otra no condena abiertamente la violencia de baja intensidad. El «deber ser» (la norma social dominante) les empuja a condenar la subordinación y castigo a las mujeres, mientras que la «excesiva» dureza de las instituciones (juicios de divorcio, encarcelamiento por denuncias no fundadas o por una agresión ocasional) tiende a acercarlos a quienes justifican determinadas conductas violentas.

El tercer grupo está formado por las fracciones que condenan las distintas formas de violencia, negando que existan justificaciones para las conductas agresivas de los hombres. Aquí encontramos algunas fracciones expresadas por hombres (f, g, h) y el grueso de las formuladas por mujeres (b', c', d', e' g', h'). Dentro de este conjunto encontramos algunos matices importantes. Por ejemplo, la *fracción e* (hombres que perciben la violencia como fenómeno residual, propio del atraso) condena estas conductas a la vez que llama a no criminalizar las «discusiones de pareja», en las que ambas partes pueden tener alguna expresión violenta (gritos, insultos, empujones); por tanto, se sitúa entre el bloque de la condena y el que llama a no criminalizar todo tipo de conflicto en las parejas. Por su parte, la *fracción f* (hombres empresarios, profesionales y asalariados) expresa sin ambages su rechazo y condena a las conductas violentas; sin embargo manifiesta algunas reticencias ante el peligro de que se extiendan las «denuncias indiscriminadas», infundadas o basadas en malos entendidos, posición que tiende a acercarlos a quienes insisten en la no criminalización de todo conflicto de pareja. Entre las mujeres, la *fracción b'* (que percibe la violencia como fenómeno residual) se inscribe «por defecto» dentro de este bloque, puesto que no emite una condena explícita de un fenómeno que considera poco relevante en sus vidas, aunque tampoco la minimiza o justifica.

Por último, la *fracción f'* (mujeres jóvenes que condenan la violencia pero justifican la opción de sacrificio de algunas madres maltratadas) se sitúa en una posición a medio camino entre el primer y tercer grupo.

12.2. LAS EMOCIONES BÁSICAS

Otro modo de agrupamiento de las fracciones discursivas es la que tiene en cuenta las emociones básicas que suscita el abordaje de la violencia masculina. En este caso la agrupación se produce en torno a siete grupos principales, lo que ofrece

una desagregación más matizada de posturas. Veamos las características de cada una de ellas.

Furia y resentimiento (fracciones a, a', d): es la emoción que sostiene el discurso que reivindica la supremacía masculina, que se percibe como atacada por la «insubordinación» de ciertas mujeres. La furia impregna el discurso de los hombres que no toleran dicho cuestionamiento a la jerarquía patriarcal; el resentimiento caracteriza al de las mujeres «machistas» a la hora de juzgar la actitud de las «excesivamente liberadas».

Negación (fracciones c, b): en este caso estamos ante un ocultamiento de emociones profundas, puesto que la negación «hace como si» la violencia fuera un asunto no significativo de la vida social, minimizando su alcance y deslegitimando la preocupación institucional al respecto.

Despreocupación (fracciones e, b'): aquí cabría hablar de una no-emoción, ya que este discurso tiende a negar la importancia de la violencia, situándola como fenómeno residual y/o como ajeno a la vida del grupo social de los hablantes. Se trata de una toma de distancia que tiende a situar al discurso como ajeno en una dinámica que sólo concerniría a terceros (agresores y agredidas).

Temor (fracción e'): es la emoción básica que expresa el discurso de las mujeres jóvenes que perciben a la violencia masculina como amenaza potencial difusa y omnipresente. El temor requiere medidas que aporten confianza y seguridad; puesto que la amenaza difusa no tiene nombre ni origen preciso, la solución debe ser aportada por instancias (no por la afectada, que está en estado de confusión) que puedan identificar el problema y articular soluciones.

Rechazo (fracción f): esta emoción caracteriza el discurso masculino que condena la violencia, atribuyéndola al machismo de otros sectores sociales. Surge ante un fenómeno real pero relativamente distante, por tanto, el compromiso emocional con el asunto es limitado: el rechazo manifiesta un distanciamiento respecto al agresor pero sin movilizar necesariamente empatía hacia la agredida.

Indignación (fracciones e' g' g): la violencia aparece no sólo como un fenómeno negativo sino como resultado de conductas inadmisibles e injustificables, que suscitan un vivo rechazo emocional: la indignación moviliza la solidaridad moral y empatía con las víctimas, así como un claro rechazo afectivo respecto a los agresores.

Compromiso (fracciones h, h'): en este caso la emoción tiende a ser «elaborada» por un proceso reflexivo; partiendo de la identificación afectiva con las víctimas se trasciende el marco inicial de la empatía, vinculándolo a la necesidad de establecer compromisos duraderos (de índole personal o social) para remover las causas de las conductas violentas.

Este repaso de las «bases emocionales» de los distintos agrupamientos discursivos muestra, por un lado, que existen congruencias, pero también algunas disonancias, entre los posicionamientos respecto a la violencia y los procesos afectivos que subyacen. Cuando existe congruencia (por ejemplo, en el caso de las fracciones a, a', d) se produce un refuerzo que configura un núcleo discursivo fuerte; en cambio, cuando existe disonancia (por ejemplo, las fracciones b, c y e, que defienden la no

criminalización del conflicto y se mueven entre la negación y la despreocupación respecto a la violencia) se configuran posiciones discursivas «de transición», cuyos puntos de vista y actitudes son menos estables y pueden ser modificados por la acción de otros discursos y procesos sociales.

12.3. POSICIONAMIENTO EN CLAVE SOCIOPOLÍTICA

Cambiando radicalmente el ángulo de análisis podemos agrupar las fracciones discursivas en función del posicionamiento que, desde su percepción de la violencia masculina, se deriva respecto a las visiones de conjunto de la sociedad. Al hacerlo, identificamos cuatro bloques principales

Autoritarismo social conservador (fracciones a, a', c, d): la violencia remite al deterioro del principio de autoridad, ligado a los valores tradicionales y al papel del hombre como referente indiscutido. El modelo de articulación sociopolítico que subyace es el de una regulación autoritaria de carácter conservadora, que garantice la perpetuación de estructuras sociales tradicionales, entre ellas la familia monogámica heterosexual sometida a la autoridad masculina.

Modernizador evolutivo (b, e, b'): la violencia sexista aparece como fenómeno residual, propio de sociedades y sectores «atrasados», en trance de desaparición paulatina debido al avance de una sociedad caracterizada por el progreso continuo. El modelo subyacente es el de una sociedad «abierta», constituida por individuos libres e iguales en el que no existe ningún principio de jerarquización o exclusión estructural.

Denuncia de las consecuencias del machismo (f, c', e', f', g'): la violencia remite a un problema real y actual de la sociedad, pero este fenómeno no aparece ligado a ningún carácter estructural de la sociedad. Por tanto, la crítica se refiere a fenómenos concretos, cuyas causas serían de carácter no-sistémico; el modelo subyacente es el de una sociedad «plural» en la que coexisten dinámicas positivas y negativas, pero éstas últimas (ligadas a la violencia sexista) no parecen situarse más allá del ámbito personal (caracteres, enfermedad mental, consumo de drogas, modelo familiar, etc.).

Anti-patriarcal (h, h'): la sociedad actual es concebida básicamente como un orden injusto basado en la distribución estructural del poder en función del sistema de sexo-género. Por tanto, es necesaria una transformación de fondo del mismo, impulsada por el empuje militante de grupos activos en la línea de desmontar el sistema de sexo-género, garantizando la igualdad a todas las personas, más allá de la norma heterosexual binaria.

12.4. POSICIONES RESPECTO A LA POLÍTICA INSTITUCIONAL CONTRA LA VIOLENCIA

Nuestro abordaje de la discursividad social no ha pretendido realizar una evaluación sistemática de los posicionamientos existentes respecto a las políticas oficia-

les ante la violencia sexista. Sin embargo, en las diferentes fracciones discursivas aparecen elementos que permiten dibujar ciertas imágenes dominantes, tanto del resultado actual de las políticas existentes como del abordaje ideal que debería acometerse respecto a la violencia.

Una primera sistematización de los posicionamientos de las fracciones discursivas nos muestra cómo algunas manifiestan un *abierto rechazo a las medidas que impulsen una discriminación positiva respecto a las mujeres*, sea en el plano laboral, en los asuntos familiares o en los temas de violencia. Para estos discursos estamos ya en una sociedad caracterizada por la igualdad, por tanto, conceder ventajas a un grupo sobre otro supone introducir una injusta discriminación contra los segundos. En esta posición encontramos sólo una fracción sostenida por mujeres (a', mujer machista) y varias desarrolladas por hombres (a, d, c, b, e). El rechazo manifestado por el núcleo patriarcal duro (fracciones a, a', d) es plenamente coherente con su reivindicación de la superioridad masculina y su enfrentamiento con cualquier dinámica que tienda a perjudicarla; en cambio, la postura del machismo ambiguo (c, b) y del discurso progresista evolutivo (e) responde más a una invisibilidad de la cuestión de género que a la defensa abierta del predominio patriarcal. En los hechos, las consecuencias de estas posturas son similares, pues niegan legitimidad a las políticas de discriminación positiva, pero las diferencias en sus posicionamientos permite pensar en la posibilidad de modificar la postura del núcleo menos cercano a las posiciones del núcleo patriarcal duro. Volveremos más adelante sobre esta cuestión.

En otro bloque, opuesto al anterior, encontramos a las fracciones que ven *plenamente justificada, o simplemente avalan de forma pasiva, las medidas* que tienden a promover a las mujeres con el fin de superar situaciones de postergación o exclusión. Aquí encontramos a los discursos masculinos más críticos con la violencia (f, g, h) y al grueso de las fracciones expresadas por mujeres (todas, excepto a' y b'). En principio, este conjunto avala algunas de las líneas básicas de la política actualmente vigente.

La fracción b' (mujeres que consideran la violencia como fenómeno residual) no se manifiesta al respecto; puede considerarse que su posición es relativamente indiferente al respecto y que podrá inclinarse a favor de uno u otro grupo en función de las circunstancias.

Esta primera clasificación, de carácter bipolar, puede ser matizada si nos referimos a la posición básica que asumen los distintos discursos respecto a (la percepción de) la política institucional vigente. En este caso nos encontramos con una gama amplia de posiciones, que permite –nuevamente– captar la existencia de núcleos duros consolidados y también de discursos en transición o ambiguos.

Descalificación (a, a', d): este núcleo discursivo se enfrenta con la política oficial, a la que acusa de haber generado un clima de acoso hacia los hombres: hoy las mujeres estarían en posición de privilegio debido al injusto posicionamiento de las instituciones («despojo» de los hombres divorciados, asignación sistemática de la custodia de los hijos y de la vivienda a las mujeres, credibilidad a falsas denuncias de malos tratos, judicialización excesiva de conflictos de pareja, negación de conductas femeninas arbitrarias o de acoso, etc.). Estas políticas aparecen como injustificadas y sus efectos como agresión hacia los hombres.

Recelo (c, b, e): en este caso se otorga en principio una legitimidad a la intervención institucional, puesto que la violencia masculina debe ser combatida. Sin embargo, los resultados prácticos de las intervenciones son percibidos de forma similar a la del bloque anterior: con el argumento de proteger a las mujeres las medidas adoptadas criminalizan, persiguen o acosan de manera generalizada e injustificada a los hombres. Por tanto, el posicionamiento no puede ser la adhesión o consenso, sino el recelo ante la posibilidad de verse sometido a los efectos de esta maquinaria institucional (son hombres los que sostienen este discurso).

Indefinición (f’): marcada por una profunda ambigüedad respecto a los casos de violencia, esta fracción no es capaz de situarse de forma definida ante las políticas oficiales. Por un lado, podría avalarlas en tanto que le suministren una protección personal; por otra, tiende a rechazarlas en la medida en que sus exigencias tiendan a romper la unidad familiar («obligando a las madres a denunciar privan a los hijos de la convivencia con el padre»).

Demanda (c’, e’, g’): en esta posición se agrupan fracciones discursivas sostenidas por mujeres que consideran necesario que las instituciones intervengan promoviendo los derechos de las mujeres y protegiendo a las potenciales víctimas de malos tratos. Por tanto, en principio se otorga una amplia legitimidad a dichas actuaciones. Aunque a partir de aquí, algunas (e’, g’) cuestionan las medidas vigentes (pulseras, casas de acogida, etc., percibidas como ineficaces ante el maltrato) y reclaman otras de carácter preventivo.

Consenso y desconocimiento (b’ f): esta posición parte de una imagen poco nítida respecto a las políticas institucionales: ni las conoce ni parece que tal desconocimiento le preocupe, en tanto que la violencia aparece como fenómeno menor o socialmente lejano. A partir de esta actitud se da por supuesto que las autoridades «algo estarán haciendo» y que tales actuaciones pueden ser adecuadas. Por tanto, se trata de una posición de consenso pasivo, o al menos de no oposición.

Consenso escéptico (g, h): en este caso el discurso (masculino) denuncia frontalmente las conductas violentas y las caracteriza como un problema social estructural (reparto del poder entre sexos), por ello reclama la intervención de las instituciones, y en ese sentido la legitima y le da su consenso. Sin embargo, considera que estas intervenciones tienen un alcance limitado en relación a la magnitud del problema, que requeriría una implicación social que no existe, y una transformación de pautas sociales generales (sociedad violenta en sus pautas generales, persistencia de otras jerarquías de poder distintas a las de género) que las instituciones no pretenden transformar. En ese sentido, se muestran escépticos ante la eficacia de la política institucional respecto a la violencia sexista.

Crítica (h’, d’): esta posición (sostenida por algunos núcleos de mujeres) afirma que la política oficial es miope respecto al fenómeno de la violencia. Por un lado, exige la denuncia de la mujer, abocándola en ocasiones a situaciones sin salida o «saltos al vacío» que no puede asumir; por otro, ofrece intervenciones parciales («parches») que no permiten poner en cuestión las raíces del sistema social (patriarcado) que está en la base de la violencia. Además, tiende a fomentar el enfrentamiento entre sexos, en lugar de contribuir a reformular enteramente el modelo de socialización de género.

Este conjunto de posiciones se inscribe en un contexto general en el que las políticas existentes son *poco y mal conocidas*: las referencias que aparecen en los textos grupales se refieren generalmente a noticias de prensa, comentarios informales o experiencias de terceros (salvo en el caso de quienes han vivido experiencias directas). En primer lugar predomina una imagen poco definida: las y los ciudadanos no tienen claro qué hacen las instituciones respecto a la violencia. En segundo lugar, en una parte significativa de la sociedad predomina la *imagen de ineficacia*: sean cuales sean los avances y logros, puesto que el eje de las percepciones se fija en los asesinatos y estos persisten, la impresión es de estancamiento e impotencia. Esta imagen podría modificarse mediante dos estrategias: una, transmitiendo la existencia e importancia de éxitos conseguidos (mujeres «salvadas»); otra, cambiando el foco de la mirada, desplazándola del único interés por los asesinatos hacia otras intervenciones como las de carácter preventivo.

Existen otras posibles consecuencias de este análisis para los responsables de las políticas oficiales; señalamos dos ámbitos núcleos propicios para la intervención.

En la actualidad existen sectores de la población que –sin romper con una mentalidad patriarcal, o sin identificar la existencia de discriminaciones de género– se posicionan de forma crítica contra las conductas de violencia sexista. Sin embargo, *una parte significativa de esta población –mayoritariamente masculina– se posiciona a la defensiva, o con manifiesto recelo, frente a las políticas existentes*, en la medida en que las identifica como excesivamente «polarizadoras». En este sentido cabe un proceso de reflexión, tanto en los aspectos de *comunicación* (transmitir mejor el objetivo de distintas medidas, desmentir «leyendas urbanas» respecto a denuncias falsas, etc.) como en los de *contenido* (judicialización «excesiva» del conflicto, incluyendo tanto casos de malos tratos prolongados como choques o conflictos de menor calado, etc.).

Por otra parte, existe un *segmento de la población femenina, posicionado claramente contra la violencia y que otorga legitimidad a la intervención administrativa y a las políticas de discriminación positiva*, que perciben estas políticas como ineficaces (pues insisten mucho en la denuncia y la protección pero no consiguen frenar los asesinatos), ajenas por completo al ámbito de la prevención (lo único que se perciben son medidas para las gravemente maltratadas) y centradas de forma errónea en el requisito de la denuncia femenina (imposible en algunos casos, inadecuado en otros).

Atender esta demanda implicaría, por tanto, dar acceso a las vías de protección por vías distintas a la denuncia; desarrollar los aspectos preventivos dirigidos no sólo a la población femenina (también a hombres o menores); o fomentar la implicación ciudadana sin limitarla a la intervención ante casos extremos.

ANEXO
FICHAS DE GRUPOS APLICADOS

GRUPO DE DISCUSIÓN N.º 1:
Mujeres directivas y profesionales
DISEÑO

Asistentes: ocho.

Edad: 40-50 años.

Actividad: Directivas y profesionales (por cuenta propia o ajena). Auditora de empresas, empresaria, socia bufete abogados, directora complejo turístico, médica, 2 profesoras universitarias.

Situación personal: 3 con pareja e hijos, 2 separadas con hijos, 3 solteras sin hijos.

Origen: 6 autóctonas, 2 inmigradas (Argentina y Marruecos).

Moderación: Ángeles Ramírez.

Transcripción: Berta López.

Búsqueda de participantes: Fundació Desenvolupament Comunitari.

Duración: 90 minutos; págs. 1-43.

Lugar: Barcelona.

Fecha: 27-1-2010.

GRUPO DE DISCUSIÓN N.º 2:
Mujeres jóvenes, clases medias-altas
DISEÑO

Asistentes: nueve.

Edad: 20 a 28 años.

Actividad: 4 estudiando, 5 trabajando.

Situación social: clases medias-altas (hijas de profesionales, directivas/os, funcionarias/os).

Situación personal: 3 conviviendo en pareja; 4 con pareja no conviviente, 2 sin pareja estable. Todas sin hijos.

Origen: 9 autóctonas.

Moderación: Arantxa Gran (Lligam Recerca).

Transcripción: Berta López.

Búsqueda de participantes: Lligam Recerca.

Duración: 67 minutos; págs. 1-34.

Lugar: Valencia.

Fecha: 3-3-2010.

GRUPO DE DISCUSIÓN N.º 3:
Pequeñas propietarias de negocios familiares
DISEÑO

Asistentes: ocho.

Edad: 40-50 años.

Actividad: Pequeñas propietarias de negocios familiares (bar, frutería, carnicería, puesto mercado, inmobiliaria familiar, distribución alimentos, costurera, estudio interiorismo).

Situación personal: 6 casadas, 1 viuda, 1 separada. Todas con hijos.

Origen: 8 autóctonas.

Moderación: Ángeles Ramírez.

Transcripción: Berta López.

Búsqueda de participantes: Centro de Reuniones.

Duración: 81 minutos; págs. 1-49.

Lugar: Valladolid.

Fecha: 21-1-2010.

GRUPO DE DISCUSIÓN N.º 4:
Mujeres en situaciones de convivencia alternativas
DISEÑO

Asistentes: siete.

Edad: 25 a 35 año.

Actividad: trabajadora social, educadora social, enfermera, 2 administrativas, técnica audiovisual, joyera.

Situación personal: alejadas del modelo convencional (2 lesbianas en pareja, 3 madres solas, 2 mujeres transexuales).

Origen: 5 autóctonas, 2 inmigrantes (argentinas).

Moderación: Ángeles Ramírez.

Transcripción: Berta López.

Búsqueda de participantes: Centro de Reuniones.

Duración: 88 minutos; págs. 1-47.

Lugar: Madrid.

Fecha: 25-1-2010.

GRUPO DE DISCUSIÓN N.º 5:
Mujeres asalariadas en empleos poco o no cualificados
DISEÑO

Asistentes: ocho.

Edad: 30 a 45 años.

Actividad: Asalariadas en empleos poco o no cualificados. 2 limpiezas. 2 dependientas comercio, ayuda a domicilio, hostelería, teleoperadora, conserje.

Situación personal: 3 casadas con hijos, 3 divorciadas con hijos, 1 en pareja con hijos, 1 soltera sin hijos.

Origen: 5 autóctonas, 3 inmigrantes extrajeras (Ecuador, Colombia y R. Dominicana).

Moderación: Ángeles Ramírez.

Transcripción: Berta López.

Búsqueda de participantes: Centro de Reuniones.

Duración: 90 minutos; págs. 1-47.

Lugar: área metropolitana de Madrid.

Fecha: 26-1-2010.

GRUPO DE DISCUSIÓN N.º 6:
Hombres directivos y profesionales
DISEÑO

Asistentes: siete

Edad: 40-50 años.

Actividad: Directivos y profesionales por cuenta propia o ajena (broker bolsa, analista financiero, empresario de transporte, economista, arquitecto, diseñador de muebles, veterinario).

Situación personal: 3 casados con hijos, 1 en pareja sin hijos, 2 separados con hijos, 1 soltero sin hijos.

Origen: 7 autóctonos.

Moderación: Walter Actis.

Transcripción: Berta López.

Búsqueda de participantes: Centro de Reuniones.

Duración: 87 minutos; págs. 1-43.

Lugar: Madrid.

Fecha: 20-1-2010.

GRUPO DE DISCUSIÓN N.º 7:
Hombres de clases medias-altas
DISEÑO

Asistentes: ocho.

Edad: 20-28 años.

Actividad: 4 estudiantes, 4 con empleo.

Situación personal: 4 coviviendo en pareja, 2 con pareja no conviviente, 2 sin pareja. Todos sin hijos.

Origen: hijos de profesionales, empresarios/as, funcionarios/as.

Moderación: Miguel Ángel de Prada.

Transcripción: Berta López.

Búsqueda de participantes: Lligam Recerca.

Duración: 74 minutos; págs. 1-35.

Lugar: Valencia.

Fecha: 17-2-2010.

GRUPO DE DISCUSIÓN N.º 8:
Hombres empresarios empleadores
(restauración, industria, etc.)
DISEÑO

Asistentes: ocho.

Edad: 55-65 años.

Actividad: empresarios empleadores (impresión, diseño gráfico, productora de comunicación, fábrica de muebles, empresa de moda, clínica veterinaria, propietario boutique).

Situación personal: 6 casados, 2 divorciados; todos con hijos.

Origen: 6 autóctonos, 1 de ellos inmigrante retornado de Argentina, y dos inmigrantes argentinos.

Moderación: Miguel Ángel de Prada.

Transcripción: Berta López.

Búsqueda de participantes: Centro de Reuniones.

Duración: 87 minutos; págs. 1-37.

Lugar: Burgos.

Fecha: 11-2-2010.

GRUPO DE DISCUSIÓN N.º 9:
Asalariados en empleos manuales no cualificados
DISEÑO

Asistentes: ocho.

Edad: 30-45 años.

Actividad: asalariado en empleos manuales no cualificados. 3 albañiles, 2 peones forestales, conductor-repartidor, fontanero y mecánico.

Situación personal: 1 soltero, 2 separados (1 con hijos), 4 casados con hijos, 1 en paraje sin hijos.

Origen: 5 autóctonos, 3 inmigrantes (2 latinoamericanos, 1 marroquí).

Moderación: Walter Actis.

Transcripción: Berta López.

Búsqueda de participantes: Fundació Desenvolupament Comunitari.

Duración: 77 minutos; págs. 1-39.

Lugar: área metropolitana de Barcelona.

Fecha: 28-1-2010.

GRUPO DE DISCUSIÓN N.º 10:
Mujeres directivas y profesionales
DISEÑO

Asistentes: ocho.

Edad: 25-35 años.

Actividad: asalariado no cualificado zona rural (3 construcción, camarero, herrero, vallas publicitarias, ayudante taller mecánico, peón industria alimentaria).

Situación personal: 2 con pareja e hijos, 3 en pareja sin hijos, 2 en pareja no conviviente, 1 sin pareja.

Origen: 6 autóctonos, 2 inmigrantes (Europa del Este).

Moderación: Carlos Pereda.

Transcripción: Berta López.

Búsqueda de participantes: Centro de Reuniones.

Duración: 88 minutos; págs. 1-61.

Lugar: Torrijos (Toledo).

Fecha: 9-2-2010.



La investigación refleja los principales puntos de vista existentes hoy en nuestro país acerca de la violencia masculina sobre las mujeres, situando este fenómeno en el contexto más amplio de las relaciones entre ellos y ellas.

Los grupos de discusión, que son la base de esta investigación, estuvieron formados por personas del mismo sexo, es decir, sólo mujeres o sólo hombres (incluso moderadoras y moderadores), para facilitar la libre expresión de sentimientos y actitudes no siempre racionales pero que están en la base de nuestras conductas sociales.

El material recogido confirma que, a pesar de todos los cambios acaecidos, en la sociedad española actual la cuestión de las relaciones entre los sexos está lejos de ser una cuestión superada.

Gorrión: Es menuda como
un soplo...

Joan Manuel Serrat

www.mspsi.es



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE SANIDAD, POLÍTICA SOCIAL
E IGUALDAD

SECRETARÍA
DE ESTADO
DE IGUALDAD

DELEGACIÓN DEL
GOBIERNO PARA LA
VIOLENCIA DE GÉNERO

P.V.P.: 15€

